

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año IV - Nº 8 - Marzo de 2016

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales).

Correo postal: Franklin 822, 2º, (1405) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: RevistaArchivos • Twitter: @ArchivosRevista

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Hernán Díaz (Universidad de Buenos Aires)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - UBA

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

• **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Centre for Contemporary History Potsdam. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) • **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise, Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Peter D. Thomas** (Brunel University, Londres. *Historical Materialism*, Inglaterra) • **Andréia Galvão** (Arquivo Edgard Leuenroth, Unicamp, Brasil) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Osvaldo Coggiola** (Universidade de São Paulo, Brasil) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Olga Ulianova** (USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) • **Victor Jéfets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) • **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) • **Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Pablo Pozzi** (UBA) • **Eduardo Gruner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustín Santella** (UBA-Conicet)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año IV - Nº 8 - Marzo de 2016

Índice

Presentación 5

Dossier: “Burocracia sindical: de la dictadura al kirchnerismo”

Presentación del dossier
por *Diego Ceruso y Paula Varela* 9

Operativo Ginebra. La dirigencia sindical ante la instalación
internacional de la dictadura militar (1976)
por *Luciana Zorzoli* 13

El reposicionamiento de la burocracia sindical en el ocaso del
“Proceso” (julio de 1982 - diciembre de 1983)
por *Leandro Molinaro* 33

¿Cómo enfrentar a las burocracias sindicales? Algunas estrategias
democratizadoras en los 80
por *Mónica Gordillo* 55

El sindicalismo empresarial en los años 90. Una aproximación
desde su materialidad
por *Julieta Haidar* 77

El gendarme en el umbral: enfoques y debates sobre la
burocracia sindical en el kirchnerismo
por *Paula Varela* 97

Artículos

El anarquismo en el movimiento obrero judío de Buenos Aires (1905-1909)
por *Javier Díaz* 119

Obreros y estudiantes, ¿unidos y adelante? Los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires frente al movimiento obrero bajo la “Revolución Argentina”, 1966-1973
por *Juan Sebastián Califa* 141

Entrevista

“Hay un fuerte ascenso de la historia de los trabajadores en los países del sur del mundo”
Diálogo con Marcel van der Linden sobre historiografía y política
por *Lucas Poy* 161

Crítica de libros

The Communist International and US Communism, 1919-1929
(de Jacob A. Zumoff), por *Hernán Camarero* 173

Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta (de Alejandra Oberti), por *Laura Codaro* 176

Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual (de Martín Cortés), por *Antonio Oliva* 179

Trabajo y negociación colectiva. Los trabajadores en la industria argentina, de los noventa a la posconvertibilidad
(de Clara Marticorena), por *Lucila D'Urso* 181

La política cultural del Partido Socialista en el Territorio Nacional de La Pampa: dispositivos y prácticas de intervención de sus dirigentes e intelectuales (1913-1919) (de Federico Martocci),
por *Javier Guiamet* 184

Che, una revista de la “nueva izquierda” (1960-1961)
(de María Cristina Tortti), por *Ezequiel Murmis* 186

Instrucciones para los autores 189

Presentación

A partir de 2016 nos proponemos un nuevo salto en nuestro proyecto, que queremos compartir con los lectores. Compañeras y compañeros de *Archivos* estamos poniendo en marcha el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). Su objetivo es el de seguir contribuyendo a una reflexión integral sobre estos temas, de la Argentina y el mundo, tal como venimos haciendo con la revista desde 2012, pero ahora desde un espacio institucional más consolidado y con fines ambiciosos. La coordinación de grupos de investigación, la realización de conferencias y charlas a cargo de especialistas invitados, la organización de talleres, seminarios de especialización y cursos de formación docente, y la preparación de actividades de divulgación, entre otras, serán las ocupaciones principales del centro. Tal como sostuvimos desde los inicios de *Archivos*, el desafío es elaborar desde las múltiples perspectivas de la historia social, política, cultural, intelectual y de género, nutridas, además, de enfoques interdisciplinarios, renovadores y conectados con los más recientes avances del marxismo y las ciencias sociales a escala internacional. Apostamos a la actualización y, a la vez, nos queremos reconocer en lo mejor de la tradición historiográfica socialista, en la cual, como postularon Georges Haupt y tantos otros investigadores, la rigurosidad científica, una fundada perspectiva crítica y el compromiso con las causas emancipatorias deben confluír y complementarse adecuadamente.

El CEHTI se apoya en pasos preexistentes, los cuales, aunque modestos, apreciamos como testimonio de una empresa intelectual y cultural necesaria y posible. Dentro de estos puntos de apoyo, el más evidente es la edición regular y de calidad sostenida de la revista *Archivos* durante estos casi cuatro años. Pero también el afianzamiento de nuestra “Colección Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda”, que está publicando en estas semanas su quinto libro (*Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicatos, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*, de Laura Caruso) y prepara nuevas entregas para los meses venideros. Tampoco queremos olvidar

el desarrollo de las “I Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda”, que hicimos en junio de 2015 en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires), con la participación de destacados colegas y la asistencia de una gran cantidad de inscriptos. A todo esto deben añadirse las presentaciones de los números de la revista y los libros, entre otras actividades públicas.

El centro será autónomo y plural, estructurado como una asociación civil, que forjará su recorrido sustentado en la acción voluntaria de sus iniciales integrantes y de todos los que quieran sumarse, sobre la base de prácticas colectivas de funcionamiento. Antes que el aislamiento autorreferencial, promoverá la colaboración y el diálogo fructífero con otros espacios de producción cultural, tal como es nuestra costumbre. A mediados de los años 70, el historiador E.P. Thompson, esbozando algunas evaluaciones sobre su trayectoria y la de su generación, sostenía: “Los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro”. Como éstos, son muchos los proyectos y experiencias en los que nos sentimos inspirados, en la brega por consolidar un espacio creativo de investigación, formación, debate y divulgación sobre la historia de los trabajadores, el movimiento y las izquierdas. Animados de estas convicciones, invitamos a transitar este camino.

“Burocracia sindical: de la dictadura al kirchnerismo” es el dossier, coordinado por Diego Ceruso y Paula Varela, que presentamos en este octavo número de *Archivos*. En las páginas que siguen se brinda una fundamentación de los objetivos de una convocatoria que incitaba a reflexionar acerca del uso de esta categoría en los últimos cuarenta años. Como podrá apreciar el lector, los aportes recibidos ofrecen posiciones, objetos de estudio y relevamientos empíricos muy diversos, pero que confluyen en torno a la necesidad de un debate sobre la burocracia sindical, en términos históricos, teóricos y políticos. En la sección de artículos libres se proponen estudios sobre las luchas estudiantiles en la UBA durante fines de los años 60 y acerca de la presencia del anarquismo en el movimiento obrero judío porteño de principios del siglo XX. En tanto, la entrevista al investigador Marcel van der Linden, del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, sirve para seguir pensando en los balances y perspectivas de una historia global de los trabajadores.

DOSSIER:

**Burocracia sindical:
de la dictadura al kirchnerismo**

Presentación del dossier

En los últimos años, dentro de las investigaciones sobre los trabajadores, se han abierto (o reabierto) diversos debates que abordan temas clásicos como el del peronismo, la izquierda, la organización de base y, cuestión a la que dedicamos este dossier, la burocracia sindical. Objeto ineludible en el estudio del movimiento obrero argentino desde mitad del siglo XX en adelante, la burocracia sindical ha sido motivo de fuertes polémicas políticas pero también teóricas en torno a su definición, su relación con el peronismo, su carácter inevitable para algunos y la posibilidad de combatirla de manera estratégica para otros.

Perry Anderson, en *Alcances y limitaciones de la acción sindical*, advertía: “La clase obrera es concretamente libre sólo cuando puede combatir el sistema que la explota y oprime. Y esto puede hacerlo sólo a través de sus instituciones colectivas: su unidad es su fuerza, y de ella depende su libertad. Pero precisamente porque esta unidad exige organización disciplinada, el objetivo natural del capitalismo pasa a ser el apropiarse de ella con miras a la estabilización del sistema. Se la puede entonces tornar en instrumento contra los mismos propósitos para los que fue creada. Es esta ambigüedad –*poder para* tomado como *poder sobre*– la que hace que las instituciones de la clase obrera puedan convertirse en las mejores armas contra ella”. El punto de partida que propone Anderson, y en realidad el del conjunto de la tradición marxista, anuda estrechamente el análisis de la existencia de la burocracia sindical a una perspectiva de emancipación. Es justamente allí donde radica la centralidad del análisis para la izquierda pues, sin esta densidad estratégica, la pregunta sobre la burocracia corre el riesgo de quedar atrapada en una *jaula de hierro* de inevitabilidad weberiana o quedar circunscripta a un debate moral.

Durante el siglo XX, los debates sobre la burocracia han seguido los ritmos de la lucha de clases. Dos momentos se destacan. El primero,

entre las décadas de 1910 a 1940, signadas por la masificación e institucionalización de las organizaciones sindicales, en donde los clásicos del marxismo, entre los que se destacan Rosa Luxemburg, Antonio Gramsci y León Trotsky, elaboraron una serie de reflexiones en torno al surgimiento y consolidación de la burocracia cuyos nudos teóricos siguen siendo hoy las bases de las actuales discusiones. Entre ellos están: la relación de la burocracia sindical con el Estado; el proceso de consolidación de una capa social con intereses propios; la división interna de la clase trabajadora y la conformación de una aristocracia obrera; el papel de los sindicatos en la consolidación de las democracias capitalistas de “Occidente”; y la relación entre los partidos revolucionarios y las organizaciones sindicales. El segundo momento, entre 1960 y 1980, ocurrió al calor del ascenso de la lucha obrera en muchos países de Europa (Italia, Francia, Inglaterra) y también de América Latina (Bolivia, Argentina, Chile y más tarde Brasil) y se destacó por la construcción y erupción de procesos de organización de base antiburocráticos que no sólo ponían en cuestión a las direcciones sindicales sino que volvían a abrir la puerta a formas de autoorganización obreras con carácter anticapitalista. Es en ese contexto que, desde un ámbito académico marcado por las teorías de las relaciones industriales de corte positivista, se retomaron las elaboraciones del marxismo clásico para tratar de explicar los procesos en curso, pero también para pensar sobre sus potencialidades en el marco de la crisis capitalista que dio comienzo a la salida neoliberal. Richard Hyman es uno de los autores que se volvió una referencia en esta apropiación, desde la sociología, de debates propios del campo marxista. En su libro *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, Hyman vuelve a colocar en el centro de la escena la relación intrínseca entre el doble proceso de unificación que está inscripto en la organización sindical: el de los trabajadores entre sí y, a partir de éste, el del enfrentamiento ahora conjunto frente al capital. Este segundo aspecto se relaciona estrechamente con la identidad de la clase obrera pues coloca a los sindicatos en un lugar central dentro de las organizaciones colectivas a partir de las cuales los trabajadores se perciben a sí mismos como tales. Es esta capacidad de unificación la que reenvía directamente al problema de la burocracia sindical en la medida en que ésta se presenta, en el marco de la subordinación de los sindicatos al Estado, como agente de fragmentación a partir de la creación de diferenciaciones internas en la clase obrera. En *Relaciones industriales* Hyman aporta, también, toda otra serie de consideraciones para el tratamiento de la burocracia que influyeron en el debate de la época y se vuelven más estimulantes a la luz de la década del 90: las relaciones entre la concepción del sindicato como prestador de servicios para sus afiliados, su eficacia en ese rol y la democracia sindical. En esta

triple dinámica, se produce una subversión de la concepción del proceder sindical pues se reemplaza al sindicato como instrumento de poder de la clase por una concepción de “prestador” (invirtiendo la dirección de la relación), se asiste a una naturalización de la “eficacia” como criterio de evaluación del funcionamiento y, por último, se anulan, o se reducen a un mínimo valor legitimador, los mecanismos de democracia sindical como consecuencia de trastocar los objetivos, punto uno, y despreciar los métodos, punto dos.

Este conjunto de elementos provenientes de la teoría marxista resultan, a nuestro juicio, insoslayables a la hora de comprender la complejidad de la burocracia sindical como una capa social con intereses específicos (atendiendo a la dialéctica resultante de ser expresión de un proceso colectivo) y a su vez escrutar su rol, determinante en el desarrollo y configuración de dicho proceso. Es decir, estos elementos resultan necesarios para evitar miradas dicotómicas sobre la burocracia sindical en la que ésta se explique o bien en espejo de la base obrera o bien en completa independencia de ésta.

En este dossier, nos proponemos volver sobre este “hecho maldito” del movimiento obrero pero no desde un punto de vista puramente teórico. Lo que nos interesa es estudiar el desempeño de esas dirigencias gremiales desde una perspectiva que permita dar cuenta de su desarrollo histórico concreto y colaborar, desde ese análisis empírico, en su conceptualización. Los trabajos que presentamos aquí expresan diversas líneas de investigación representativas, a su vez, de diferentes concepciones teóricas y metodológicas sobre la burocracia sindical y el proceso de su constitución. El artículo de Luciana Zorzoli describe el desempeño de la dirigencia sindical peronista en el marco de la Organización Internacional del Trabajo durante 1976. Allí evidencia la vitalidad de esas conducciones y sus acciones y planteos congruentes con el flamante autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Leandro Molinaro aborda el tramo final de la última dictadura militar para estudiar, a través de tres casos de relevancia, el modo en el que la burocracia funcionó en el marco de la normalización sindical. Además de dar cuenta de los intereses propios de esas conducciones, en su continuación o recomposición, Molinaro establece una correlación entre las negociaciones con el gobierno de facto y la paralización de un gran número de conflictos de base encabezados por sectores contrarios a esa burocracia. El trabajo de Mónica Gordillo plantea una reflexión tras la reapertura democrática de 1983 y durante aquella década. El artículo ofrece un conjunto de consideraciones que permiten pensar las denominadas experiencias democratizadoras en el mundo sindical y, de este modo, hacer eje en la ponderación de un proceso que se contrapone al proceder de la burocracia. En la continuidad cronológica, Julieta Haidar

estudia el sindicato de Luz y Fuerza de la Capital Federal como caso emblemático del “sindicalismo empresarial”. A partir de una detallada descripción de las características y de observar el funcionamiento de la conducción gremial en ese proceso, la autora analiza el “sindicalismo empresarial” ponderando elementos de continuidad y de ruptura. Finalmente, el artículo de Paula Varela presenta tres líneas de interpretación sobre la burocracia sindical que predominaron durante el kirchnerismo con un doble objetivo: reflexionar sobre los presupuestos teóricos que esas visiones implican en un debate académico que estuvo más centrado en discutir otros tópicos (conflictividad, negociación colectiva, modelo sindical), y analizar algunos rasgos del “retorno” del movimiento obrero a la escena nacional durante el kirchnerismo.

Diego Ceruso y Paula Varela

Operativo Ginebra. La dirigencia sindical ante la instalación internacional de la dictadura militar (1976)

Luciana Zorzoli

University of London - UNLP - Conicet - zorzoli@gmail.com

El golpe de Estado producido por las Fuerzas Armadas en marzo de 1976 inauguró una serie de cambios radicales. La transformación económica acompañó el comienzo del giro neoliberal mientras que el establecimiento de una política sistemática de violación de los derechos humanos, desaparición de opositores y robo de bebés transformó una sociedad que se había caracterizado por su movilización política y cultural.

En el marco de esa reestructuración el gobierno militar consideró prioritaria la transformación del movimiento obrero buscando eliminar los sectores clasistas que revelaron su extensión a partir de las jornadas de mayo de 1969 en la provincia de Córdoba (Brennan y Gordillo, 2008; Pozzi y Schneider, 2000). La represión de los trabajadores, especialmente delegados de base y activistas, se hizo en forma invariable a nivel nacional acompañada de un fuerte disciplinamiento que restringía la capacidad de organización y de respuesta. El tratamiento que recibieron los sindicatos estuvo marcado por ese contexto represivo y por la reincidente búsqueda de cercenar su poder por parte de los militares. A la intervención de la Confederación General del Trabajo (CGT) y de un grupo de importantes sindicatos peronistas se sumó el impedimento de ejercer derechos consolidados como el de huelga y el de negociación colectiva, mientras se decidía la suspensión de gran parte de la legislación laboral existente (Zorzoli, 2015).

Este artículo sin embargo considera que en los trabajos clásicos sobre sindicatos y dictadura primó, y aún se encuentra vigente, una identificación entre lo sucedido en el movimiento sindical de base y lo sucedido en la dirigencia sindical que requiere ser revisada.¹ Por eso se

1. Una versión preliminar de este trabajo fue debatida en las Jornadas "Regular y legislar el mundo obrero latinoamericano. Aportes para una historia regional de la OIT" (2015) en el IdIHCS (UNLP - Conicet). Agradezco aquí los comentarios de V. Basualdo y A. Stagnaro y la lectura posterior de A. Schneider.

propone, en el contexto de aportar a la construcción de una explicación alternativa sobre “que pasó con los sindicatos” durante el periodo, revisar el posicionamiento de la dirigencia sindical cuando debe producirse la participación en la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

En esta revisión se refutarán los análisis en los que se ha construido la imagen de un sindicalismo cuya actividad estuvo “suspendida” por la represión (en especial Delich, 1982; Abós, 1984) y se indagará en la importancia, muchas veces mencionada, de las participaciones en la OIT.²

Realizar esta reconstrucción para el año 1976 permitirá examinar el momento de “instalación” del plan represivo y colaborar en el análisis de las razones de su éxito. Permitirá además no adjudicar posicionamientos *ex post* a la dirigencia sindical, como se ha hecho asumiendo que la dinámica principal fue “quietud” entre 1976 y 1979, y “conflicto” entre 1979 y 1983.³

Como introducción se considerará el interés dictatorial en la participación en la OIT. En la segunda parte del artículo se realiza una crónica y caracterización de los sectores sindicales que viajaron a Ginebra y de sus posicionamientos tanto a nivel local como en el exterior, con una mención de lo que acontece entre los grupos no confederados. En el último apartado se presentan las conclusiones preliminares de este estudio.

La Argentina en el exterior en tiempos de cambios radicales

Desde el 24 de marzo de 1976 hasta los últimos actos de su gestión la dictadura que derrocó al gobierno de Isabel Perón se ocupó de su imagen externa prestando especial atención a la repercusión que pudieran tener dos temas: la cuestión de los derechos humanos y la situación laboral. Su objetivo era evitar que las denuncias sobre el régimen represivo y la suspensión *sine die* de muchos de los derechos sindicales tuvieran un impacto negativo sobre el gobierno, algo que pesaba ya para otras dictaduras latinoamericanas, especialmente la de Augusto Pinochet. Entre 1981 y 1982 se sumaría a esta agenda la defensa de los derechos territoriales argentinos cuando en el país comenzaba la

2. Aunque las menciones al tema son constantes en los estudios del periodo, hasta ahora no hubo un abordaje específico del tema y se toma como referencia lo indicado por Abós, que señala que la OIT fue un “espacio de denuncia” (Abós, 1984: 42-47, 95-109).

3. Uno de los pocos trabajos que escapa a este esquema es el que presentó A. Fernández (1985) que contenía una elaboración matizada de la situación vivida entre 1976 y 1983 y partía de una diferenciación analítica clave de la que carecían muchos de los trabajos previos: la situación de los sectores obreros, incluso de los movilizadados, no era equiparable a la de la dirigencia sindical.

disputa por establecer “la legitimidad de lo actuado” por la Junta a lo largo de todo el proceso.

Puede conjeturarse que esa preocupación por la imagen de Argentina estaba constituida por razones de economía y política internacional pero también por el impacto que esos cuestionamientos pudieran tener localmente. El conocimiento interno de esos cuestionamientos, que el gobierno militar se ocupó de desacreditar etiquetándolos como una “campaña antiargentina”,⁴ podía funcionar activando o legitimando denuncias que fueron constitutivas de las respuestas sociales al terrorismo de Estado, como la llevada adelante por los familiares de personas desaparecidas. Esa preocupación hizo que mientras se reprimía localmente el gobierno presentara en el exterior lo que hacía y sucedía en la Argentina como un problema interno. Éste se resolvería, insistían, para dar paso a una “democracia moderna a tono con las naciones avanzadas del mundo occidental”.

Para la presentación de este diagnóstico y la legitimación de esos objetivos dos espacios fueron centrales, las Naciones Unidas y su Comisión de Derechos Humanos y la OIT y su Comité de Libertad Sindical, donde actuó diligentemente el embajador Gabriel Martínez.⁵ En este último organismo centraremos nuestra atención, pues este espacio funcionó como articulador de la relación sindicatos-gobierno y en él se hizo evidente el posicionamiento de la dirigencia sindical, objeto de este trabajo.

La instalación internacional del gobierno militar y la posición sindical

Un día después de que las Fuerzas Armadas tomaran el control operativo del país, el 25 de marzo de 1976, se presentó ante la OIT la

4. La denuncia de que existía tal campaña comienza en el contexto del primer viaje a la OIT. La realiza entre otros el ministro del Interior, Gral. Harguindeguy, señalando en los medios que “existe una campaña muy bien dirigida desde el exterior para desprestigiar a las actuales autoridades” (ver *La Nación* y *Clarín*, 3 de junio de 1976).

5. Se trata del economista Gabriel Martínez, embajador extraordinario y plenipotenciario en la Misión Permanente de la República Argentina ante los Organismos Internacionales en Ginebra, que fuera nombrado en 1974 por Perón (Decretos 1.080/74 y 1.081/74) y que continuara sus funciones con una destacada actividad a favor del “Proceso” hasta noviembre de 1983 (Novaro y Palermo, 2003: 282-283). Martínez había hecho una rápida carrera diplomática, fue asesor económico de la embajada en Chile, tuvo posiciones diplomáticas en Bonn y Bruselas, fue jefe del Departamento de Comercio y secretario de Comercio Internacional, desde donde se señala tuvo una relación con López Rega (Guest, 1990: 103-110). Su participación en el tercer gobierno peronista no lo invalidó para continuar con sus tareas; por el contrario, la Junta Militar encontró en él a uno de sus más destacados estrategas.

primera queja formal por la situación represiva que se desplegaba contra las organizaciones obreras argentinas.⁶

La misma fue tramitada, siguiendo los procedimientos de la OIT, como una queja ante el Comité de Libertad Sindical presentada por la Federación Sindical Mundial (FSM). En ella se denunciaba a las autoridades militares por haber intervenido la CGT y suspendido las actividades sindicales. Según consta en el telegrama –que es el primer documento del caso abierto contra Argentina bajo el número 842–,⁷ la FSM añadía que la sede del Unión Obrera Metalúrgica (UOM) en Buenos Aires había sido tomada y que un número no especificado de dirigentes habían sido detenidos, incluido su secretario general, Lorenzo Miguel. A esta primera denuncia se sumó una de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CISL) junto con otras entre las que estaban las de la Unión Internacional de Sindicatos de Trabajadores Metalúrgicos, de la Federación Internacional Sindical de la Enseñanza y una copia de una nota enviada a Videla por la Organización Regional Interamericana de Trabajadores el 25 de marzo en la que pedían al gobierno que respetara los convenios internacionales en la materia.

En una segunda comunicación en abril, la FSM incorporaba mayores detalles de la situación argentina, denunciaba que se había suspendido el derecho de huelga y que continuaban las intervenciones. Indicaba que las detenciones se habían ampliado e incorporaba un listado provisorio de ocho dirigentes en esa situación. Informaba asimismo de situaciones que iban más allá de Buenos Aires, como la detención en Córdoba de trabajadores metalúrgicos o las condenas dictadas por los consejos de guerra en las provincias.

A esta primera queja –que iría ampliándose– se añadía la realizada el 9 de abril por la Confederación Mundial del Trabajo (CMT) que pedía la intervención de la OIT y reclamaba la liberación de los sindicalistas y el restablecimiento de la libertad de asociación. Igualmente la CMT sumaba una lista de dirigentes detenidos y de sindicatos que se encontraban bajo intervención y denunciaba que a este escenario había que sumar una serie de represalias patronales. En junio añadía denuncias específicas (a la Compañía Ploghi de Córdoba o la General Motors de

6. Sobre los antecedentes de las relaciones internacionales del movimiento sindical argentino pueden verse entre otros Belloni Ravest (1969), Godio (1980), Godio y Wachendorfer (1986), Parcerio (1987), Alexander (2009) y Basualdo (2010).

7. De aquí en más todas las menciones sobre el caso sin indicación en contrario se basan en el trabajo realizado en el Archivo de la OIT en Ginebra, Suiza. Para su mejor identificación se utiliza la siguiente signatura propuesta por esta investigación: Archivo Organización Internacional del Trabajo, Caso 842, Comité de Libertad Sindical, n° de carpeta/año. Se propone como forma abreviada: A-OIT, C842, n° de carpeta/año. En el caso de esta cita corresponde: A-OIT, Caso 842, 1/1976.

Barracas) y protestaba contra la política de fijación de salarios difundida por el ministro Martínez de Hoz.

Siguiendo los mecanismos de la OIT, cada una de estas quejas fue informada al gobierno argentino, que envió el 20 de mayo su primer respuesta al organismo. En ella Martínez informaba a la OIT que las Fuerzas Armadas habían asumido la conducción del Estado para garantizar el cumplimiento de la justicia y el pleno respeto de los derechos humanos (un argumento que invertía la denuncia señalando a la “subversión” como responsable de la violación de los mismos). Anunciaba que se estaba llevando a cabo una reorganización nacional y que en ese contexto “se ha dispuesto que en adelante las organizaciones sindicales ajusten el ejercicio de sus funciones a la defensa de las legítimas aspiraciones de sus integrantes, evitando incursionar en áreas ajenas a su competencia”, señalando que “como primera etapa en el proceso de saneamiento de la actividad gremial –afectada también por el desorden, la corrupción y la subversión– y a los fines de reencauzarla en las vías del orden y la justicia, y siempre al servicio del interés nacional, fue suspendida transitoriamente, con excepción de la correspondiente a la administración interna de las entidades sindicales y a la de sus obras sociales” (ver A-OIT, Caso 842, 1/1976, *Carta de la Misión Permanente de la Rep. Argentina ante los Organismos Internacionales en Ginebra*).

A esa respuesta el gobierno militar adjuntaba la nueva Ley de Contratos de Trabajo y el discurso de Horacio Liendo del 1 de mayo e indicaba que había intervenido temporariamente 28 sindicatos sobre un total de 1.368, lo que era presentado como argumento a favor de la excepcionalidad de las medidas tomadas, pues representarían solo el 2,04% del total. Si bien la cifra de sindicatos indicada (1.368) es muy superior a otras más fiables que indican que las personerías activas para el año 1976 serían unas 1.100 (20% menos), la cifra de intervenciones dada por el gobierno militar era prácticamente correcta. Se señalan 28 cuando había 35 sindicatos y federaciones intervenidos entre el 24 de marzo y el 30 de abril 1976, y fueron intervenidos 13 más en el transcurso del mes de mayo.⁸ Téngase en cuenta que el total de intervenciones de 1976 fue de 88, excluyendo la CGT y sin contemplar la designación de “delegados normalizadores” (que elevaría el número a 101 pero fusionaría dos situaciones disímiles). Estos números difieren de los imprecisos “cientos” que se mencionan desde la década del 80 y difieren también de datos de elaboración reciente (Campos, 2008) demostrando que la indagación es aún necesaria para precisar datos que, impresionistas o mal contruidos, han alimentado la idea de que el funcionamiento

8. Datos de elaboración propia en base a las Resoluciones del Ministerio de Trabajo, 1976.

de los sindicatos fue cuasi nulo y que las intervenciones abarcaban al conjunto del movimiento sindical nucleado en la CGT.

El gobierno justificaba estos casos de intervención como respuesta a la corrupción sindical y con el mismo argumento sostenía el encarcelamiento y procesamiento judicial de algunos “prominentes” dirigentes. Declaraba, como cierre, que facilitaría informaciones suplementarias al Comité, algo que efectivamente sucedería.

Puede afirmarse que las respuestas del gobierno estaban orientadas a contener las quejas en Ginebra a sabiendas de que las mismas podían afectar su posición en los foros internacionales. Pero esa tarea no puede desvincularse de la importancia que tenía para la Junta la organización del escenario local, en el que los sindicatos –y la situación de la clase obrera en general– eran considerados elementos de máxima relevancia incluso cuando existían entre las fuerzas criterios disímiles sobre la cuestión.

Ahora bien, ¿cuál fue en ese contexto la actitud de la dirigencia sindical que había actuado hasta el 24 de marzo en la CGT ahora intervenida y que sabía de la presión que el gobierno estaba recibiendo en la OIT? Partamos de considerar que esa dirigencia no podía menos que intuir que en la estrategia gubernamental de instalación internacional eran un eslabón clave, lo que les aseguraba un espacio de protagonismo.

La contribución patriótica

Como se señaló, entre marzo y mayo de 1976 fueron en aumento las denuncias en Ginebra ante las que el gobierno presentó una primera respuesta. Además, el Ministerio de Trabajo informó que estaba participando en las reuniones del Consejo de Administración (previas a la Conferencia) por medio de su director de Asuntos Jurídicos. Las dos señales, la respuesta a las quejas y la participación preparatoria, revelaban la intención del gobierno, o al menos de un sector del mismo, de asistir a la Conferencia.

Pero como en las cuestiones de política interna, en el área de política exterior también se presentó tempranamente una ruptura entre “bandos” militares que separaba a quienes rechazaban el diálogo con las organizaciones políticas y sindicales –y, por ende, la participación en la OIT les parecía un contrasentido y hasta un riesgo– y quienes desde la fracción “politicista”⁹ veían en la participación la posibilidad de

9. Canelo señala que la fracción politicista era partidaria de un acercamiento con las organizaciones civiles “por considerarlas interlocutoras válidas” para superar el aislamiento del gobierno (Canelo, 2008: 59). Un referente de esta fracción era el propio ministro Liendo, cuyo estilo dialoguista ha sido ya señalado (Novaro y Palermo, 2003; Quiroga, 1994).

sacar ventajas que fortalecieran al “Proceso”. Las diferencias militares al respecto no tardaron en llegar a los diarios de circulación nacional, y un editorial del diario *La Nación* (17 de mayo de 1976) lo refleja. Allí se señalaba que el Ministro Liendo estaría considerando la agenda de la OIT y se indica que “no estaría decidida aún nuestra participación en razón del desacuerdo entre dos corrientes de opiniones” surgidas en el seno de las Fuerzas Armadas. Según el editorial, un ala sostendría que era mejor no participar “para evitar que la izquierda, especialmente la radicalizada (...) cuestione a nuestra delegación por los hechos institucionales que se sucedieron a partir del 24 de marzo último. Los problemas argentinos –se acotó– los debemos resolver los argentinos, aquí, en el territorio nacional”. El mismo editorial indicaba que la otra tendencia “juzga que nada debe temerse ni ocultarse ante cualquier requerimiento que pudiera formularse sobre la realidad imperante en estos días” y que el gobierno podría “demostrar” la justicia de las medidas tomadas interviniendo en Ginebra. La naturaleza del viaje además comprometía el acuerdo de al menos dos de las Fuerzas (del Ejército, a cargo del Ministerio de Trabajo y de la Marina, que tenía bajo su égida a la Cancillería).

Por si las impugnaciones externas fueran insuficientes, el editorial indica que el cuadro era más complejo aún porque cabía la pregunta sobre a quién habría de confiársele la representación sindical cuando “los mandatos de todos los dirigentes caducaron a raíz de una de las primeras medidas del actual gobierno. Claro, el impedimento es relativo” señala “pues todavía quedan dirigentes con facultades muy limitadas, pero dirigentes al fin”. El último apartado del editorial es aún más informativo de los debates y decisiones de aquellos meses. Destaca que el Ministerio de Trabajo, pese a las dificultades que supuestamente enfrentaba el gobierno, había dedicado su esfuerzo a enderezar la estructura sindical y restablecer el orden alterado “desde 1946”. Señalaba que para cumplir las metas del gobierno sería necesario introducir innovaciones en las leyes laborales, cambiar “la actitud mental” de los hombres que aspirasen a ocupar lugares sindicales, “sanear” las instituciones y “en resumen, revertir la conformación sindical”, algo que requería paciencia y no apresuramiento.

El 20 de mayo, tres días después de aquel editorial, la prensa informó que se había abierto el proceso de elección de delegados obreros para ir a la OIT. Los secretarios generales de los sindicatos se reunirían con el Estado Mayor y el coronel Pita (entonces interventor de la CGT), agrupados en seis grupos¹⁰ en los que no participarían los representantes de gremios intervenidos.

10. La conformación de estos grupos (también llamados “grupos operativos”) fue

La reunión fue la primera formal y colectiva entre el gobierno militar y los sindicalistas aunque hay que considerar que los encuentros fueron una constante desde marzo (especialmente con militares a cargo de empresas intervenidas, regionales de la CGT o de “zonas de actuación” militar). Así lo atestigua el encuentro entre el interventor de Encotel y los dirigentes del área (R. Baldassini por el FOECYT, A. Cuchetti de AATRA y H. Maffia por el Personal Jerarquizado) el 25 de marzo, o la convocatoria “ante requerimientos sindicales” del comandante de la subzona 51 (Bahía Blanca y alrededores) al día siguiente.¹¹ De mayor magnitud pero escasamente documentado es el plenario realizado en la Federación de Trabajadores de la Sanidad donde se constituyó una “comisión de enlace” de 64 sindicatos “autoconvocados para colaborar con la intervención de la CGT” (Senén González y Gallo, 1984: 59; notas personales de Senén González presentes en el Archivo del Sindicalismo Argentino, en la Universidad Torcuato Di Tella, y *Clarín*, 22 de mayo de 1976).

La reunión convocada por el gobierno constituía una primera oportunidad de expresar públicamente el juicio sindical sobre los sucesos desencadenados el 24 de marzo, y la masiva participación era en sí misma un indicador de la disposición al diálogo que se había manifestado en el plenario informal en Sanidad. Los dirigentes sin embargo decidieron no hacer declaraciones al ingresar al edificio de la intervenida CGT, y fue Liendo quien difundió el objetivo de la reunión: acordar con la dirigencia sindical la participación en la Conferencia. Los sindicalistas no objetaron ni el objetivo general de la reunión ni el mecanismo dispuesto, pero sí presentaron algunas divergencias sobre quiénes debían ser los enviados. De los seis grupos conformados, según informa la prensa, tres designaron su candidato a viajar a Ginebra en ese mismo momento (los grupos dos, tres y cinco) y los otros tres grupos pidieron un cuarto intermedio que les fue concedido y que cumplieron, elevando candidatos después de una segunda reunión (*Clarín* y *La Nación*, 27 de mayo de 1976).¹² Con 18 candidatos indicados y siguiendo el mecanismo dispuesto, Liendo

dispuesta por la intervención de la CGT para esta primera reunión y su existencia perduró en los años siguientes cuando se dispuso reunir a los sindicalistas. Un detalle de los integrantes que integraban cada grupo en 1976 puede verse en el Anexo que acompaña este artículo.

11. Servicio de Documentación e Información Laboral, editado por Leonardo Dimase, *Informe Laboral*, abril de 1976.

12. En uno de los grupos no hubo acuerdo en la designación de un representante para enviar a la OIT proponiéndose todos como candidatos pues todos se consideraban “igual de idóneos” (*La Nación*, 21 de mayo de 1976). Se trata del grupo 6, donde se encontraba la única mujer de la reunión (Cristina Arizaga, de la Unión de Artistas de Variedades).

seleccionó con Videla la comitiva sindical integrada por un representante titular, un suplente y los asesores de la delegación. Uno (según *La Nación*) o dos (según *Clarín*) de los seis grupos habría condicionado la designación de candidatos a un acuerdo con los militares sobre tres puntos: liberación de sindicalistas “que no tengan causa pendiente”,¹³ fin de la intervención de la CGT en un plazo de 180 días y devolución de los sindicatos (*La Nación*, 22 de mayo de 1976).

Esta posición, señalan ambos diarios, estaría vinculada al grupo “de los 8” asociado al peronismo antiverticalista¹⁴ y sería opuesta a la del grupo mayoritario autoconvocado en Sanidad, que estaba decidido a avanzar en la colaboración con el gobierno “sin hacer condicionamientos” (*Clarín*, 22 de mayo de 1976). Era ya público que este último grupo quiso mantener un contacto permanente con la intervención militar de la CGT “y hasta tuvo el propósito de proponer una comisión asesora para que colaborara con el delegado militar en la central obrera” (*La Nación*, 22 de mayo de 1976), algo que los militares rechazaron y que no convencía a algunos referentes de “los 8”. La impugnación central giraba en torno a las diferencias entre “los 8” y el sector dominante en la CGT y las 62 organizaciones que, decían, los había excluido y pecaba de “no consultar con los cuerpos orgánicos” antes de actuar (*Clarín*, 22 de mayo de 1976). Lo que pesaba era la disputa entre los grupos de la dirigencia sindical heredada del periodo anterior, disputa que se ponía en evidencia en las distintas tácticas de acercamiento –competitivas entre sí– de los sectores gremiales para con los militares. Es necesario señalar que había al menos un miembro de “los 8” en cada grupo de esa primera reunión, lo que muestra que el cuestionamiento no fue realizado en forma simultánea por todos ellos, aunque el grupo mantuvo su presencia como tal incluso cuando se integró en la denominada “Comisión de los 25” (Senén González y Gallo, 1984: 83-101).

Como se mencionó, el moderado condicionamiento de esos grupos se diluyó en los días siguientes pues todos designaron representantes ante escribano (y entre los propuestos aparecieron miembros vinculados al antiverticalismo), dándole una sólida apariencia democrática a la delegación sindical que sería la llave del éxito para la estrategia gu-

13. Un análisis de todo el período indica que cuando los dirigentes sindicales solicitaban “la libertad de sindicalistas” se referían, exclusivamente, a los dirigentes peronistas detenidos a disposición del Poder Ejecutivo y no a la detención de delegados de fábrica, miembros de comisiones internas y activistas. Hay excepciones muy puntuales a esta generalización.

14. El antiverticalismo surge asociado a Victorio Calabró (Antúnez, 2013). Aquí se lo refiere como agrupamiento dirigido principalmente por Donaires (papeleros). Ver entre otros Senén González (1971), Senén González y Gallo (1984), Zorrilla (1983), Fernández (1985).

bernamental en Ginebra. Lo cierto es que entre los dirigentes sindicales había diferencias, pero “ambas corrientes coinciden en la necesidad de alinear al movimiento obrero junto a las fuerzas armadas” (*Clarín*, 20 de mayo de 1976).

En la evaluación de lo sucedido Liendo manifestó que la reunión “revela de por sí una preocupación de los dirigentes sindicales por la participación del sector y del país en esa Conferencia” (*La Nación*, 22 de mayo de 1976). Lo mismo decía pocos días después el mismo diario señalando que la convocatoria “cumplió sus objetivos” pues no se aceptaron condicionamientos y se evidenciaba que los gremialistas “tienen plena conciencia de que irán a Ginebra conociendo el estado de emergencia que vivimos y la necesidad de explicar que habrán de sumarse al proceso de reorganización del país” (*La Nación*, 27 de mayo de 1976).

El primer encuentro público entre los dirigentes sindicales y los representantes del gobierno militar lo confirmaba, dejando en evidencia la voluntad de colaboración del sindicalismo ante la situación que enfrentaba el nuevo gobierno en la OIT. No escapaba ni a unos ni a otros el especial valor que adquiriría en ese marco la participación sindical, ni lo que implicaba la aceptación de la situación interna con un tácito consenso. Era una lectura lógica de lo sucedido y así lo reflejaba un nuevo editorial de *La Nación* indicando que “sin necesidad de hilar demasiado fino, debe pensarse que los dirigentes acudieron a la CGT porque están de acuerdo con las leyes del juego, esto es, con las pautas que quedaron trazadas a partir del 24 de marzo pasado. Implícitamente –puede puntualizarse– aceptaron los actos fundamentales del gobierno militar (...) Admitirán también que los problemas que nos aquejan deben dilucidarse y resolverse entre nosotros y no ser llevados a ningún foro internacional para su exposición ante extraños” (*La Nación*, 24 de mayo de 1976). No se equivocaba el editorialista, el consenso y la participación sindical tenía implicancias externas e internas y constituía un “tesoro” para la Junta al mismo tiempo que le permitía al Ministerio de Trabajo demostrar que su estrategia de diálogo había superado con éxito la primera etapa.

En tierras suizas

La prensa difundió las declaraciones sindicales realizadas en Ezeiza por R. Baldassini (el seleccionado como titular de la delegación acompañado por R. Valle como suplente y por R. Elorza, H. Barrionuevo, R. Valle, R.J. Pérez, Horvart y Demetrio Lorenzo como asesores), que afirmó que “la delegación argentina tiene ya tomada su posición para este evento internacional y va a hablar con absoluta realidad de lo que pasa en el país. Tenemos fe en que los problemas argentinos los solucionaremos

dentro de nuestras fronteras y, eventualmente, se va a pedir la solidaridad internacional en el supuesto de que nuestras fuerzas flaqueen o haya hechos manifiestos que hagan imposible o negativa la solución de los problemas nacionales” (*La Nación*, 1 de junio de 1976).¹⁵

Las declaraciones fueron más conciliadoras aún cuando Baldassini tocó suelo europeo. Allí indicó que “nuestro sector marginará reservas mentales y actuará con grandeza y auténtica vocación de integración nacional para lograr, como una contribución patriótica, la pacificación del país y el bienestar del pueblo” (*La Nación*, 14 de junio de 1976). En la evaluación posterior el sector sindical insistió en la idea dejando claro que los problemas argentinos se resolverían “entre argentinos” según informa *Clarín* (23 de junio de 1976) que habla del éxito y las expectativas del “Operativo Ginebra”.

La prensa indicó así las intervenciones de los representantes argentinos pero filtró un equívoco cuya valoración es interesante. Según los reportes (que han replicado con matices y algunos errores entre otros Abós, Fernández y, citando a éstos, muchos como Pozzi o Munck), Baldassini habría pedido por el “restablecimiento de las estructuras sindicales” y Liendo habría difundido las bases de la reorganización en marcha. En realidad estas declaraciones no se realizaron en la Conferencia anual (de la que quedan registros taquigráficos) sino en una conferencia paralela, la Conferencia Tripartita Mundial sobre Empleo, donde estaban excluidos los problemas de libertad y democracia sindical.

La decisión no puede haber sido casual. En la Conferencia anual se debatía el caso chileno y tenían voz las federaciones internacionales que cuestionaban la situación del país. Incluso figuraba acreditado como miembro por la Confederación Mundial de Trabajo Raimundo Ongaro¹⁶ (ver *Actas de la sexagésima primera reunión de la OIT*, OIT, 1977), cuyo rol en el armado del caso 842 es indubitable, esto asociado a la acción de denuncia en el exterior de los exiliados sindicales organizados en torno al Centro Sindical por los derechos de los trabajadores en Argen-

15. Las mismas se vieron tenuemente conmovidas por el secuestro de coronel Pita, sucedido el 30 de mayo cuando Liendo subía a su avión como representante del nuevo gobierno. Es presumible que el secuestro, que fue atribuido al Partido Comunista Maoísta Leninista (PCML), se haya realizado ese mismo día asociado a la visibilidad que tenía el viaje a la OIT aunque no hay investigaciones académicas sobre el mismo. En diciembre Pita huyó de su cautiverio y producto de su auto liberación fue ascendido a general (ver legajo personal, Archivo General del Ejército). Ante los hechos un numeroso grupo de dirigentes sindicales se entrevistó con el nuevo interventor de la CGT (Porcile) para expresarle “su satisfacción por la evasión protagonizada por el coronel Pita”, afirmando el repudio que profesan los trabajadores argentinos a la subversión (*La Nación*, 8 de diciembre de 1976).

16. Incorporando como espacio el internacional se evidencia el peso que tuvo la campaña obrera y sindical contra la dictadura en el exterior.

tina y Latinoamérica (CS), y el Colectivo de Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio (ver Parcero, Helfgot y Dulce, 1985; Basualdo, 2006; Dawyd, 2014).

La delegación sindical argentina no habló en la Conferencia, no remitió información alguna al Comité de Libertad Sindical ni realizó comunicaciones específicas sobre el tema al Director General o a otros activos miembros del caso, por el contrario se integró silenciosamente al trabajo en comisiones. El plan proyectado por el gobierno y asistido por los dirigentes sindicales resultaba así exitoso, lo que implicaba una señal de gran valor internacional indicando que se “recuperaba” un clima de “normalidad”.

Ahora bien, ¿cómo se explica que no hubiera otras quejas en el recinto por la situación argentina, cuando las mismas estaban ya formalizadas ante el Comité de Libertad Sindical y estaban presentes en el recinto al menos algunos de los destacados denunciadores? La respuesta se explica en parte por los mecanismos de la OIT (no había sobre esto un informe del Comité a la Asamblea producto de los tiempos necesarios para su inclusión)¹⁷ y en parte por la forma en la que se logró la acreditación de la delegación nacional y el peso que efectivamente tenía la “contribución patriótica” del sindicalismo en la coyuntura de instalación del “Proceso” ante los organismos internacionales.

Estando presentes los delegados sindicales “legítimos” y optando ellos por el silencio, la cuestión quedaba circunscripta a los tiempos y trámites del Comité de Libertad Sindical y en ese Comité el gobierno realizaba una estrategia de dilación y repregunta sobre cada persona o violación denunciada, usando todos los mecanismos existentes a su entero favor. Ningún sindicato argentino había expresado ninguna denuncia, preocupación o testimonio ante la Comisión ni antes de la Conferencia, ni durante la misma y sólo lo harían posteriormente sobre casos puntuales algunos sindicatos nacionales, pero no en 1976 (ver A-OIT, Caso 842, 1/1976, 1/1984).

La clave de la respuesta es entonces doble: la acreditación sindical “democrática” y el silencio de la delegación argentina permitieron que el “Proceso” no sufriera las consecuencias de la rápida reacción internacional que despertó. La actitud de la dirigencia sindical constituyó una deliberada muestra de apoyo al gobierno militar, no sólo por no expresar ninguna consideración sobre la situación del país ante la Asamblea anual sino por haberse mantenido al margen –e incluso hostiles– a todo lo relacionado con las denuncias tramitadas en el Caso 842. Su actitud no fue, insistimos, la de un disimulado colaboracionismo sino la de una

17. El primer informe sobre el caso se publicaría en 1977 (ver OIT, *Boletín Oficial*, vol. LX, 1977, serie B).

dirigencia políticamente formada (que había participado en forma casi continua en la OIT desde su fundación) que actuaba de acuerdo a sus posiciones e intereses.

En el balance gubernamental de la participación argentina todo fue festejo. Liendo habló de “la calidad de los enviados” y de la inobjetable representatividad sindical (*La Opinión, La Nación, Clarín*, 16 de junio de 1976) mientras que la prensa reiteraba al unísono la “coherencia” de todos los sectores. No era para menos, el gobierno militar había contenido con su alianza tripartita las críticas existentes por la situación represiva y sorteado con su presencia los cuestionamientos en marcha, algo posible sólo por la colaboración sindical tal y como se dio.

Finalizado el “operativo Ginebra” la contribución tuvo sus frutos. Los sindicatos realizaron una serie de nuevos plenarios en la CGT –siguiendo el esquema de grupos ya dispuesto– donde pudieron evaluar lo actuado y “deliberar” sobre las preocupaciones del momento: libertad de los dirigentes sindicales presos, cese de las intervenciones y esquema de participación en el “Proceso” (*La Nación y Clarín*, 1 de julio de 1977). El primer gesto de diálogo lo dio Liendo, que a días de su llegada comenzó una serie de reuniones con figuras destacadas del medio laboral (ex ministros, abogados y, finalmente, sindicalistas) para avanzar en la reforma de la ley sindical que permitiría la elecciones de delegados y comisiones internas en 1976 y de conducciones gremiales en 1977 (*Clarín*, 2 de julio de 1976).

Le retribución llegó a su punto máximo el 5 de julio, cuando la delegación tripartita se entrevistó en la Casa Rosada con el presidente de facto. En la entrevista con Videla, Baldassini destacó el trabajo intenso “en comisiones técnicas” y en la Conferencia sobre Empleo y expuso “el tema de la normalización sindical” ratificando las “aspiraciones” del sector sobre normalización de sindicatos y obras sociales, libertad de los presos y libre actividad sindical. Incluyó dos temas que no habían sido señalados por los sindicalistas y que “desaparecerían” de la agenda poco después de éste encuentro: los *cesantes* en la administración pública y la Ley de Contratos de Trabajo. Videla respondió que habría avances sobre las normas necesarias “en el momento oportuno” y les agradeció la misión cumplida. Al salir de la reunión Baldassini destacó que los sindicatos “serán un instrumento necesario para la reorganización nacional” (*La Nación y Clarín*, 6 de julio de 1976).

Unos días más tarde, el 12 de julio, el Poder Ejecutivo proclamó a pedido de Liendo una ley por la que suspendía la realización de actos eleccionarios y la celebración de asambleas y congresos en los sindicatos (ver Ley 21.356, *Boletín Oficial* del 27 de julio de 1976). A primera vista la ley podía interpretarse como un brusco giro en la política gubernamental con los sindicatos (y de hecho fue mencionada innumerables veces

de ese modo), pero una lectura atenta nos permite recuperar un matiz significativo. Con la ley, el Ministerio de Trabajo quedaba autorizado a prorrogar los mandatos de las Comisiones Directivas de los sindicatos y “*por otra parte*” a reemplazar trabajadores que se desempeñaban hasta entonces como delegados, miembros de Comisiones Internas o de sección en los lugares de trabajo. La “separación” dispuesta para el tratamiento de la dirigencia sindical y de la base obrera movilizaba cobraba fuerza de ley.

Hasta aquí hemos atendido las características que tuvo la actividad de la dirigencia nucleada en la CGT, o sea, de aquella identificada con el peronismo que hegemonizó la central desde su normalización en 1970 (Dawyd, 2010). Sin embargo para completar esta revisión es necesario señalar que un grupo de sindicatos “no confederados” desarrolló también en este periodo una enérgica actividad, especialmente porque vieron la llegada militar como una posibilidad para ocupar espacios que dejaría vacante “la limpieza de los sindicatos”. Esta actitud adoptaron los denominados 32 Gremios Democráticos bajo la dirección del radical Juan Carlos Brunetti, de la Asociación de Empleados de Despachantes de Aduanas. En mayo el agrupamiento expresó su disconformidad con la convocatoria a los gremios de la CGT para participar en la OIT, incluso cuando estaba en debate si habría un séptimo grupo para los no confederados –grupo que no se constituyó en ese momento pero que sí lo hizo después, para recibir el informe posterior de la delegación sindical¹⁸ (entre otras menciones, *La Nación*, 20 de mayo de 1976; *Clarín*, 8 de julio de 1976. Ver también la carpeta “1976” del Archivo Senén González ya mencionado).

Cuando producto del entendimiento en Ginebra todo indicaba que habría una nueva ley sindical para una relativamente rápida normalización, Brunetti acercó sus ideas a la Comisión de Asesoramiento Legislativo

18. De aquí el equívoco, común en la literatura, sobre si se reunieron seis o siete grupos en la reunión de mayo. El denominado “grupo 7” se reunió por primera vez el 6 de julio con algunos de los representantes que viajaron a Ginebra. Estaban presentes el Centro de Patrones de Cabotaje; Personal de la Dir. de Ferrocarriles; Centro de Comisarios Navales; el Sindicato de Empleados y Obreros de la Enseñanza Privada; de Feriantes del Gran Buenos Aires; de Jardineros; la Sociedad Argentina de Locutores; el Sindicato de Maestranza; de Obreros y Empleados del Mercado de Liniers y de Empleados de la Industria Cinematográfica. Estaban citados a este grupo pero no concurrieron a la reunión: Empleados de Agencias e Informes; Sindicato de Choferes de Automotores de Alquiler; de Empleados distribuidores de cinematógrafos; de Docentes Particulares; de Obreros y Empleados del Fibrocemento; de Obreros Lustradores de Calzado; de Obreros y Empleados del Mercado Nacional de Avellaneda; de Empleados Joyeros y Relojerías; la Asociación de Personal de Sanidad Ferroviaria; los Conductores Fusionados de la República Argentina y el Sindicato Obreros de la Industria Sanitaria.

(CAL) donde se trataba el tema. La misma tenía la forma de una declaración de la Junta Ejecutiva Nacional bajo el título de “Consideraciones sobre las modificaciones a la ley de asociaciones profesionales” y estaba fechada el 12 de julio de 1976 (ver documentos de la CAL en el Archivo General de la Nación). El documento exponía que era necesario asegurar el desenvolvimiento democrático de los sindicatos “propendiendo a acostumbrar a los trabajadores a ejercitar y recuperar los hábitos de coexistencia constructiva” inspirados “en las organizaciones obreras ejemplares de Alemania Occidental, Israel y Estados Unidos”. Instaba a la CAL además a que “ningún riesgo circunstancial influyera para que se perpetúe el verticalismo funesto que ha tenido la CGT” pues sostenía que el deber del momento era defenderse de las “acechanzas nazi comunistas [...] y del axioma totalitario”.

Este grupo, aunque se reunió posteriormente en la CGT y desarrolló una intensa actividad –empero siempre marginal– mantuvo posiciones muy críticas a Liendo por su diálogo “con los peronistas” y por lo que entendía como concesiones a un sector que debería erradicarse. Constituyen un sector con larga trayectoria en el mundo sindical argentino y poca representatividad, cuyos posicionamientos no pueden fundirse con los de la dirigencia sindical cegetista.

Consideraciones finales

La aproximación aquí realizada permite, en primer lugar, reafirmar la importancia que tuvo la participación en la OIT durante la instalación internacional del “Proceso” y la trascendencia de la misma como organizadora de las relaciones entre la dirigencia sindical y el gobierno militar en 1976. A lo largo del artículo se demuestra la fertilidad que tiene, aún hoy, reexaminar esa relación reabriendo un campo donde es necesaria una interpretación integradora.

Como se dijo, este trabajo cuestiona la imagen de una dirigencia sindical que enfrentó “como pudo” a un “corsé represivo” que impuso la “quietud sindical” hasta, por lo menos, 1979. Esa lectura, propuesta en principio por Abós pero ampliamente aceptada, exige a la dirigencia sindical asignándole a lo sumo la responsabilidad de haber actuado bajo el paradigma de un vago colaboracionismo propio de los diálogos corporativos de la década del 60.

Por el contrario, la participación en la OIT puede utilizarse como muestra y síntesis adecuada de la lectura que hizo la dirigencia sindical y de los objetivos prioritarios que articuló más o menos abiertamente en el primer año del gobierno militar. Esto a sabiendas de que la actitud de apoyo e integración en el proceso político no fue suficiente para encauzar “la cuestión sindical” y que las últimas semanas de diciembre verían

la ruptura de la concordia lograda. Se habían interpuesto en el entendimiento al menos tres situaciones que aquí no fueron contempladas pero cuya importancia no subestimamos: la persistencia del conflicto en la base obrera –especialmente de los sectores automotrices, donde había un fuerte retroceso en cantidad de puestos de trabajo (Schneider, 2000)–; las resistencias en el área del Estado a la aplicación de la Ley 21.476, por la que anulaban derechos obtenidos en negociaciones previas a 1976 –especialmente el impulso y despliegue del conflicto entre el gobierno y los trabajadores de las empresas de electricidad y su sindicato (Ghigliani, 2011)–, y el recrudecimiento de la interna militar que enfrentaba la estrategia de Liendo contra la de un sector “duro” que sostenía la necesidad de cortar vínculos con la dirigencia sindical peronista e impedir la actividad sindical siguiendo una aplicación rigida de las normas dispuestas hasta entonces (Novaro y Palermo, 2003; Canelo, 2008).

Pero nuestra evaluación no puede restringirse a los vaivenes posteriores que tuvo esa concordia y mucho menos a una “redención” de esa dirigencia por decisiones ulteriores. Por el contrario, hay que afirmar que la dirigencia sindical tuvo una aguda lectura política de la situación nacional e internacional que enfrentaba el gobierno en 1976 y actuó (lejos de toda quietud) articulando una moderada defensa de los sindicatos y en busca de una participación política nacional avalando la denominada “lucha contra la subversión”. Esto sin dejar de reconocer que ya en 1976 existieron disímiles tácticas de acercamiento –insistimos, competitivas entre sí– de los sectores gremiales para con los militares.

Anexo. Listado de sindicatos de los cinco grupos

GRUPO I

Sindicatos presentes: • Asoc. de Supervisores de la Industria Metalúrgica (Guillermo) • Asoc. Mutual y Gremial de Empleados de Escribanías (Carballo) • Fed. de Obreros y Empleados de la Industria Aceitera (Gaetini) • Fed. de Obreros y Empleados de la Industria del Papel (Donaires)* • Fed. de Peluqueros y Peinadores (Dorato) • Fed. de Trabajadores de Edificios de Renta y Horizontal (Fernández Alonso) • Fed. Obrera Cervecera (Barilache)** • Sindicato de Trabajadores Perfumistas (Ferrero) • Sindicato Único de Trabajadores del Espectáculo Público (Barin) • Sindicatos de Obreros y Empleados de Chacinados y Afines (Sotelo) • Unión de Trabajadores de Entidades Deportivas y Civiles (Bejar)** • Sindicato de Camioneros (Perez)** • Unión de Trabajadores del Calzado (Marchese)**

Sindicatos ausentes: • Asoc. de Agentes de Propaganda Médica • Fed. de Agentes Viales Unión de Trabajadores Sanitarios • Unión Personal de Casas Particulares

Sindicatos intervenidos: • Asoc. Bancaria • Unión Obrera Metalúrgica

GRUPO II

Sindicatos presentes: • Asoc. de Trabajadores de la Industria Lechera (Heiler) • Asoc. Obrera Minera (Ruiz) • Fed. de Trabajadores de Aguas Gaseosas (Rachini)* • Fed. de Trabajadores de Aguas Sanitarias de la Nación (Serpa)** • Fed. de Trabajadores Químicos (Valle)** • La Fraternidad (Cal) • Sindicato de Obreros y Empleados de la Educación y la Minoridad (Contreras) • Sindicato de Obreros y Empleados del Fósforo (Maldonado) • Sindicato Unico de la Publicidad (Cabrera) • Sindicato Unificado Barracas de Lana (Taglia)** • Unión de Trabajadores de Carga y Descarga (Cladera)

Sindicatos ausentes: • Fed. de Trabajadores de la Sanidad • Sindicato de Trabajadores del Automóvil Club Argentino

Sindicatos intervenidos: • Asoc. Obrera Textil • Unión Ferroviaria • Fed. Obrera Ceramista • Fed. Gremial del Personal de la Carne

GRUPO III

Sindicatos presentes: • Confederación de Empleados de Comercio (Carranza) • Confederación de Obreros y Empleados Municipales (Izzetta)* • Fed. Argentina de Trabajadores del Cuero (Negrete) • Fed. de Trabajadores Jaboneros (Nieto) • Fed. Obreros de la Industria del Vestido (Mico)** • Fed. Obreros del Tabaco (Loiacono)** • Fed. Sindical de Petroleros Privados (Martillotta) • Fed. Única de Viajantes (Diz Rey)** • Sindicato de Empleados del Tabaco (Dighon) • Sindicato del Seguro (Valle)** • Sindicato Obreros de Cementerios (Petrecca) • Unión Obrera Ladrillera (Chain) • Unión Personal de Fábricas de Pinturas (Zambelletti)

Sindicatos ausentes: • Sindicato de Trabajadores del Hielo • Sindicato de Empleados y Obreros de la Cinematografía • Unión Obrera Refractarios

Sindicatos intervenidos: • Sindicato Unidos Petroleros del Estado • Unión de Obreros y Empleados Municipales

GRUPO IV

Sindicatos presentes: • Asoc. de Capataces Estibadores Portuarios (Ávila) • Asoc. de Personal de Empresas de Seguridad e Investigadores Privados (Méndez) • Asoc. de Viajantes de Comercio (Estévez) • Circulo de Electricistas Navales (Venturini) • Fed. de Trabajadores Fideeros (Barrionuevo)** • Sindicato de Apuntadores Marítimos (Thompson) • Sindicato de Colchoneros (Nieto Maceiras) • Sindicato de Conductores de Taxi (García) • Sindicato de Obreros de Estaciones de Servicios y Garages (Martín) • Sindicato Obreros Marítimos Unidos (Massagatti)** • Unión Obrera Molinera (Soberano) • Unión Trabajadores Gastronómicos (Elorza)* - ** • Unión Tranviarios (Ríos)

Sindicatos ausentes: • Fed. Argentina de Empleados de Casinos • Fed. Personal de Vialidad Nacional • Sindicato de Guincheros de Puertos

Sindicatos intervenidos: • Fed. de Sindicatos Unidos Portuarios Argentinos • Sindicato de Obreros Navales • Unión Obrera de la Construcción

GRUPO V

Sindicatos presentes: • Asoc. de Empleados de la Industria del Vidrio (Millán) • Asoc. de Empleados de la Protección a la Aeronavegación (Dominguez) • Asoc. de Trabajadores del Estado (Horvart)** • Fed. Argentina de Personal de la Aeronáutica (Beotegui) • Fed. Argentina de Trabajadores Rurales (Corredera) • Fed. Obreros y Empleados Vitivinícolas (Petrich) • Futbolistas Argentinos Agrupados (Tasdivo) • Sindicato de Obreros de la Industria del Vidrio (Castillo)*- ** • Sindicato Único del Neumático (Serrano)** • Unión de Obreros y Empleados Plásticos (Brum) • Unión Sindicatos Industria Maderera (Di Santos)

Sindicatos ausentes: • Asoc. Argentina de Aeronavegantes • Sindicato de Jaboneros • Unión de Recibidores de Granos***

Sindicatos intervenidos: • Fed. Argentina de Trabajadores de Prensa • Sindicato de Mecánicos del Transporte Automotor • Unión de Personal Civil de la Nación • Unión Docentes Argentinos

GRUPO VI

Sindicatos presentes: • Asoc. Argentina de Actores (Rivera López)** • Asoc. Argentina de Telegrafistas, Radiografistas y Afines (Prado)** • Fed. Argentina de Personal de Panaderías (López)** • Fed. Argentina de Trabajadores de Imprenta (Marano)** • Fed. de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones (Baldassini)** • Fed. de Obreros y Empleados Mosaístas (Cardozo)** • Fed. de Trabajadores de la Alimentación (Lorenzo)** • Fed. de Trabajadores del Turf (Cocimano)** • Fed. del Personal Jerárquico de Encotel (Maffia)** • Fed. Obreros del Caucho (Borda)** • Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre (Gómez)** • Sindicato Argentino de Televisión (Ferreddás Campos)** • Sindicato de Empleados Textiles (Amono)** • Unión de Artistas de Variedades (Arizaga)** • Unión Obreros Tintoreros (Blanco)**

Sindicatos intervenidos: • Fed. de Obreros y Empleados Telefónicos • Fed. de Trabajadores de Luz y Fuerza • Fed. del Personal de Gas del Estado • Fed. Tucumana de la Industria del Azúcar

* Miembros del agrupamiento “Grupo de los 8”.

** Propuestos para participar de la OIT.

*** La Unión de Recibidores de Granos y Anexos de la Republica Argentina, que se consignaba en la prensa como “ausente”, se encontraba en realidad en proceso de “normalización” por Resolución n° 87 del Ministerio de Trabajo del 20 de abril de 1976. Fuente: Elaboración propia.

Bibliografía

Abós, Alvaro (1984), *Las organizaciones sindicales y el poder militar*, Buenos Aires: CEAL.

Alexander, Robert J. (2009), *International Labor Organizations and Organized Labor in Latin America and the Caribbean: A History*, Santa Barbara: ABC-CLIO.

- Antúnez, Damián (2013), “El gobierno bonaerense de Victorio Calabró: entre la intervención federal y el golpe de Estado”, *PolHis: Boletín Bibliográfico Electrónico*, 6 (12): 174-193.
- Basualdo, Victoria (2006), “La participación de los trabajadores y sindicalistas en la campaña internacional contra la última dictadura argentina”, *Sociedad*, 25: 197-222.
- (2010), “The ILO and the Argentine Dictatorship (1976-1983)”, en Jasmin van Daele (ed.), *ILO Histories Essays on the International Labour Organization and Its Impact on the World during the Twentieth Century*, Berna-Nueva York: Peter Lang.
- Belloni Ravest, Hugo (1969), *El sindicalismo argentino en la Organización Internacional del Trabajo*, Buenos Aires: s/d.
- Brennan, James P., y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde: el cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: De la Campana.
- Campos, Luis (2008), “Estado y sindicatos: un análisis de sus relaciones a partir de los mecanismos de regulación y la conformación de la estructura sindical en Argentina (1943-1988)”, tesis de Maestría, FLACSO Argentina.
- Canelo, Paula (2008), *El Proceso en su laberinto: la interna militar de Videla a Bignone*, Buenos Aires: Prometeo.
- Dawyd, Dario (2010), “Sindicatos y política en Argentina, 1968-1970. De la división a la fractura del peronismo”, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Red de Estudios sobre el Peronismo (en línea).
- (2014), “Raimundo Ongaro, dirigente sindical. Trayectoria de un peronista combativo en contextos de hostilidad (Argentina, 1966-1983)”, *Abordajes. Revista de Trabajo Social*, 2 (1).
- Delich, Francisco (1982), “Después del diluvio, la clase obrera”, en Alain Rouquié, *Argentina, hoy*, México: Siglo Veintiuno.
- Fernández, Arturo (1985), *Las prácticas sociales del sindicalismo: 1976-1982*, Buenos Aires: CEAL.
- Ghigliani, Pablo (2011), “El conflicto de Luz y Fuerza de 1976-1977: ensayo de interpretación”, en *IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria*.
- Godio, Julio (1980), *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Caracas-México: Nueva Sociedad-Nueva Imagen.
- y Achim Wachendorfer (1986), *El sindicalismo internacional en América Latina*, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.
- Guest, Iain (1990), *Behind the Disappearances: Argentina's Dirty War against Human Rights and the United Nations*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Novaro, Marcos, y Vicente Palermo (2003), *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires: Paidós.
- Parcerio, Daniel (1987), *La CGT y el sindicalismo latinoamericano: historia crítica de sus relaciones desde el ATLAS a la CIOSL*, Buenos Aires: Fraterna.
- , Marcelo Helfgot y Diego Dulce (1985), *La Argentina exiliada*, Buenos Aires: CEAL.

- Pozzi, Pablo, y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas: izquierda y clase obrera, 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Quiroga, Hugo (1994), *El tiempo del "proceso": conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, Rosario: Fundación Ross.
- Schneider, Alejandro (2000), «Ladran Sancho...». Dictadura y clase obrera en la zona norte del Gran Buenos Aires», en Hernán Camarero y Pablo Pozzi (eds.), *De la Revolución Libertadora al menemismo: historia social y política argentina*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Senén González, Santiago (1971), *El sindicalismo después de Perón*, Buenos Aires: Galerna.
- y Ricardo Gallo (1984), *Diez años de sindicalismo argentino, de Perón al proceso*, Buenos Aires: Corregidor.
- Zorrilla, Rubén (1983), *El liderazgo sindical argentino: desde sus orígenes hasta 1975*, Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Zorzoli, Luciana (2015), «La normativa sindical entre la dictadura y el alfonismo, propuesta de sistematización», en Alejandro Schneider y Pablo Ghigliani (eds.), *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, Buenos Aires: Imago Mundi.

* * *

Título: "Operativo Ginebra". The union leadership facing the international system of military dictatorship

Resumen: El artículo analiza los posicionamientos de la dirigencia sindical en el contexto de instalación internacional del gobierno militar considerando especialmente la participación argentina en la Organización Internacional del Trabajo (OIT). En esta revisión se refutarán empíricamente los análisis que sostuvieron que la actividad sindical se vio suspendida por la magnitud de la represión y de las intervenciones contra las organizaciones obreras. Por el contrario se pondrá en evidencia la intensa actividad desplegada por la dirigencia sindical peronista en 1976, y se analizarán sus posicionamientos y expectativas en torno al gobierno de facto.

Palabras clave: Sindicatos – dictadura militar – Organización Internacional del Trabajo (OIT)

Abstract: This paper analyse the different political strategies adopted by the trade union leadership in the context of the international installation of the 1976 military government, with special attention to what has happened at the ILO Annual Conference. Empirical evidence against the idea that trade unions activity was "suspended" as a consequence of repression and interventions of working class organisations will be shown. On the contrary the paper shows that there was intense activity by peronist trade union leadership in 1976 and it will analyse its expectations and public statements regarding the military government.

Keywords: Unions – Dictatorship – International Labour Organization (ILO)

Recepción: 10 de octubre de 2015. **Aprobación:** 20 de febrero de 2016.

El reposicionamiento de la burocracia sindical en el ocaso del “Proceso” (julio de 1982-diciembre de 1983)

Leandro Molinaro

(Facultad de Filosofía y Letras, UBA) - leandromolinaro@gmail.com

Introducción

El siguiente trabajo aborda el proceso de normalización sindical entre julio de 1982 y diciembre de 1983, durante el tramo final de la última dictadura militar. Analizamos el devenir de las antiguas conducciones gremiales que buscaban recuperar el control de sus organizaciones intervenidas por el Estado a nivel nacional, en su mayoría tras el golpe de Estado de 1976. Nos enfocamos en tres casos relevantes: la Asociación Bancaria (AB), la Unión Ferroviaria (UF) y el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Planteamos que en estas organizaciones el proceso de normalización sindical surgió como producto de una negociación entre las cúpulas desplazadas y el último gobierno militar. Asimismo, estos acuerdos estuvieron relacionados con la paralización de un gran número de conflictos impulsados desde las bases para enfrentar despidos, la devaluación del salario real y otras conquistas arrasadas en los tiempos del “Proceso”. Desde nuestra perspectiva, la elección de estas organizaciones laborales se debe fundamentalmente a dos razones: en primer lugar, estos gremios contaban con una tradición combativa en las décadas anteriores, siendo blanco predilecto de la represión estatal durante los gobiernos peronistas y la posterior dictadura militar. La segunda razón reside en que una gran parte de los conflictos entre capital y trabajo ocurrió en estos gremios, mientras se efectuaban negociaciones entre las antiguas cúpulas gremiales y el gobierno militar por una normalización acorde a sus intereses. En términos geográficos, centramos nuestra investigación en Capital Federal y Gran Buenos Aires (GBA) debido a que en esas zonas se produjeron una vasta cantidad de medidas de fuerza que impactaron en el comportamiento de las antiguas dirigencias de estos sindicatos a nivel nacional.

La normalización sindical ya ha sido abordada en otras oportunidades

por la historiografía: Héctor Palomino (1985), Ricardo Gaudio y Horacio Domeniconi (1986), Carla Sangrilli (2010) y Luciana Zorzoli (2015) refieren a este proceso a nivel nacional, mientras que Judit Kohan (1993) describe el fin de las intervenciones militares en la región de Rosario, San Lorenzo y Villa Constitución. Todas estas obras permiten observar diferentes matices del proceso de normalización en diferentes gremios y distintas regiones del país, aunque se centran en el desenvolvimiento de las dirigencias sindicales y de la conducción estatal.¹ Desde una perspectiva diferente a estos trabajos, intentamos analizar el proceso de normalización incorporando la actuación de las bases. Sostenemos que no puede entenderse el fin de las intervenciones militares de los sindicatos por fuera de la dinámica de la lucha de clases. Por lo tanto, nuestro principal objetivo reside en describir los rasgos de las disputas de los trabajadores bancarios, ferroviarios y automotrices contra las patronales y el Estado con el fin de relacionarlos con la actuación de las antiguas cúpulas gremiales en su búsqueda de retomar la conducción de estos sindicatos.

Algunas consideraciones generales sobre el proceso de normalización sindical

El movimiento obrero se opuso a lo largo de la dictadura a la ofensiva patronal y estatal llevada a cabo a partir del golpe de Estado de 1976. Como señalan entre otros autores Pablo Pozzi (2008) y Alejandro Schneider (2000), el proletariado inició esta resistencia de forma fragmentaria, desde sus lugares de trabajo. A partir de 1978 las conducciones sindicales, tanto a nivel regional como nacional, estuvieron presentes en los conflictos con el fin de institucionalizar la oposición y descontento hacia el régimen (Schneider, 2000: 239, 240). Los principales nucleamientos dirigenciales de este período fueron la Comisión Nacional de los 25 y la Comisión Nacional de Trabajo (CNT). La Comisión de los 25 se formó en marzo de 1977 y en noviembre de 1980 impulsó la refundación de la CGT encabezada por el cervecero Saúl Ubaldini (que recibiría el nombre de CGT Brasil por la calle porteña donde se encontraba su sede), contando con el apoyo de las 62 Organizaciones. Su aparición enfrentaba la expresa prohibición estatal a cualquier confederación de tercer grado, tal como quedaba establecido en la Ley 22.105 de Asociaciones Gremiales

1. Otros dos autores abordaron esta temática pero tomando sólo los primeros años del gobierno de Alfonsín: Juan Massano (2012, 2015) analiza el intento de redefinición en la relación entre Estado y organizaciones sindicales durante los primeros años del gobierno de Alfonsín; mientras que Mónica Gordillo (2013) parte de la categoría teórica “democratización sindical” para estudiar los proyectos de normalización gremial existentes durante ese mismo gobierno.

(sancionada el 15 de noviembre de 1979). Debido a su postura crítica hacia el régimen castrense esta central era considerada por un sector de la opinión pública como el ala “combativa” del movimiento sindical. En particular, sus miembros que formaban parte de la Comisión de los 25 recibían la denominación de “ultraduros”.² Por su lado, la CNT conformó la CGT Azopardo durante el conflicto bélico en Malvinas (Godio, 1991: 345-360). Esta central mostraba un tono conciliador hacia la dictadura militar. A pesar de sus diferentes posturas, ambas confederaciones llevaron adelante en simultáneo tres huelgas generales.

La finalización de la guerra de Malvinas abrió un contexto signado por un clima de protesta social, siendo el movimiento obrero uno de sus principales protagonistas. Como intento de contención de esta conflictividad, el último gobierno militar buscó abrir canales de negociación con las conducciones sindicales. El presidente de facto, Reinaldo Bignone, quien arribó al gobierno tras la derrota militar en el Atlántico sur, carecía de consenso social para llevar a cabo una represión profunda contra el movimiento obrero como la acontecida en los años previos. Además, en los hechos, se encontraba incapacitado para aplicar la Ley de Seguridad Industrial que prohibía toda medida de fuerza. Por lo tanto, apeló a dos tácticas que involucraban a las dirigencias gremiales. La primera de ellas consistió en implantar de forma regular la llamada Ley de Conciliación Obligatoria, en especial ante conflictos impulsados por las bases que no podían o no querían ser contenidas por las dirigencias sindicales.³ Esta intervención estatal suponía un arbitraje que obligaba a las partes a retrotraerse a la situación previa al inicio de la disputa. Significaba un intento de dejar en suspenso un conflicto, dando un espacio de negociación al Ministerio de Trabajo con las dirigencias gremiales y las patronales involucradas, accediendo a que los empresarios restablecieran el funcionamiento de la empresa en litigio con sus trabajadores.⁴ El empleo de esta norma era parcial ya que el gobierno permitía a la

2. Como ejemplo sobre la denominación como “ultraduros” de la Comisión de los 25, véase *La Nación*, 21 de febrero de 1983, p. 6, y 28 de febrero de 1983, p. 6.

3. La ley de “Resolución de Conflictos Colectivos de Trabajo” fue sancionada durante el gobierno de Arturo Frondizi (Ley 14.786, 9 de enero de 1959). Más tarde fue modificada por el gobierno militar de Juan Carlos Onganía (Ley 16.936, 26 de agosto de 1966), cuyo artículo 9 disponía que si un trabajador no cumplía con el laudo estatal podía ser despedido con causa por la patronal. Durante el tercer mandato de Juan Domingo Perón fue realizada una variación a esta norma, eliminando su fecha de caducidad que originalmente tenía vigencia hasta el 31 de diciembre de 1967 (Ley 20.638, 11 de enero de 1974).

4. El primer caso donde observamos la aplicación de esta norma durante el período estudiado ocurrió en el conflicto por despidos acontecido en la empresa autopartista Di Loreto en julio de 1982. *Crónica* (1era. edición), 15 de julio de 1982, p. 6.

burguesía incumplir con su parte. Por lo general, no se retornaba a la situación previa a la disputa. En este espacio ganaban importancia las agrupaciones dirigenciales de los gremios ya que eran los representantes legales de los obreros en pugna, incluso en los casos de los sindicatos intervenidos donde, en muchos casos, la conducción de la seccional o la regional (no intervenidas) actuaban como interlocutor en el Ministerio de Trabajo. Los dirigentes podían usar estos conflictos como forma de presión para obtener beneficios propios. Precisamente, la otra táctica gubernamental consistió en impulsar la normalización sindical para dar respuesta a la presión de las antiguas conducciones expulsadas de la dirección de sus gremios en la década anterior.⁵ A cambio de ello, el gobierno esperaba que los sectores dirigenciales aplacaran la ebullición que provenía de las bases.⁶ Incluso, fracciones de la clase dominante se mostraban a favor de la devolución de los sindicatos a los viejos dirigentes. Ello se evidenciaba en julio de 1982 cuando la cúpula de la Unión Industrial Argentina (UIA) solicitó al ministro de Trabajo de Bignone, Héctor Villaveirán, la normalización sindical para tener interlocutores válidos con los cuales negociar diferentes problemáticas.⁷

El gobierno recién llevaría a la práctica esta medida un tiempo después en una coyuntura de conflictos y anuncios de medidas de fuerza por parte de las dos centrales sindicales en septiembre de 1982. Tras un acuerdo con la dirigencia de la CGT Azopardo, que suspendió a último momento una huelga general anunciada para el 22 de ese mes, el Ministerio de Trabajo notificó que serían formadas comisiones normalizadoras en todos los sindicatos intervenidos tanto a nivel nacional como regional.⁸ Para ese entonces, existían 134 organismos sindicales intervenidos. En la mayoría de los casos, la formación de comisiones transitorias ahondó las luchas facciosas entre nucleamientos dirigenciales al interior de los gremios, las cuales se entrecruzaban con las disputas por espacio de poder entre la CGT Brasil y la CGT Azopardo. También tuvo repercusiones en la competencia electoral a nivel nacional entre la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ).⁹

5. Los intentos de iniciar una normalización sindical habían comenzado tiempo atrás de forma tenue durante el gobierno del general Leopoldo Galtieri, aunque este proceso se vio interrumpido rápidamente por el desembarco militar en las Malvinas (Sangrilli, 2010: 154, 155; Zorzoli, 2015: 157).

6. No obstante, vale aclarar que este proceso no fue homogéneo. Existen indicios de experiencias en las cuales las bases sindicales tuvieron participación en las comisiones transitorias, aunque las mismas deben ser indagadas en profundidad.

7. *La Nación*, 14 de julio de 1982, p. 9.

8. *Crónica* (1era. edición), 23 de septiembre de 1982, p. 9.

9. El candidato presidencial por la UCR, Raúl Alfonsín, denunció la existencia de un supuesto pacto militar-sindical. Involucró a miembros de la jerarquía castrense con

Estas confrontaciones en la superestructura no pueden apartarnos de nuestro objetivo de destacar la lucha de los trabajadores en algunos de los sindicatos intervenidos como factor fundamental para comprender la importancia de la normalización tanto para las antiguas cúpulas sindicales como así también para los empresarios y el gobierno castrense. A continuación intentaremos demostrar esto último en los casos de la Asociación Bancaria, la Unión Ferroviaria, y el SMATA, tres sindicatos intervenidos militarmente donde predominaba un fuerte nivel de conflictividad y una tenaz resistencia de las bases.

Lucha y normalización en el sindicato bancario

La Asociación Bancaria había sido intervenida militarmente a nivel nacional luego del golpe de Estado. Hasta la interrupción del régimen constitucional su secretario general había sido Juan Ezquerria. Luego de la intervención, la figura de Ezquerria resultó opacada por el peronista Juan José Zanola (secretario de prensa de la Bancaria hasta 1976) quien retornó al sindicato en 1977 como asesor de diferentes interventores militares. Luego de la guerra de Malvinas, las diferentes tendencias internas se volcaron a reclamar por la normalización como ocurriera en otros gremios en similar situación. Zanola tejió una alianza, el Movimiento Nacional Bancario - Lista Blanca, con trece agrupaciones que incluía representantes de la CGT Brasil y la CGT Azopardo (aunque no adhería oficialmente a ninguna de estas centrales) y diferentes nucleamientos de la UCR con presencia en el gremio (como la representada por el dirigente porteño Juan José Tejerina). Más tarde incluiría a la agrupación Sumando, representante del Partido Comunista (PC) en el gremio.¹⁰ Zanola también contaba con el apoyo de las 62 Organizaciones. Su aliado Tejerina ostentaba la máxima autoridad de la seccional Buenos Aires (Capital Federal y GBA) que contaba con la mayoría de los afiliados a la AB.¹¹ Este frente gremial pactó con el gobierno militar la formación de una comisión transitoria normalizadora (19 de noviembre de 1982), encabezada por Zanola.¹² Esta negociación no estuvo exenta de presiones y conflictos que se enraizaban con demandas de los tra-

sindicalistas peronistas con peso en la estructura partidaria del PJ como Lorenzo Miguel, Rogelio Papagno y Herminio Iglesias (*La Nación*, 26 de abril de 1983, p. 8).

10. El PC, en un principio, fue crítico del bloque formado por Zanola. En junio de 1983 dio un giro de 180 grados: para las elecciones nacionales del gremio se integró a la Lista Blanca. *Qué Pasa*, n° 118, 25 de mayo de 1983, p. 9; *Qué Pasa*, n° 123, 29 de junio de 1983, p. 6.

11. *Solidaridad Socialista*, n° 36, 4 de agosto de 1983, p. 7.

12. *Crónica* (1era. edición), 23 de noviembre de 1982, p. 6.

bajadores. En los días anteriores al acuerdo, la seccional Buenos Aires impulsó reclamos en busca de recuperar conquistas perdidas en los años previos. El 5 de noviembre de 1982, “día del bancario”, aproximadamente un millar de empleados se movilizaron frente al Ministerio de Trabajo para exigir una normalización democrática, la unificación del sueldo inicial en todos los bancos, la vigencia del convenio colectivo y la Ley de Estabilidad Bancaria. Esta presión sería utilizada por la dirigencia para negociar con el Poder Ejecutivo, al menos el primer punto del reclamo.

Para completar este proceso la comisión transitoria convocaría a elecciones del gremio en todo el país para julio de 1983. El armado electoral resultaba una muestra del control de la dirigencia sobre la organización sindical. Contando con la aprobación del Ministerio de Trabajo, designó una junta electoral compuesta sólo por miembros de la Lista Blanca. Ello generó críticas de las agrupaciones de izquierda presentes en el gremio, principalmente del Movimiento Al Socialismo (MAS) y el Partido Obrero (PO),¹³ los cuales tildaron al proceso electoral de fraudulento y llamaron a no participar de los mismos.¹⁴ Además, sólo se elegirían los miembros del Consejo Directivo (máximas autoridades del sindicato) para que, luego, este último reglamentara los comicios de las organizaciones internas de cada entidad bancaria.¹⁵ Es decir, se buscaba que las elecciones de los organismos de base fuesen dirigidas y controladas desde la cúpula.

A pesar del cronograma electoral establecido por los normalizadores, durante 1983 fueron llevadas a cabo asambleas para constituir organizaciones internas en buena parte de las entidades bancarias de Capital Federal y GBA,¹⁶ principalmente en momentos de conflictos impulsados “desde abajo”. No obstante, la conducción transitoria gremial intentó intervenir en el proceso en aquellos lugares de trabajo donde las elecciones no convergían con sus intereses.¹⁷

En el mes de julio debían realizarse las elecciones pero fueron suspendidas por disputas intraburocráticas. Una disposición del poder judicial hizo lugar a una presentación realizada por Ezquerra. El diri-

13. La agrupación Política Obrera, fundada en 1964, se constituyó como Partido Obrero en diciembre de 1982.

14. *Solidaridad Socialista*, n° 33, 14 de julio de 1983, p. 7.

15. *Qué Pasa*, n° 118, 25 de mayo de 1983, p. 9.

16. En los inicios de 1983 fueron elegidos delegados en los bancos Nación, Bank of América, Caja de Ahorro, Credicoop, INSSB, Quilmes. *Qué Pasa*, n° 118, 25 de mayo de 1983, p. 9.

17. Así ocurrió en el Banco Crédito Argentino y en la Caja de Ahorro en donde el MAS, en el primer caso, y el PO, en el segundo, contaban con activistas opositores a la cúpula sindical. *Solidaridad Socialista*, n° 13, 17 de febrero de 1983, p. 2; *Prensa Obrera*, n° 19, 8 de junio de 1983, p. 3.

gente denunció que ex integrantes de la comisión normalizadora, luego de renunciar para poder presentarse como candidatos, habían seguido actuando administrativamente firmando cheques para desviar fondos y así financiar la campaña de la Lista Blanca.¹⁸ El último secretario general del gremio paralizó lo que se convertiría en el seguro triunfo de Zanola. Diferentes tensiones se fueron acumulando: la suspensión de las elecciones, las internas en el grupo dirigencial y entre la conducción de la normalizadora y agrupaciones opositoras con presencia en algunas organizaciones de base. Todo ello sumado a los reclamos de las bases sin respuesta de las patronales (ya sean organismos estatales o privados) ni de la dirigencia de la Bancaria en una coyuntura de creciente inflación. Este coctel explosivo generaría un gran conflicto a desarrollarse entre los meses de julio y septiembre. Empleados de diferentes bancos impulsaron paros en muchos lugares de trabajo, principalmente para reclamar aumentos salariales.¹⁹ Tenemos registro que en la mayoría de las entidades en pugna estas decisiones fueron tomadas en asambleas con amplia participación donde, además, surgían delegados, en su mayoría jóvenes sin experiencia gremial y con diversas orientaciones políticas, que se agregaban a las organizaciones internas ya existentes.²⁰ Estas últimas funcionaban con mandato prorrogado desde los inicios del “Proceso” y en su mayoría respondían al zanolismo. En otros casos, los nuevos representantes constituyeron una estructura gremial inexistente desde el golpe de Estado de 1976. El PC calculaba que habían sido elegidos 700 nuevos delegados durante el desarrollo de esta lucha.²¹

La principal exigencia por aumentos salariales en diferentes bancos intentó ser canalizada por la seccional Buenos Aires. Impulsó una movilización al Ministerio de Trabajo, agregando a este reclamo la exigencia

18. *La Nación*, 18 de julio de 1983, p. 6.

19. Vislumbramos conflictos en las siguientes entidades: Nación, Ciudad, Ganadero, Caja de Ahorro, Crédito Argentino, Boston, Santurce, Tokyo, Shaw, de Italia y Río de la Plata, Galicia, Casa Cooperativo Limitado, Banco Europeo para América Latina (BEAL), Cooperativo de Caseros, Popular Argentino y Tornquist. También se sumaron otras provincias con la adhesión de filiales de las casas centrales porteñas y bancos provinciales como en Córdoba y Santa Fe.

20. Aunque pareció ser una consecuencia “natural” de la lucha y primaba una heterogeneidad política en los nuevos delegados, en estos conflictos tuvieron influencia las agrupaciones de izquierda con presencia minoritaria en el gremio (especialmente, el MAS y el PO), las cuales alentaban la organización de las bases para enfrentar a la patronal y, también, a la dirigencia sindical que, desde sus perspectivas, en lugar de encabezar estos reclamos, buscaba frenarlos. *Prensa Obrera*, n° 2, 28 de diciembre de 1982, p. 4; *Solidaridad Socialista*, n° 13, 17 de febrero de 1983, p. 2.

21. *Qué Pasa*, n° 130, 17 de agosto de 1983, pp. 4, 5.

del levantamiento de la suspensión de las elecciones gremiales.²² Como respuesta lograron que las patronales de las entidades en conflicto ofrecieran ajustes salariales, aunque en algunos casos los bancarios no estuvieron de acuerdo con la propuesta y siguieron en conflicto. Los directivos preferían ceder a los reclamos por el temor a que la lucha englobara al gremio en su totalidad. Para evitar esto último, apelaron al gobierno militar y a la dirigencia de la Bancaria. Ante esta ola de huelgas, el 29 de julio el Ministerio de Trabajo dictó la conciliación obligatoria, la cual fue acatada por la dirección de la seccional Buenos Aires.²³ Este espacio de negociación presentaba beneficios tanto para las patronales como para el gobierno y la conducción gremial. Los primeros dos actores obtenían una paralización de las medidas de fuerza. La Lista Blanca podía, por un lado, aspirar a arrancarle a los militares un aumento salarial, reposicionándose frente a las bases, las cuales ejercían una fuerte presión sobre su dirigencia para que declararan una huelga nacional. Por otro, era vital para este sector predominante de la Bancaria negociar en los despachos de la cartera laboral el levantamiento de la suspensión de las elecciones. El Ministerio de Trabajo constituyó una comisión técnica consultiva en donde se discutirían los aumentos salariales entre la seccional Buenos Aires, encabezada por José Tejerina, y las patronales bancarias. Para ello, la conducción sindical llamó a un plenario compuesto por delegados con mandato prorrogado que apoyaban esta postura conciliadora, dejando afuera a los representantes bancarios elegidos durante los últimos meses.²⁴

Si bien el arbitraje estatal paralizó en gran parte el conflicto, en algunos bancos fue desobedecido, continuando con medidas de fuerza.²⁵ Frente a esta situación, la cúpula sindical osciló entre intimidar a delegados opositores a la Lista Blanca y desconocer, en algunos tramos, la conciliación obligatoria dictada, llamando a paros y movilizaciones.²⁶ El conflicto entró en su recta final en agosto cuando la seccional Buenos Aires terminó por definirse a favor de la oferta de aumento de haberes por parte la Asociación de Bancos Privados de Capital Argentino (ADE-

22. *Crónica* (1era. edición), 22 de julio de 1983, p. 6.

23. Esta seccional asumió la representación de todas las seccionales del país en este espacio de negociación salarial debido a la acefalia en la que se encontraba el sindicato por la suspensión de los comicios.

24. *Crónica* (1era. edición), 30 de julio de 1983, p. 7; *Solidaridad Socialista*, n° 36, 4 de agosto de 1983, p. 7.

25. Por ejemplo, en los bancos Ciudad, Comercial del Norte, Tokyo, Italia y Río de la Plata, Federal y Beal. *Crónica* (1era. edición), 2 de agosto de 1983, p. 8; *Crónica* (1era. edición), 4 de agosto de 1983, p. 8.

26. *Crónica* (1era. edición), 19 de agosto de 1983, p. 9.

BA). Las subas acordadas sólo servían para equiparar salarialmente a los bancos más rezagados con aquellas entidades donde se habían logrado aumentos durante el conflicto.²⁷ En uno de los plenarios donde se decidió este acuerdo no le fue permitido el acceso a los activistas y delegados opositores (de los bancos Italia y Río de la Plata, Crédito Argentino, Tornquist, Federal, Chaco y Ganadero Comercial del Norte) que querían presenciar la reunión para pedir por la continuación del plan de lucha. Estos últimos denunciaron que fueron atacados a golpes y con gas lacrimógeno para dispersarlos por sujetos que respondían a la cúpula sindical.²⁸

Casualmente, o no tanto, mientras se ajustaban los detalles del acuerdo entre las partes en la cartería laboral, un fallo judicial de la Sala Primera de la Cámara de Apelaciones de Trabajo dejó sin efecto la suspensión de las elecciones del gremio, las cuales fueron reprogramadas para el mes de octubre.²⁹ En los días siguientes la dirigencia sindical comenzó una ofensiva contra los delegados elegidos durante el conflicto en algunos bancos de importancia como el Provincia (cuyo personal había sido uno de los puntales de la lucha) y el Ciudad.³⁰ En las elecciones sólo se presentó la Lista Blanca ya que las agrupaciones opositoras decidieron abstenerse de participar en repudio a las maniobras fraudulentas establecidas por la comisión normalizadora. Zanola se consagró, así, como secretario general a nivel nacional.³¹

La normalización sindical fragmenta la resistencia ferroviaria

Los ferroviarios habían sufrido en carne propia las transformaciones estructurales acontecidas en el país desde mediados de la década de 1970. Entre 1976 y 1982, las medidas económicas tomadas por la dictadura provocaron la pérdida de aproximadamente 60 mil puestos de trabajo (Cena, 2009: 351; Pozzi, 2008: 42). Frente a la ofensiva estatal y patronal, este sector entabló duros enfrentamientos contra

27. *Crónica* (1era. edición), 31 de agosto de 1983, p. 6; “Para avanzar, hace falta una nueva dirección”, *Solidaridad Socialista*, n° 40, 1 de septiembre de 1983, p. 6.

28. *Solidaridad Socialista*, n° 39, 25 de agosto de 1983, p. 7; *Prensa Obrera*, n° 29, 26 de agosto de 1983, p. 14.

29. *Crónica* (1era. edición), 8 de septiembre de 1983, p. 8; *Qué Pasa*, n° 132, 31 de agosto de 1983, p. 6.

30. *Solidaridad Socialista*, n° 40, 1 de septiembre de 1983, p. 6; *Prensa Obrera*, n° 30, 5 de septiembre de 1983, p. 15.

31. *Crónica* (1era. edición), 12 de octubre de 1983, p. 8.

la política económica del “Proceso”.³² A nivel organizacional estaban divididos en cuatro sindicatos: La Fraternidad (LF), la Asociación del Personal de Dirección de Ferrocarriles Argentinos (APDFA), Asociación de Señaleros de Ferrocarriles Argentinos (ASFA) y la Unión Ferroviaria. Esta se encontraba bajo intervención militar desde mediados de 1976. Su antigua conducción estaba dividida en dos agrupaciones: el sector liderado por Atilio Masciotta (quien era, a su vez, secretario general de la seccional Victoria del Ferrocarril Mitre) y la Lista Verde conducida por Lorenzo Pepe, ex secretario general del sindicato. Ambas eran de extracción peronista y adherían a la CGT Brasil. El nucleamiento liderado por Pepe, además, se alineaba con la Comisión de los 25. La participación activa de los trabajadores en los conflictos era impulsada desde las seccionales que recuperaban la tradición de resistencia con la formación de “coordinadoras interferrocarrileras”, presentes en diferentes momentos de la historia del gremio. Allí participaban dirigentes y activistas de los cuatro sindicatos, tomando decisiones mediante la realización de asambleas. Para el período y región estudiados, este activismo podemos vislumbrarlo, principalmente, en estaciones y talleres de las líneas interurbanas Mitre, Roca, San Martín, Urquiza, Belgrano y Sarmiento. Una nueva encarnación de la Coordinadora surgió en febrero de 1982 en la seccional Victoria del Mitre. Poco después se unirían otras doce seccionales de la UF, formando una Mesa Nacional. En la Coordinadora confluían, principalmente miembros de esta organización gremial, también algunos secretarios de seccionales de La Fraternidad y activistas peronistas, radicales y de agrupaciones de izquierda de los cuatro sindicatos. Entre estas últimas se encontraba el PC, y, con menor presencia, el MAS, el PO, y el maoísta Partido Comunista Revolucionario (PCR), cuya denominación legal era Partido del Trabajo y del Pueblo (PTP). El mayor peso en la conducción de la Coordinadora recaía en uno de los nucleamientos de la UF, siendo Masciotta el secretario general de la misma, relegando a miembros de la Lista Verde. En cuanto a los alineamientos con las entidades de tercer grado, la Mesa Nacional de la Coordinadora apoyaba a la dirección de la CGT Brasil. Este espacio intersindical llevaría a cabo medidas de fuerza en los meses posteriores a la asunción de Bignone como presidente de facto.³³

El Ministerio de Trabajo anunció la creación de una comisión transi-

32. Los ferroviarios llevaron a cabo diversas medidas de fuerza que paralizaron el transporte ferroviario en varias oportunidades entre 1977 y 1982. También formaron parte de la primera huelga general contra el “Proceso” convocada por la Comisión de los 25 (27 de abril de 1979) y de las impulsadas por la CGT Brasil (22 de julio de 1981 y 30 de marzo de 1982).

33. *Crónica* (1era. edición), 19 de agosto de 1982, pp. 6, 7; *Crónica* (1era. edición), 17 de septiembre de 1982, p. 6.

toria normalizadora en la UF en diciembre a ser designada por el interventor militar, Jorge Facal. La conformación de la misma tardaría tres meses, por disputas al interior de la vieja conducción del sindicato.³⁴ En marzo de 1983 se llegó a un acuerdo entre las partes y asumió una comisión normalizadora con once miembros. Contaba con cinco integrantes de la Lista Verde, otros tantos del nucleamiento de Masciotta y una presidencia provisoria que recaía en Francisco Saroglia, el cual no pertenecía a ninguna de estas agrupaciones pero terminaría aliándose al nucleamiento dirigido por Pepe.³⁵

La normalización hirió de muerte a la Coordinadora. Miembros de la Lista Verde se alejaron de este espacio que era conducido por su principal rival interno. En marzo de 1983, ocho seccionales de la UF dirigidas por activistas de esta corriente declararon públicamente su adhesión a la comisión transitoria conjuntamente con su abandono de la Coordinadora.³⁶ Una vez conformada de manera definitiva esta comisión, tanto los dirigentes de la Verde como los representados por Masciotta boicotearon una gran cantidad de medidas de fuerza impulsadas desde este espacio. El ejemplo que mejor ilumina este aspecto reside en el frustrado plan de lucha votado en febrero de 1983 en asamblea. La Mesa Nacional, presidida por Masciotta, lo suspendió contra la voluntad de los trabajadores, hecho inédito desde la conformación de este espacio.³⁷ En esta coyuntura de paralización, la empresa estatal Ferrocarriles Argentinos comenzó a despedir activistas, todos ellos opositores a la Lista Verde.³⁸ Desde el anuncio gubernamental de la creación de la comisión encargada de la reorganización de la UF, la resistencia ferroviaria no desapareció pero ya no contó con un armado intersindical que pudiera articular las luchas sectoriales.³⁹

En la segunda parte de 1983 la constante devaluación del salario real generó un fuerte malestar en el gremio que se tradujo en asambleas realizadas en seccionales de gran activismo como Victoria del Mitre, Haedo del Sarmiento y el Kilometro 5 del Roca (Gerli).⁴⁰ Esta presión de las ba-

34. *Política Obrera*, n° 335, 28 de diciembre de 1982, p. 5.

35. *Crónica* (1era. edición), 16 de marzo de 1983, p. 7.

36. *Crónica* (1era. edición), 4 de marzo de 1983, p. 7.

37. *Crónica* (1era. edición), 17 de febrero de 1983, p. 6.

38. *Crónica* (1era. edición), 3 de marzo de 1983, p. 7; *Solidaridad Socialista*, n° 16, 17 de marzo de 1983, p. 2.

39. Así lo atestiguan algunas luchas encabezadas principalmente por ferroviarios de la seccional Victoria del Ferrocarril Mitre y en diferentes seccionales del Roca. *La Nación*, 17 de mayo de 1983, p. 1; *Solidaridad Socialista*, n° 25, 19 de mayo de 1983, p. 2; *Crónica* (1era edición), 30 de junio de 1983, p. 8.

40. *Crónica* (1era. edición), 11 de agosto de 1983, p. 7.

ses generó que tres de los cuatro sindicatos ferroviarios (UF, LF y ASFA) convocaran a una huelga a realizarse el 22 de agosto, siendo la primera medida de fuerza conjunta tomada desde el anuncio de normalización de la Unión Ferroviaria. Frente a la negativa de Ferrocarriles Argentinos a dar lugar a este reclamo, los dirigentes de la normalizadora lanzaron un nuevo paro para el 7 de septiembre que, finalmente, terminarían suspendiendo tras aceptar un adelanto salarial.⁴¹ Esta resolución fue desconocida por algunas seccionales de la UF, tal como ocurriera en Boulogne (Ferrocarril Belgrano) y en Haedo, donde continuaron con el plan de lucha. En represalia fueron intervenidas posteriormente por la comisión normalizadora.⁴²

Mientras negociaban con el gobierno militar la fecha del llamado a elecciones del sindicato, los dirigentes de la comisión transitoria tenían el doble objetivo de consolidar su liderazgo en el sindicato y canalizar las luchas que, por momentos, amenazaban con escapar a su control. En Haedo fueron elegidos delegados, aunque luego la seccional sería intervenida por la normalizadora. También en el Sarmiento una lista opositora (formada por integrantes de diferentes tendencias encabezada por Carlos Marín) fue elegida en la seccional de Once. No obstante, los miembros de la normalizadora se negaron a reconocer ese resultado, impidiendo el acceso a la seccional de la agrupación triunfante.⁴³

La comisión transitoria convocó a elecciones nacionales de la UF para fines de noviembre. Con el fin de darle un carácter restrictivo a los comicios, y así favorecer a la antigua conducción del sindicato, modificó el estatuto del sindicato. Entre otras cuestiones, los cambios estatutarios establecían que la estratégica junta electoral quedaba en manos del sector de la Lista Verde, imponiéndose sobre la agrupación de Masciotta.⁴⁴ El cronograma electoral determinaba que, en primer lugar, se realizaría la elección nacional, luego las de seccionales y, finalmente, las de delegados y comisiones internas. Como ocurriera en la Banca, los dirigentes de la comisión pretendían tener el control definitivo de la cúpula sindical para cuando fueran realizadas las elecciones en seccionales y organizaciones de base donde tenían posibilidades de

41. *Solidaridad Socialista*, n° 40, 1 de septiembre de 1983; *Hoy Servir al Pueblo*, n° 15, 7 al 20 de septiembre de 1983, p. 5; *Solidaridad Socialista*, n° 41, 8 de septiembre de 1983, p. 6; *Hoy Servir al Pueblo*, n° 16, 21 de septiembre al 4 de octubre de 1983, p. 5.

42. *Crónica* (1era. edición), 16 de septiembre de 1983, p. 7; *Solidaridad Socialista*, n° 43, 22 de septiembre de 1983 p. 2.

43. *Crónica* (1era. edición), 18 de noviembre de 1983, p. 10; *Solidaridad Socialista*, n° 50, 24 de noviembre de 1983, p. 3.

44. *Hoy Servir al Pueblo*, n° 19, 2 al 15 de noviembre de 1983, p. 4.

ser derrotados a manos de agrupaciones opositoras.⁴⁵ A pesar de estas trabas, los avales fueron reunidos por 17 listas (que conformaron diversos frentes), aunque muchas de ellas estuvieron imposibilitadas de presentarse en todas las seccionales.⁴⁶

Días antes de llevarse a cabo, una orden judicial suspendió el acto electoral, medida que luego fue confirmada por el Ministerio de Trabajo. El juez del Juzgado de Trabajo de Primera Instancia n° 32, Humberto Savola, aplicó la disposición de no innovar al comprobar que en la imprenta de la Unión Ferroviaria habían sido confeccionadas más boletas de la Lista Verde que de las otras 16 listas oficializadas.⁴⁷ Según el PC, partido aliado a esta agrupación sindical, la denuncia había sido realizada por el dirigente radical Eduardo Paternó del Movimiento de Renovación y Cambio Ferroviario, el cual no había podido conseguir los avales para la elección. Los comunistas lanzaban la sospecha de que detrás de esta maniobra estaba el partido del presidente recientemente electo, Raúl Alfonsín.⁴⁸ El *impasse* en que entraba el mayor sindicato ferroviario al no poder completar su normalización hacia el final de la dictadura avizoraba un nuevo frente de conflicto. El límite estatal a las elecciones que mediante el fraude aseguraban casi con seguridad el triunfo de la Lista Verde, hacía entrever que desde las filas del próximo gobierno se buscaría imponer nuevas reglas a la normalización de todos los sindicatos.

Líneas paralelas: la derrota de los obreros de Volkswagen Monte Chingolo y la normalización del SMATA

El sector automotriz sufrió duros embates durante los años dictatoriales, tanto por los cambios en el sistema de producción a nivel internacional como por la situación de recesión y estancamiento que existía en el país. Algunas publicaciones de la época señalaban que

45. *Crónica* (1era. edición), 13 de octubre de 1983, p. 6; *Prensa Obrera*, n° 39, 17 de noviembre de 1983, p. 8.

46. Las agrupaciones opositoras no pudieron formar un frente en común a nivel nacional para enfrentar a la Lista Verde. Con respecto a las corrientes de izquierda, el MAS y el PO presentaron listas conjuntas en la línea Sarmiento (Violeta) y en el Roca (Marrón), mientras que el PCR-PTP se integró con algunas agrupaciones peronistas opositoras a la Verde también en el Roca. El PC, por el contrario, dio apoyo a la Lista Verde. *Hoy Servir al Pueblo*, n° 19, 2 al 15 de noviembre de 1983, p. 4; *Prensa Obrera*, n° 39, 17 de noviembre de 1983, p. 8; *Solidaridad Socialista*, n° 49, 17 de noviembre de 1983, p. 2.

47. *Crónica* (1era. edición), 18 de noviembre de 1983, p. 10.

48. *Crónica* (1era. edición), 19 de noviembre de 1983, p. 8; *Qué pasa*, n° 146, 7 de diciembre de 1983, p. 12.

entre 1976 y 1982 se redujeron a un tercio la cantidad de trabajadores en el gremio con respecto a 1975.⁴⁹ Consecuentemente, los ritmos de producción se habían duplicado desde el golpe de Estado y, para 1983, los salarios de las automotrices en Argentina era en promedio de 100 dólares, un 50% por debajo a los haberes en México y Brasil.⁵⁰ No obstante esta situación y a pesar de la gran represión de los años previos, existía una rica tradición de lucha en los lugares de trabajo que había perdurado. Para principios de los años 80, observamos una oposición de los mecánicos a la ofensiva de la burguesía, con diferentes matices según la empresa.⁵¹

El SMATA, la principal organización sindical de los mecánicos, se encontraba intervenido a nivel nacional desde el golpe de Estado. La antigua conducción controlaba el gremio a nivel regional y pujaba por una normalización que le permitiese recuperar la secretaría nacional. A comienzos de 1983, los principales dirigentes se dividían en una serie de corrientes internas: el Movimiento Nacional de Unidad Automotriz - Lista Verde cuyo máximo referente era José Rodríguez, secretario general del gremio hasta 1976, que controlaba las seccionales y delegaciones de Capital Federal y GBA, y tenía representantes en la mayoría de las comisiones internas del conurbano bonaerense; la agrupación “Lealtad a Kloosterman” conducida por Rubén Cardozo (seccional Santa Fe), Elpidio Torres (seccional Córdoba) y Delfino Pérez (seccionales de Capital Federal y GBA) con gran peso en importantes regionales del país; y el Movimiento Nacional de Unidad Automotriz - Lista “22 de Mayo” que dirigía la seccional San Juan. En la puja entre las centrales obreras, José Rodríguez también pertenecía a la Comisión de los 25 y la CGT Brasil. Por el contrario Cardozo y Torres de “Lealtad a Kloosterman” formaban parte de la CGT Azopardo. Junto a estas tendencias coexistían otras vinculadas con agrupaciones de izquierda (PC, PCR-PTP,⁵² MAS, PO e Intransigencia y Movilización Peronista).

Si bien en el período estudiado hubo otros choques entre trabajadores y empresarios en diferentes empresa automotrices, una de las plantas de la empresa transnacional Volkswagen (VW) se convirtió en el

49. *Qué pasa*, n° 92, 17 de noviembre de 1982, p. 6; *Prensa Obrera*, n° 3, 14 de enero de 1983, p. 4.

50. *Prensa Obrera*, n° 3, 14 de enero de 1983, p. 4.

51. Una serie de trabajos hace referencia a la resistencia de los obreros de base de la industria automotriz durante la última dictadura militar: Basualdo, 2006; Gini-ger, Guevara, Hernández y Rivero, 2010; Lascano Warner, 2012; Harari, Casco y Guevara, 2014.

52. Una investigación reciente realizada por Matías Rubio (2015) aborda la inserción del PCR en la planta de Ford (Zona Norte, GBA) durante el “Proceso” y los primeros años del gobierno de Alfonsín.

escenario del conflicto más importante protagonizado por las bases del período: la lucha llevada a cabo por los obreros de la planta situada en Monte Chingolo (Partido de Lanús, Zona Sur del GBA) entre febrero y mayo de 1983.⁵³ Su importancia resulta cuantitativa, dado que la planta contaba con 900 empleados, y cualitativa por el grado de organización interna y las repercusiones dentro del gremio y fuera de éste. En su dinámica podemos vislumbrar la actitud de la dirigencia y sus objetivos en un caso donde una parte de las bases no le respondía y donde existía una organización interna con presencia de activistas de izquierda. A diferencia del otro establecimiento de la empresa situado en San Justo (Partido de la Matanza, Zona Oeste del GBA) donde la Lista Verde mantenía el control de la organización de base, en Monte Chingolo confluían activistas pertenecientes a la agrupación de Rodríguez con miembros de la corriente “Lealtad a Kloosterman”, del PO (uno de los principales protagonistas de este conflicto fue el delegado Claudio Kohan, militante de esta organización), del PC, de Intransigencia y Movilización Peronista e independientes. Varios de ellos formaban parte de la Comisión Interna de Reclamos (CIR) y el Cuerpo de Delegados. Desde principios de la década de 1980, la posición combativa de la organización de base había impedido aumentos en los ritmos de producción y logrado las mejores remuneraciones del gremio. Para la patronal se había vuelto prioritario desarmar la organización de base con el objetivo principal de aumentar la productividad de la empresa.

El 10 de febrero de 1983, en momentos que la mayor parte del personal se encontraba de vacaciones, la empresa decidió despedir a 175 obreros (109 de Monte Chingolo y 66 de San Justo), incluyendo a toda la CIR y cinco delegados de Chingolo, elegidos previamente pero nunca reconocidos como tales por la patronal.⁵⁴ En oposición a estos despidos, la organización interna lideró una larga huelga de 21 días de duración y otras medidas de fuerza (movilizaciones y una olla popular), contando con la solidaridad de vecinos y entidades políticas, sindicales y sociales.⁵⁵ Los activistas de Chingolo no sólo tuvieron que enfrentarse a la patronal, sino también al gobierno militar y a la dirigencia sindical. Principalmente, la agrupación de Rodríguez, representante legal al conducir las seccionales de Avellaneda y San Justo del SMATA, tuvo como estrategia principal intentar una salida consensuada con la empresa y el Ministerio de Trabajo. Los dirigentes desalentaron la huelga interna de Monte Chingolo desde un principio, prometiendo impulsar un paro regional de cuatro horas para el 3 de marzo. Éste no llegaría a realizar-

53. Sobre los detalles de esta lucha, véase Molinaro, 2014.

54. *La Nación*, 12 de febrero de 1983, p. 9.

55. *Prensa Obrera*, n° 10, 25 de marzo de 1983, pp. 4, 5.

se luego de que la dirigencia negociara la aplicación de la conciliación obligatoria con el Ministerio de Trabajo. La cartera laboral consiguió la suspensión del paro de las seccionales de Buenos Aires y Capital Federal pero no obligó a la empresa a volver al momento previo al estallido del conflicto.⁵⁶ La aplicación del arbitraje estatal, y su aceptación por los obreros en asamblea, hizo naufragar la huelga.

Tras el levantamiento de esta medida de fuerza, el desgaste producido por el largo conflicto hizo mella en los operarios de Monte Chingolo. El 3 de mayo, al finalizar el periodo de conciliación dictado por la cartera laboral, votaron no realizar nuevas medidas de fuerza.⁵⁷ Si bien durante la lucha lograron reducir la cantidad de despidos considerablemente, 27 operarios no pudieron reingresar a la empresa, entre ellos Kohan y otros delegados opositores a la Verde.⁵⁸

La derrota en VW ocurría en paralelo a las negociaciones por la constitución de una comisión transitoria normalizadora en el SMATA entre el gobierno y los nucleamientos dirigenciales. Estas últimas se mostraron en contra de la resistencia activa de los obreros contra los despidos. Como mencionamos, la Lista Verde tuvo una oposición frontal a las medidas tomadas en la planta chingolense. Frente a las críticas de la organización gremial interna y de algunas agrupaciones, principalmente el PO, acusó a los activistas de pertenecer a la “ultraizquierda” y de llevar a los trabajadores a un callejón sin salida. Otra de las tácticas para desacreditar a los delegados combativos de Chingolo consistió en mostrar como exitosa la negociación llevada a cabo con la patronal y el gobierno. En publicaciones de la Lista Verde, José Rodríguez justificaba que la reincorporación de la totalidad de los trabajadores despedidos de la planta de San Justo, cuya organización de base respondía a la Verde, se debía a que los trabajadores de ese establecimiento no se habían plegado al paro por tiempo indeterminado y habían confiado la negociación a los dirigentes. Así, buscaba mostrar que la posición conciliadora de la organización interna de San Justo había sido el camino para lograr reincorporaciones, omitiendo que ello había sido producto de una concesión de la empresa para aislar a los activistas de Chingolo.⁵⁹

56. *Prensa Obrera*, n° 7, 4 de marzo de 1983, p. 12.

57. En la asamblea se hizo una primera votación a mano alzada en la que ganó la moción de continuar con la lucha. No obstante, por presión de los dirigentes de la seccional del SMATA, los trabajadores volvieron a votar, esta vez mediante urna. En esta elección ganó la postura de no realizar medidas de fuerza (350 a 250). *Prensa Obrera*, n° 15, 6 de mayo de 1983, p. 5.

58. *Crónica* (1era. edición), 3 de marzo de 1983, p. 7; *Solidaridad Socialista*, n° 23, 5 de mayo de 1983, p. 2

59. Extractos de la publicación *24 de Abril*, órgano de difusión del SMATA Quilmes en: *Prensa Obrera*, n° 12, 15 de abril de 1983, p. 4.

Por su parte, activistas de “Lealtad a Kloosterman” y del PC también actuaron contra la postura más combativa. Según denunciaba el PO, habían desalentado la lucha y colaborado junto a la Lista Verde en el boicot a una fallida movilización a la sede central del SMATA decidida en asamblea.⁶⁰

La oposición dirigencial a esta lucha tuvo su recompensa en las oficinas del Ministerio de Trabajo. En junio de 1983, un mes después del final del conflicto en Chingolo, el gobierno devolvió las riendas del SMATA a la antigua conducción. Los 28 cargos de la comisión normalizadora fueron repartidos entre la Lista Verde (15 cargos), “Lealtad a Kloosterman” (siete) y “22 de mayo” (seis).⁶¹ Luego de meses de negociaciones, resulta plausible argumentar que la resolución del conflicto y el rol jugado por los nucleamientos dirigenciales, principalmente la Lista Verde, contra la organización de base de VW Monte Chingolo aceleró los tiempos para concluir con la intervención militar e influyó en el reparto desigual de cargos de la comisión en favor de la agrupación de Rodríguez. Una vez que retornaron a sus sillones, los dirigentes se negaron a llamar a elecciones bajo las cláusulas de la Ley de Asociaciones Profesionales de la dictadura, decidiendo aguardar hasta que el futuro gobierno constitucional decidiese derogar dicha normativa (Sangrilli, 2010: 155). La dictadura militar en retirada no tenía la fuerza suficiente para oponerse a esta postura. No obstante, el objetivo de contener a las bases más combativas estaba cumplido en gran parte gracias a la actuación de la conducción sindical.

A modo de cierre

En el presente trabajo intentamos articular las luchas de los trabajadores en las zonas de Capital Federal y GBA de tres gremios de relevancia con la normalización sindical que benefició a dirigentes pertenecientes a las antiguas conducciones que, tras el golpe de Estado de 1976, habían conservado parte de su poder a través del control de seccionales o como colaboradores de los interventores militares. Basándonos en los casos analizados, los líderes sindicales actuaron como una capa social con intereses propios que no siempre coincidían con las aspiraciones de los trabajadores. El objetivo principal de esta burocracia residió en recuperar las riendas de los sindicatos intervenidos por los jefes del “Proceso”. La dinámica de los conflictos en el período nos muestra que estos dirigentes intentaron canalizarlos e, incluso, desactivarlos. Esto último ocurría cuando las bases se organi-

60. *Prensa Obrera*, n° 14, 29 de abril de 1983, p. 12.

61. *Crónica* (1era edición), 8 de junio de 1983, p. 7.

zaban en abierta oposición a estos liderazgos, principalmente en sitios de trabajo donde las agrupaciones de izquierda (con excepción del PC que en los casos mencionados estaba aliado a agrupaciones dirigenciales) tenían algún grado de inserción, como observamos en la planta de VW en Monte Chingolo, algunas entidades bancarias y seccionales ferroviarias. También observamos que en las medidas de fuerza impulsadas “desde abajo”, donde la participación de los trabajadores era activa y donde la burocracia sindical corría el riesgo de que escaparan a su control, las diferencias entre los nucleamientos gremiales predominantes no fueron sustanciales. Tanto las Lista Verde del SMATA como la de la UF adherían a la Comisión de los 25, este último considerado como el sector “ultraduro” de la “combativa” CGT Brasil. En los casos analizados tuvieron una postura conciliadora con el gobierno militar y abiertamente contraria a las bases que no respondían a sus posiciones. Todo ello en pos de verse beneficiados en la formación de comisiones normalizadoras en sus sindicatos.

La reconstitución de la conducción gremial a nivel nacional contaba con el apoyo de entidades patronales que, en primer lugar, buscaban un interlocutor válido y confiable. En segundo término, en momentos de conflictos, necesitaban de las dirigencias sindicales para derrotar las luchas obreras y aislar a los sectores más radicalizados. Por su parte, el Estado resultó vital en esta recuperación de espacios de la dirigencia sindical. Como vimos, el arbitraje estatal, a través de la Ley de Conciliación Obligatoria, sirvió para paralizar los conflictos, en especial en aquellos en que las bases presionaban fuertemente a sus conducciones, dando tiempo a las cúpulas gremiales para intentar una salida negociada con las patronales. Con la normalización sindical el gobierno militar saliente devolvió las riendas de los sindicatos a nivel nacional a agrupaciones que habían conducido los mismos antes del golpe de Estado de 1976 y que habían conservado su predominio a nivel regional. En una coyuntura de descomposición del régimen, la normalización sindical tuvo como efecto el encauzamiento de la alta conflictividad existente en este período, objetivo buscado por las patronales, el gobierno y la dirigencia de los gremios estudiados. En estos casos la burocracia sindical se sirvió de las luchas entabladas, principalmente desde los lugares de trabajo, para consolidarse a nivel institucional.

En conclusión sostenemos que los inicios de este proceso de normalización no deben entenderse sólo a partir de la negociación entre cúpulas sindicales y el Estado, sino también como consecuencia de la dinámica de la lucha entre capital y trabajo. Tras el golpe de Estado de 1976, la dirigencia gremial había visto recortada algunas de sus atribuciones, aunque buena parte de ella había logrado acomodarse a esta

coyuntura.⁶² Ahora bien, luego de la contienda bélica en Malvinas en un contexto de creciente conflictividad encabezada por el movimiento obrero, la burocracia sindical logró recuperar plenamente su rol de interlocutor tolerado por el poder político y económico en su lucha contra los explotados.

Bibliografía

- Basualdo, Victoria (2006), "Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina: Los casos de Acindar, Astarsa, Dálmine Siderca, Ford, Ledesma y Mercedes Benz", *Engranajes*, revista de la Federación de Trabajadores de la Industria y Afines, n° 5.
- Cena, Juan Carlos (2009), *Ferrovianos, sinfonía de acero y lucha*, Buenos Aires: Monarefa-La Nave de los Locos.
- Gaudio, Ricardo y Horacio Domeniconi (1986), "Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática", *Desarrollo Económico*, vol. 26, n° 103.
- Giniger, Nuria, Sebastián Guevara, Marcelo Hernández y Cynthia Rivero (2010), "Las huellas del terrorismo de Estado sobre el movimiento obrero. Los casos de Ford y Acindar", en Claudia Figari, Paula Lenguita y Juan Montes Cató (comps.), *El movimiento obrero en disputa. La organización colectiva de trabajadores, su lucha y resistencia en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Ciccus, pp. 143-162.
- Godio, Julio (1991), *Historia del movimiento obrero argentino, 1955-1990. De la Resistencia a la encrucijada menemista*, Buenos Aires: Legasa.
- Gordillo, Mónica (2013), "Normalización y democratización sindical: repensando los 80", *Desarrollo Económico*, vol. 53, n° 209-210.
- Harari, Ianina, Mariano Casco y Sebastián Guevara (2014), "Conflictos obreros en la industria automotriz argentina entre 1973-1983: un análisis de la acción obrera en el lugar de trabajo antes y después del golpe militar", VII Seminario internacional de políticas de la memoria, Buenos Aires, Centro Cultural Haroldo Conti.
- Kohan, Judit (1993), "El sindicalismo en el Área Metropolitana de Rosario. Intervención militar y normalización", en Judit Kohan, Elina da Fonte Pessanha, Regina Lúcia de Moraes Morel y Ricardo Antunes, *Experiencias sindicales recientes. Argentina Brasil*, Buenos Aires: Biblos-Fundación Simón Rodríguez.
- Lascano Warner, María Florencia (2012), *Cambios y continuidades en la historia de los trabajadores industriales argentinos (1973-1983). Una aproximación a través del caso de Ford Motor Argentina S.A.*, tesis de Maestría en Ciencias Sociales, IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Massano, Juan P. (2012), *Reorganización del movimiento obrero sindicalizado*

62. Con relación a ello, véase el artículo de Luciana Zorzoli publicado en este dossier.

- en la posdictadura argentina. El caso de la "Ley Mucci"*, tesis de licenciatura, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata.
- (2015), "El proyecto de concertación. Sindicatos y Estado en la transición democrática", en Alejandro Schneider y Pablo Ghigliani (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 173-191.
- Molinaro, Leandro (2014), "«Paso, paso, paso, se viene el chingolazo». Un análisis de la lucha de los obreros de la planta Volkswagen de Monte Chingolo en el ocaso de la última dictadura militar (febrero-mayo de 1983)", IV Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos.
- Palomino, Héctor (1985), "El movimiento de democratización sindical". Elizabeth Jelin (comp.), *Los nuevos movimientos sociales/2*, Buenos Aires, CEAL, pp. 36-60.
- Pozzi, Pablo (2008) [1988], *Oposición obrera a la dictadura, 1976-1982*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Rubio, Matías (2015), "El retorno a la democracia y la reconstrucción de las organizaciones obreras de base. Un estudio de caso: Ford Motors Argentina (Pacheco)", VI Jornadas de la División Historia, III Taller de Historia Regional, Luján.
- Sangrilli, Carla (2010), "La normalización sindical entre la dictadura y los comienzos de la democracia (1979-1984)", *Estudios Sociales* n° 39, Santa Fe.
- Schneider, Alejandro (2000), "«Ladran Sancho...» Dictadura y clase obrera en la Zona Norte del Gran Buenos Aires", en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *De la Revolución Libertadora al menemismo*, Buenos Aires: Imago Mundi, 203-240.
- Zorzoli, Luciana (2015), "La normativa sindical entre la dictadura y el alfonsinismo, propuesta de sistematización", en Alejandro Schneider y Pablo Ghigliani (comps.), *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*, Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 149-171.

* * *

Título: Repositioning of union bureaucracy in the fall of the "Proceso" (july 1982 - december 1983)

Resumen: El artículo aborda el devenir de las antiguas conducciones sindicales en el ocaso del denominado "Proceso de Reorganización Nacional", las cuales tenían el objetivo de recuperar el control de gremios intervenidos gubernamentalmente. Nos detenemos en tres organizaciones afectadas al proceso de normalización: Unión Ferroviaria, Asociación Bancaria y el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor. Estos sindicatos tuvieron en común la participación activa de las bases en medidas de fuerza en pos de recuperar su degradado salario real y conquistas perdidas durante la dictadura. En la dinámica de estas luchas también es posible observar una misma táctica de las

dirigencias. Siguiendo sus propios intereses como capa social, pactaron con el gobierno militar “congelar” los principales conflictos impulsados por sectores internos opositores a estas dirigencias y negociar la recuperación de las riendas del sindicato a nivel nacional.

Palabras clave: movimiento obrero – dirigencia sindical – normalización sindical – dictadura militar – lucha entre capital y trabajo.

Abstract: The article discusses about the evolution of the union pipes in the fall of the named “Proceso de Reorganizacion Nacional”, which had as objective to recover the control of unions interfered by government. We emphasize in three organizations that suffered the normalization process: Unión Ferroviaria, Asociación Bancaria and Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor. These unions had in common the active participation of their foundations in forceful measures in order to regain their reduced real wage and social conquests that were lost during the dictatorship. Through these struggles it is also possible to watch the same tactic from the leadership of these unions. Pursuing their own interests as social layer, they agreed with the military government to “freeze” the main conflicts pushed by internal sectors that were confronted or outside the influence area of these leaderships. The most used method consisted in accepting the call to “compulsory conciliation” by the Labor Ministry when facing conflicts with active participation of the foundations and negotiating the recovery of the leads of the union at national level.

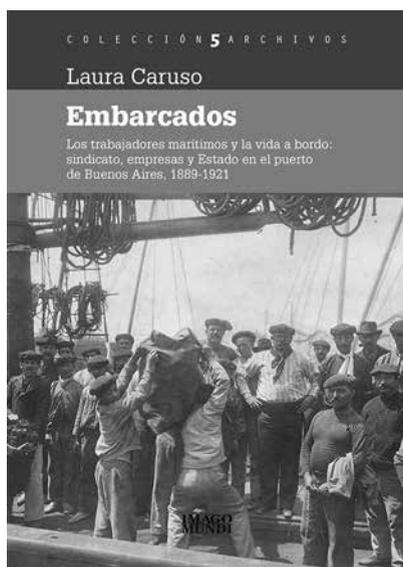
Keywords: labor movement – union leadership – union normalization – military dictatorship – struggle between capital and labor

Recepción: 6 de noviembre de 2015. **Aprobación:** 20 de febrero de 2016.

Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicatos, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921



Este trabajo de Laura Caruso es el quinto volumen de la colección “Archivos”. La historia que *Embarcados* presenta es precisamente la de los trabajadores de a bordo del puerto de la ciudad, su trabajo, sus organizaciones, luchas e itinerarios políticos. En ella podrá verse que el puerto en los albores del siglo XX fue conocido como un espacio marcado por el trabajo y el conflicto. En esos años la ciudad latía al ritmo del puerto, y la sociedad crecía sobre la base del trabajo. Ambos, puerto y trabajadores, conformaron a principios de siglo un binomio vívido, social, dinámico. Aquí se narra el trabajo y la acción política de estos tripulantes. Las poderosas empresas navieras y los organismos del Estado, así como la dirección sindical que los obreros marítimos eligieron y forjaron a la vez –el sindicalismo revolucionario– son parte de una trama que condensa la historia obrera de la Buenos Aires finisecular.

¿Cómo enfrentar a las burocracias sindicales? Algunas estrategias democratizadoras en los 80

Mónica Gordillo

IDH - CONICET - UNC

Introducción

La dictadura de 1976 representó un punto de inflexión en el ámbito laboral por diversas razones. En primer lugar por la crudeza de la represión hacia el movimiento obrero que en esta ocasión aplicó la metodología de terrorismo de Estado. Ello introdujo como novedad el exilio de militantes sindicales que crearon redes con el exterior, generando experiencias de resistencia articulada. Además, en el marco de la crisis del fordismo de mediados de los años 70, el contacto con otras experiencias y la formación sindical en contextos diferentes dotarían de recursos y aprendizajes para plantear estrategias frente a los cambios que comenzaban a operarse en el mundo del trabajo.

En segundo lugar, en sintonía con el objetivo refundacional del Proceso de Reorganización Nacional (PRN), fue el período más largo de intervención a los sindicatos y de suspensión de la normativa laboral, intentándose su reemplazo por una nueva forma de organización basada en la ley de asociaciones profesionales (LAP) de 1979.

Una tercera diferencia importante con las anteriores dictaduras fue que la suspensión de la legalidad laboral por parte de la última fue aprovechada por los sectores sindicales que habían enfrentado cuestionamientos desde sus bases para fortalecerse en el nuevo contexto, contando para ello con el apoyo del gobierno militar que buscaba generar sus propias bases de sustentación.

De este modo, los desafíos para la recuperación de los sindicatos debieron orientarse en diferentes sentidos. En primer lugar, en recomponer la representación en los lugares de trabajo de donde habían sido barridos los militantes más combativos; por otro lado, enfrentar a la vez tanto las amenazas y limitaciones impuestas por el gobierno militar como a las dirigencias que se habían consolidado en los gremios. Otro desafío

era, además, recuperar las organizaciones en un contexto económico crítico donde al mismo tiempo se colocaba a la democracia como marco de sentido y horizonte que obligaba a buscar nuevas formas de acción diferentes de las más radicalizadas del pasado.

Para comenzar, se hace necesario entonces registrar brevemente algunos antecedentes sobre los intentos de organización para enfrentar a la dictadura, que sirvieron de base para la constitución de redes mantenidas luego en democracia. La bibliografía sobre oposición sindical en ese período no es muy abundante todavía, aunque sí se cuenta con algunos trabajos pioneros (Falcón, 1982; Pozzi, 1988; Bitrán y Schneider, 1992) que se concentraron principalmente en los conflictos y protestas desarrollados en esos años. Otra línea de indagación consideró la conformación de distintos nucleamientos sindicales dentro de lo que podría considerarse como un análisis de las relaciones entre el gobierno y los sindicatos (Mc Guire, 1997; Palomino, 2005). Sin embargo, lo que me interesa destacar en esta ocasión es la constitución de algunas agrupaciones internas opositoras a las conducciones sindicales y redes de oposición, primero a la dictadura y luego para competir por la normalización de los gremios, utilizando los resquicios que se fueron abriendo a partir de la crisis del régimen militar.

Efectivamente, algunos investigadores destacaron el importante papel cumplido por el sindicalismo para promover la salida de las dictaduras en Argentina, Brasil y Uruguay (Collier Berins, 1991, 1999; Munck, 1989, entre otros) y la aparición de un nuevo tipo de sindicalismo, surgido durante la dictadura en Brasil y fortalecido ya en democracia, como el que se expresó en la conformación del Partido de los Trabajadores (PT) y de la Central Única de Trabajadores (CUT) (Moreira Alves, 1984; Godio, 2003); también señalaron la renovación producida en el sindicalismo uruguayo a partir de la creación del Plenario Intersindical de los Trabajadores (PIT). En cambio, en Argentina, si bien numerosas investigaciones se ocuparon de las relaciones de los sindicatos con el gobierno democrático de Alfonsín y de las transformaciones operadas dentro del peronismo, casi no existen trabajos que indaguen el surgimiento de propuestas tendientes a la democratización dentro de algunos sectores sindicales. Por el contrario, a partir del restablecimiento del régimen democrático, la reivindicación de la democracia sindical pareció quedar en manos exclusivas del gobierno de Alfonsín, quien con su proyecto de Ley de Reordenamiento Sindical –conocido como Proyecto Mucci– personificó ese ideal, apareciendo su derrota en el Senado en el mes de marzo de 1984 como la derrota de la reivindicación misma. Esto limitó la posibilidad de indagar otros intentos en esa dirección planteados por sectores que habían recuperado protagonismo político con esas banderas.

El análisis de algunas de esas propuestas y estrategias antiburocráticas y democratizadoras es el objeto de este artículo. Me propongo abordar las planteadas por sectores sindicales que frente a la salida democrática de 1983 recuperaron tradiciones combativas para enfrentar tanto a la dictadura como a las dirigencias gremiales asociadas con ese pasado, impulsando propuestas democratizadoras dentro del marco general de revalorización de la legalidad democrática. Presentaré algunos ejemplos de los logros conseguidos por esos sectores en las primeras elecciones sindicales con el objeto de reflexionar sobre cómo se entendía la democratización sindical en el contexto de los años 80, valorando por último algunos avances en esa dirección. El análisis no pretende una reconstrucción exhaustiva de las experiencias sino, más bien, ofrecer algunas claves teórico-metodológicas y avances empíricos para analizar la democratización y contribuir a pensar su contraparte, es decir la burocratización sindical.

¿Qué hacer frente a la dictadura y sus aliados en el mundo sindical?

En primer lugar habría que considerar quiénes representaban a la burocracia sindical en el diagnóstico de los sectores opositores. Ella era la que había apoyado la centralización y fortalecimiento del verticalismo –contenido por ejemplo en la LAP de 1973–, la que había intervenido directamente o aceptado la intervención de los gremios combativos entre 1974-1976 y, durante la dictadura, desafiliado a los trabajadores que planteaban posiciones contrarias al gobierno además de proveer los cuadros para las pocas actividades sindicales desarrolladas durante el régimen, por ejemplo en la representación del país en las reuniones anuales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Dentro de esa definición sólo un sector era reivindicado, el conocido como grupo “de los 25”, formado a comienzos de 1977 con los gremios que habían mantenido sus autoridades electas antes del golpe, dado que –más allá de la heterogeneidad y diferencias ideológicas– eran los únicos con conducciones legítimas, lo que convertía al sector en el núcleo desde donde empezar a plantear la recuperación sindical.

La resistencia sindical comenzó a poco de ocurrido el golpe, combinando acciones internas con redes de apoyo desde el exterior. Una de esas iniciativas fue la propiciada por Eduardo Luis Duhalde desde su exilio en Madrid al conformar el PROA (Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos), integrado por militantes peronistas, marxistas y de la izquierda nacional. Haroldo Logiurato, dirigente de ATE La Plata y uno de los fundadores de la Juventud Peronista (JP) en esa ciudad, fue uno de los dos secretarios generales; sin embargo la organización

se desarticuló tras su muerte junto a otros militantes en manos del Ejército en junio de 1977 (Chaves, 2015: 150).

Otra red para proteger y brindar apoyo económico a militantes sindicales que provenían de tradiciones combativas y que comenzaron a exiliarse desde 1975 fue la promovida por Raimundo Ongaro, dirigente gráfico y ex secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) de los Argentinos, quien con apoyo de la Confederación General Democrática del Trabajo francesa, ligada a la Central Mundial del Trabajo (CMT), organizó el Centro Sindical con personas de la Secretaría de Relaciones Internacionales de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB) en 1977 y el nucleamiento Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio, reunido por primera vez en París en 1978. Por su parte, la propia Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT) a través de la Universidad de los Trabajadores de América Latina (UTAL), dio asilo y trabajo en Venezuela a otros dirigentes de primera línea de la FGB también exiliados con Ongaro, como fue el caso de Alicia Fondevilla (Basualdo: 2006).

A su vez una red paralela fue creada por el Movimiento Peronista Montonero (MPM) que, desde 1978, decidió coordinar la resistencia sindical a la dictadura. Los encargados eran Armando Croatto y Gonzalo Chaves, quienes regresaron del exilio con esta tarea. Cuando se exilió en 1977 Chaves era miembro de la mesa nacional de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) (Chaves, 2015: 219).

También a fines de 1977 se conformó otro núcleo con fuerte conexiones con la CLAT, que brindó apoyo para la constitución de una agrupación opositora en el seno de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). La dictadura había prorrogado el mandato vigente de Horvath como secretario general, sin embargo el verticalismo que caracterizó a su gestión generó disconformidad y enfrentamiento interno, incluso en el seno del Consejo Directivo Central. El distanciamiento de algunos dirigentes que lo componían, como Héctor Quagliaro, Carlos Custer, Víctor De Gennaro y Germán Abdala fue correspondido con sus expulsiones del sindicato por inconducta. Estos miembros, estimulados por el liderazgo de Quagliaro, dieron forma a la Agrupación Nacional Unidad y Solidaridad de ATE (ANUSATE), creada en diciembre de 1977 cuando se reunieron durante tres días en la Casa de Nazareth de la Iglesia de la Santa Cruz, trabajadores estatales prescindidos y expulsados con la intención de conformar una agrupación interna de oposición al gobierno dictatorial y a la conducción de Horvath. En ella participaron representantes de nueve seccionales, se reunieron dirigentes con trayectorias importantes quienes en su mayoría habían integrado la CGT de los Argentinos.

Luego de constituida, ANUSATE emprendió una intensa campaña

de difusión de su propuesta en las seccionales del interior a través de giras personales, de su periódico y de la participación en el Instituto de Formación y Capacitación Social (INFORCCAS) que formaba parte del Consejo Coordinador Argentino Sindical (CCAS), adherido a la CLAT. A su vez De Gennaro llegó a presidir el INFORCCAS y en 1982 lo hizo Germán Abdala; de este modo se estrechaba la conexión entre el CCAS y ANUSATE así como con la CLAT.

A partir de esos diferentes núcleos de oposición pero tomando como base para la acción legal al grupo “de los 25”, el año 1979 fue escenario de acciones conjuntas como la convocatoria al paro general del 27 de abril, luego del cual los principales dirigentes del sector fueron detenidos por ocho meses (Chaves, 2015: 212). Una vez conocido el proyecto de ley de asociaciones profesionales del gobierno militar, ANUSATE promovió el Plan Nacional de Acción dispuesto para noviembre de 1979 que se planteó como un encuentro nacional de distintos sectores sociales. En lo que refiere específicamente a la acción sindical, llamaba a la movilización de los trabajadores, a la realización de asambleas en los lugares de trabajo y en los sindicatos, campañas de difusión en la prensa, entre otras acciones para culminar con un plebiscito nacional en los lugares de trabajo a los efectos de fijar la posición frente a la nueva LAP y a la ley de obras sociales.¹

Para entonces también el sector sindical ligado al MPM comenzó a editar de manera clandestina el periódico *Confluencia Sindical* donde, como lo plantea el título de la publicación, la intención era privilegiar el interés de clase por sobre las divisiones ideológicas, colocando como prioridad la reconstrucción de la trama sindical desde las bases con el objetivo de lograr la unidad y la normalización. Ese periódico fue continuado a partir de 1983 con otra publicación, *El Diecisiete*, pero ya como vocero de las Agrupaciones Sindicales Peronistas (ASP) que se constituyeron para entonces (Chaves, 2015: 235).

En efecto, el escenario cambió luego de la derrota en la guerra de Malvinas. A partir de la segunda mitad de 1982, en el marco de salida del régimen, la mayoría de los dirigentes sindicales que se encontraban presos fueron liberados. Otros lo habían sido con anterioridad, pero para entonces con la condición de irse del país. Este había sido el caso de los metalúrgicos de la seccional de Villa Constitución en la provincia de Santa Fe, portadores de una experiencia antiburocrática en los 70, tales

1. *Asociación de Trabajadores del Estado. Agrupación Nacional Unidad y Solidaridad*, noviembre-diciembre de 1979, p. 3 Llama la atención la promoción del plebiscito como instrumento para la expresión de la voluntad soberana, dada la poca tradición que éste tenía en el país. Podría pensarse en la difusión de ciertos marcos de sentido que trascendían las fronteras locales, teniendo en cuenta que al año siguiente éste se utilizó en Uruguay para oponerse a las medidas de la dictadura.

como Pascual D'Errico y Ángel Porcu, miembros de la Comisión Interna de Acindar, Zenón Sánchez y Victorio Paulón del comité de lucha de marzo de 1975, presos de la dictadura hasta 1978. Por su parte Alberto Piccinini, principal referente de ese movimiento, obtuvo la libertad en 1981 y, luego de un viaje al exterior, regresó al país con la intención de reorganizar a los trabajadores. Ésta será otra de las líneas que confluirá en la lucha contra las dirigencias constituidas al relanzar luego del paro general del 6 de diciembre de 1982 la histórica Lista Marrón, ahora como "Agrupación 6 de diciembre". Los contactos externos construidos en el exilio proveyeron fondos para la creación de los Centros de Formación Sindical (CEFS) que, desde octubre de 1983, comenzaron a editar un boletín y al año siguiente la revista *Democracia Sindical*.

Como vemos, a partir de 1983 los diversos intentos de organización comenzaron a cristalizar. Entre el 6 y 7 de agosto de 1983 tuvo lugar el Plenario Nacional de las ASP en Villa Carlos Paz, provincia de Córdoba, con representantes de Mendoza, San Luis, San Juan, Tucumán, Chaco, Santa Fe, Misiones, Córdoba, Formosa, Capital Federal, Conurbano bonaerense y Mar del Plata, conformándose la Coordinadora Nacional Provisoria de las ASP. Dentro del sector se alineaban una serie de organizaciones cuyo objetivo era confrontar en las elecciones sindicales con las definidas como burocracias, agregando a las reivindicaciones sostenidas por los otros sectores la reincorporación de los trabajadores despedidos por causas políticas o gremiales, la democracia sindical, la libertad de todos los presos políticos y gremiales, el retorno de todos los exiliados y la aparición con vida de los 30.000 detenidos-desaparecidos (Chaves, 2015: 240).

Por su parte, los militantes reunidos en torno al CEFS recuperaban como marco identificador los programas de La Falda, Huerta Grande y del 1° de mayo de la CGT de los Argentinos, así como las figuras de Raimundo Ongaro y del dirigente cordobés Agustín Tosco. Ya desde su primer boletín proponían

la activa participación de los trabajadores para lograr una real y garantizada *democracia sindical*, que en esencia asegure la plenitud del *pluralismo ideológico* [...] *la independencia de los sindicatos* de los patrones, del Estado, de los partidos políticos y de los credos religiosos [...] Nuestra propuesta está encajinada en la búsqueda de un proyecto que ponga el acento en la *justicia social* y en la *liberación nacional*, que quiebre la dominación y dependencia que somete a nuestro país y a todos los países de Latinoamérica.²

2. *Boletín del CEFS*, octubre de 1983, pp. 4-5. [El subrayado en el original.]

Me detuve en estos antecedentes porque tanto las publicaciones señaladas como las redes constituidas a su alrededor actuaron como apoyos para los sectores que en el proceso de normalización sindical que se iniciaría en el país disputaron las conducciones con las burocracias, difundiendo a su vez una serie de experiencias desarrolladas en otros países. Por otra parte, como veremos, algunos de estos sectores terminarán confluyendo también en una propuesta política que puso en cuestión el modelo sindical a finales de la década.

El triunfo de Alfonsín y la democratización sindical

No es mi intención considerar en este apartado la propuesta del gobierno ya analizada en otros trabajos, sino aportar a la reflexión sobre cómo entender la democratización con el objeto de derivar algunos indicadores que nos permitan observar ciertos avances en esa dirección a partir de los procesos emprendidos por algunos gremios.

Hablo de *democratización* en el sentido propuesto por Tilly, quien la considera como un proceso conflictivo de interacción permanente entre demandantes y contra-demandantes cuyo resultado debe tender a ampliar la participación, disminuir las desigualdades categoriales e impulsar consultas protegidas y vinculantes con relación a las autoridades y a sus políticas públicas (Tilly, 2007: 14). Si aplicamos este concepto al ámbito sindical entiendo que es posible considerar metodológicamente dos dimensiones mutuamente relacionadas: una, referida al funcionamiento interno, que busca aumentar la participación y representación en el lugar de trabajo y en el sindicato, promoviendo acciones tendientes a disminuir las desigualdades de raza, género, entre otras, cuyos indicadores pueden ser los cambios en los estatutos que fortalezcan la representación de los cuerpos colegiados, por ramas, de las seccionales, la incorporación de mujeres a los órganos directivos, entre otros; la competencia entre listas; la inclusión de mecanismos formales e informales de consulta –como el referéndum– e instancias de control sobre las autoridades; así como otros cambios relacionados con el modelo y las prácticas sindicales. La segunda dimensión apunta más a la acción externa, donde el aumento de la participación y la disminución de la desigualdad categorial se ponen de manifiesto en la ampliación del colectivo representado pero no sólo numéricamente sino a partir de la inclusión de categorías de trabajadores tradicionalmente excluidas de las organizaciones sindicales, tales como trabajadores desocupados, precarizados, cuenta propistas, de emprendimientos autogestivos, entre otros. En el mismo sentido se pueden considerar la promoción de cambios en las legislaciones laborales tendientes al reconocimiento del pluralismo y la diversidad de formas organizativas, la integración en

agrupaciones intersindicales e intersectoriales que planteen objetivos y tomas de posición políticas, trascendiendo las demandas sólo sectoriales, las acciones tendientes a recuperar el componente internacionalista del movimiento sindical propiciando, por ejemplo, redes latinoamericanas.

En base a lo anterior considero que ciertas redes tejidas durante la oposición a las dictaduras sobrevivieron en democracia y sirvieron para repensar el modelo sindical en un sentido democratizador. Trataré de analizar entonces las dimensiones sobre las que se avanzó considerando sólo algunos ejemplos que sirven para informar cuestiones más generales puestas en debate en el marco de la reconstrucción democrática.

¿Cómo plantearon la lucha en el nuevo contexto los sectores sindicales que hemos considerado con anterioridad? Un elemento común fue el de identificar a sus adversarios como burocracias, es decir como estructuras dirigenciales que buscaban mantener el statu quo previo al golpe en lo que refiere a un control monolítico del poder sindical y sobre los afiliados, sin ampliar la participación, reducir las desigualdades ni someterse a la consulta y opinión de sus representados. Eran identificados también con la ortodoxia sindical que anteponía la filiación partidaria peronista a la de clase, buscando restaurar el monopolio del poder que habían detentado en el pasado, sin promover ningún cambio, disputando a su vez una representación corporativa dentro de las filas del propio movimiento peronista (el tercio sindical en la composición de las listas), sin plantear un proyecto político de liberación nacional y latinoamericana ante la difusión creciente de las recetas neoliberales que afectaban a toda la región. Los sectores burocráticos eran asimismo los que podían acomodarse a los planes del gobierno de turno, como intentaba la conducción de las “62” con el gobierno radical, priorizando la negociación de salarios a la recuperación integral de los derechos de los trabajadores. En otras palabras, para las definidas como burocracias, normalizar no era sinónimo de, ni una oportunidad para, la democratización sindical.

A diferencia de esa posición, los sectores que recuperaban tradiciones combativas pretendían utilizar la legalidad abierta para ganar las conducciones en los gremios, con el objeto de promover alternativas organizacionales y políticas, construyendo a su vez una nueva legitimidad a través de la competencia electoral en elecciones limpias, conformando listas plurales con independencia partidaria en defensa de los intereses de clase, propiciando también la organización desde los lugares de trabajo y las instancias de representación colegiada.

Escapa a las posibilidades de este trabajo relevar los resultados de las primeras elecciones sindicales para mostrar los cambios operados en un sentido democratizador. Un trabajo pionero que se ocupó del tema (Gaudio y Domeniconi, 1986) destacó no sólo la importante competencia

observada sino, además, la presencia de nuevas dirigencias constituidas por sectores jóvenes pero que reivindicaban tradiciones combativas y que consideraban a la democracia como una oportunidad para la democratización. Algunos estudios locales mostrarían también esa tendencia (Rodríguez, 2015). A título de ejemplo vale constatar algunos logros de los sectores que hemos considerado más arriba al acceder a la conducción, por ejemplo en la UOM de Quilmes donde el “Barba” Gutiérrez, militante de la JTP liberado de prisión en diciembre de 1982, constituyó la agrupación Felipe Vallese, lista naranja, triunfando en las elecciones de noviembre de 1984 (Chaves, 2015: 246). También en la seccional de Villa Constitución triunfó la lista marrón de Piccinini; marrón también era la lista de Guillán que triunfó en FOETRA y verde la de Ongaro que ganó en la FGB, defendiendo todas una política de alianzas entre sectores sindicales combativos.³ Algunas de las agrupaciones que habían conformado el núcleo fundador de los CEFS constituyeron el Movimiento de Recuperación Sindical, como corriente interna en diferentes sindicatos y seccionales del país; en Mar del Plata, por ejemplo, se formó el Frente de Agrupaciones Sindicales Antiburocráticas (FASA) que sostenía como principios la “unidad, federalismo, democracia, independencia, solidaridad, capacitación, movilización y pluralismo”.⁴

El análisis de esos triunfos y de las prácticas específicas que desarrollaron en sus gremios es una tarea aún pendiente, sobre todo si lo que interesa no es el estudio de casos sino considerarlos en conjunto para valorar los logros alcanzados en relación con las tradiciones de las que provenían sus militantes y con los objetivos que se habían planteado en su confrontación con las dictaduras y con las burocracias. Buscando relacionar esas dimensiones: tradición, propuesta, redes de movilización interna y externa y logros en un sentido democratizador, es que me concentraré ahora en la construcción de una estrategia democratizadora tomando como caso a ATE, con la intención de que pueda servir como modelo para avanzar en el análisis de otras experiencias similares.

Los contenidos de la democratización sindical en ATE

¿Sobre qué dimensiones del concepto de democratización utilizado como marco de referencia avanzaron los sectores que se definían como antiburocráticos y defensores de la democracia sindical? Algunas de

3. Triunfos similares se produjeron en otros gremios y seccionales, cuya enumeración no es posible realizar aquí, con el rasgo común de agrupar a militantes provenientes del peronismo de izquierda, principalmente de la JTP y de diferentes vertientes marxistas. Ver Chaves, 2015; Gordillo, Sangrilli y Rodríguez, 2015, entre otros.

4. *Democracia Sindical*, año I, n° 3, octubre de 1984, p. 2.

ellas fueron la de sostener la competencia electoral, fortalecer la representación en los lugares de trabajo, incorporar nuevas representaciones como la de las mujeres y sectores juveniles, la capacitación sindical a través de institutos de formación y la integración en redes internacionales. Veremos cómo la nueva conducción de ATE, la lista Verde de ANUSATE, construyó esos contenidos y sobre todo uno que se oponía a la tradición imperante hasta entonces en el sindicalismo peronista: la descentralización para robustecer la representación y participación propiciando también una nueva propuesta política al comenzar la década menemista.

Durante 1983, con el proceso electoral en marcha, la agrupación levantaba la bandera de la “reconstrucción y renovación” de ATE, a la vez que se sumaba a las reivindicaciones comunes sostenidas por el resto del movimiento obrero: normalización sindical de acuerdo con los estatutos anteriores a 1976, plena vigencia de las convenciones colectivas también para los trabajadores estatales y participación gremial en la dirección de las obras sociales.⁵

Paralelamente a esas acciones continuó una intensa tarea de consolidación de apoyos en el interior del país, instando a la formalización de agrupaciones locales que adherían a la nacional. Ya en democracia y una vez aprobado el Reglamento Electoral para las elecciones sindicales en julio de 1984, la tarea militante de la agrupación culminó con la convocatoria al Primer Congreso Nacional de Delegados y Octavo Plenario anual de ANUSATE, reunido el 31 de agosto de 1984, para definir “el mejor programa, la mejor propuesta y los mejores hombres para conducir ATE”.⁶ Participaron 482 delegados de 44 seccionales de todo el país que trabajaron durante dos días en comisiones para elaborar las propuestas programáticas para las diferentes áreas.

En los comicios realizados el 6 de noviembre en 24 seccionales se enfrentaron la lista Verde ANUSATE con la oficialista Azul y Blanca, en 10 se presentó sólo la Verde y en 14 sólo la Azul y Blanca. Entre las seccionales que apoyaron sólo a la Verde se encontraban algunas de las que reunían mayor cantidad de afiliados como eran las de Buenos Aires y Río Turbio.⁷

En la composición de la Lista Verde se dio prioridad a los representantes del interior, tratando de llevar a la práctica el sentido federal declamado. Así, de los quince candidatos a miembros del Secretariado, cinco lo eran de Buenos Aires y los otros diez representaban a las sec-

5. *Asociación de Trabajadores del Estado. Agrupación Nacional Unidad y Solidaridad*, septiembre-octubre de 1983, p. 11.

6. *ANUSATE*, s/f, p. 3.

7. *Noti-ATE*, 15 de octubre de 1984, p. 1.

cionales de Córdoba, San Martín, Paraná, Posadas, Mendoza, Borghi, Tucumán, Santa Fe, Santa Rosa de La Pampa y San Juan. Lo mismo ocurría con los vocales donde de los titulares ocho eran del interior y dos de Buenos Aires; en los suplentes la relación era de 21 y 5, respectivamente. De los 35 delegados titulares a los congresos de CGT, 29 eran del interior y 6 de Buenos Aires.⁸

La intención de esta estrategia pareciera haber sido la de reeditar los apoyos fundacionales de la organización, cuando ésta se constituyó con un claro sentido federativo en torno a los trabajadores de los talleres de la Dirección Nacional de Puertos a lo largo de los ríos Paraná y Uruguay, para luego extenderse a otros servicios y empresas estatales en Córdoba, San Juan, Mendoza, Comodoro Rivadavia, Río Gallegos. También, coincidiendo con el argumento de Armelino (2010), para reforzar la identidad de clase que se había ido desdibujando en torno a la figura de empleado o servidor público. Otra cuestión a destacar es que la Lista Verde propuso candidatas mujeres para el Consejo Directivo Central en 8 de las 34 seccionales donde se presentó.⁹

Los resultados de la elección del 6 de noviembre de 1984 dieron el triunfo a De Gennaro-Sbarbatti por una diferencia de cerca de 5.400 votos.¹⁰

La nueva conducción de ATE puso mucho énfasis en replantear el papel del sindicalismo en el nuevo contexto haciendo permanente referencia a un “modelo sindical para la liberación” que, en el plano interno, implicaba ampliar la participación a través de la incorporación “a la militancia social” de jóvenes y mujeres, así como la descentralización para que las seccionales tuvieran mayor participación, objetivo que se plasmó con la reforma de estatutos de 1988. Hacia afuera apoyaba un programa para un acuerdo nacional en base a los 26 puntos de la CGT que congregara a todas las fuerzas económicas, sociales y políticas en un “Congreso para la unidad nacional” y formulara una propuesta en contra de la deuda externa, exigiendo su moratoria y actuando en conjunto con el resto de los países latinoamericanos “que tienen las mismas preocupaciones y los agreden los mismos enemigos”.¹¹ Esto los llevaba a definir cómo entendían el “sindicalismo moderno”, estableciendo un contrapunto con el discurso de modernizar las relaciones laborales lanzado por el gobierno a través de los proyectos de Caro Figueroa, propuestos por el subsecretario de Trabajo en 1986. Sostenían que esos proyectos no proponían la modernización de las relaciones de

8. Boleta de la Lista Verde ANUSATE, elecciones del 6 de noviembre de 1984.

9. *Ibidem*.

10. *Clarín*, 12 de noviembre de 1984, p. 14.

11. ANUSATE. *Hacia nuestro IX Congreso nacional de delegados*, 1987, p. 5.

explotación, mientras que para ATE el desafío era la instalación de un modelo social y de desarrollo más justo. Por eso sostenían

la democratización de la sociedad en su conjunto, también la democratización y el fortalecimiento de las estructuras del Estado, incluyendo sus empresas y servicios y su administración. Con la necesidad de una imperiosa desburocratización y un reordenamiento funcional, creando espacios de participación permanente, donde los trabajadores estatales a través de sus organizaciones podamos expresar y defender nuestros intereses y realizar aportes y propuestas concretas, buscando siempre que las nuevas características del Estado lo perfilen como herramienta estratégica en un proceso liberador, nacional y popular.¹²

Pero también, como se señaló, esa acción no podía llevarse a cabo sólo nacionalmente, sino que requería actuar en conjunto a través de estructuras de alcance internacional, como por ejemplo de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores Estatales (CLATE), a la que adhería. Por eso ATE mantuvo una presencia permanente en los encuentros realizados por ella, desarrollando un importante protagonismo como anfitriona en el VII Congreso que se realizó en Buenos Aires entre el 8 y 10 de septiembre de 1988. Del mismo modo asistió a la Primera Conferencia sobre Privatizaciones, convocada por la CLATE y realizada en San Pablo entre el 14 y 15 de septiembre de 1990.¹³ La relación con el resto del movimiento obrero latinoamericano fue un objetivo permanente de ATE como parte de la estrategia mayor de la CLAT y CMT a las que adhería y dentro de la propuesta de conformar el “Movimiento de los Trabajadores” que lo acercaba al modelo de sindicalismo de movimiento social.

Lo anterior se ligaba también, como ya señalé, con la intención de recuperar la condición de clase por parte de ATE, aspecto que se hacía evidente a través de cómo definían su identidad con expresiones que se reiteraban en su periódico y como slogan del gremio:

No somos “empleados gubernamentales”, no somos “servidores públicos”, no somos “personal civil”, somos trabajadores, somos los trabajadores del Estado.¹⁴

12. *Ibidem*, p. 9.

13. *Cuaderno del Instituto de Estudios sobre Estado y Participación (IDEP) de ATE*, n° 7, 1990.

14. *ANUSATE. Agrupación Nacional de Unidad y Solidaridad de la Asociación de*

Ese discurso se fue ligando cada vez más a la necesidad de democratizar el Estado, para que verdaderamente sirva como orientador de un proceso de liberación, dado que consideraban que aquél había sido subordinado a los intereses de las corporaciones empresarias, a la vez que el propio gobierno se estaba convirtiendo en portavoz del nuevo consenso neoliberal que gradualmente se iba hegemonizando en la región. Esto se hizo más evidente a medida que comenzaron a plantearse las primeras propuestas privatizadoras, en especial con la llegada de Rodolfo Terragno al Ministerio de Obras Públicas en 1987.

En ese contexto tuvieron lugar las elecciones para la renovación de las conducciones sindicales a fines de agosto de 1988. A nivel nacional se oficializaron dos listas, la Lista Verde y la Lista Naranja, que reunió a sectores de izquierda no peronista. La posición de De Gennaro fue ampliamente respaldada. Esa situación le permitió concretar un objetivo que venía declamando desde 1984: la necesidad de fortalecer la participación y representación de las distintas ramas y regiones que conformaban ATE. Esto se materializó en el 28° Congreso Extraordinario realizado en diciembre de 1988 cuando se reformó el estatuto. Su definición política quedó plasmada en el art. 3°, inc. K, que señalaba:

Defender el sistema democrático propendiendo a la defensa plena de los derechos humanos y a la democratización del Estado para ponerlo al servicio de la nación.¹⁵

Pero la innovación fundamental fue la institución de los Consejos Directivos Provinciales (CDP), así como el de Capital Federal y los de los territorios nacionales, que gozarían de *autonomía administrativa y gremial* en sus actividades y gestiones de carácter provincial, municipal y local, cuyas sedes estarían en las respectivas capitales de esos distritos. Esos consejos serían dirigidos por una comisión administrativa elegida por el voto directo y secreto de los afiliados, siendo su mandato de cuatro años, y por los secretarios generales electos de cada una de las seccionales correspondientes a esos territorios. Lo interesante es que se crearon instancias de deliberación que permitían atender reivindicaciones específicas e incentivaban a la vez la participación de los afiliados. En efecto éstos, a través de la asamblea de afiliados de cada

Trabajadores del Estado, 31 de julio de 1986. Oscar Mengarelli de la seccional Villa María era para entonces el secretario general de ANUSATE.

15. *Anteproyecto de Reforma de Estatuto de ATE*, Buenos Aires, 1 al 3 de diciembre de 1988, p. 3.

una de las seccionales, elegían en el mes de marzo de cada año el Congreso Provincial de los CDP, que duraban un año en sus funciones.¹⁶

Otro mecanismo tendiente a reforzar la participación y democratización fue la introducción del *referéndum*, que podía ser requerido por el CDN y también solicitado por los CDP, de la Capital Federal o de los territorios nacionales, toda vez que se quisiera someter a deliberación de los afiliados los asuntos que estimaran de interés y dignos de ser tratados en un plano superior, como ser en el Congreso o Consejo Federal.

A su vez, para alentar la participación y formación de los afiliados se crearon los Institutos de Estudios de Estado y Participación (IDEP) y los Institutos de Estudio y Formación (IDEF), para los que se contó también con recursos de redes internacionales.

Además la dirigencia de ATE se preocupó por consolidar otros espacios de reflexión que permitieran generar propuestas para hacer efectiva la democratización tal como la entendían. Ese fue el sentido de su participación activa en el Primer Plenario Nacional de Sindicatos del Movimiento Renovador Peronista, que sesionó en Villa Carlos Paz, provincia de Córdoba, entre el 29 y 30 de mayo de 1986 y que conformó el Movimiento Sindical Renovador Peronista (MSRP). Resulta interesante considerar los principales pronunciamientos de ese sector con relación a cómo entendía la acción gremial, dado que manifestaba un apoyo irrestricto a la unidad de la CGT pero señalaba que en la normalización de la central y de sus delegaciones deberían tenerse en cuenta los criterios de “unidad, libertad, autonomía sindical, democracia, participación y solidaridad”, reivindicando la proyección latinoamericana de la CGT.¹⁷

Lo anterior se liga con otra dimensión de la democratización, la que refiere a su acción externa en pos de un proyecto político más amplio. Pasaré a señalar ahora algunas de las redes construidas en la medida que también incidieron en las tomas de posición que el sindicato fue adoptando.

Estructuras movilizadoras transnacionales en las que participó ATE

Como señalamos, el apoyo brindado por la CLAT para la formación de ANUSATE fue muy importante y a través de esa central la agrupación entró en contacto con asociaciones ligadas a ella en otros países. Por ejemplo, las vinculaciones con la Asociación Sindical Uruguaya (ASU) la llevó a acompañar y apoyar el proceso que daría lugar al Plenario Inter-

16. *Ibidem*, art. 49.

17. *Documento del I Plenario Nacional Sindical del Movimiento Peronista*, Villa Carlos Paz, 29 y 30 de mayo de 1986, p. 12.

sindical de Trabajadores (PIT) que vio la luz el 1° de mayo de 1983. Ese día el PIT llevó a cabo la mayor demostración en Uruguay desde 1973, congregando entre 100.000 y 200.000 personas y llamando explícitamente al inmediato retorno a la democracia (Munck, 1989: 141). Sin embargo, a pesar de esa importante movilización, el PIT no fue reconocido por el gobierno en el envío de la delegación uruguaya a la conferencia de la OIT de ese año, por lo que a través del argentino Carlos Custer (ATE), integrante del comité confederal de CMT y del comité ejecutivo de CLAT, se ofreció a dos de sus representantes integrar la delegación de la CMT para participar de esa conferencia y plantear queja contra el gobierno uruguayo (Bottaro, 1985: 137-138).

Dentro de las iniciativas para propiciar acciones conjuntas en pos de la democratización, es de destacar la de ASU de organizar la reunión de trabajadores del Cono Sur en Montevideo en julio de 1983. Allí se reunieron representantes de Brasil, de Chile y Carlos Custer (ATE) por Argentina.¹⁸

Un nuevo encuentro tuvo lugar ese año, esta vez en Buenos Aires el 16 de noviembre, entre la CGT RA, es decir la conducida por Ubaldini, y representantes del PIT: Toriani, Pereyra, Gomensoro y Read. En conferencia de prensa los uruguayos destacaron que lo ocurrido formaba parte de una política de integración que los había llevado a asistir también al congreso de creación de la CUT en agosto de ese año. La declaración firmada en Buenos Aires proclamaba la voluntad de coordinar esfuerzos para lograr la plena vigencia de las libertades públicas, de los derechos sindicales y de la soberanía nacional y por erradicar políticas económicas inspiradas por los intereses extranjeros y resabios de colonialismo “en el continente de San Martín, Artigas y Bolívar”.¹⁹

Ya antes de la recuperación democrática la CLAT se había manifestado en contra de la explotación en el mundo y en oposición al pago de la deuda externa que soportaban los países de América Latina, para lo que entendía debía actuarse conjuntamente. Con ello seguía una posición similar a la sostenida por la comisión promotora del Movimiento Popular por la Unidad Latinoamericana (MOPUL), electa en octubre de 1983,²⁰ y de la Universidad de los Trabajadores (UTAL) que promovieron

18. *Avanzada*, año 3, n° 16, agosto de 1983, p. 34.

19. *Avanzada*, año 3, n° 20, diciembre de 1983, p. 45. Gomensoro dijo: “Yo creo que por lo menos en los últimos 30 años no hay antecedentes de la firma de una declaración de este tipo entre trabajadores argentinos y uruguayos”.

20. Esa comisión se compuso con representantes de Venezuela, Chile, Costa Rica, Perú, Ecuador, Uruguay, Argentina, también estuvieron presentes el secretario general de la CLAT, el argentino Emilio Máspero, y el secretario adjunto, Eduardo García. *Avanzada*, año 3, n° 19, noviembre de 1983, p. 34.

la reunión de la “Conferencia Latinoamericana sobre la deuda externa y el futuro de América Latina”, en Lima en diciembre de 1984.

Al año siguiente, entre el 2 y 3 de mayo, se reunieron en Montevideo representantes del PIT-CNT, CUT, CGT argentina, de centrales de Cuba y de Paraguay (en el exilio), de la CLAT, CMT y de la Federación Sindical Mundial (FSM) para constituir una comisión de trabajo que convocara una conferencia latinoamericana sobre deuda externa.²¹ Entre el 15 y 18 de julio se realizó en La Habana la Conferencia Sindical de Trabajadores de América Latina y el Caribe por la Deuda Externa allí representantes de la CUT propusieron unificar las luchas y fijar el 23 de octubre de 1985 como día internacional de acción continental contra ella.²²

Nuevamente en marzo de 1986 volvió a reunirse el Consejo de Trabajadores del Cono Sur de la CLAT en Montevideo con la participación de delegados de Argentina (ATE y prensa), Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay donde redactaron la Declaración de Montevideo, que destacaba la necesidad de profundizar los procesos democratizadores abiertos, la defensa de los derechos humanos, denunciaba las políticas neoliberales y manifestaba su apoyo a la revolución sandinista, entre otros puntos.²³

Continuando con esas iniciativas, entre el 24 y 26 de septiembre de 1986 tuvo lugar en Buenos Aires la Segunda Conferencia sobre deuda externa y desarrollo en América Latina y el Caribe. Produjo un documento titulado “Primero el pueblo y después la deuda” y los países del Cono Sur firmaron un documento donde rechazaban las dictaduras todavía vigentes.²⁴ Para entonces ya se habían iniciado las tratativas para los acuerdos comerciales entre Argentina y Brasil, por lo que la CUT expresaba su alerta para que lo fueran también de los pueblos, dada la necesidad de “construir una respuesta consistente, fundamentada y unitaria de los trabajadores del Cono sur”,²⁵

Esas definiciones se complementaban muy bien a su vez con las del IX Congreso de la CLAT reunido en Mar del Plata del 22 al 28 de noviembre de 1987, que condensaron los sentidos acerca del Movimiento de los Trabajadores y de un nuevo orden a construir, pregonados por

21. *Boletim Nacional CUT*, n° 1, mayo de 1985, p. 7.

22. *Boletim Nacional CUT*, n° 2, junio-julio de 1985, p. 14.

23. *Avanzada*, n° 45, abril de 1986, pp. 6-16.

24. *La Prensa*, 24 de septiembre de 1986, p. 5. Fue firmado por la CGT de Argentina, la COB, la CUT y la CGT de Brasil, el Comando Nacional de Trabajadores y la Central Democrática de Trabajadores de Chile, el MIT de Paraguay y el PIT-CNT de Uruguay.

25. *Boletim Nacional CUT*, n° 9, agosto-septiembre de 1986, p. 12. Decían: “La lucha contra la deuda externa y la injerencia del FMI está ligada necesariamente a la lucha por un nuevo orden económico internacional sustancialmente diferente al actual que sea resultado de la ruptura con el imperialismo, rumbo a una sociedad socialista”, p. 13 [la traducción es mía].

esa central desde comienzos de la década. A él asistió la CUT y ASU, de Argentina participaron las organizaciones adheridas al CCAS. El Manifiesto dado es muy representativo de cómo concebían la tarea a desempeñar en relación con los cambios operados en el mundo del trabajo y los desafíos de ese presente:

Hoy el desafío más inmediato en el camino de la liberación y de una nueva sociedad es la capacidad del *Movimiento de los Trabajadores* para generar la alternativa de un *Nuevo Desarrollo* que inicie aquí y ahora la superación más urgente de la pobreza, de la recesión y del proceso de marginación en marcha. Desarrollo alternativo que dé vigencia concreta a los derechos humanos de los trabajadores que aún tienen empleo, de aquellos a quienes el desempleo y subempleo ha hecho trabajadores informales y cuenta propistas para sobrevivir [...] Un desarrollo distinto [...] en *armoniosa preservación de nuestros bienes naturales*. Un desarrollo que pasa por la *reforma agraria* auténtica e integral, por la *reforma de la tierra urbana*, por las *cooperativas* y por la *autogestión de los trabajadores*, por la *democratización del Estado*, por la articulación e iniciativa de la sociedad civil [...] un nuevo orden universal de paz, justicia, libertad y solidaridad y de efectivo respeto a la dignidad de todos los pueblos.²⁶

Estas mismas ideas y lineamientos se reiteraron en el Manifiesto de la CLAT del 1° de mayo de 1988 y en el documento del IX Congreso de ASU en junio de ese año.²⁷ La mayoría de ellos serían también destacados en la *Propuesta Política de los Trabajadores* (PPT), gestada en Argentina y que aglutinó a los sindicatos que venían desarrollando una lucha antiburocrática y contra el modelo económico, tales los casos tanto de ATE, del sindicato de prensa y de los gremios que se habían nucleado desde comienzos de los 80 en torno a los CEFS, entre otros.

A partir de 1990 la PPT fue tomando cuerpo. Una serie de encuentros, en mayo, agosto, octubre, fue construyendo la que definieron como “herramienta política de los trabajadores”. Se partía del diagnóstico de que la reconversión global del capitalismo había impuesto un plan político también global que obligaba a replantear el papel del sindicalismo para hacer posible la construcción de una alternativa popular con vocación

26. *Avanzada*, n° 64, diciembre de 1987, pp. 21-30. La cursiva es mía para destacar los principales marcos de sentido compartidos por los sectores sindicales conectados a través de la CLAT.

27. *Avanzada*, n° 70, julio de 1988, pp. 17-36.

de poder donde se evidenciaba claramente la influencia del modelo del PT brasileiro.²⁸

Finalmente la forma que adoptó esa herramienta política no fue la de un partido o agrupación política sino la del Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA) conformado en 1992, que desde 1996 pasó a autotitularse Central de los Trabajadores de Argentina, resultando electo Víctor De Gennaro como secretario general. El modelo organizativo y la propuesta política, que recogían el proceso de lucha y la circulación de ideas gestadas durante la década previa, aparecieron para entonces como una alternativa radical al sindicalismo tradicional.

Reflexiones finales

En el artículo me propuse mostrar que, contrariamente a cierta visión predominante sobre el comportamiento homogéneamente corporativo de los sindicatos durante la reconstrucción democrática, se desarrollaron diferentes propuestas que consideraron a la democracia como oportunidad para la democratización sindical. También destacué que éstas se nutrieron de experiencias de oposición a las dictaduras y a las conducciones que habían expulsado a los dirigentes que las cuestionaban, como fueron los casos señalados de la FGB, de la UOM de Villa Constitución, de ATE, FOETRA, entre muchos otros.

En todos los casos considerados se pudo apreciar la vinculación con redes transnacionales, ya sea porque sus referentes sufrieron exilios o porque se integraron o contaron con el apoyo de organizaciones de alcance regional o internacional, que actuaron como soportes para la organización de nucleamientos que confrontaron con las dictaduras y luego, ya en democracia, aportaron recursos para la creación de centros, publicaciones y redes que se convirtieron en espacios de socialización política para sostener estrategias democratizadoras.

Esas redes, locales y con conexiones externas, contribuyeron a definir nuevas agendas y formas de entender la democratización que no quedaba circunscripta a la relación entre bases y dirigentes. En efecto, si bien las reivindicaciones referidas a la consulta interna, a la representación desde los lugares de trabajo, a la defensa del pluralismo ideológico como garantía para la expresión de la identidad de clase, a la ampliación de la participación en la toma de decisiones y, dentro de ella, a la descentralización como estrategia para otorgar mayor visibilidad a las cuestiones locales, se convirtieron en contenidos principales y comunes de cómo entendían la democracia sindical los sectores analizados, también lo es que adosaron otras cuestiones relacionadas con la situación común

28. Documento "El recorrido de la PPT", Buenos Aires, noviembre de 1990. pp. 3-4.

que atravesaba la región frente a las políticas de ajuste y de reforma del Estado que habían comenzado a implementarse. Esto llevó a recuperar una solidaridad transnacional evidenciada, por ejemplo, en las acciones contra la deuda externa, en el repudio a los gobiernos autoritarios que se mantenían en la región y en la defensa de las democracias como un proceso permanente de expansión de sus límites y no sólo como la recuperación de las instituciones democráticas, tanto en lo que refiere al régimen político como a las instituciones y normativa laboral.

En este sentido el concepto de Tilly sirvió como herramienta para analizar el contenido y dirección de las propuestas, permitiendo ampliar la concepción de la democracia sindical también en el sentido de la elaboración de propuestas políticas que buscaban redefinir la categoría de trabajador y sus formas de representación en el contexto de descomposición de la relación salarial fordista clásica; de ese modo la profundización de la participación y la disminución de la desigualdad categorial no se planteaban sólo hacia el colectivo existente, es decir hacia el interior de la organización sindical, sino que buscaban expandir los límites del mismo.

En efecto, la interacción con otras experiencias internacionales permitió incorporar propuestas que se acercaban bastante a la de sindicalismo de movimiento social, discusión que alcanzaría realce hacia la última década del siglo XX como una de las estrategias posibles de revitalización sindical pero que, sin embargo, ya habían comenzado a ser planteadas en la primera etapa de reconstrucción democrática, en sintonía con los debates que preocupaban al movimiento sindical y a los trabajadores en la región.

Bibliografía

- Armellino, Martín (2010), *Reformas de mercado y reacciones sindicales. La experiencia de los trabajadores públicos en Argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, FCS-UBA.
- Basualdo, Victoria (2006), "Dictadura militar, sindicalismo combativo y relaciones internacionales: apuntes para una historia reciente de los trabajadores", en Basualdo *et al.*, *Antología, a 30 años del golpe*, Buenos Aires: CTA, pp.117-138.
- Bitrán, Rafael y Alejandro Schneider (1992), "Dinámica social y clase trabajadora durante la dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires", en Leoncio Rodríguez *et al.*, *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina-Brasil*, Buenos Aires: Biblos-Fundación Simón Rodríguez.
- Bottaro, José (1985), *25 años de movimiento sindical uruguayo*, Montevideo: ASU.

- Chaves, Gonzalo (2015), *Rebelde acontecer. Relatos de la resistencia peronista*, Buenos Aires: Colihue.
- Collier Berins, Ruth (1991), *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*, Nueva Jersey: Princenton University Press.
- (1999), *Paths toward democracy. The working class and elites in western Europe and South America*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Falcón, Ricardo (1982), “Conflicto obrero y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina (marzo 1976-marzo 1981)”, en Bernardo Gallitelli y Andrés Thompson, *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*, Amsterdam: CEDLA.
- Gaudio, Ricardo y Héctor Domeniconi (1986), “Las primeras elecciones sindicales en la transición democrática”, *Desarrollo Económico*, vol. 26, n° 103, octubre-diciembre, pp. 423-454.
- Gordillo, Mónica (2013), “Normalización y democratización sindical: repensando los 80”, *Desarrollo Económico*, vol. 53, n° 209-210, abril-diciembre, pp. 143-167.
- , Carla Sangrilli y Marina Rodríguez (2015), “Normalizaciones regionales: la CGT Regional Mar del Plata y Córdoba”, en Marcela Ferrari y Mónica Gordillo (comps.), *La reconstrucción democrática en clave provincial, 1983-1991*, Rosario: Prohistoria, pp. 89-120.
- Godio, Julio (comp.) (2003), *¿Un PT en Argentina? Reformular las formas de pensar la política para entender la experiencia brasileña*, Buenos Aires: Corregidor.
- Mc Guire, James (1997), *Peronism without Perón. Unions, parties and democracy in Argentina*, California: Stanford University Press.
- Moreira Alves, Maria Helena (1984), *Estado e oposição no Brasil (1964-1984)*, Petropolis: Vozes.
- Munck, Ronald (1989), *Latin America, the transition to democracy*, Londres y Nueva Jersey: Zed Books.
- Palomino, Héctor (2005), “Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sociales”, en Juan Suriano, *Dictadura y democracia (1976-2001)*, en *Nueva Historia Argentina*, tomo X, Buenos Aires: Sudamericana.
- Pozzi, Pablo (1988), *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires: Contrapunto.
- Rodríguez, Marina (2015), “Normalizaciones sindicales: ¿una oportunidad para la democratización? Un estudio sobre la recomposición sindical en el espacio cordobés, 1984-1988”, en prensa.
- Tilly, Charles (2007), *Democracy*, Nueva York: Cambridge University Press.

Título: How to confront union bureaucracies? Some democratization strategies in the 80s

Resumen: Consideraré algunas estrategias antiburocráticas y democratizadoras planteadas por sectores sindicales que, frente a la salida democrática de 1983, recuperaron tradiciones combativas para enfrentar tanto a la dictadura como a las dirigencias gremiales asociadas con ese pasado, dentro del marco general de revalorización de la legalidad democrática. Presentaré algunos ejemplos de los logros conseguidos por esos sectores en las primeras elecciones sindicales, con el objeto de reflexionar sobre cómo se entendía la democratización sindical en el contexto de los años 80, valorando por último algunos avances en esa dirección. El análisis no pretende una reconstrucción exhaustiva de las experiencias sino ofrecer algunas claves teórico-metodológicas y avances empíricos para pensar tanto la democratización como su contraparte, es decir, la burocratización sindical.

Palabras clave: estrategias antiburocráticas – democratización

Abstract: I will consider some anti-bureaucratic and democratization strategies proposed by trade union sectors during the 1983 democratic outcome, recovering combative traditions to address the dictatorship and the union leaderships associated with that past, within the general framework of revaluation democratic legality. I will present some examples of these sectors achievements in the first union elections in order to reflect how union democracy was understood in the context of the 80s, valuing finally some progress in that direction. The analysis does not intend a comprehensive reconstruction of the experiences but to offer some theoretical, methodological and empirical advances keys to discuss union democratization and its counterpart, union bureaucratization.

Keywords: anti-bureaucratic strategies – democratization

Recepción: 17 de febrero de 2016. **Aprobación:** 20 de marzo de 2016.

Colección Archivos



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896

Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014



Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943

El sindicalismo empresarial en los años 90. Una aproximación desde su materialidad

Julieta Haidar

IIGG-UBA

En los años 90, en medio de la escalada neoliberal y la implementación de las reformas de mercado, un grupo de gremios históricamente poderosos, como los de construcción, comercio, sanidad, electricidad, adoptaron la estrategia conocida como “sindicalismo empresarial”, esto es, participaron en los negocios habilitados por las reformas: adquirieron empresas privatizadas, formaron aseguradoras y administradoras de fondos previsionales, entre otros emprendimientos.

Esa estrategia fue interpretada por la literatura especializada desde distintos enfoques que, en forma dominante, tendieron a señalar los rasgos de continuidad con viejas prácticas de negociación y pragmatismo propios de la burocracia sindical. Aquí consideramos que tales enfoques son reduccionistas y que no logran dar cuenta de la naturaleza ni de la especificidad de la estrategia que, a priori, constituye un oxímoron: aquel que se da entre trabajo y capital.

El estudio en profundidad de Luz y Fuerza Capital Federal (LYF CF), sindicato que fue paradigmático en el impulso de los negocios de mercado, nos llevó a formular la tesis de que el sindicalismo empresarial no fue una respuesta continuista sino una etapa específica en el modo en que la organización se reproduce materialmente.

En este marco, con la intención de aportar al debate acerca de los sentidos del fenómeno y de las dimensiones que intervienen en la definición de las estrategias gremiales, en este artículo en primer término vamos a revisar críticamente las interpretaciones dominantes sobre el sindicalismo empresarial y a plantear las principales líneas teórico-metodológicas de nuestra propuesta, para luego avanzar en el análisis teórico y empírico de los emprendimientos promovidos por LYF CF.

Para llevar a cabo esta investigación, que tiene un carácter cualitativo, utilizamos como fuentes principales los convenios colectivos de trabajo firmados por LYF CF y las revistas *Dinamis* del gremio entre

1943 y 2003, los artículos periodísticos con que cuenta el archivo de prensa de la organización desde el año 1989, *Tendencias económicas* del Ministerio de Economía de la Nación (1990-2003), las revistas *Contacto* de la FATLYF (1990-2003) y los informes sobre composición empresaria en el sector eléctrico provistos por el ente regulador, ENRE (1993-2003). Este corpus se completa con entrevistas realizadas en el año 2013 a los miembros de la comisión directiva de LYF CF.

Las interpretaciones sobre el sindicalismo empresarial

En un trabajo anterior (Haidar, 2015b) reconocimos la existencia de tres enfoques dominantes que entendieron al sindicalismo empresarial como: una adaptación del sindicalismo corporativo y burocrático (De la Garza, 2001; Novick, 2001; Martuccelli y Svampa, 1997), una respuesta innovadora producto de la negociación con el gobierno (Murillo, 1997, 2001; Etchemendy, 2001), una forma de “*business unionism*” (Ranis, 1995; Novick, 1996, 2001; Palomino, 1999).

El primer enfoque entendió que, ante la emergencia de las reformas neoliberales y con un nuevo modelo de relaciones laborales orientado hacia la precarización del empleo, la descentralización de la negociación colectiva y la desindicalización, la estrategia general de los sindicatos corporativos consistió en tratar de adaptarse y reconstruir su alianza con el Estado (De la Garza, 2001).

En esta dirección, Novick (2001) señaló que en los años 90, ante el retiro del Estado y la desarticulación de los institutos laborales, se alteró la identidad del modelo de organización sindical, y los gremios que permanecieron en la conducción de la CGT reaccionaron en forma corporativa, intentando mantener el poder y la identidad a través de viejos mecanismos como el diálogo, la negociación y el pragmatismo. La tendencia a la burocratización desembocó en la cristalización de las estructuras burocráticas, con un control férreo de las dirigencias sobre las comisiones de delegados, a través del disciplinamiento y la cooptación, vía acción patoteril, ofrecimiento de cargos y nuevos servicios, que conformarían la modalidad del sindicalismo empresarial (Martuccelli y Svampa, 1997).

En otros términos, para este enfoque la estrategia fue una respuesta conservadora adaptativa, en la que el eje del intercambio y la negociación política de los dirigentes sindicales fue el resguardo de sus prerrogativas y el modelo organizacional, en línea con viejos estilos y mecanismos propios de un sindicalismo corporativo y burocrático.

Para la segunda línea interpretativa (que no se opone a la anterior sino que sobre los mismos supuestos desarrolla otra tesis) el sindica-

lismo empresarial fue una respuesta innovadora producto de la negociación con el gobierno. En este camino, Etchemendy (2001) avanzó en la idea de que el Estado construyó coaliciones valiéndose de una política de compensaciones que consistieron en la desregulación parcial y la asignación directa de rentas. Frente a los costos de los aumentos salariales atados a la productividad, la desocupación y los acuerdos colectivos flexibles, los sindicatos obtuvieron, por una parte, un límite a la desregulación, ya que lograron preservar el monopolio de la representación y la negociación centralizada, mantener la ultraactividad de los viejos convenios y limitar la desregulación de las obras sociales. Por otra parte, consiguieron una asignación directa de rentas que implicó la participación en la jubilación privada y en las ART, la administración de las acciones en las empresas privatizadas a través del programa de propiedad participada (PPP) y activos del Estado.

Pero fue Murillo (1997, 2001) quien más avanzó en la interpretación del fenómeno desde la relación entre las organizaciones gremiales y el Estado. Ella coincide en que la regulación laboral corporativista había contribuido a controlar a los sindicatos desde el Estado y a facilitarles la creación de instituciones (recursos políticos) para resolver más favorablemente el conflicto industrial, en vez de depender de la movilización obrera y las condiciones del mercado laboral (recursos industriales). Las reformas de los 90 vinieron a golpear este esquema ya que disminuyó el número de afiliados, cambiaron las instituciones laborales y los sindicatos perdieron influencia en el Partido Justicialista, todo lo cual restringió su capacidad de acción y movilización.

La supervivencia organizativa, nombre que dio al involucramiento en actividades empresariales, fue una respuesta que según Murillo no constituyó una automática adaptación conservadora, sino una estrategia innovadora que buscó disminuir la histórica dependencia del Estado como fuente de recursos organizativos y reemplazarla por mecanismos de mercado promovidos por las reformas.

Uno de los puntos que se destacan en esta argumentación es que la caída de las cuotas sindicales y las contribuciones de las obras sociales, fue compensada con ingresos derivados de actividades empresarias destinadas a consumidores en general. Es decir, los gremios optaron por una estrategia de inversión en nuevos recursos para poder sobrevivir organizativamente.

Entendemos que esta interpretación se orientó a destacar los componentes innovadores del sindicalismo empresarial, pero asumiendo la caracterización de un tipo de sindicalismo corporativo y burocrático cuyo objetivo primordial es preservar la estructura.

Por último, el tercer enfoque identificó al fenómeno con la configuración del modelo de “*business unionism*”, en que el sindicato amplía

sus actividades de provisión de servicios hasta alcanzar funciones empresarias (Ranis, 1995).

En esta línea Palomino (1999), en sintonía con las interpretaciones anteriores, entendió que la participación de los sindicatos en los negocios habilitados por las privatizaciones de empresas, las reformas previsional y de seguros por accidentes de trabajo, fue una concesión otorgada por el gobierno a cambio del apoyo a las mismas y que las reformas reforzaron la brecha existente entre el aparato sindical y los trabajadores. Enfatizó además que los dirigentes utilizaron la representación para vender servicios a sus propios representados, que pasaron a ser clientes cautivos. Asimismo Novick (1996) señaló que los sindicatos se convirtieron en empresas gestoras o en verdaderos holdings empresariales teñidos de una relación instrumental y económica con los trabajadores.

En otros términos, esta línea interpretó al sindicalismo empresarial como una continuidad y fortalecimiento de la identidad del sindicato asociada a la prestación de servicios sociales.

Haciendo un balance de estos tres enfoques consideramos que los mismos realizaron importantes aportes al estudio de la estrategia. Analizaron las relaciones de los actores con el Estado y, en este sentido, contribuyeron a desentrañar los procesos de negociación, concesión e intercambio por los cuales un grupo de sindicatos participaron en los negocios abiertos por las reformas de mercado. Ponderaron también la gravitación de los distintos recursos de poder así como de los legados institucionales, lo que contribuyó a identificar cuáles fueron los gremios que adoptaron esta estrategia.

Además –si bien en forma marginal– estas interpretaciones reconocieron la dimensión económica del sindicalismo empresarial, sea como contrapartida a la caída de las cuotas sindicales y de las contribuciones de las obras sociales (Murillo), como compensación general en forma de renta (Etchemendy) o como mercantilización de la relación entre afiliados y sindicatos (Ranis, Palomino).

No obstante, advertimos que estos enfoques poseen una debilidad común y es que tienden a reducir la estrategia a una continuidad con viejos estilos, prácticas u objetivos institucionales. Este procedimiento es claro en el caso de la primera línea interpretativa, ya que catalogó al fenómeno como una respuesta conservadora-adaptativa de un modelo organizacional. También en el enfoque que vio en el sindicalismo empresarial una extensión y profundización de la función sindical de provisión de servicios sociales, con lo cual la diferencia entre ambos términos sería sólo de grado. Pero aún en el caso de Murillo prima la clave continuista, ya que si bien señaló el carácter innovador de la estrategia, para ella el objetivo no puede ser otro que preservar la organización (el aparato) sólo que a través de nuevas fuentes de recursos organizacionales que le

permitan disminuir su dependencia respecto del Estado, actor central en los análisis.

Estas producciones, al concentrarse en identificar continuidades político-institucionales no consiguieron detectar la singularidad del sindicalismo empresarial. En otra dirección, un grupo de investigaciones en las que participamos (Ghigliani, 2009; Haidar, 2010; Ghigliani, Grigera y Schneider, 2012; Ghigliani y Haidar, 2013; Haidar, 2015b) entendió que para poder captar el fenómeno en su complejidad y particularidad había que analizar una nueva dimensión que aludiera a la vida material de los gremios y además que había que hacerlo en perspectiva histórica.

En este marco introdujimos la categoría de mecanismos sindicales de reproducción material (MSRM) definidos como “los mecanismos que expresan las relaciones sociales a través de las cuales las organizaciones gremiales se reproducen económicamente” (Haidar, 2015a: 19). Esta dimensión refiere al sostenimiento y expansión económica de los sindicatos, lo que no implica un interés por su microeconomía, sino que la lectura de los mecanismos reproductivos en términos de relaciones sociales busca apartarse de una perspectiva economicista, descosificar la problemática y situarla en una dimensión productiva y política, bajo el supuesto de que la expansión y contracción económica de un gremio expresan relaciones sociales de lucha.

Entendimos asimismo que en esa lucha los mecanismos reproductivos pueden adoptar históricamente distintas características, asociadas a la complejidad (las relaciones sociales pueden ser más o menos complejas en función de las mediaciones que intervienen en la obtención de recursos), a los efectos sobre la estructura organizacional y patrimonial del sindicato (en determinado momento histórico los mismos pueden ser expansivos o contractivos), a la relación con la reproducción material de los trabajadores representados (el modo en que el sindicato se sostiene económicamente puede estar más o menos articulado con la función de contribuir a la reproducción material de sus representados) (Haidar, 2015a).

Las transformaciones en tales características son las que permiten periodizar la vida material de una organización sindical y detectar las especificidades que la misma va asumiendo en cada etapa histórica, siendo el sindicalismo empresarial una de ellas. En esta línea, el abordaje empírico y teórico del caso de LYF CF permite evidenciar cómo opera la materialidad en la definición de una estrategia gremial.

El estudio de Luz y Fuerza Capital Federal. Los emprendimientos empresarios como MSRM

Luz y Fuerza Capital Federal es el mayor gremio de trabajadores de

la energía eléctrica, un sector que es fundamental para el desarrollo económico por su capacidad de potenciar las fuerzas productivas y contribuir a la producción de plusvalía. Estas condiciones llevaron a que los trabajadores de la rama formen parte de la fracción más acomodada de la clase, una aristocracia obrera cuyos niveles salariales son superiores al promedio del salario de los obreros industriales (Iñigo Carrera, Grau y Martí, 2006).

LYF CF es el sindicato más poderoso y el conductor político de la federación nacional (FATLYF) debido a que históricamente ha representado a los trabajadores de las empresas eléctricas más importantes (CIADE, CADE, luego SEGBA), lo que lo dotó del mayor número de afiliados y de los mejores convenios colectivos del sector. En los años 90 fue el promotor de la estrategia empresarial que la Federación ejecutará a partir de 1993, tras la expulsión del opositor sindicato de LYF Mar del Plata y la aprobación en el congreso federativo de 1992 de un detallado plan empresario que incluía participar en farmacias y droguerías, administradoras de fondos jubilatorios, compañías de seguros, agencias de turismo, empresas de energía y entidades bancarias, entre otras sociedades.

La FATLYF concretó la mayoría de estos proyectos y LYF CF, si bien realizó una incursión menor en la conformación de unidades de negocio (emitió los tickets canasta “Lyfcheck” e intentó sin éxito administrar los PPP y lanzar una tarjeta de crédito), ocupó un rol central en el proceso que protagonizó la Federación. Siendo su conductor político, impulsó la iniciativa, negoció políticamente su aprobación y aportó su patrimonio como garantía.

La FATLYF y LYF CF presentaron este plan como el producto de una continuidad lógica con lo que hacia mediados del siglo XX las propias organizaciones habían denominado como “sindicalismo múltiple”, una concepción según la cual el sindicato no sólo debe luchar por mejores salarios y condiciones de trabajo, sino que también debe proveer múltiples servicios sociales a los afiliados y sus familias.

En Argentina la preocupación por el bienestar social de los afiliados encuentra como experiencias iniciales el auxilio recíproco que se prestaban los miembros de las asociaciones mutuales desde la segunda mitad de la década de 1850, a fin de atender las contingencias que los trabajadores en forma individual no podían resolver, como accidentes de trabajo y enfermedades (Falcón, 1984; Horowitz, 1988). Las funciones sociales de los sindicatos se intensificaron a partir de 1945 de la mano de un sistema de recaudación de aportes obligatorios que significaron una sólida fuente de ingresos, y de argumentos provenientes de la doctrina peronista y de la doctrina social de la Iglesia que se orientaban a sostener la integración y conciliación de clases.

En los años 90 abundaron los discursos donde el llamado sindicalismo empresarial fue planteado como una proyección del sindicalismo múltiple tal como había sido entendido por el gremio eléctrico hacia mediados de siglo. Transcribimos uno de ellos:

Este es el sindicalismo múltiple, el gremialismo que pensó Perón en los 40. El sindicato no debe estar solamente en las trincheras de la confrontación, sino también para participar en las grandes políticas. Nosotros pensamos que no hay diferencia entre ser dueños de una cadena de hoteles o tener una usina. No hay diferencia entre manejar una obra social de 150.000 adherentes con tener una empresa de distribución. Acá la realidad del momento indica la transformación del sector eléctrico, nosotros somos actores directos sin desvirtuar nuestra filosofía. Somos una empresa privada con espíritu social. (Entrevista a Julio Ieraci, *Noticias Gremiales* n° 302, diciembre de 1994.)

La organización gremial colocó a los emprendimientos empresarios bajo el gran paraguas del sindicalismo múltiple, y en este sentido resulta significativo que uno de los enfoques más destacados dentro de la producción académica sobre el sindicalismo empresarial también haya interpretado la estrategia como una continuidad del “*business unionism*”, entendiéndolo por tal a un tipo de sindicalismo que no sólo lucha por causas estrictamente gremiales, sino que además se ocupa de satisfacer las necesidades de sus afiliados, produciéndose así una convergencia entre la autorrepresentación de la organización y la interpretación académica.

El análisis de los emprendimientos empresarios, no ya en términos políticos, organizativos ni subjetivos, sino en clave material e histórica, permitirá resituar la estrategia y la pregunta sobre las continuidades y las transformaciones, la especificidad del fenómeno y sus motivaciones.

Crisis y transformación

A la luz del caso estudiado, nuestra hipótesis es que el sindicalismo empresarial conforma una etapa de desarrollo de la vida material de la organización, en la que emergen nuevos mecanismos reproductivos con características inéditas, que vinieron a remplazar a aquellos que –dominantes en una primera etapa– habían sufrido una crisis.

LYF CF transitó desde su fundación en 1943 hasta la intervención militar de 1976 un primer período de expansión de sus bases materiales, asentado en tres mecanismos: las cuotas de afiliación, los aportes extraordinarios realizados por los trabajadores a la firma de cada convenio y los aportes efectuados por los empresarios.

Sujetos a los niveles de empleo, de salarios y a la dinámica de la negociación colectiva, tres determinantes que entre 1943 y 1976 tuvieron un comportamiento de tendencia ascendente, estas relaciones sociales que consideramos simples –por implicar transferencias directas de dinero, sin intercambio de mercancías– permitieron al gremio aumentar en forma exponencial sus ingresos.

En esta etapa el crecimiento del nivel de empleo/afiliación constituyó el determinante clave. LYF CF en diciembre de 1943 tenía 300 socios efectivos; en igual mes de 1944, 3.800; en diciembre de 1945, 8.600 y en junio de 1946, 11.500 (*Dinamis*, n° 21, julio de 1946). Veinte años después, el Secretario de Hacienda declaraba administrar el aporte de aproximadamente 28.500 afiliados activos (*Dinamis*, n° 101, septiembre de 1965) y para 1975 el dirigente Juan José Taccone informaba que los asociados eran 30.000 (Taccone, 1976).

Pero fueron los aportes empresarios fijados convencionalmente para formar los fondos sociales (colonia de vacaciones, vivienda, compensador, cultural y deportivo),¹ los que representaron los mayores ingresos para el sindicato, siendo que desde que el mismo comenzó a controlarlos a partir de la firma del CCT de 1954, la alícuota se fue incrementando en forma progresiva hasta llegar a conformar el 7,5% de la masa salarial total en el CCT de 1975.

La magnitud del dinero recibido en concepto de fondos sociales implicó la posibilidad cierta de movilizarlo en circuitos de mayor complejidad. Uno de los más significativos fue el depósito bancario a cambio de intereses, lo que permitía obtener más recursos y/o evitar los efectos devaluatorios de la inflación. Otro circuito, vinculado a las funciones asignadas a los fondos, se organizó en torno a la venta de mercancías a los afiliados a través de las estructuras cooperativas (vivienda, seguros, crédito y consumo).

Detrás de estas operaciones estaba la concepción del “sindicalismo múltiple” referida antes: el sindicato debía atender la vida del trabajador y su familia desde que nace hasta que muere. Bajo este concepto participó en relaciones sociales más complejas que ya no implicaron

1. Un rasgo relevante del caso bajo estudio es que hasta la privatización de SEGBA LYF CF no tuvo una obra social propia, una fuente de recursos de capital importancia para los gremios argentinos, sobre todo a partir del reordenamiento del sistema en 1970. Por el contrario, la cobertura médica estaba a cargo de las empresas bajo el concepto de Servicios de Asistencia Sanitaria. Cuando se privatizó SEGBA, las nuevas empresas no quisieron hacerse cargo de la obra social que, dado el alto nivel de prestaciones que otorgaba y la baja de activos, resultaba deficitaria. Fue recién entonces que LYF CF junto con la Asociación de Personal Superior de Empresas de Energía Eléctrica formaron en 1992 la Obra Social de los Trabajadores de las Empresas de Electricidad (OSTEE).

transferencias directas de dinero sino que se asentaron en su circulación. Sin embargo, es importante señalar que las mismas encontraron límites cuantitativos y cualitativos, ya que las ventas no trascendían a los propios afiliados y sus ingresos se destinaban al consumo de la organización. Esto tuvo un efecto expansivo que se cristalizó en el crecimiento del patrimonio, la sede social, los hoteles y los recreos. Las operaciones estaban destinadas a la satisfacción de las múltiples necesidades de la familia obrera (vivienda, créditos, ocio, etc.), a la cual quedaba subordinada la reproducción material del gremio.

Por lo tanto, las tres características prevalecientes en esta primera fase reproductiva de LYF CF fueron el sostenimiento de relaciones sociales simples y de otras más complejas asentadas sobre las anteriores, que implicaron la circulación del ahorro obrero pero no la personificación de capital; los efectos expansivos sobre el patrimonio gremial que significaron ampliar el fondo de consumo, y una estrecha articulación entre los MSRM y la reproducción de los trabajadores.

La dictadura militar de 1976 inauguró una segunda etapa, no ya de expansión sino de crisis en la vida material del gremio. Intervino las empresas de electricidad y el sindicato, suspendió primero y contrajo después los mecanismos reproductivos que habían sostenido la etapa anterior. Este proceso de crisis terminó de consolidarse con la privatización y fragmentación de SEGBA en 1992.

El empleo –principal determinante de los tradicionales MSRM– comenzó a descender en los prolegómenos de la privatización y, concretada la misma, cayó en forma brutal: en 1989 SEGBA empleaba a 22.809 trabajadores, en 1991 a 20.778, en 1992 (antes de la privatización) a 18.883, en 1993 a 10.976 y en 1998 a 6.837 (Duarte, 2001).

Si bien no disponemos de una serie completa de datos para el total de las empresas privadas en que se dividió SEGBA (cuatro generadoras y tres distribuidoras), Edesur –por su dimensión y por ser líder en las políticas del sector– se presenta como un caso testigo de la evolución del empleo. Mientras que en 1992 la empresa tenía 7.541 empleados, en 1993 pasó a 5.051 y continuó su descenso hasta 2002 en que llegó a registrar 2.251 trabajadores efectivos (*Memoria y balance*, Edesur, años 1992 a 2002).

A su vez, mientras se expulsaba a trabajadores de planta fue aumentando la cantidad de personal contratado por medio de terceras empresas, proceso que –tal como sucedió con el desempleo– se inició antes de la privatización. El gremio informaba que entre agosto de 1989 y mayo de 1990 la cantidad de contratados saltó de 181 a 482, mientras que los trabajadores efectivos se redujeron de 22.328 a 21.681 (*Dinamis*, n° 36, abril de 1992). La tercerización se profundizó luego con las gestiones privadas. Si bien los datos sobre las empresas

contratadas son escasos, los dirigentes entrevistados sostienen que en los años 90 la cantidad de trabajadores contratados era igual a la de efectivos.

La contracción del empleo efectivo y la tercerización impactaron en forma directa en la afiliación de LYF CF, que pasó de 15.274 afiliados activos en 1992 a 11.724 en 1993 y continuó su descenso hasta llegar a 3.986 en 2002 (Secretaría de organización, LYF CF).

Este proceso tuvo graves impactos económicos sobre la organización ya que los ingresos recibidos por cuota de afiliación cayeron en forma proporcional, al tiempo que los aportes extraordinarios que efectuaban los trabajadores a la firma de cada convenio habían sido cancelados con la intervención militar, y los aportes empresarios para fondos sociales, principal mecanismo sobre el que se sostenía la economía gremial en el primer período, sufrieron una severa contracción.

A los efectos sobre la cuota de afiliación y los institutos de la negociación colectiva se agrega que la pérdida de puestos de trabajo impactó sobre las cooperativas, que en estos años se vieron desfinanciadas por la caída del número de socios y la dificultad para cobrar las cuotas adeudadas de aquellos que habían perdido su puesto de trabajo.

A partir de 1992 y a lo largo de la década, cada informe de la Secretaría de Hacienda daba cuenta del déficit crónico en que había entrado el gremio. Ante esta situación se imponía el dilema de cómo resolver un problema que afectaba no sólo su vida organizacional sino también sus fundamentos materiales. La respuesta más inmediata fue la reducción de gastos que se efectuó vía ajuste de las prestaciones a los afiliados. Junto con ello y fiel a su estilo realista y pragmático, acudió a herramientas como la concesión de parte de su patrimonio (los hoteles). Luego, habilitado por las reformas de mercado, elaboró una salida más compleja, la promoción de nuevos mecanismos reproductivos: los emprendimientos empresarios.

Esta decisión abrió una tercera etapa en la vida material del gremio que se extendió desde 1992, cuando el congreso ordinario de la Federación aprobó el plan empresarial, hasta 2003, cuando la misma instancia autorizó su desmantelamiento.

Los negocios

Entre 1993 y 2003 la FATLYF concretó casi todos los proyectos que diseñara en el congreso de 1992, convirtiéndose en un verdadero holding empresarial con la participación en más de veinte sociedades anónimas: cuatro generadoras (centrales térmicas NOA, Sorrento, Patagónica, Litoral), dos transportadoras (Transnoa, Transnea), dos distribuidoras (EJSED, EDESE), cuatro empresas de servicios (Sien, Andersen, Engion,

Translyf), una productora de carbón (YC Río Turbio), una distribuidora de gas (Gasnea), un laboratorio (Laformed), una droguería (Medilyf), dos empresas de turismo (Volt's y TurLyfe), la AFJP Futura y dos aseguradoras asociadas: Fuerza (vida e invalidez) y Lúmina (renta vitalicia o jubilación programada), y la ART Luz.

Como hemos adelantado, desde nuestra perspectiva analítica este conjunto de negocios no constituyen otra cosa sino nuevos mecanismos reproductivos con características particulares que vinieron a remplazar a aquellos que –afectados sus determinantes– estaban en crisis.

Por primera vez en su historia el gremio estableció relaciones sociales mucho más complejas y utilizó el dinero proveniente del ahorro obrero con una nueva función y objetivo: constituirse en capital y valorizarse. Este proceso supuso el montaje de un complejo holding empresarial formado por unidades de negocios que operaban en múltiples esferas: comercial, financiera y productiva.

En cuanto a la esfera comercial, la iniciativa más clara fue la creación de la agencia de turismo Volt's que vendía paquetes, vuelos y plazas de la cadena de hoteles Intersur, propiedad de la Federación, y de la empresa TurLyfe destinada a la administración de sus hoteles y campos. Esta área que tradicionalmente constituyó un bastión de la función social del gremio, se transformó en una mercancía lanzada a un mercado que trascendía a la familia lucifuerista.

En esta etapa además el sindicato intervino como nunca antes en circuitos de capital financiero, esto es, el tipo particular de proceso de circulación que se centra en el sistema de crédito y la creación de formas ficticias de capital (Harvey, 1990). La FATLYF formó una complejísima estructura de negocios financieros: la AFJP, las aseguradoras satélites, la ART.

La novedad que trajo la AFJP fue la magnitud de la transferencia de recursos de los trabajadores hacia la esfera financiera en la que por definición se insertaba el negocio, tal como fuera diseñado el sistema integrado de jubilaciones y pensiones. Construida sobre la organización y los recursos del fondo compensador con que históricamente se pagaba el diferencial a los jubilados para que alcancen el 82% del salario de un activo, la Federación llegó a ser propietaria del 78% de esta administradora que colocó el 100% de los fondos obreros en un conjunto heterogéneo de valores ficticios (títulos públicos, acciones, cédulas, etc.).

Las aseguradoras de vida (Fuerza), de renta vitalicia (Lúmina) y de riesgos del trabajo (Luz), también constituyeron estructuras financieras, aunque menores, que venían a complementar el porfolio de negocios creado en torno a la seguridad social.

El mayor proyecto financiero de la organización fue crear un banco,

aspiración que no pudo concretar² y que le hubiera permitido dejar de operar como un ahorrista que realiza depósitos a cambio de un interés para pasar a funcionar como un banco de ahorros.

Junto con el avance en la esfera comercial y financiera, la nota distintiva de esta etapa fue la incursión sistemática en el ciclo productivo del capital. En este orden una iniciativa menor fue la adquisición de un laboratorio farmacéutico (Laformed) y de una droguería (Medilyf).³ Muchos más ambiciosos en cambio fueron los emprendimientos energéticos que, en una muestra de la planificación que orientaba el proceso, se organizaron en tres áreas: los programas de propiedad participada (PPP), las inversiones genuinas y las empresas de mantenimiento.

En relación a la primera, la ley de reforma del Estado posibilitó que los trabajadores de las empresas privatizadas adquirieran el 10% de las acciones clase C a través del llamado PPP y estableció que el manejo de las mismas debía ser sindicado (gestionado en forma colectiva) hasta que se complete su pago con las utilidades generadas. Dada esta posibilidad, la Federación se propuso ejercer la administración de las acciones de los trabajadores de las empresas eléctricas privatizadas, al tiempo que LYC CF inició una campaña a fin de que sus afiliados adhieran al programa y le otorguen su representación a través de la Cooperativa de Crédito, Consumo y Vivienda LYF Ltda.

El objetivo del sindicato era asumir lugares de conducción en los directorios y en un plazo más prolongado captar las acciones que se liberaban con el retiro de los trabajadores y que pasaban a un fondo de recompra. Si bien nada de esto se logró, el proyecto se dirigía a obtener una parte –aunque menor– de capital, una estrategia que se preveía complementaria a la adquisición de activos.

Con respecto a este último punto, dentro del holding empresarial ocuparon un lugar central las llamadas inversiones genuinas, adjetivación que remitía a la intervención directa en la esfera productiva. La Federación, lejos de resistir la privatización de empresas eléctricas, entre 1993 y 2003 participó activamente en las licitaciones de las unidades de negocio en que se dividieron Agua y Energía Eléctrica SE e Hidroeléctrica Norpatagónica SA (Hidronor). Es esta decisión de intervenir en las propias empresas a cuyos trabajadores representaba la que dio más

2. A mediados de 1993 la FATLYF ganó la preadjudicación del liquidado Banco Cooperativo Birco de la ciudad de Rufino, pero el Banco Central anuló la operación. Luego la Federación intentó comprar el banco de la provincia de Misiones, lo que tampoco se concretó (*Clarín*, 5 de marzo de 1994).

3. A fines de 1993 en un emprendimiento compartido con la provincia de Formosa, la FATLYF se quedó con la licitación del Laboratorio Formoseño de Medicamentos, Laformed SA, y en 1998 pasó a controlar la droguería Medilyf SA (*Contacto*, n° 54, octubre de 1993).

visibilidad a la estrategia de sindicalismo empresarial que, sin embargo, trascendió largamente este negocio. El sindicato asumía un lugar dual en las relaciones sociales de producción: como representante de los trabajadores y como propietario de las empresas que los emplean.

En el lapso de diez años la Federación se constituyó como co-propietaria de cuatro centrales (NOA, Sorrento, Patagónicas, Litoral), dos transportadoras (Transnoa, Transnea) y dos distribuidoras (EJSED, EDESE); participó sin éxito de la licitación de seis empresas eléctricas (Centrales San Nicolás, Hidráulicas de Río Negro, Hidroeléctrica Diamante, Distrocuyo, EDEER, ESEBA); y por fuera de su actividad principal adquirió parte de la empresa productora de carbón (YC Río Turbio) y de una distribuidora de gas (Gasnea).⁴

Por último, la tercera área de los emprendimientos energéticos implicó la formación de empresas de mantenimiento. En esta dirección, por un lado, la FATLYF armó estructuras propias para proveer servicios a las compañías eléctricas⁵ y, por otro, organizó microemprendimientos, esto es empresas constituidas por los trabajadores que adhirieron a los planes de retiros voluntarios y que pasaron a prestar servicios como tercerizados, práctica que el sindicato no combatió (al menos no hasta el año 2000) sino que convalidó.⁶

Es de destacar que en los tres casos (PPP, inversiones genuinas, empresas de mantenimiento) las acciones de la Federación se orientaron a operar en la esfera productiva, la única que produce plusvalor. Así sus negocios alcanzaron todas las esferas de circulación del capital.

Balance de la estrategia

Una de las características centrales de los mecanismos reproductivos entre 1992 y 2003 es su nivel de complejidad, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. En el primer sentido, la operación en los múltiples circuitos de capital en que se ubicaron las diversas unidades de negocio da cuenta de las dimensiones de la estrategia empresarial. La participación en decenas de licitaciones, así como el concepto mismo de holding, evidencian un proyecto orientado a maximizar las posibilidades de captar distintas formas de plusvalor.

4. La reconstrucción de la adquisición de acciones por parte de la FATLYF fue realizada en base a las revistas *Dinamis* y *Contacto*, el archivo periodístico de LYF CF, *Tendencias Económicas* del MECON y los informes sobre composición empresarial provistos por el ENRE (1993-2003).

5. Entre ellas se cuenta Sien SA, Engion SA y Translyf SA.

6. Para 1995, 290 trabajadores se agrupaban en 24 microemprendimientos que prestaban servicios a Edesur, Edenor y Central Puerto (*Dinamis*, n° 52, mayo de 1995).

Sumado a ello, la FATLYF atravesó los límites que el sistema de seguridad social concebido solidariamente le imponía, y pasó a operar en un mercado ampliado más allá de sus representados. Al mismo tiempo, habiendo virado el objetivo inmediato de la satisfacción de necesidades a la apropiación y generación de valor, la restricción de vender mercancías a los precios más bajos del mercado también desapareció.

Desde una perspectiva cualitativa, si bien la representación y la satisfacción de necesidades de los trabajadores siguió siendo, subjetiva y discursivamente, el horizonte de acción de la organización sindical, en tanto uno de los principales argumentos construidos para legitimar la decisión fue que era necesario generar nuevos recursos para sostener las prestaciones sociales, el mismo apareció más lejano, hipermediado. En una primera etapa la asociación entre mecanismos como la cuota de afiliación o los aportes empresarios y la función social del gremio era más directa, se recaudaba para brindar servicios a los trabajadores. En esta etapa, en cambio, si bien el gremio sostenía que los emprendimientos tenían como objetivo obtener recursos para continuar con las prestaciones, entre el mecanismo y el fin último intervenían un conjunto de mediaciones tan extenso y complejo que el fin declarado quedaba desdibujado.

La visión economicista, la ambición de poder y el pragmatismo se proyectaron en un plan de capitalización que se materializó en el holding empresarial y que encontró su límite inmediato en el poder adquisitivo del gremio y en la competencia de mercado, todo lo cual coadyuvó a liquidar los activos a partir de 2003.

Como segunda característica emerge que el plan de capitalización implicó la ampliación del patrimonio, donde el mismo no constituía un fondo de consumo destinado al uso de los trabajadores (como los campos de recreo y los hoteles), sino un capital fijo montado para captar más valor. En este sentido se esperaba que los mecanismos de reproducción material de carácter empresario –cuyos determinantes son ajenos al empleo, los salarios y la negociación colectiva– tengan efectos expansivos, pero no fundados en el consumo sino en la valorización.

La tercera característica que aparece es que los mecanismos a través de los cuales el gremio intentaba expandirse se disociaron de la reproducción de los trabajadores representados. Si bien en muchos casos los nuevos mecanismos reproductivos se montaron sobre estructuras preexistentes ligadas a los servicios sociales, éstas quedaron desarticuladas de los trabajadores, en tanto que ya no tenían como objetivo inmediato satisfacer crecientes necesidades sociales, sino apropiarse de diferentes formas de plusvalía.

Abundaron estas prácticas. La empresa de medicina prepaga se proyectaba construir sobre la estructura nacional de la obra social y la

agencia de turismo sobre las filiales locales. Por su parte la AFJP además de utilizar a los gremios de base como sucursales de atención al cliente, apeló al fondo compensador constituido en el pasado sobre la solidaridad intergeneracional, como plataforma de un negocio financiero fundado en el ahorro personal.

La relación de los trabajadores con estas estructuras y su identidad con respecto al gremio se complejizó. Además de afiliados, los dirigentes apelaron a ellos como propietarios directos (de acciones del PPP) o diferidos (en tanto miembros de la organización) de las empresas. Al mismo tiempo se convertían en clientes de las unidades de negocios, aunque no necesariamente cautivos, dado que sólo un número menor de trabajadores adhirió a la AFJP sindical, mientras que la ART y los tickets canasta sólo fueron contratados por algunas empresas del sector.

La adquisición de las compañías eléctricas supuso además que la relación de representantes-representados conviviera con otra que objetivamente se le oponía, la de empleadores-empleados. No se disponen de datos concretos que evidencien qué características asumió la Federación como patronal a través de sus representantes (los dirigentes de sindicatos de base) en los directorios empresarios. Existe la posibilidad de que la adquisición de empresas haya transformado a la Federación en un empleador comparativamente más benévolo con los trabajadores, lo que otorga matices y argumentos legitimadores a la estrategia, sin embargo, nada de eso niega la contradicción intrínseca que tal fenómeno implicaba, la que se establece entre representar trabajadores y personificar capital.

La operación de la ART fue otro caso que planteó con claridad la contradicción dentro del gremio. Al tiempo que participaba en las comisiones de higiene y seguridad como representante de los trabajadores, desde la aseguradora –aunque su negocio anclaba en la esfera financiera– debía minimizar la cobertura de accidentes y enfermedades laborales.

Por este camino, el intento de sostenerse a través de emprendimientos empresarios, se distanció de la lucha por la expansión del consumo de los trabajadores.

Atravesada por las contradicciones, la FATLYF sostuvo puestos de trabajo y adquirió empresas menores, de dudosa rentabilidad. Pero también, como se viene argumentando, intervino en negocios que nada tenían que ver con proveer servicios a los trabajadores, sino que por el contrario implicaron su mercantilización.

Todo este proceso se produjo además sobre una base diezmada, en tanto que con las privatizaciones miles de trabajadores que habían contribuido al sostenimiento de la organización fueron despojados de sus puestos de trabajo y de la posibilidad de acceder a los beneficios

de la membresía sindical. Similar suerte sufrieron los tercerizados a los que el gremio contribuyó a organizar y legitimar.

El sindicato intentó articular a través del discurso lo que materialmente estaba desarticulado. En esta clave se lee la presentación de los emprendimientos empresarios como una expresión más del sindicalismo múltiple, operación que coincide con una de las interpretaciones del fenómeno en términos de “*business unionism*” o prolongación del sindicalismo de servicios.

Como hemos reseñado, las lecturas sobre el sindicalismo empresarial vieron en él una respuesta que iba en línea con tradiciones y prácticas preexistentes asociadas a un sindicalismo corporativo y burocrático, que negocia prerrogativas con el Estado y que actúa como una agencia de servicios sociales.

Nuestra perspectiva no niega estas características. Si en cambio da cuenta de que en las mismas no se aloja la novedad del fenómeno, que todas ellas remiten a rasgos de continuidad y que por tanto las interpretaciones dominantes son al menos simplificadoras. Tras transitar mayores o menores niveles de análisis la explicación a la que llegan no dista de una apreciación más ligera que a priori puede catalogar a la estrategia como una reacción propia de la burocracia sindical que conduce las organizaciones.

Sobre este punto, teniendo como referencia el caso del gremio eléctrico, es necesario hacer algunas reflexiones sobre los debates convocados en torno a la multiplicidad de prácticas al que el atractivo concepto de “burocracia sindical” es subsumido. Uno de esos debates refiere al lugar de los sindicatos en una formación social capitalista; otro se preocupa por la democracia sindical, los procesos internos de las organizaciones y la relación dirigentes-bases.

En relación al primero, LYF CF históricamente se constituyó como un gremio que bogó por la conciliación de clases y la integración social; siendo representante de una aristocracia obrera definió intereses microcorporativistas y fue vanguardia de un modelo de organización de carácter mutualista; a diferencia del caso de LYF Córdoba con la conducción de Tosco, en el que esa misma aristocracia se presentó como vanguardia de un sindicalismo de liberación (Iñigo Carrera, Grau y Martí, 2006). El sindicalismo empresarial y el acompañamiento a las privatizaciones puede leerse en esta clave de integración, negociación, pragmatismo que es histórica en el gremio capitalino, y que en la coyuntura de reforma de mercado y neoliberalismo de los años 90 se expresó en esos términos. Por tanto, no habría acá mayores fisuras, sino rasgos de continuidad.

Con respecto al segundo debate, LYF CF es desde sus inicios un gremio verticalista y disciplinado, en el cual las decisiones son tomadas por la dirigencia y refrendadas por las bases, en ocasiones con dificulta-

des.⁷ Esto incluso fue así durante la última dictadura militar, cuando la conducción desplazada del gremio organizó las acciones de resistencia de octubre de 1976 y febrero de 1977 (Ghigliani, 2012; Haidar, 2015a). En este sentido también puede entenderse que el acompañamiento a la privatización y el sindicalismo empresarial fueron decisiones adoptadas por la cúpula y acatadas por las bases (aunque hacia el interior de la FATLYF hubo disputas y disciplinamiento, como quedó evidenciado con la expulsión del gremio de Mar del Plata). Que este proceso pudo realizarse gracias a la connivencia de la conducción sindical no hay dudas, pero acá tampoco se presentarían desplazamientos sino una línea de continuidad.

Estas precisiones sobre el caso nos llevan a considerar que nociones como las de un sindicalismo corporativista, pragmático, negociador o burocrático, constituyen presupuestos analíticos que asumimos como datos, pero que no tienen carácter explicativo a fin de dar cuenta de la naturaleza y especificidad del fenómeno estudiado. Por el contrario, pretender explicarlo por los atributos propios del gremio sería incurrir en una operación tautológica.

En otros términos, LYF CF frente a las reformas de mercado de los años 90 respondió como un gremio corporativista, pragmático, negociador, verticalista. Pero el análisis histórico evidencia que esos atributos ya lo acompañaban en etapas previas y que por tanto no son ellos los que pueden conducir a identificar y entender las transformaciones que el sindicalismo empresarial expresa. En cambio, nuestra perspectiva identificó la vida material de la organización como la dimensión que –analizada históricamente– da cuenta de las nuevas características del fenómeno.

En esta clave advertimos que los rasgos que asumieron los mecanismos reproductivos en esta etapa (1992-2003) difirieron cualitativamente de aquellos que primaron bajo el llamado sindicalismo múltiple (1943-1976).

Mientras que entonces predominaron las relaciones sociales simples

7. Según está documentado en las publicaciones de LYF CF y de acuerdo al relato de ex dirigentes, hubo asambleas en que las bases rechazaron las propuestas de la conducción (es famosa la asamblea general del gremio de 1975 realizada en la cancha de Independiente con cerca de 30.000 trabajadores que “le rechazó el convenio a Smith”). En entrevistas realizadas durante 2013 a los dirigentes gremiales acerca de los modos en que se toman las decisiones, la respuesta fue que lo hace la conducción y que los trabajadores acatan. Debe señalarse, sin embargo, que LYF CF es un gremio con alta presencia sindical en los lugares de trabajo, con una estructura formada por delegados y subdelegados gremiales, delegados militantes, representantes y miembros del comité de lugar. Asimismo, se respetan las instancias orgánicas definidas en los estatutos. Todo esto exige complejizar la habitual caracterización de la burocracia sindical.

(cuotas de afiliación, aportes de trabajadores y empleadores) que habilitaron el funcionamiento de otras más complejas (venta de mercancías vía cooperativas) pero con límites cuanti y cualitativos, bajo el sindicalismo empresarial la reproducción material del sindicato se autonomizó de las relaciones sociales simples y de sus determinantes (empleo sectorial, salarios y dinámica de la negociación) y se sostuvo sobre relaciones sociales complejas que implicaron la personificación de capital. En esta nueva etapa, a diferencia de la primera, el patrimonio no consistió en un fondo de consumo sino que se constituyó en capital con la intención de generar efectos expansivos fundados en la valorización. Por último, por primera vez se produjo una desarticulación entre la reproducción de la organización y la de los trabajadores, en tanto los mecanismos de reproducción material de la primera estaban disociados de la satisfacción de las necesidades de los segundos.

Este proceso estuvo atravesado por múltiples matices y contradicciones. No obstante, más allá de las mismas y de los alcances reales que tuvo la estrategia en términos de eficacia económica,⁸ es posible reconocer en los negocios empresarios mecanismos reproductivos que sostuvieron una etapa en la vida material de la organización que puede caracterizarse como de expansión capitalista (Haidar, 2015a), esto es, de acercamiento a la llamada economía política del capital, aquella que tiene como fin la valorización y que da sentido al oxímoron “sindicalismo empresarial”.

Bibliografía

- De la Garza, Enrique (2001), “Introducción: las transiciones políticas en América Latina, entre el corporativismo sindical y la pérdida de imaginarios colectivos”, en Enrique De la Garza (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 9-24.
- Duarte, Marisa (2001), “Los efectos de las privatizaciones sobre la ocupación en las empresas de servicios públicos”, *Realidad Económica*, n° 182, Buenos Aires, pp. 32-60.
- Etchemendy, Sebastián (2001), “Construir coaliciones reformistas: la política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización económica”, *Desarrollo Económico*, n° 160, vol. 40, Buenos Aires, pp. 675-706.

8. En el 2003 la FATLYF realizó la última adquisición empresarial y comenzó un proceso de liquidación de sus negocios que se extendió hasta el 2010. En esta decisión se conjugaron un conjunto de factores: las políticas de gobierno orientadas a aumentar la intervención del Estado sobre la dinámica socioeconómica del país, la recomposición de determinantes como el empleo y el salario, y también los límites que encontró la organización frente a la competencia de mercado (Haidar, 2015a).

- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL.
- Ghigliani, Pablo (2009), "Sindicatos y personificación de capital: acerca de la emergencia de un sindicalismo empresario en Argentina", *XXVII Congreso Latinoamericano de Sociología*, ALAS, Buenos Aires.
- (2012), "La resistencia de Luz y Fuerza a las políticas de la dictadura: los conflictos de 1976 y 1977", *Historia Regional*, Villa Constitución: Instituto Superior del Profesorado N° 3 "Eduardo Lafferriere".
- y Julieta Haidar (2013), "Reformas de mercado y sindicalismo empresarial. El caso de Luz y Fuerza Capital Federal", *XI Congreso de ASET*, Buenos Aires.
- Ghigliani, Pablo, Juan Grigera y Alejandro Schneider (2012), "Sindicalismo empresarial. Problemas de conceptualización y alternativas teórico-metodológicas", *Revista Latino-americana de Estudos do Trabalho*, año 17, n° 27, Río de Janeiro, pp. 141-164.
- Haidar, Julieta (2010), "Discusiones en torno al concepto de sindicalismo empresarial", *IX Congreso Nacional y II Congreso Internacional sobre Democracia de la SAAP*, Rosario.
- (2015a), "Continuidades y transformaciones en los mecanismos de reproducción material del sindicato Luz y Fuerza Capital Federal (1943-2003)", Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA, inédita.
- (2015b), "Interpreting Argentine Business Unionism", *Latin American Perspectives*, vol. 42, n° 2, Beverly Hills, pp. 60-73.
- Harvey, David (1990), *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*, México: FCE.
- Horowitz, Joel (1988), "El impacto de las tradiciones anteriores a 1943 en el peronismo", en Juan Carlos Torre (comp.), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires: Legasa, pp. 99-117.
- Iñigo Carrera, Nicolás, María Isabel Grau y Analía Martí (2006), *Agustín Tosco. La clase revolucionaria*, Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1997), *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires: Losada.
- Murillo, Victoria (1997), "La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem", *Desarrollo Económico*, vol. 37, n° 147, Buenos Aires, pp. 419-446.
- (2001), *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina*, Madrid: Siglo XXI.
- Novick, Marta (1996), "¿Estrategia gremial o comportamiento defensivo? El destino de los sindicatos", *Encrucijadas*, año 2, n° 4, Buenos Aires, pp. 34-41.
- (2001), "Nuevas reglas de juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales", en Enrique De la Garza (comp.), *Los sindicatos frente a los procesos de transición política*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 25-46.

Palomino, Héctor (1999), “Los sindicatos en la Argentina contemporánea”, *Nueva sociedad*, n° 169, Caracas, pp. 121-134.

Ranis, Peter (1995), “Challenges to Organized Labor in the Post-Industrial World: Argentina, Germany and the U.S.”, York College and Graduate Center, CUNY, mimeo.

* * *

Título: The business unionism in the 90s. An approach from its materiality

Resumen: En los años 90, frente a las reformas de mercado, las organizaciones sindicales más poderosas de Argentina adoptaron la estrategia llamada “sindicalismo empresarial”, que consistió en la participación activa en aquellas reformas. Las interpretaciones dominantes del fenómeno entendieron que se trataba de una respuesta que expresaba una continuidad con prácticas adaptativas y pragmáticas propias de la burocracia sindical.

En este trabajo, en cambio, consideramos que esas lecturas son reduccionistas y proponemos abordar el sindicalismo empresarial desde una perspectiva que examine la problemática de cómo una organización gremial se reproduce materialmente en distintas etapas históricas.

Para avanzar en esta propuesta estudiamos el caso del sindicato Luz y Fuerza Capital Federal (LYF CF) que fue paradigmático en el impulso de la estrategia empresarial.

Palabras clave: Sindicalismo empresarial – Reproducción material – Etapas históricas – Luz y Fuerza Capital Federal

Abstract: In the 90s, facing the market reforms, the most powerful unions in Argentina adopted a strategy called “business unionism”, which consisted in an active participation in the reforms.

The dominant interpretations of the phenomenon understood that it was an answer that expressed continuity with typical adaptive and pragmatic practices of the union bureaucracy.

This paper, however, considers these interpretations reductionist and proposes to approach the business unionism from a perspective that examines the issue of how an union is materially reproduced at different historical stages.

To achieve this objective this paper analyzes the case of the union Luz y Fuerza Capital Federal (LYF CF) that was paradigmatic in the business strategy.

Key words: Business unionism – Material reproduction – Historical stages – Luz y Fuerza Capital Federal

Recepción: 3 de diciembre de 2015. **Aprobación:** 15 de marzo de 2016.

El gendarme en el umbral: enfoques y debates sobre la burocracia sindical en el kirchnerismo

Paula Varela

UBA-CONICET – paula.varela.ips@gmail.com

La burocracia sindical ha sido un objeto de debate recurrente en Argentina. Su explicación reside en dos fenómenos que distinguen a nuestro país de otros de la región: su fuerte movimiento obrero y la política de estatalización de esta fortaleza con el peronismo a mitad del siglo XX. Movimiento obrero, peronismo y burocracia sindical se transformaron así en objetos académicos para unos, avatares políticos para otros, o ambas cosas para unos terceros, pero para todos en problemas que difícilmente pueden pensarse en forma separada. Esa tríada ha parido destacados debates de la sociología local como el de los orígenes del peronismo, la llamada “doble conciencia”, las formas y tensiones de la organización en el lugar de trabajo, la insistencia de la “anomalía argentina” y, también, el del papel de las izquierdas revolucionarias en la construcción de la clase obrera local. La intensidad con que se indagó sobre estos temas varía según la forma y la fuerza con que el movimiento obrero ha irrumpido en la escena política nacional en diversos momentos específicos.

La última década no ha sido una excepción a esta regla. En este artículo presentamos críticamente los puntos de vista predominantes sobre la burocracia sindical durante el kirchnerismo con el propósito de comprender algunas particularidades de este periodo.

La incomodidad del objeto

El modo de pensar el problema (teórico y político) de la burocracia sindical en la última década resulta indisociable de las particularidades del “retorno” del movimiento obrero a la escena política nacional: con la fuerza suficiente como para echar por tierra las teorías del fin del trabajo (y sus colaterales), pero con la debilidad suficiente como para no poder imponer la pregunta sobre la clase obrera como *sujeto político* en una intelectualidad reacia de por sí a esa pregunta (más aún en una

academia enredada en su propia mercantilización). En esa debilidad reside, en parte, la explicación de que el debate sobre la burocracia sindical se haya dado de forma tímida y la mayoría de las veces lateral¹ a otros debates centrados en las contradicciones de un “nuevo movimiento obrero” que por un lado arrastra fragmentación y precarización de la década del 90 y por el otro irrumpe con la impronta de la crisis del neoliberalismo y los acontecimientos político-sociales de inicios de 2000. En este contexto, los lugares centrales fueron ocupados por los análisis de la conflictividad laboral, la negociación colectiva, la organización de base e incluso el “modelo sindical”. Fue entre ellos que se inmiscuyó el problema de la burocracia sindical como un objeto incómodo cuya forma de ser pensado tiene los rastros de esa incomodidad.

Pese a esto pueden reconstruirse tres abordajes que resulta interesante analizar porque implican miradas teóricas distintas y, más allá de las inscripciones políticas individuales de quienes los sostienen, respuestas políticas diferentes.

Las compensaciones y el fetichismo del “poder asociacional”

El primero es el que podemos denominar, sin temor a deformar perspectivas, como *una reivindicación de la burocracia sindical* bajo la forma de sostener que gracias a que las cúpulas sindicales negociaron la preservación del denominado “poder asociacional” durante el menemismo es que pudieron retornar como organizaciones fuertes durante el kirchnerismo.² Con el concepto de poder asociacional se hace referencia al conjunto de instituciones que favorecen la posición de los sindicatos para negociar: monopolio de la representación otorgado por el Estado, marco de negociaciones colectivas que protege a los líderes nacionales a expensas de los locales o por fábrica, manejo de los recursos de las obras sociales, subsidios de los empleadores a los sindicatos en el marco de los convenios colectivos de trabajo, contribuciones obligatorias a los sindicatos de los trabajadores cubiertos por el convenio colectivo. Es decir, el conjunto de recursos políticos y sobre todo económicos que fortalecen la posición del sindicato como institución de negociación con el Estado y con las empresas. Llevando hasta el final la idea de que cualquier sindicato es siempre mejor que ningún sindicato, la lógica

1. Una excepción es el dossier “Hacia un debate sobre la «burocracia sindical»” en la revista *Nuevo Topo* n° 7 (2010), a partir del cual se organizó una charla en el Instituto de Pensamiento Socialista “Karl Marx” con la presencia de varios de los autores, véase: http://www.dailymotion.com/video/xfxh0i_hernan-camarero_creation.

2. La mejor presentación de esta tesis la encontramos en Etchmendy y Collier (2008).

argumental reside en afirmar que la denominada “revitalización sindical” de los últimos años no hubiera sido posible sin la colaboración negociada de la burocracia en los 90, y que, en ese sentido, ésta debe ser interpretada como beneficiosa *en última instancia* para la clase obrera. El colaboracionismo de los 90 es leído, así, como una táctica “defensiva” de las corporaciones sindicales que, astucia de la burocracia mediante, permitió el “regreso del gigante” cuando la ola neoliberal hubo pasado.

La primera contradicción de esta perspectiva aparece en forma inmediata en la medida en que los mismos actores que son señalados como protagonistas de la táctica defensiva son señalados también como destacamento avanzado de la ofensiva neoliberal en Argentina: “Durante la década de 1990, los líderes de los principales sindicatos lograron preservar el poder asociacional al costo de permitir (si no fomentar) los despidos masivos y reducciones de personal” (Etchemendy y Collier, 2008: 188).

La confusión entre defensores y verdugos deriva de una cierta amalgama entre los sindicatos como institución y los trabajadores como clase (problema propio de las visiones institucionalistas de la ciencia política).³ Para intentar salvar las consecuencias de esta confusión el razonamiento es el siguiente: para los que quedaron *fuera* de la representación sindical (desocupados e informales) el colaboracionismo significó debilitamiento sin las compensaciones del Estado (seguro de desempleo, planes sociales, políticas asistenciales); para los que quedaron *dentro* (40% de la Población Económicamente Activa –PEA–), significó un fortalecimiento. Un ejemplo ilustrativo del razonamiento es la interpretación de la disminución de los aportes patronales al sistema de seguridad social en 1995. En esa oportunidad, la CGT llamó a dos paros nacionales en oposición a la medida porque ésta reducía el aporte patronal a las obras sociales.

Finalmente, el gobierno y la CGT acordaron mantener la reducción en todas las contribuciones empresarias a la seguridad social, excepto aquellas destinadas a las obras sociales de los sindicatos. El impuesto al empleador que se destina a la caja de los sindicatos se redujo en un 16%, mientras que la contribución empresarial al fondo de seguro de desempleo bajó un 52%. En resumen, el gobierno eligió a los sindicatos por sobre los desempleados. Este ejemplo es consistente con el resultado global de la reforma laboral en la Argentina neoliberal: una baja desregulación laboral para aquellos trabajadores

3. Etchemendy critica las visiones institucionalistas clásicas sobre los sindicatos en los 90 por subvaluar las negociaciones entre sindicatos y Estado, y su importancia en la resultante institucional. Sin embargo, su posición se enmarca en esta corriente general aunque presente matices (Etchemendy, 2001).

empleados, y altos costos sociales para los desocupados y para los trabajadores desorganizados de la economía en negro. (Etchemendy, 2004: 157)

Quisiera reparar brevemente en esta concepción de ganadores y perdedores, no sólo porque presenta problemas empíricos al hablar de “baja desregulación laboral”⁴ sino porque hace de lleno a la discusión de la burocracia sindical. El reconocimiento del mantenimiento de recursos propios (con el sugerente nombre de “compensaciones”) a cambio de la fragmentación de los trabajadores entre un sector cada vez menor de “cubiertos” por los derechos laborales y otro sector sin esta cobertura no podría ser una expresión más literal de la definición clásica de burocracia sindical como casta con intereses propios. Los defensores del sistema de compensaciones podrían cuestionar que no importa si son o no “intereses propios” de la burocracia sindical (terreno en el que no se meten) en la medida que para ese 40 por ciento que quedó “dentro” del sector formal, la preservación del poder asociacional fue crucialmente importante. Pero ese razonamiento demuestra una incomprensión del papel que juega la fragmentación de la clase obrera en *el debilitamiento del conjunto de los trabajadores, incluso de ese 40 por ciento*. La burocracia no solo negoció desocupación a cambio de asignación directa de renta, lo que abrió la puerta al fenómeno novedoso de un sindicalismo empresario (participación en las privatizaciones, fondos extra para la transformación de las obras sociales en empresas de salud privada, ingreso al negocio de las AFJP y ART, etc.), sino que fue la desocupación masiva la que permitió la posterior negociación de dos nuevas reformas: la degradación de las condiciones de compra y venta de la fuerza de trabajo (contratos temporales y tercerización) que se dispararon

4. Esta apreciación se basa en un trabajo comparativo sobre el que Etchemendy afirma: “El análisis comparado de los casos de Chile (1973-1989), Argentina (1989-1999) y España (1982-1996) revela que cuanto mayor es la inclusión de las organizaciones sindicales en el proceso de diseño de políticas, menor es el alcance de la reforma del sistema tradicional de relaciones laborales” (2004: 135). La comparación presenta, al menos, dos problemas: el primero, el problema metodológico de la construcción de los datos provistos por los institutos de cada país que vuelve difícil establecer si permiten o no la comparabilidad. El segundo, y más importante, es que al ser una comparación sincrónica no tiene en cuenta los procesos históricos a través de los cuales cada uno de esos movimientos obreros nacionales llega al momento de las reformas. Esa subvaluación del peso de la lucha de clases (y sus resultados) en el análisis, hace que la comparación se vuelva más un ejercicio politológico que un esquema explicativo. Por último, la hipótesis (no expresa) que sobrevuela el argumento es la de que las contrarreformas en Argentina “podrían haber sido peores”. Sin negar esa posibilidad, resulta un presupuesto incontestable que termina operando como validación ideológica de la propia hipótesis.

exponencialmente luego de la reforma laboral de 1994 (pactada con los sindicatos); y la precarización de las condiciones de consumo productivo de la fuerza de trabajo habilitando convenios colectivos por empresa o incluso por sector aunque se mantuviera formalmente la ultractividad.

Este conjunto de medidas negociadas perfora las fronteras entre “ganadores” y “perdedores” y transforma a todos en perdedores (aunque en su interior puedan diferenciarse sectores), modificando una de las mayores fortalezas del movimiento obrero en Argentina: su relativa homogeneidad. La fragmentación negociada por etapas redundaba en un perjuicio para el conjunto de la clase obrera, incluso para el 40% que en estas perspectivas componen el sector de “ganadores”. La no comprensión de este fenómeno lleva a Etchemendy a encontrar una paradoja que no puede explicar: el hecho de que, en su argumentación, las reformas en Argentina hayan sido parciales gracias a la colaboración de los sindicatos, pero para el establishment de la ciencia política (y de los organismos internacionales con quienes comparten personal) el caso argentino haya sido un modelo internacional de aplicación de contrarreformas neoliberales. La paradoja se disuelve al observar que la negociación de la burocracia sindical de preservación de recursos propios a cambio del mantenimiento de poder asociacional no sólo no niega el éxito de las contrarreformas sino que presenta un “modelo” de su obtención a través de la fragmentación (y debilitamiento) de la clase obrera en su conjunto.

Es esa dinámica de la década del 90 lo que explica dos particularidades del “retorno de los sindicatos” a la escena política durante el kirchnerismo que aparecen, desde estas perspectivas, como fenómenos de difícil comprensión. La primera, la contradicción entre la definición de “retorno del gigante”⁵ y, al mismo tiempo, la afirmación del carácter segmentado del neocorporativismo kirchnerista. No son fenómenos compatibles. Las características de lo que Juan Carlos Torre definió como “gigante invertebrado” se asentaban en la relativa homogeneidad del movimiento obrero (tanto en el mercado de trabajo como en su identificación con el peronismo). Es esa homogeneidad la que el colaboracionismo de la burocracia sindical hizo estallar por los aires en los 90 vehiculizando la fragmentación. En estas condiciones, la ilusión del “retorno del gigante” o bien obliga a criticar ese colaboracionismo y buscar las estrategias de “re-homogeneización” del movimiento obrero (lo que implica necesariamente enfrentarse a la burocracia sindical que opera de garante de la fragmentación), o bien se manifiesta como

5. Etchemendy (2011) titula “El retorno de un gigante” un análisis sobre la revitalización sindical durante el kirchnerismo en abierta alusión al “gigante invertebrado” de Juan Carlos Torre.

un deseo de retorno de la homogeneidad ideológica (peronista) sin su homogeneidad social. De esta misma contradicción emerge el segundo fenómeno que aparece sin explicación: el desfasaje entre el nuevo protagonismo de los sindicatos y la ausencia de su traducción al interior del Partido Justicialista. Más allá de los intentos de argumentar ese desfasaje por necesidades políticas del gobierno de Cristina Fernández (que sin duda las hubo), la base material de esa imposibilidad reside en las consecuencias de la política de fragmentación de la clase obrera en los 90 (política que fue continuada durante el kirchnerismo por los mismos sectores que enuncian su deseo de volver al esquema de tres tercios en el PJ).⁶ El desplazamiento del sector sindical por el territorial que analiza Steven Levitsky en su estudio del Partido Justicialista es una expresión de las modificaciones que introdujo el neoliberalismo (ayuda de la burocracia sindical mediante) al interior de la propia clase obrera. Para decirlo en términos de Etchemendy, es la expresión de la existencia y el peso social de los “perdedores” que quedaron fuera de la representación sindical y arrojados al territorio (y sus sistemas de representación estatalizada). Para seguir con la metáfora de Torre: no hay restitución del 33% dentro del peronismo sin “gigante” dentro del sindicalismo.

En síntesis, la mirada de la reivindicación de la burocracia sindical termina enfrentándose a las consecuencias de la política de colaboración negociada de los 90 como límite a su propia ilusión peronista.

Procedimiento versus política

El segundo abordaje es el que *define burocracia sindical por oposición a democracia*, refiriendo tanto a la democracia al interior de las organizaciones sindicales (democratización de la relación entre bases y dirigentes) como a la que opera hacia afuera (democratización de la afiliación o descorporativización de los sindicatos). Sin tener una fuerte presencia en los estudios empíricos sobre los sindicatos en la última década (a diferencia del abordaje anterior), esta perspectiva es parte de los debates académicos y políticos a través de la influencia de las teorías del sindicalismo de movimiento social (SMS)⁷ que la CTA recupera

6. Como señala Levitsky (2005), el tercio sindical tiene sus orígenes en la noción corporativista de que los dirigentes sindicales tenían derecho a cierto número de candidaturas partidarias y puestos de conducción.

7. Las experiencias que suelen presentarse como “modelo” del sindicalismo de movimiento social (SMS) son la CUT brasileña y la COSATU sudafricana. Algunos de los elementos del SMS pueden rastrearse en la declaración de Burzaco de formación de la CTA en 1993.

como referencia.⁸ Esta propuesta de sindicalismo alternativo intentó ser una respuesta, desde el punto de vista de los movimientos sociales, a las tesis de la “preservación institucional” como reivindicación (más o menos abierta) al sindicalismo empresario o de concertación durante el neoliberalismo. En este sentido, tiene la virtud de haber puesto sobre la mesa una agenda de discusión en la que la burocracia sindical (obturada como problema y transformada en virtud en la visión anterior) volvía a problematizarse como parte del debilitamiento de los sindicatos y no como parte de su “salvación”. Sin embargo, la definición del concepto de burocracia por oposición al de democracia redundaba en una suerte de fetichismo del procedimiento que encierra el problema en el debate de mecanismos formales, tanto internos como externos, produciendo una escisión entre los problemas organizativos y los problemas políticos, particularmente lo que hace a la relación de las organizaciones sindicales con el Estado y con las patronales.

Esta escisión puede verse, en el caso de la CTA, en el reclamo de “libertad sindical” en el que el problema de autonomía respecto del Estado (debate histórico para las organizaciones sindicales) termina reducido a una versión legal-procedimental concentrada en la lucha contra el unicato,⁹ es decir, por el reconocimiento legal de la central y la pluralidad de sindicatos por rama y por empresa. Esta identificación entre “sindicatos legalmente libres” y “sindicatos independientes” no expresa solamente un problema teórico (en la medida en que la estructura sindical legal es una expresión de la estatización pero no la explica en su conjunto), sino un problema político que en la Argentina postconvertibilidad tomó valores concretos. La negativa del gobierno kirchnerista de otorgar la personería gremial a la CTA produjo dos efectos. Por un lado, paralizó a la central, llevándola a un callejón sin salida que puso de manifiesto la paradoja de una central obrera que, habiendo nacido de la crítica a la CGT como burocracia estatalizada, terminó transformando el reconocimiento estatal como la principal batalla política propia. Por otro, visibilizó, a partir de la ruptura y la transformación de la CTA Yasky en central gubernamental, que la independencia respecto del Estado (y del partido de gobierno) se juega en el terreno de la estrategia política de la organización obrera y no en el terreno de los procedimientos organizativo-legales.

Pero a su vez, es esta misma escisión entre procedimientos (demo-

8. Para un recorrido por el impacto de este debate en las ciencias sociales locales, véase Ferrero y Gurrera (2007), Senén González y Haidar (2009), Senén González y Del Bono (2013).

9. La Ley de Asociaciones Profesionales en Argentina establece que será reconocido y habilitado por el Estado un solo sindicato por rama de actividad.

cracia) y orientaciones políticas (posicionamientos respecto del Estado y los empresarios) la que afecta directamente la denominada “democratización interna”,¹⁰ alentando prácticas similares a las que el SMS vino a combatir. Una expresión de esto han sido las elecciones de 2010 en las que las acusaciones de fraude, manipulación de padrones, connivencia con el Ministerio de Trabajo e incluso existencia de patotas, terminó colapsando la elección. Pero también pudo observarse en uno de los dos sindicatos industriales que pertenecen a la CTA, el SUTNA. El surgimiento de un proceso de organización y lucha a nivel de fábrica en FATE (que inauguró el sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense en 2007) puso de manifiesto las mismas características corporativas y burocráticas que se repetirían luego en otros procesos en fábricas de la zona pertenecientes a la CGT: la existencia de lo que denominamos “punteros fabriles” como reemplazo de la organización de fábrica, el ataque por parte de la dirección sindical a la organización de base, los mecanismos fraudulentos en las elecciones sindicales, los arreglos con la patronal para el despido de activistas.¹¹

A esto se suma un problema que se vuelve central a la hora de pensar la “democratización externa” a través de la afiliación: la forma en que conceptualizan las alianzas del movimiento obrero con otros sectores sociales a los fines de fortalecer el movimiento “desde abajo”. Esta alianza, dirigida a borrar los rasgos corporativos del sindicalismo clásico y con ellos la fragmentación que el corporativismo comporta, está concebida como una *articulación entre colectivos* (movimientos de desocupados, territoriales, inmigrantes, étnicos, género, etc) como si todas las partes ocuparan posiciones sociales equivalentes en el capitalismo que pueden agregarse voluntariamente.¹² Esto lleva a la teoría (y al programa)

10. Acorde con la escisión que estamos señalando en las teorías de SMS, en los debates académicos los problemas de organización y democracia interna de las organizaciones sindicales suelen abordarse en forma separada de las relaciones entre los sindicatos y el Estado. En sentido inverso, ya en 1940, Trotsky señalaba la relación intrínseca entre independencia política del Estado y democracia: “La consigna esencial en esta lucha es: *independencia completa e incondicional de los sindicatos respecto del Estado capitalista*. (...). La segunda consigna es: *democracia sindical*. Esta segunda consigna se desprende directamente de la primera y presupone para su realización la independencia total de los sindicatos del Estado imperialista o colonial” (Trotsky, 2010: 128)

11. Para un análisis de ese proceso y su relación con el sindicalismo de base, véase *La disputa por la dignidad obrera*, Varela, 2015.

12. Es importante señalar que la igualación entre movimiento obrero y otros movimientos sociales es más bien un producto del desarrollo de las teorías de SMS que de su formulación original en Kim Moody (aunque allí se encuentre inscripto). Moody destaca la “mayor fortaleza” de los trabajadores organizados pero esta fortaleza parece morderse la cola al buscar su sustento en la propia organización: “El sindicalismo de movimiento social implica una orientación estratégica activa que utiliza lo oprimido

a otro callejón sin salida que resulta de la siguiente pregunta: ¿la articulación es producto de la pura voluntad subjetiva entre las partes o tiene puntos de apoyo objetivos? Esta encrucijada teórica irresuelta ha abierto la puerta a interpretaciones de la teoría de sindicalismo de movimiento social en la que toda noción de clase trabajadora o de trabajadores se disuelve en la noción de “ciudadanos” a partir de la cual la articulación ya no es entre colectivos de clase o colectivos sociales, sino directamente entre individuos. La CTA muestra este problema a través de la articulación entre sus sectores internos. Si bien la central recibe la afiliación de movimientos de desocupados al mismo nivel que de colectivos de asalariados (y de individuos) eso no ha evitado el corporativismo como estrategia política. Más aún, un doble corporativismo, el de los desocupados (con su agenda y dinámica de demandas) y el de los asalariados (con la suya).¹³ La confluencia ha sido más bien formal que en tanto constitución de fuerza social. En los momentos en que esta confluencia ha significado una unidad de distintas fracciones de los trabajadores, ha sido con la crisis de la convertibilidad que empujó a la articulación coyuntural de luchas sociales también a sectores de la CGT, como el MTA, que no sólo no sostienen un programa de SMS sino que son su mayor oposición.

Revisiones sobre la burocracia y la conciencia

El tercer abordaje es el que posa la mirada sobre los procesos de lucha y organización de los trabajadores para preguntarse sobre las posibilidades de que esas experiencias encierren (o no) una renovación de las organizaciones de los trabajadores, pero sobre todo, una renovación de la estrategia de la clase obrera. En este camino, este enfoque intenta una tesis revisionista sobre la burocracia sindical que pone el foco en la relación entre bases y cúpulas, pero no desde la perspectiva de la

con más fuerza de la sociedad, generalmente los trabajadores organizados, para organizar a aquellos que son menos capaces de sostener una automovilización: el pobre, el desempleado, los trabajadores informales, las organizaciones barriales” (citado en Ferrero y Gurrera, 2007: 109). En cierta medida, el SMS es, al mismo tiempo, una reacción a la crisis de los sindicatos bajo la reflexión de los límites del sindicalismo burocratizado, al tiempo que la aceptación de la pérdida de centralidad de la clase obrera y por ende de los límites de su potencialidad. Eso termina operando como profecía autocumplida de la imposibilidad de revitalización sindical.

13. En este punto, recorriendo un camino diferente, llega a un lugar similar de “naturalización” de las divisiones de la clase obrera al que llega Etchmendy en el que las divisiones entre asalariados, precarizados, desempleados, deben ser “resueltas” a través de distintas relaciones con el Estado, es decir, distinto tipo de demandas: salariales unos, asistenciales los otros.

democracia procedimental, sino desde la pregunta acerca de *por qué los trabajadores apoyan a los burócratas*. Dentro del campo del marxismo y en debate contra la caricaturización de teorías que considerarían que la burocracia presenta una completa independencia respecto de su base, estas visiones intentan reflexionar sobre la relación entre los dos polos a partir de colocar en el centro el análisis del proceso de burocratización y de la conciencia obrera como factores explicativos de la burocracia sindical. Así, la burocracia sindical pasa a ser el fenómeno que debe ser explicado, y deja de ser un fenómeno explicativo de determinados procesos sociales.

En cuanto al proceso de burocratización (para lo que suele ser una referencia ineludible el Hyman de *Relaciones industriales* [Hyman, 1981] y su descripción de la burocratización de los delegados de base) el hincapié está puesto en el muy estudiado problema de la diferenciación técnica (y luego social) al que están sometidos los liderazgos en las organizaciones de masas en el capitalismo. En cuanto al problema de la conciencia, los argumentos suelen resaltar que es el propio nivel de la conciencia de los obreros el que explica (a través del apoyo político o la pasividad) la existencia de la burocracia. Esto último lleva a la pregunta obligada de cómo se desarrolla o se conforma esa conciencia a partir de la cual los obreros apoyan o, al menos, son pasivos ante la burocracia sindical. Ante esta pregunta, hay dos tipos de respuestas en esta perspectiva. Una en la que la conciencia se determina en *forma externa y a priori* a esa burocracia restituyendo la independencia entre las bases y las cúpulas pero esta vez para afirmar que las cúpulas son expresión de las bases. Este argumento se construye en espejo de la visión que, en principio, venía a rebatir (la de la clase obrera ontológicamente revolucionaria) para establecer una clase obrera que resulta ontológicamente pro-burocracia (o reformista).¹⁴ La otra respuesta a esta pregunta reside en considerar que la conciencia obrera se conforma en el cruce de múltiples mecanismos a través de los cuales se configuran los intereses inmediatos de los trabajadores, entre los cuales la burocracia sindical es *uno* de ellos que no constituye un objeto en sí mismo. Bajo la

14. Este tipo de respuestas puede encontrarse en Nicolás Iñigo Carrera: “A mí me parece que mucho más interesante que la lucha antiburocrática, sería plantearse el problema de la conciencia de esas bases. Qué se hace, por qué se hace, pero obviamente no es suficiente. Qué se hace para construir conciencia, otra conciencia en los trabajadores. Y entonces la caída de esas burocracias es algo que viene por añadidura” (Scodeller y Ghigliani, 2010: 124). Aquí, la conciencia obrera se construye por fuera de la relación con la burocracia y es a partir de esa construcción que la burocracia “cae por añadidura”. En *Archivos* n° 6 (Varela, 2015b) hemos realizado un debate con Iñigo Carrera que, si bien no se centra en el problema de la burocracia sindical, toca tópicos que hacen a las perspectivas sobre la conciencia obrera.

irreprochable consigna de “complejizar” el análisis, la propuesta termina en una licuación del problema de la burocracia sindical negando (en el debate intelectual, el análisis empírico y también la discusión política), su especificidad y por ende, su interés.¹⁵ En ambos casos, la burocracia termina siendo un “mal necesario” de una clase obrera cuya conciencia (reformista) se constituye *más allá* de la existencia de esa burocracia.¹⁶

Quisiera señalar tres desplazamientos teóricos que implica esta tercera perspectiva (tanto en su versión esencialista como en la constructivista). En primer lugar, la confusión entre el proceso de burocratización y la consumación de una burocracia sindical consolidada (confusión presente también en Hyman). Como ha sido ampliamente debatido en el marxismo, la diferenciación técnica es un proceso necesario para comprender la generación de una burocracia pero no es suficiente.¹⁷ Es la inscripción de esta diferenciación en el proceso de estatización de las organizaciones sindicales¹⁸ la que produce un salto cualitativo que permite hablar ya no de un proceso (para el que el propio movimiento obrero había desarrollado anticuerpos desde mitad del siglo XIX en adelante)¹⁹ sino de una burocracia consolidada en la medida en que es la relación con el Estado moderno burgués (y sus necesidades de institucionalización-regimentación de las organizaciones de masas de

15. Este tipo de respuesta puede encontrarse en Pablo Ghigliani. Si bien, tiene la virtud de considerar que la burocracia es parte de la experiencia que conforma la conciencia obrera, ese carácter “activo” de la burocracia se pierde al fundirla en un abstracto “modo colectivo de organización y definición de intereses”. Véase Ghigliani y Belkin (2010).

16. Es esta idea de inevitabilidad de la burocracia sindical la que abre puntos de contacto entre esta posición y la primera, en la medida en que, ante el hecho inevitable de esa burocracia necesaria (dado el carácter reformista del “momento” y de la conciencia obrera), la discusión pasa a ser de qué manera se negocia mejor o peor con el Estado y con las patronales, según los momentos de crisis, los marcos de oportunidades, etc. La conservación del “poder asociacional” al que refiere Etchmendy se convierte en un ejemplo de una “buena negociación” en un contexto adverso.

17. Un muy buen escrito (y completamente ignorado en la academia) respecto de la combinación entre diferenciación técnica y social (pensado para explicar la burocracia de la URSS) es el de Christian Rakovsky, “Los peligros profesionales del poder” (1928). Para una teoría diferenciada de la burocracia en las organizaciones obreras, véase Mandel (1994).

18. Es por ello que, como decíamos al inicio del artículo, la tríada entre movimiento obrero, peronismo y burocracia sindical es indisoluble. Si bien antes del peronismo pueden observarse procesos de burocratización en diversos sindicatos, esos procesos no alcanzan para establecer la existencia de una burocracia sindical consolidada (aunque la faciliten posteriormente).

19. El primer programa de combate a la burocracia (estatal) a gran escala es el de la Comuna de París.

clase obrera) la que transforma a esa capa de dirigentes en agentes de ese disciplinamiento. Sin este componente, la burocracia aparece como el resultado de una pura presión técnica disociada de las instituciones de dominación burguesa y su papel como agente de dominación resulta inaprehensible. Gramsci (quien, junto con Trotsky, fue el marxista que más y mejor analizó los cambios en los Estados de Occidente y el papel de los partidos y sindicatos obreros en dichos cambios) repara especialmente en esta relación y define a la burocracia sindical como la “policía política” del movimiento obrero, aludiendo al proceso de extensión de los mecanismos (coercitivos y consensuales) de la dominación del Estado en el seno de la “sociedad civil”.²⁰ Más aún, incorpora una tercera dimensión en el análisis de la sofisticación de los mecanismos de dominación del Estado “ampliado” que adquiere plena actualidad a la luz de los derroteros de la burocracia en la década del 90: la corrupción como “alma permanente” de la burocracia. Dice Gramsci:

*Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica en que el empleo de la fuerza presenta demasiados peligros), o sea el debilitamiento y la parálisis provocada al antagonista o a los antagonistas acaparándose a sus dirigentes, encubiertamente por lo general, abiertamente en caso de peligro advertido, a fin de sembrar la confusión y el desorden en las filas adversarias.*²¹

La des-inscripción de la burocracia sindical del campo de las instituciones de dominación del Estado es la que abre la puerta al segundo

20. Agustín Santella (2014) también retoma los análisis de Gramsci sobre la acción sindical. Su interpretación termina otorgando mayor preeminencia a los elementos “consensuales” (en detrimento de los elementos de “coerción” y “corrupción”), por considerar que éstos son propios de la función de los sindicatos en los marcos de las democracias capitalistas. Sin embargo, es el propio Gramsci el que rompe la “correspondencia” entre sindicatos en Occidente y función reformista al señalar que los elementos consensuales no sólo no niegan el carácter coercitivo y la función del fraude, sino que se combinan con ellos produciendo un “consenso coercitivo”. Ya en los escritos de *L’Ordine Nuovo* denunciaba que “surgió una verdadera casta de funcionarios sindicales y periodistas, con una psicología de grupo particular por completo contraria a la de los obreros”, y en sus *Cuadernos de la Cárcel* desarrolla una teoría más específica sobre la burocracia sindical en la que explica cómo el transformismo sobre un sector proveniente de las clases subalternas produce una casta que oficia de agente para la estatización de los sindicatos (lo que constituye una importante afinidad con los planteos de Trotsky).

21. “El jacobinismo al revés de Charles Maurras”, citado en Maiello y Albamonte (2016: 166).

desplazamiento: la negación del carácter *performativo de la burocracia sindical en los procesos de agregación y de desagregación de clases con los que la burguesía es capaz de mantener su dominación*. Es decir, la performatividad de la burocracia *en la subalternización de la clase obrera*, en su configuración como clase subalterna²² y lo que esto implica como obstáculo para su constitución como “sujeto peligroso”. He allí lo que termina desdibujándose en estas perspectivas de la burocracia sindical, siendo que allí reside la mayor de sus importancias. Cuando se utiliza la tan maltratada metáfora de la burocracia como “losa” no se está haciendo referencia a un techo que oculta la emergencia de una conciencia revolucionaria que “ya está allí” a priori de la experiencia. Se hace referencia al establecimiento *en la experiencia (práctica e ideológica) de la clase obrera* de un límite (vía coerción, consenso y fraude) a la *posibilidad* del desarrollo de una conciencia de “sujeto peligroso” o, para usar al propio Gramsci, de una conciencia de la clase obrera como clase hegemónica. Por supuesto que la identificación de la burocracia como obstáculo central es sólo el comienzo del problema (y no su resolución), pero no identificarla en su performatividad abre la puerta a teorías (y estrategias) en las que el debate de cómo forjar una conciencia anticapitalista o revolucionaria va por un lado (ya sea historicista, ya sea idealista), y el debate sobre la burocracia sindical va por otro (o ni siquiera va).²³ En sentido contrario a esa lógica escindida, el combate a la burocracia sindical *es parte necesaria* (aunque no suficiente, pero no es esa la discusión de este artículo) del combate para que se despliegue *otra* estrategia en la clase obrera.

Conclusiones

Si uno analiza el nuevo protagonismo de los sindicatos durante la década kirchnerista *bajo la clave de lectura de la discusión sobre la burocracia sindical*, lo que observa es un proceso que combina una clase obrera que se vio fortalecida en términos objetivos (por el crecimiento económico y del empleo) y también en términos subjetivos (por la existencia de una nueva generación de trabajadores marcada por el 2001 como “reapropiación de la política desde abajo”), con una burocracia sindical cuyo fortalecimiento desde el Estado es indisociable de la necesidad de regimentación de esa recomposición de “fuerza moral”²⁴ de

22. Para una relación entre el concepto de revolución pasiva en Gramsci y la subalternización, véase Juan Dal Maso, *IDZ*, 26, diciembre de 2015.

23. Maiello y Albamonte (2016) rastrean en el pensamiento del propio Gramsci el inicio teórico de esta disociación y recuperan comparativamente los desarrollos de Trotsky.

24. Usamos “fuerza moral” para destacar la relación intrínseca entre las percepciones

la nueva clase obrera. Es en el marco de las contradicciones de este proceso que el sindicalismo de base emergido de 2004 en adelante y la influencia de la izquierda en él adoptan la importancia que tienen: la de desafío al “consenso coercitivo” de la burocracia sindical.

Son estas características específicas las que permiten establecer algunas comparaciones con las formas que asumieron los sindicatos en el menemismo. La denominada “preservación institucional”²⁵ como mecanismo complementario del avance de la fragmentación del mercado de trabajo y la precarización de las condiciones de explotación introdujo una separación entre la reproducción de la burocracia como tal y la reproducción de la base obrera, que no existía previamente en esa magnitud. Adrián Piva analiza este fenómeno a la luz de la conflictividad laboral de la década del 90 para señalar que existe un “desacople” entre los conflictos económicos y los políticos, producto en última instancia del desacople entre las direcciones sindicales y las bases, que haría que los paros generales sean instrumentos políticos de la burocracia con independencia de las necesidades de los trabajadores.²⁶ Aunque no vamos a desarrollar aquí todos los elementos que involucra la discusión, queremos sin embargo plantear que la disociación que tiende a hacer Piva, si bien puede resultar certera para la coyuntura histórica específica que analiza (1996), resulta problemática si intenta transformarse en una conceptualización permanente sobre la relación entre la situación socioeconómica de las bases y la acción política de las cúpulas sindicales. El carácter problemático lo daría que, llevado a su extremo, este argumento implica una suerte de teoría de la independencia absoluta de las cúpulas respecto a las bases obreras, que volvería inútil el concepto de sindicatos y, con él, el de burocracia sindical. La mayor independización entre cúpulas y bases (y la consecuente aparición del sindicalismo empresario como extremo de reproducción de recursos económicos e

que la clase obrera tiene sobre los alcances y límites de su propia acción y la “fuerza material” que esa clase obrera detenta en el enfrentamiento con las clases dominantes. A contramano de cualquier interpretación idealista de fuerza moral, ésta sólo puede medirse a través de los enfrentamientos de clase como fuerza material. Sin embargo, “del hecho de que para comparar dos «fuerzas morales» haya que hacerlo como parte de «fuerzas materiales» no disminuye el peso y la significación de las primeras sino al contrario, las muestra como lo que son, parte integral de la relación de fuerzas en el más estricto sentido del término” (Maiello y Albamonte, 2016: 164).

25. Murillo (1997: 438) denomina “preservación institucional” a la política de “compensar la caída de las cuotas sindicales y contribuciones de obras sociales con ingresos financieros derivados de actividades empresarias”.

26. Este análisis es, a su vez, una crítica a las lecturas de Nicolás Iñigo Carrera sobre la conflictividad en la década menemista. Para seguir ese debate, véase Piva (2006) e Iñigo Carrera (2009). Para una lectura de la conflictividad en la década kirchnerista a la luz de este debate, véase Varela (2014).

institucionales por fuera de la base de representación)²⁷ parece más bien asociado a la profundidad de la derrota de la hiperinflación²⁸ (y de la desocupación masiva que le siguió), que al inicio de una nueva matriz permanente de relación entre cúpulas y bases. En cierto modo podría definirse ese desacople como una forma sindical de la derrota.

El fortalecimiento de la burocracia sindical en la década kirchnerista tiende a confirmar esta hipótesis en la medida en que combina el mantenimiento de rasgos de desacople heredados de los 90 que expresan el mantenimiento de una clase obrera fragmentada con un fuerte sector de informales y precarizados, con la introducción de rasgos de re-acople basados en la necesidad de disciplinamiento de las expectativas de la nueva generación obrera que ingresó al mercado de trabajo a partir de 2003. En el marco del carácter restauracionista del kirchnerismo en tanto gobierno cuya principal política estatal fue la reconstrucción de las instituciones del régimen que entró en crisis en 2001,²⁹ la *forma* que asumió el fortalecimiento de la burocracia sindical estuvo centrada en la recuperación de recursos institucionales volcados casi exclusivamente a *la regulación de la puja salarial como “objeto de negociación tutelado”*³⁰ para una base de trabajadores que, si bien ampliada en términos numéricos, no se modificó sustancialmente en términos de su precarización.

27. Las investigaciones sobre sindicalismo empresario, que profundizan en esta independización a través del análisis del salto cualitativo que significa la transformación de los sindicalistas en representantes directos del capital, tienen la fortaleza de presentar más elementos sobre este proceso, pero suelen ser débiles a la hora de establecer las relaciones entre ese salto cualitativo y su impacto en la relación entre cúpulas y bases.

28. Ghigliani (2008) realiza una crítica al uso del concepto de “derrota” por considerar que opera como un término que esconde diferencias de interpretación y explicación de la historia reciente del movimiento obrero. Si bien resulta interesante el ejercicio que realiza en la medida en que identifica perspectivas teórico-políticas diferenciables (aunque no necesariamente bien diferenciadas), consideramos que el concepto de derrota tiene la virtud de expresar de forma sucinta el presupuesto de lucha de clases inscripto en la historia de la clase obrera y la relación entre los resultados de estas luchas y las modificaciones institucionales (elementos ausentes en los análisis predominantes en las ciencias sociales).

29. Sobre el carácter del kirchnerismo como restauración, véase el análisis de Christian Castillo (2011) y el reciente libro de Alberto Bonnet (2016).

30. En los estudios sobre las relaciones laborales durante el kirchnerismo existe acuerdo en sostener que el salario se constituyó en el objeto negociable casi excluyente de las negociaciones colectivas. Esto desplazó la discusión de la flexibilización laboral (tanto interna como externa) constituyendo a la precarización laboral de los 90 como “objeto no negociable”. El nivel de precarización laboral puesto hoy de manifiesto ante el ajuste del gobierno de Macri es una expresión de dicho fenómeno. Otra expresión es la importancia que asumieron las condiciones de trabajo (los “rotos”) en los procesos de sindicalismo de base.

Esto no niega la persistencia de formas de fortalecimiento propias de los 90, es decir, “desacopladas” de las relaciones de representación (como las obras sociales y permanencia de participación en los negocios rentables). Por el contrario, lo que vemos es la combinación de *ambas formas*, combinación coherente con las características de una recomposición social de los trabajadores que se despliega sobre el mantenimiento de las condiciones de explotación conquistadas por la burguesía en los 90.

Pero dijimos antes que había que observar también otro movimiento durante el período: la existencia de un sindicalismo de base como expresión heterogénea de expectativas obreras en disputa. En el libro publicado el año pasado por la colección Archivos (Varela, 2015a), abordamos las características específicas de este sindicalismo de base en el período. Aquí sólo señalaremos que ese proceso permite observar un elemento central que hace a la discusión de la burocracia sindical y que intentamos exponer más arriba: que la expectativas de los trabajadores (particularmente la nueva generación obrera que ingresó al mercado de trabajo empujada por el crecimiento económico) no están determinadas a priori (ni de una vez para siempre) sino que son ellas mismas terreno de disputa. Como encontramos nosotros en nuestras investigaciones (pero también está presente en estudios tanto del sector servicios como industrial) el sentido de lo “justo” (para usar la expresión de John Kelly) y de los horizontes de acción asociados a esa “justicia”, no son un hecho dado sino que se construye en la propia experiencia que hacen los trabajadores con la organización sindical. En esa construcción, la burocracia sindical ha sido (y es) un agente activo en el establecimiento de un horizonte de posibilidades en el que la precariedad y la fragmentación formen parte de “lo justo” o al menos, de “lo inevitable”. Es decir, en el formateo de una determinada “fuerza moral” de la nueva clase obrera que se constituyó como tal en el kirchnerismo. El establecimiento de techos salariales, el fortalecimiento de fronteras entre trabajadores, la configuración de “objetos no negociables” forman parte del proceso de constitución de la conciencia de esa clase obrera. Cuando en 2013 hicimos una entrevista a distintos dirigentes del SMATA, Manuel Pardo (encargado en ese momento de la formación sindical y ex Secretario Adjunto de la conducción de Rodríguez) se refirió a la Comisión Interna de Lear (opositora y abiertamente antiburocrática)³¹ como un hecho que

31. En noviembre de 2011, se llevan a cabo las elecciones de Comisión Interna en Lear. La dirección del SMATA, cambia el sistema de votación (de voto por persona a voto por lista) para evitar que ganen algunos delegados independientes (como había sucedido previamente, dando como resultado una Comisión Interna “mixta”, de oficialistas e independientes). Sin embargo, para sorpresa de la dirección del Smata, con 310 votos sobre 249, gana la Lista Celeste compuesta por militantes del PTS e independientes, conformando una CI abiertamente opositora a la Verde de Pignanelli.

no podía prosperar en la medida en que contradecía el “sentido común” de los obreros “que saben que si le va bien a la empresa, también le va bien a ellos”. Clase de peronismo concentrada, Pardo señalaba que esa CI iba en contra de lo que podríamos llamar “la conciencia media” de los obreros de Lear. Un mes después de esa charla, la CI opositora volvía a ganar las elecciones, esta vez por mayor porcentaje que dos años atrás. Ese triunfo se explica porque los obreros “sabían” que estaban todos “rotos” (para usar la forma en que refieren a las consecuencias de sus propias condiciones de trabajo) y ese saber se constituyó en “sentimiento de injusticia” en la experiencia colectiva de trabajo y organización fabril *contra la burocracia sindical*, experiencia en la que entraron en juego otros horizontes de posibilidad (algunos de ellos a través de la actividad de militantes de izquierda). Ese escenario no es un exotismo de Lear, es el sustrato sobre el que se desplegó el sindicalismo de base durante el kirchnerismo. Fue necesario pasar abiertamente y brutalmente a políticas de coerción y fraude por parte del SMATA (despidos sin preventivo de crisis, desafuero de delegados en asambleas fuera de estatuto pero cubiertas por el Ministerio de Trabajo, decenas de represiones en la Panamericana y uso de patotas sindicales) para inculcar en los obreros y obreras de Lear esa “conciencia media” buscada. Incluso esa violencia es una muestra de que la conciencia es un terreno en disputa.

Bibliografía

- Andrada, G., M. Cambiasso y J. Longo (2015), “La otra cara de la revitalización sindical”, en *Ideas de Izquierda*, n° 20, junio.
- Armellino, Martín (2012), “Kind of blue. Las vicisitudes de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) durante los años kirchneristas”, en Germán Pérez y Ana Natalucci (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Bonnet, A. (2016), *La insurrección como restauración. El kirchnerismo*, Buenos Aires: Prometeo.
- Castillo, C. (2011), *La izquierda frente a la Argentina kirchnerista*, Buenos Aires: Planeta.
- Dal Maso, J. (2015), “Hegemonía y revolución permanente”, en *Ideas de Izquierda*, n° 26.
- D’Urso, L. y J. Longo (2015), “Sindicalismo y política: el caso de la autopar-

En 2013 vuelven a ganar las elecciones. En 2014 la empresa origina un conflicto con despidos y el SMATA desafiara a los delegados combativos. Para un análisis del proceso véase Lucila D’Urso y Julieta Longo (2015), y Andrada, Cambiasso y Longo (2015). Para un análisis de la utilización por parte del SMATA de los despidos sin preventivo de crisis, véase Vasallo (2015).

- tista Lear como experiencia de sindicalismo radical en Argentina”, XII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo ASET, agosto, Buenos Aires.
- Etchemendy, S. (2001), “Construir coaliciones reformistas: la política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización económica”, *Desarrollo Económico*, vol. 40, n° 160, enero-marzo.
- (2004), “Represión, exclusión e inclusión: relaciones gobierno-sindicatos y modelos de reforma laboral en economías liberalizadas”, *Revista SAAP*, vol. 2, n° 1, diciembre.
- (2011) “El retorno de un gigante”, *Le Monde Diplomatique*, n° 142, abril.
- y R.B. Collier (2008), “Golpeados pero de pie: resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)”, *Politics and Society*, vol. 35, n° 3, Sage.
- Ferrero, Juan Pablo y María Silvana Gurrera (2007), “El sindicalismo de movimiento social. Algunas reflexiones en torno del concepto”, en Arturo Fernández (ed.), *Estado y sindicatos en perspectiva latinoamericana*, Buenos Aires: Prometeo.
- Ghigliani, P. (2008), “La noción de derrota en la historia reciente del movimiento obrero argentino”, Actas V Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre.
- y A. Belkin (2010), “Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes”, *Nuevo Topo*, n° 7.
- Hyman, Richard (1981), *Relaciones industriales: una introducción marxista* [1975], Madrid: Hermann Blume.
- Iñigo Carrera, N. (2009), “Indicadores para la periodización (momentos de ascenso y descenso) en la lucha de la clase obrera: la huelga general. Argentina, 1992-2002”, *Documento de trabajo* 72, PIMSA, Buenos Aires.
- Levitsky, Steven (2005), *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maiello, M. y E. Albamonte (2016), “Gramsci, Trotsky y la democracia capitalista”, *Estrategia Internacional*, n° 29.
- Mandel, E. (1994), *El poder y el dinero*, México: Siglo Veintiuno.
- Murillo, María Victoria (1997), “La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem”, *Desarrollo Económico*, vol. XXXVIII, n° 147, octubre-diciembre.
- Piva, A. (2006), “El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989-2001)”, *Estudios del Trabajo*, n° 51.
- Rakovsky, C. (1928), “Los peligros profesionales del poder”, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/rakovski/1928/08-1928.htm>.
- Santella, A. (2014), “Qué son los sindicatos en la teoría marxista”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año III, n° 5, septiembre.
- Scodeller, G. y P. Ghigliani (2010), “La burocracia sindical: del concepto a la historia. Entrevista con Nicolás Iñigo Carrera”, *Nuevo Topo*, n° 7.
- Senén González, C. y J. Haidar (2009), “Los debates acerca de la «revita-

- lización sindical» y su aplicación en el análisis sectorial en Argentina”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 2ª época, n° 22.
- Senén González, C. y A. Del Bono (2013), “Introducción”, en *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*, C. Senén González y A. Del Bono (comps.), Buenos Aires: Universidad Nacional de La Matanza-Prometeo.
- Torre, Juan Carlos (2004), *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Trotsky, L. (2010), “Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista”, en *Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios*, Buenos Aires: IPS-CEIP “León Trotsky”.
- Varela, P. (2013), “Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo de base”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año I, n° 2.
- (2014), “De los conflictos del crecimiento a los conflictos de la crisis. Hipótesis sobre la dinámica de la conflictividad en la última década”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, diciembre, La Plata.
- (2015a), *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014*, Buenos Aires: Imago Mundi-Colección Archivos.
- (2015b), “La estrategia objetiva. ¿Ilusión teleológica del historiador?”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, año III, n° 6, marzo.
- Vasallo, D. (2015), “Suspensiones a la carta”, *Ideas de Izquierda*, n° 20, junio.

* * *

Título: The policeman on the threshold: approaches and debates on trade union bureaucracy in the kirchnerismo

Resumen: El fortalecimiento de los sindicatos durante el kirchnerismo ha sido objeto de múltiples estudios e interpretaciones centrados, mayoritariamente, en el análisis de los cambios en la negociación colectiva, la conflictividad laboral, la organización en el lugar de trabajo o el denominado “modelo sindical”. Fue entre estos temas que se entremezcló el problema de la burocracia sindical como un objeto incómodo cuya forma de ser pensado resulta indisociable de las particularidades del “retorno” del movimiento obrero a la escena política nacional: con la fuerza suficiente como para echar por tierra las teorías del fin del trabajo (y sus colaterales), pero con la debilidad suficiente como para no poder imponer la pregunta sobre la clase obrera como *sujeto político*.

En este artículo presentamos críticamente tres perspectivas desde las que ha sido abordado el problema de la burocracia sindical durante el kirchnerismo no sólo porque ellas implican miradas teóricas distintas, sino también porque permiten comprender algunas particularidades del período.

Palabras clave: Burocracia sindical – Peronismo – Revitalización sindical – Kirchnerismo – Marxismo

Abstract: Union revitalization during Kirchner administration has been the subject of many studies. Most of them have focused in the analysis of changes in collective bargaining, labor unrest, the organization in the workplace or the so-called “union model”. It was among these issues, the problem of the union bureaucracy intruded as an uncomfortable object whose way of being thought is inextricably linked to the peculiarities of the “return” of the labor movement to the national political scene: with enough force to displace theories of the end of labor, but weak enough to not be able to impose the question on the working class as a *political subject*.

This article deals, in a critical way, with three perspectives from which it has been addressed the problem of the union bureaucracy during the *kirchnerismo* not only because they imply different theoretical perspectives, but also because they allow us to understand some peculiarities of the period.

Key words: Union bureaucracy – Peronism – Union revitalization – *Kirchnerismo* – Marxism

Recepción: 5 de febrero de 2016. **Aprobación:** 20 de marzo de 2016.

ARTÍCULOS

El anarquismo en el movimiento obrero judío de Buenos Aires (1905-1909)

*Javier Díaz*¹

Universidad de Buenos Aires - javierdiazbuenosaires@hotmail.com

Introducción

En este artículo analizaremos la historia de los círculos anarquistas judíos que actuaron en Buenos Aires durante el segundo lustro del siglo XX, tratando de poner de relieve la política que dirigieron hacia los trabajadores de su colectividad inmigrante y sus especificidades como parte del movimiento anarquista a la vez que del movimiento obrero judío. Para ello en primer lugar describiremos los rasgos generales de la inmigración judía proletaria a la Argentina. Luego abordaremos la génesis del movimiento obrero judío, repasando la formación de las primeras organizaciones sindicales y políticas. Seguidamente se examinará el vínculo entre la colectividad ashkenazí y el anarquismo, para proceder finalmente al estudio de los primeros círculos judíos ácratas. Indagaremos de qué forma los distintos grupos construían su identidad de clase y étnica, poniendo de relieve las diferencias entre ellos y en sus relaciones con el nacionalismo judío (sionismo). A través de la vertiente libertaria, contribuimos a la reconstrucción histórica de la tradición política clasista e internacionalista.

La inmigración obrera judía en Buenos Aires

A principios del siglo XX, los obreros de Buenos Aires tenían un origen mayoritariamente migrante: provenientes de otros países u otras provincias, en general también eran nuevos en la vida urbana. Si, por esta doble circunstancia, los trabajadores, tomados en su conjunto, “vivían en un lugar extraño entre extraños” (Suriano, 2000: 294), los judíos aparecían “como extranjeros entre los extranjeros” (Bilsky, 1992: 40,

1. Con la colaboración como traductora de Raquel Kuhn.

trad. nuestra). Esta doble distancia de los judíos respecto de la sociedad porteña se originaba en rasgos como la lengua, costumbres y religión; entre los ashkenazim (judíos originarios de Europa Central y Oriental) persistió a través de toda una cultura ídich porteña, expresada en periódicos, literatura, obras de teatro, negocios, barrios y organizaciones de todo tipo. El ídich era el idioma más extendido entre las masas judías.

Las tendencias generales que alteraron el carácter de clase de la inmigración masiva se verifican también en la de origen judío: si al principio la mayoría se volcaba hacia la colonización agrícola, las posibilidades de acceso a la propiedad o arriendo de la tierra fueron mermando hasta que, hacia 1890, los inmigrantes pasaron a nutrir principalmente a la población urbana y a la reciente clase obrera argentina (Falcón, 1984: 55). La inmigración judía adquirió masividad a partir de los pogroms de Kishinev y Gomel en 1903 y de la guerra ruso-japonesa, pero sobre todo en 1906, cuando se desató en el Imperio zarista la reacción política, la xenofobia antisemita y una nueva ola de pogroms.

En 1909 la colectividad judía de Buenos Aires alcanzó la cifra aproximada de 25 mil personas, el 2% de la población porteña; en su mayoría eran jóvenes, varones y solteros (Mirelman, 1988: 6, 229; Schiller, 2006: 40). Se trataba ya mayoritariamente de elementos proletarios (Bilsky, 1987: 43). Esta distinta extracción social se correspondía con un grado menor de religiosidad y una mayor adhesión a las ideas avanzadas.

Se trataba –en su mayoría– de un elemento distinto de los colonos. No estaba animado de su ideal de trabajo agrícola ni de su ortodoxia religiosa. Si profesaba ideas, eran de redención social (de todo el género humano y no específicamente de los judíos). Pero, obviamente, la mayoría anhelaba la prosperidad económica, el ascenso social y la seguridad personal. A diferencia de la inmigración judía del período anterior, sólo tíbiamente adherían a su religión y algunos se desvinculaban de ella, engrosando las filas de los agnósticos y ateos. (Lewin, 1971: 153)

Para esta primera década ha sido señalado el predominio numérico, entre los judíos porteños, de los ashkenazim provenientes de Europa Oriental. La mayoría eran *balmelajes* (poseedores de un oficio), entre los cuales abundaban sastres y carpinteros. Lewin refiere que “en su primera etapa, estos inmigrantes –por lo general– fueron obreros calificados en la pequeña y mediana industria” (1971: 153). A diferencia de los demás judíos, los que provenían de Europa Oriental “desarrollaron todo tipo de oficios manuales, en general poco calificados” (Bilsky, 1989: 30); “en su mayoría eran pobres y se empleaban como operarios” (Mirelman, 1988:

47). Con respecto a las ramas industriales en las que ingresaron, Bilsky (1989: 31) señala:

Aunque bastante diversificado, el trabajo judío se refugió preferentemente en la confección (sastres, costureras, cortadores, planchadores, etc.) y en otras ramas del vestido (calzado, peletería, gorrería, fabricación de pilotos); también en la industria del mueble (carpinteros, ebanistas, ilustradores, etc.).

Por esta razón, también eran en su mayoría obreros manuales los primeros activistas judíos (Bilsky, 1987: 34). Los ashkenazim se asentaron en un principio en la zona céntrica de la ciudad, pero luego sobre todo en el barrio de Once, que comenzó a formarse como “ghetto abierto” alrededor de 1907.

El movimiento obrero judío porteño

En 1905 comenzó la política de izquierda entre los judíos de Buenos Aires, la cual prolongaba la actividad desarrollada en Europa. Los primeros movimientos registrados corresponden al anarquismo: el 15 de febrero de 1905, *La Protesta* publicó en primera plana un manifiesto firmado por el Grupo de Obreros Rusos en el que éste se declaraba “anarquista comunista” y proclamaba como objetivo difundir las ideas libertarias entre los rusos. El breve texto, apoyándose en la Ley de Residencia para combatir frontalmente la imagen de la Argentina como una tierra de libertad, sintetizaba la visión que los anarquistas judíos tenían de su nuevo hogar.

Sin libertad de palabra ni de imprenta y expuestos a ser expulsados en tres días de la República, a nosotros no nos parece haber cambiado de lugar. Creemos encontrarnos en la misma Rusia; pero así como allí hemos combatido por un ideal de justicia aquí sabremos combatir por la misma causa.

A fines de febrero de 1906 un grupo difundió un manifiesto en los centros obreros convocando a reuniones de “rusos”, que lograron atraer a unos 25 trabajadores. Un agente se infiltró entre ellos y los espío durante más de un mes, siendo informado por sus empleadores acerca de quiénes observaban “buena conducta” y quiénes no. En marzo fueron detenidos 18 asambleístas, entre ellos Benjamín Israel, José Yavich² y Antonio Sarkosky. El último confesó ser anarquista, aunque al parecer

2. Probablemente se trate de Lavitz, uno de los miembros del *Arbeiter Fraind* (cf. infra).

la mayoría de los detenidos profesaba ideas ácratas (Rivanera Carlés, 1986b: 25-28; 323-324). Para octubre de ese año los anarquistas molestaban lo suficiente como para merecer un artículo titulado “Los perversos” en el periódico *El Sionista*.³

El poaleisionismo o sionismo obrero tiene en Buenos Aires un origen doble. El primer grupo sionista socialista fue fundado en 1905 y al año siguiente publicó *Dos Idische Lebn* (“La Vida Judía”), dirigido por Meir Polak (Regalsky, 1940: 95; Weinfeld, 1948: 458). Por otro lado, el 7 de agosto de 1906 se fundó la sección porteña de *Poalei Tzion* (“Obreros de Sion” en hebreo), organización sionista socialista inspirada en las ideas de Dov Ber Borojov. Su principal dirigente en Buenos Aires fue Zalman Sorkin, quien representaba una línea clasista, incluso considerada marxista ortodoxa, dentro del sionismo (Schers, 1992). En 1907 se integró a ella el núcleo dirigido por M. Polak. Esta organización aconsejaba votar por el Partido Socialista argentino (PS).

En octubre de 1905 se organizó el *Grupo de Socialistas Rusos*, primera expresión del socialismo judío en Buenos Aires, integrado por socialdemócratas y eseritas⁴ (Laubstein, 1997: 171). Este núcleo publicaba sus proclamas en ídish: para el 1° de mayo emitieron una declaración llamando a los trabajadores judíos a plegarse a la manifestación del Partido Socialista. En efecto, aquel 1° de mayo por primera vez participaron de una manifestación en Argentina (Lvovich, 2003: 96) obreros judíos “con sus lemas y pancartas escritos en ídish” (Avni, 1983: 285-286). Aunque al poco tiempo se disolvió, el grupo alcanzó a fundar a principios de 1906 la Biblioteca Rusa, centro cultural obrero y socialista (Katz, 1980: 29), en la que se realizaban conferencias, veladas artísticas y debates abiertos entre las distintas tendencias políticas. Además de contar con la colección de libros en ruso e ídish más importante en la época, se dedicaba “a recoger contribuciones para las víctimas de los pogroms en Rusia, para los deportados a Siberia, para los diputados de la Duma que eran arrestados, para el movimiento revolucionario ruso en general y para los obreros huelguistas de la Argentina” (Mirelman, 1988: 72). La Biblioteca tenía carácter panruso y no sólo judío, aunque éste era el origen de la gran mayoría de sus participantes (Bilsky, 1987: 37), y en ella se hablaba ídish y ruso (Wald, 1955: cap. XXX).

El 20 de enero de 1907 Pinie Wald, Samuel Kaplansky y M. Brudnik fundaron la *Organización Socialdemócrata Obrera Judía Avangard*, ins-

3. Cf. Epelbaum de Weinstein (1987: 32). El sionismo político o nacionalismo judío es un movimiento fundado por el austrohúngaro Theodor Herzl, cuyo objetivo central fue promover la migración a Palestina y la creación allí de un Estado judío. Aquí sólo nos referiremos a su expresión en el movimiento obrero.

4. Miembros del Partido Social-Revolucionario ruso.

pirada en el *Bund* de Europa Oriental, con sede en la Casa del Pueblo (México 2070).

El sindicalismo judío argentino nació el 28 de octubre de 1906 con la fundación del primer gremio de esta base étnica, el de los gorreros o sombrereros,⁵ seguido por el sindicato judío de actores (Bilsky, 1989: 35). En marzo de 1908 fue creado el *Idisher Arbeiter Tzentr fir Profesionele Aguitatzion* (llamado “Centro de Agitación Gremial entre los obreros israelitas”), integrado por socialdemócratas, sindicalistas y anarquistas (Mirelman, 1985: 15), con sede en la Casa del Pueblo. Su manifiesto fundacional, dirigido a gremios autónomos y adheridos a la FORA y a la UGT, proclamó entre sus objetivos:

Desarrollar la instrucción gremial de los obreros israelitas y propagar su participación activa en las sociedades gremiales. [...] En cada asamblea gremial donde asistan obreros israelitas concurrirán dos miembros del Centro Organizador para explicar en el idioma nacional el objeto de la asamblea para que los trabajadores citados tomen participación activa en las discusiones y resoluciones.⁶

Bajo su influencia (Katz, 1980: 29) fueron organizados el Sindicato de Obreros Panaderos Israelitas, formado inicialmente por judíos alemanes,⁷ y las secciones judías de los sindicatos de sastres y carpinteros. Las dos últimas respondían a la UGT o al Partido Socialista, mientras que el primero adhería a la FORA anarquista (Brusilovsky, 1940: 97). El *Idisher Arbeiter Tzentr* jugó un papel importante en el movimiento obrero judío pero se disolvió luego de 6 meses. También tuvieron corta vida las secciones gremiales: la de sastres funcionó sólo hasta 1909 y la de carpinteros fue disuelta por el sindicato.

El anarquismo y la colectividad judía ashkenazí europeo-oriental

La primera década del siglo XX constituye el período de hegemonía, en el movimiento obrero argentino, del anarquismo. Esta tendencia clasista (partidaria de la lucha de clases) tenía un fuerte componente ideológico individualista y moralista. Los anarquistas se organizaban en círculos, grupos o centros: organismos autónomos que tenían su propio nombre,

5. *Dos Idische Lebn* (4 de diciembre de 1906), cit. en “Unión de Sombrereros”, Cedinci, Fondo Edgardo J. Bilsky, caja n° 35.

6. *La Protesta [LP]*, 14 de marzo de 1908, p. 1.

7. Cedinci, Fondo Edgardo J. Bilsky, caja n° 35.

hacían sus propias actividades, y hasta tenían su local y/o publicaban su propio periódico. Hacia 1904 sólo en la ciudad capital contaban con cerca de 4.000 militantes y por lo menos 51 centros (Suriano, 2001: 20, 50). *La Protesta* era el periódico de mayor difusión de la idea libertaria y cumplía la función de aglutinante y vocero excluyente de todo el movimiento. En él se manifestaban los conflictos internos y las luchas por el poder. Su papel dominante reflejaba la hegemonía alcanzada por la tendencia anarco-sindicalista, afin a las ideas de Piotr Kropotkin.

Durante la primera década del siglo XX el anarquismo tuvo un gran crecimiento internacional, en particular dentro de las poblaciones judías “atlánticas” de Nueva York, Londres, París y Buenos Aires, en todas las cuales se publicaban periódicos libertarios en idish. La alta participación de judíos en este movimiento ha sido explicada, desde un punto de vista idealista, por las similitudes del elemento “trascendental” de la doctrina anarquista con el mesianismo, la ética o la escatología del judaísmo (Biagini, cit. en Moya, 2004: 39; Senkman, 2006: 104, 106, 110). Estos argumentos han sido refutados satisfactoriamente por Moya, con quien consideramos que la causa principal se encuentra sencillamente en que los judíos provenían del Imperio ruso (2004: 39-40), donde el anarquismo había nacido y alcanzado su máxima intensidad entre las poblaciones judías del oeste y sudoeste (Avrich, 2005: 17). Esto no impide sugerir que el elemento individualista de la ideología libertaria podría haber tenido mayor audiencia entre los judíos, ya que en su psicología colectiva tenía fuertes raíces la aspiración a integrar la pequeña burguesía.

El trabajador judío, predispuesto a instalarse por su cuenta o a orientarse hacia el comercio, intentó escapar a esa condición de proletario. [...] Siendo un proletario reciente, o por lo menos no heredero de una tradición obrera, en su horizonte persistió la idea de escapar a la condición de trabajador manual asalariado. (Bilsky, 1989: 33)

En Buenos Aires la colectividad ashkenazí fue un terreno fértil para el desarrollo del anarquismo. En este caso tanta importancia como el origen de los inmigrantes tiene el hecho de que el movimiento libertario argentino estaba ya fuertemente extendido e incluso había alcanzado una posición de dirección. Es importante el hecho de que en 1904, cuando comienza a aumentar la inmigración obrera judía, estaba ya consolidada hacia tiempo la hegemonía, dentro del anarquismo argentino, de la tendencia llamada “organizadora” o anarco-sindicalista, afin a las ideas de Kropotkin, cuya influencia en Europa y particularmente en Rusia era notoria. En 1906, además, conquistó la dirección de *La Protesta* el grupo orientado por el español Eduardo García Gilimón, en el

cual tenía un claro predominio la línea anarco-comunista de Kropotkin, quien fue desde entonces hasta fines de la década el teórico europeo más reproducido (Suriano, 2001: 101). Esta circunstancia no puede sino haber favorecido la integración de los judíos kropotkinianos que formaban el círculo *Arbeiter Fraind*.

Otra condición que puede haber propiciado el acercamiento, ya que no necesariamente la adhesión, de los ashkenazim al anarquismo es su coincidencia en algunos oficios y gremios. Por ejemplo los panaderos, los sastres, los sombrereros y en general los empleos en las ramas del vestido y del mueble estuvieron entre los más ejercidos por trabajadores judíos (Bilsky, 1989: 31), y al mismo tiempo eran gremios enrolados en la FORA dirigida por el anarquismo (como panaderos y sombrereros) o donde éste tenía influencia (Bilsky, 1985: 84; Suriano, 2000: 311).

Los círculos anarquistas judíos

Los agrupamientos anarquistas judíos compartían el carácter de clase del conjunto del movimiento libertario argentino: eran agrupaciones obreras dirigidas por obreros; “ninguno de los dirigentes de los partidos y grupos anarquistas judíos, ni los que escribían sus órganos, tenían formación universitaria. Todos eran obreros” (Brusilovsky, cit. en Bilsky, 1987: 84). Dentro del anarquismo judío había distintas variantes ideológicas: anarco-comunistas, anarco-individualistas e incluso anarcosionistas, a los cuales se agregaron, probablemente hacia la segunda década del siglo, los anarco-idishistas (Katz, 1946: 161-162). Pero los anarco-sionistas en la Argentina de esta década, más que miembros de una vertiente libertaria específica, parecen haber sido anarquistas influidos por, o en tránsito hacia, el poaleisionismo. En efecto, Biagini constató la simpatía de muchos anarquistas por *Poalei Zion* (cit. en Moya, 2004: 29). Para el caso porteño, ya Mirelman había registrado que “bajo la influencia inicial de *Poale Sión*, no pocos anarquistas de Buenos Aires llegaron a simpatizar con el sionismo obrero” (1988: 231), cuando Rawin y López (2001: 182-184) señalaron la impronta poaleisionista presente en la *Asociación Racionalista Judía*, organización libertaria fundada en 1916 como fusión de diversos núcleos preexistentes. Aquí probaremos la fuerte influencia del *Poalei Zion* en el círculo *Protest*.

En la época se identificaba a los judíos por su “nacionalidad”, con lo cual los círculos de ashkenazim europeo-orientales eran llamados y se llamaban a sí mismos “rusos” porque provenían del Imperio zarista. Podemos identificar seis grupos judíos anarquistas entre 1905 y 1909. Así como el *Grupo de Obreros Rusos* en 1905, el círculo *Amor al Trabajo* ha sido rastreado únicamente en 1906 (Suriano, 2001: 55). En octubre de 1907 el grupo *Juventud Rusa* comienza a desarrollar sus actividades

en un local en Cuyo 2594,⁸ pero sólo hasta noviembre hallamos referencias, las cuales evidencian un estrecho vínculo con el *Arbeiter Fraind*.⁹

El último en aparecer fue el núcleo *Burevéstnik*. Nacido a fines de mayo de 1908,¹⁰ su actuación ha sido registrada hasta 1909; su único miembro conocido fue Simón Radowitzky.¹¹ El motivo de su creación fue difundir la idea libertaria en idioma ruso, entre los obreros ruso-hablantes, complementando a los círculos ya existentes que hacían lo propio en idish.¹² En este sentido es correcto afirmar que los anarquistas judíos “se acercaron a la organización anarquista general como grupo lingüístico” (Schers, 1992). *Burevéstnik* (“El Petrel”, es decir: el que anuncia la tempestad) era el nombre de un periódico anarco-comunista de tendencia organizadora, que vio la luz en París entre 1906 y 1910, bajo la dirección de exiliados rusos (Rivanera Carlés, 1986a: 56). En Buenos Aires este círculo se reunía en Lavalle 2196 (Moya, 2004: 31), el local de la *Idische Populere Bibliothek*, que Radowitzky frecuentaba,¹³ y del *Arbeiter Fraind*.

Párrafo aparte merece la *Schwartzzer Bande* (“Banda Negra”), señalada por Rivanera Carlés (1986b: 296-299) –cuyas únicas fuentes son las producidas por la policía que dirigía Falcón– como sección porteña de la agrupación anarquista terrorista rusa *Chernoje Znamia* (“Bandera Negra”). Según el operativo policial reflejado en *Caras y Caretas* (18 de enero de 1908), Abraham Hartenstein, un calderero judío de 19 años que había sido arrestado, era el fundador del grupo (Moya, 2004: 29-30). La policía habría encontrado armas y bombas cuyo destino era el de volar edificios públicos. Ya el propio Rivanera Carlés se vio obligado a confesar que el tal Hartenstein “en los círculos ácratas era sindicado como un confidente de la policía” (1986b: 299). En realidad se trataba de una patota de matones que actuaban al servicio de la burguesía judía contra los obreros de su misma “nación”. El empresario judío Peiche Vartman los envió a golpear a los empleados organizados de su sastrería, por lo que éstos se declararon en huelga; el *Idisher Arbeiter Tzentr* y el sindicato de sastres lanzaron conjuntamente un boicot contra este taller por albergar a los “*hooligans*” de la *Schwartzzer Bande*, a quienes denunciaron como autores de un “pogrom” contra los trabajadores.¹⁴

8. Cf. *LP*, 17 de octubre de 1907.

9. Cf. *LP*, 30 de octubre de 1907, 12 de noviembre de 1907 y 15 de noviembre de 1907.

10. Cf. *Idische Abtheilung* [IA], en *LP*, 29 de mayo de 1908 y 30 de mayo de 1908.

11. Cf. *La Vanguardia* 14 de enero de 1910.

12. Cf. IA, en *LP*, 29 de mayo de 1908 y 30 de mayo de 1908.

13. Cf. *La Vanguardia* 14 de enero de 1910.

14. Cf. IA, en *LP*, 4 de abril de 1908 y 14 de abril de 1908.

Por lo demás, era frecuente que los delincuentes comunes se disfrazaran con ropaje libertario, y algunas evidencias sugieren que éste era el caso de los tratantes de blancas judíos (Moya, 2004: 22-24). Es decir que los explotadores judíos, de sastres o de prostitutas, encubrían sus actividades ilegales con el lenguaje del anarquismo.

No queremos dejar sin mencionar la existencia de otra organización “rusa” vinculada al anarquismo: la *Sociedad Rusa de Desarrollo Intelectual y Socorros Mutuos*, integrada por libertarios y marxistas (Rivanera Carlés, 1986b: 31), cuyos mítines contra los pogroms en Rusia eran anunciados en *La Protesta*.¹⁵

Repasaremos aquí las trayectorias de los círculos *Arbeiter Fraind y Protest*.

Arbeiter Fraind (1905-1918)

Fue “la primera organización anarquista judía en el país” (Dujovne 2008: 125), y entre las de la primera década la más duradera e importante (Rivanera Carlés 1986b: 32), la que “agrupó a su alrededor a casi todos los anarquistas y tuvo una participación muy importante en la organización gremial de los trabajadores judíos y en la vida cultural del trabajo en la calle judía” (Katz, 1946: 164). Fue fundada en 1905 por militantes del grupo londinense *Arbayter Fraynd*¹⁶ que llegaron entonces a la Argentina. Su actividad se registra desde el mitin que la policía consignó en diciembre de ese año (Moya 2004: 28).

Su primer dirigente fue Boris London (o Celman o Gelman) (Moya, 2004: 29), carpintero que en 1909 contaba con 32 años. Pertenecían al grupo los hermanos Moishe y Abraham Shutz, de 21 y 24 años respectivamente, sastres de profesión que vivían en Lavalle 2637, barrio de Once; Samuel Samburski, jornalero de 21 años domiciliado en Tucumán 1958, y el sastre Iavitz¹⁷ (Katz, 1980: 33),¹⁸ de quien Katz (1946: 162-163) recuerda tanto su origen londinense como sus encendidos alaridos

15. Cf. “Matanza de hebreos”, en *LP*, 12 de octubre de 1907 y 26 de noviembre de 1907.

16. Se trata de la organización, hegemónica en la Federación de Anarquistas Judíos de Gran Bretaña, que dirigía Rudolf Rocker y era conocida en inglés como *Worker's Friend*.

17. Probablemente se trate de José Yavich, detenido en la redada de marzo de 1906 (cf. supra).

18. Los datos han sido tomados de informes policiales o diplomáticos de 1909 relevados por Rivanera Carlés (1986b: 70; 74; 320). Las edades deben ser tomadas como aproximadas. Los hermanos Shutz y Samburski fueron consignados (¿erróneamente?) como miembros del grupo *Burevéstnik*.

en los restaurantes judíos donde los trabajadores discutían de política. También parece haber sido miembro un tal Nuger.¹⁹

El círculo, de orientación anarco-comunista,²⁰ recibió un impulso con la llegada desde Londres, a fines de 1907, de A. (Alef) Shapiro. De oficio bastonero,²¹ se dedicaba además al teatro y llegó a Buenos Aires junto con su esposa, la actriz Berta Kornfeld, y los actores Dovid Reyts, Moris Akselrod y los Maryenhof (Katz, 1946: 163; Prager, 1990: 380).²² Según Katz, su presencia generó revuelo entre los anarquistas: de bigotes oscuros y modales refinados, “con su hablar tan pausado y con su discurso tan ordenado, con sus términos tan propios de él, (...) también comenzó a inmiscuirse en las discusiones con los socialistas, donde lograba imponerse con su tranquilidad y con la ayuda de sus modos tan especiales de hablar”. El grupo se nucleó en torno suyo y fue él quien dirigió el periódico (1946: 163). Sin embargo, ya para agosto de 1908 pasó a dedicarse enteramente al teatro, poniendo en escena junto a su esposa obras de Octave Mirbeau (Katz, 1946: 167).

Moishe Shutz fue señalado en 1909 como secretario del grupo. En Rusia habría pertenecido, junto con Simón Radowitzky, a un grupo ácrata dirigido por Petroff (Rivanera Carlés, 1986b: 74). Fue deportado tras el atentado contra Falcón; vivió en París, lo detuvieron cuando cruzaba la frontera con España, pasó por Londres y finalmente recaló en los Estados Unidos (Rocker, 1949: 276-278), donde fue uno de los principales redactores del *Fraie Arbeter Shtime* (Schiller, 2006: 41) de Nueva York, al cual siguió vinculado al menos hasta 1945 (Rocker, 1952: 424).

Hacia mediados de 1907 la secretaria del *Arbeiter Fraind* funcionaba en la Casa del Pueblo, sede del movimiento obrero ubicada en México 2070. Pero cuando los miembros del Partido Socialista que administraban el lugar les aumentaron el alquiler debieron cambiar de local.²³ Probablemente hayan pasado a tener su base en el local de la *Juventud Rusa*, en Cuyo 2594.²⁴ En 1908 alquilaron un local en Lavalle 2196 (barrio de Once), donde instalaron la *Idishe Populere Bibliothek*, que fue también sede del grupo *Burevéstnik* y cuyos libros consultaba asiduamente Simón Radowitzky.²⁵ La biblioteca abría de 8 a 10 de la noche, y

19. Cf. *LP*, 17 de junio de 1908. Probablemente se trate de Otto Nuger; cf. *LP*, 20 de junio de 1908, 21 de junio de 1908 y 24 de junio de 1908.

20. Cf. *Juventud*, año VI, n° 49 (julio de 1916), p. 55.

21. El *shtekelemajer* (bastonero) elaboraba palos de madera para usar como bastones o paraguas, siendo así una variante del carpintero.

22. Según Prager, el grupo salió de Londres hacia Buenos Aires en 1906.

23. Federico Aestritz, “¡Por anarquistas!”, en *LP*, 13 de agosto de 1907, p. 2.

24. Cf. *LP*, 30 de octubre de 1907 y 15 de noviembre de 1907.

25. Cf. *La Vanguardia*, 14 de enero de 1910.

en ella organizaron una “escuela nocturna”,²⁶ actividad típica entre los obreros judíos que buscaban aprender castellano.

En cuanto a la actividad que llevaban a cabo, en un principio ocupó un lugar central la difusión de la prensa y la literatura anarquista en idish llegada del extranjero. El círculo difundía los periódicos *Der Arbayer Fraynd* de Londres, cuya distribución en Argentina era muy exitosa (Wald, 1955: cap. XXX), y el *Fraie Arbeter Schtime* de Nueva York (Katz, 1980: 29), los cuales se podían hallar en los alrededores de Plaza Lavalle, siendo así los primeros periódicos de izquierda en idish que circularon en Buenos Aires (Schers, 1992). También distribuía la revista *Germinal*, editada por el *Arbayer Fraynd* inglés, logrando que sea muy conocida entre la juventud (Katz, 1946: 164).²⁷ Además era requerido para proveer oradores en asambleas gremiales,²⁸ lo cual muestra la preocupación del conjunto del anarquismo (no sólo de los judíos) por llegar a los obreros de habla idish. Según Wald (1955: cap. XXX) otra actividad frecuente del *Arbeiter Fraind* consistía en asistir a eventos organizados por otras agrupaciones judías y provocar su disolución. Tenía un importante poder de convocatoria: en la conferencia que organizaron el 12 de enero de 1908 en la Plaza Lavalle lograron reunir, según la policía, 250 personas (Rivanera Carlés, 1986b: 32).

En 1907 se orientaron hacia la edición de su propio órgano de prensa, *Dos Arbeter Lebn* (“La Vida Obrera”), en idish y bajo la dirección de Shapiro, quien habría sido su principal redactor (Katz, 1946: 164; ídem, 1980: 30) junto a los hermanos Shutz (Bilsky, 1987: 35). Alcanzaron a ver la luz 8 números, los cuales “tuvieron una gran influencia, junto con el redactor, sobre el movimiento anarquista judío en la Argentina” (Katz, 1946: 164). Las fuentes no permiten precisar su periodicidad ni el espacio temporal durante el cual vio la luz. Ha sido fechado a principios de 1908 y como semanario (Katz, 1946: 163; Wald, 1955: cap. XXX). En julio de 1907 fue anunciado como un periódico mensual en la primera plana de *La Protesta*. Algunas evidencias²⁹ sugieren que, aunque tenía dificultades para salir, los primeros números pueden haber visto la luz durante la segunda mitad de 1907. El carácter pionero de *Dos Arbeter Lebn* (fue el primer periódico anarquista en idish en toda Sudamérica) reflejaba el carácter temprano de la inmigración judía argentina.

De la trayectoria posterior del *Arbeiter Fraind* hay algunos datos. Participó activamente de los enfrentamientos del Centenario, teniendo

26. Cf. *LP*, 2 de septiembre de 1908, p. 2.

27. Rocker (1949: 149) confirma que *Germinal* tenía lectores en Buenos Aires.

28. Cf. *LP*, 5 de octubre de 1907, p. 2.

29. Cf. *LP*, 24 de julio de 1907, 29 de septiembre de 1907, 30 de octubre de 1907 y 24 de noviembre de 1907.

un orador en el acto que coronó la manifestación del 8 de mayo de 1910 (Rivanera Carlés, 1986b: 80-82). Probablemente fue este círculo el que organizó en 1911 los festejos por el 25° aniversario del *Arbayter Fraynd* de Londres, que tuvieron su edición en Buenos Aires (Rocker, 1949: 304). En 1915 fundó la *Idishe Fraie Bibliothek*, junto con el grupo Buscadores de la Verdad. Al año siguiente se separaron: estos últimos (de inspiración tolstoiana) se fusionaron con el sector “idishista” de la Liga Racionalista (Bilsky, 1987: 85-86), fundando la *Idishe Ratsionalistische Ligue*, de orientación anarquista, que tendría seis décadas de existencia (Schiller, 2006: 42). El *Arbeiter Fraind* se disolvió en 1918 (Bilsky, 1987: 85).

Protest (“Grupo ruso La Protesta”) (1908)

La existencia del grupo *Protest* ha permanecido casi completamente oculta en la historiografía. Nació dos semanas después del inicio de la *Idishe Abtheilung* (sección en idish en *La Protesta*), formado por quienes se encargaban de ella y con el objetivo de garantizar su existencia diaria.³⁰ No sólo fue el iniciador³¹ y responsable de esa sección (hasta hoy atribuida a los “anarquistas judíos” en términos generales), sino también de la revista *Lebn un Fraiheit*,³² que hasta ahora había sido atribuida al *Arbeiter Fraind* (Epelbaum de Weinstein, 1987: 14; Bilsky, 1989: 35; Senkman, 2006: 107; Dujovne, 2008: 126). La tendencia de este círculo era anarco-individualista,³³ lo que lo oponía al *Arbeiter Fraind* de orientación anarco-comunista, y mantenía una estrecha relación con el grupo *Poalei Tzion*. Las principales figuras de este círculo fueron P. Sprinberg e I. Edelstein, quienes dirigieron *Lebn un Fraiheit* (Rollansky, 1940: 81; Katz, 1946: 167).

Yitzjok Edelshtein (Itzjok Edelstein) nació en 1890. Había participado del *Poalei Tzion* cuando llegó a Buenos Aires, donde a los 17 años ya militaba en el anarquismo. Las fuentes lo muestran en el local de Cuyo 2594 y colaborando con la recaudación de fondos para *Dos Arbeter*

30. Cf. *IA*, en *LP*, 5 de abril de 1908, 7 de abril de 1908 y 8 de abril de 1908.

31. Cf. *IA*, en *LP*, 5 de junio de 1908.

32. Cf. *LP*, 26 de junio de 1908.

33. Cf. *Juventud*, año VI, n° 49 (julio de 1916), p. 55, y Katz (1946: 167). El círculo no nació identificándose con esta orientación sino que probablemente se haya ido deslizando hacia ella, ya que un mes después de haberse formado se declaraba como “grupo anarco-comunista”; cf. *IA*, en *LP*, 9 de mayo de 1908. El individualismo debió estar más definido 3 meses después, cuando Edelstein tradujo “Así hablaba Zarathustra” para *Lebn un Fraiheit*.

Lebn,³⁴ por lo que pudo haber pertenecido tanto a Juventud Rusa como al *Arbeiter Fraind*. Tenía 18 años cuando fue el linotipista y principal redactor de la *Idische Abtheilung*. Para *Lebn un Fraiheit* tradujo, del castellano al idish, partes del *Así hablaba Zarathustra* de Nietzsche. Estudió hasta llegar a farmacéutico (Katz, 1946: 167-171).

Pinhas-David Yakovlevich Shprinberg (1889-1974), o Pedro Sprinberg, nació en Zguritsa, Besarabia, y en 1903 viajó a la Argentina. Su padre había llegado antes a Rosario, donde se convirtió en un rico hombre de negocios (Katz, 1946: 167-170). Tenía 18 y 19 años cuando militó en el anarquismo, en el cual participó al menos desde noviembre de 1907.³⁵ En 1910 se casó con Catalina Stoliar, hermana de Motya Stoliar (1886-1951), figura de primer orden del sionismo socialista, quien fue gerente del primer cotidiano en idish de Buenos Aires, *Dos Idische Lebn* (Weinfeld, 1948: 458) y en 1914 fundó *Di Idische Tzaitung* ("El Diario Israelita"), el diario más importante de la colectividad judía porteña (Rollansky, 1940: 81). Luego de 1910 Sprinberg abandonó el anarquismo y se convirtió en teósofo. Entre 1913 y 1914 codirigió con P. Katz la revista *Shtrahlen* ("Rayos") (Katz, 1946: 189). Su actividad periodística continuó como corresponsal de *Di Idische Tzaitung* en Paraguay, en Rosario y finalmente en Montevideo, donde se radicó en 1933. Allí fue director del diario en idish *Uruguaier Tog* ("El Día Uruguayo"), que salió hasta 1935. Al fin de una trayectoria que lo alejó del anarquismo y lo acercó al sionismo, en 1937 fue secretario de la sección uruguaya de la Agencia Judía para Eretz Israel (Moskovicz, 2011).

No es el único lazo de este grupo con el sionismo socialista: las dos publicaciones periódicas que encaró representaron una colaboración con los escritores Pinie Katz y Noaj Vital (Epelbaum de Weinstein, 1987: 14; 16). El primero es quizá la figura más importante de la cultura idish y de la izquierda judía en Argentina. Su pluma aparece por primera vez en la sección judía de *La Protesta*, mientras era secretario del *Poalei Tzion* (Schers, 1992). En 1917 colaboró con la fundación del *Poalei Tzion* en el Uruguay (Moskovicz, 2011). Tras la revolución rusa fundó y dirigió el diario de izquierda en idish *Di Presse*, cotidiano que simpatizaba con la URSS (Camarero, 2007: 300). En la década de 1930 se convirtió en uno de los principales dirigentes del antifascismo y fue el primer presidente del *Idisher Cultur Farband* (ICUF), organización impulsada por el PC. Noaj (Noé) Vital fue un escritor que abordó la descripción de la vida proletaria judía porteña. Perteneció al sionismo socialista (Katz, 1946: 160) y participó, quizá con sus primeros textos, del diario de esta tendencia *Dos Idische Lebn* (Mirelman, 1985: 10).

34. Cf. *LP*, 30 de octubre de 1907 y 15 de noviembre de 1907.

35. Cf. *LP*, 30 de noviembre de 1907.

Lebn un Fraiheit (“Vida y Libertad”) tenía una decidida apertura ideológica: “La mayoría de sus colaboradores no compartían las ideologías de Kropotkin, Tolstoi, Bakunin y otros” (Weinfeld, 1948: 458). Fue anunciada como revista mensual ilustrada de ciencias, artes y literatura,³⁶ es decir que tenía una clara orientación cultural, aunque sólo alcanzó tres números. Su contenido principal eran artículos, muchos extraídos de *La Protesta* y traducidos al ídish, noticias y chistes (la mayoría, anticlericales) (Katz, 1946: 167-170).

La colaboración de los círculos y la *Idische Abtheilung* (15 de marzo al 7 de junio de 1908)

La *Idische Abtheilung* fue –o convirtió a *La Protesta* en– el segundo diario en ídish de la Argentina y el más duradero hasta entonces, ya que el primero –*Dos Idishe Lebn*– se había publicado no más de 20 días en 1906. Fue además el único caso en la historia argentina de un diario no judío con una sección en ídish, y el primer periódico que incluyó contenido en ambos idiomas. La página fue publicada en forma diaria desde el 15 de marzo hasta el 7 de junio de 1908, alcanzando un total de 72 números.

La sección existió en la medida en que expresó la colaboración entre los grupos *Arbeiter Fraind* y *Protest*. Para su lanzamiento, el primero organizó una velada a beneficio de la *Idische Abtheilung*,³⁷ en la que a su vez fueron publicitados sus mítines y conferencias. El 19 de abril el grupo *Protest* fue invitado a participar de un mitin del *Arbeiter Fraind* en el local de Lavalle, en el que éste resolvió, además de convocar al acto anarquista del 1° de mayo en Plaza Lorea, propagandizar la *Idische Abtheilung* y comprometerse con los emprendimientos organizados por *Protest* para el diario; los presentes decidieron también efectuar una reunión de ambos círculos.³⁸ Probablemente haya sido en ella donde se decidió una política en común para contar, en el próximo Día Internacional del Trabajador, con una columna judía. En efecto, los dos grupos invitaron a todos los trabajadores judíos a reunirse en el local de Ayacucho 1059, para marchar desde allí bajo una misma bandera hasta la Plaza San Martín, donde finalizaba la movilización.³⁹ La convocatoria diferenciada

36. Cf. *IA*, en *LP*, 6 de junio de 1908 y *LP*, 26 de junio de 1908.

37. Cf. *LP*, 14 de marzo de 1908, p. 2, y 15 de marzo de 1908, p. 2, e *IA*, en *LP*, 15 de marzo de 1908 y 24 de marzo de 1908.

38. Cf. *IA*, en *LP*, 22 de abril de 1908.

39. Cf. *IA*, en *LP*, 1 de mayo de 1908.

habría logrado atraer a unos 300 judíos.⁴⁰ Fue así que hubo en los actos anarquistas oradores que dieron discursos en ídish (Moya, 2004: 31).

Esta relación de camaradería no se circunscribía a la redacción de la sección judía. Ambos círculos formaron parte del “Comité pro Libertad de Imprenta”, en el cual once centros ácratas se organizaron contra el proyecto de ley para limitar la circulación de la prensa obrera, impulsado por el jefe de policía Ramón Falcón (Suriano, 2001: 184), pero además crearon el “Sub-Comité Judío Popular por la Libertad de Prensa”, en el cual integraron al *Idisher Arbeiter Tzentry* al grupo *Burevéstnik*.⁴¹ Por su militancia, varios de los miembros de ambos círculos fueron detenidos por la policía. Abraham Shutz y Pedro Sprinberg fueron arrestados a mediados de mayo;⁴² Itzjak Edelstein lo había sido un mes antes.⁴³ Pero no sólo las actividades de los dos círculos anarquistas eran anunciadas en la sección, sino también las del grupo *Poalei Tzion*, cuyo local quedaba en Lavalle 2147,⁴⁴ es decir en frente del que tenía el *Arbeiter Fraind*.

Acerca del porqué de la desaparición de la *Idische Abtheilung*, hasta ahora sólo contábamos con el dato de Lewin de que “para más tiempo no alcanzaron los recursos financieros” (1983: 165). En efecto, parece ser que Edelstein debió cubrir parte de los gastos con sus propios ingresos (Katz, 1946: 171). Pero hay una explicación más profunda. El 5 de junio una nota anticipó que la sección judía saldría sólo dos días más. El empeoramiento de las condiciones económicas es mencionado como uno de los motivos, pero no el único. Se denuncia como otra de sus causas la frialdad y hostilidad de “supuestos camaradas” hacia el grupo *Protest* y la *Idische Abtheilung*. Al día siguiente directamente adjudicaron la responsabilidad de la muerte de la sección judía al grupo *Arbeiter Fraind* y a la colaboración directa o indirecta del *Idisher Arbeiter Tzentry*.⁴⁵ Evidentemente el grupo *Protest* fue enfrentado por el resto de los anarquistas judíos que militaban entre los trabajadores de la colectividad, los cuales consiguieron el apoyo de la dirección de *La Protesta* para quitarlos del diario. Podemos suponer dos motivos para esta ruptura entre los círculos. Por un lado, es posible que la orientación anarco-individualista de *Protest* haya chocado con la tendencia anarco-comunista del *Arbeiter Fraind*. Ya en la columna “Sobre el trabajador judío” de la *Idische Abtheilung* se había ventilado un debate político entre

40. Cf. IA, en LP, 3 de mayo de 1908.

41. Cf. IA, en LP, 29 de mayo de 1908.

42. Cf. IA, en LP, 16 de mayo de 1908.

43. Cf. IA, en LP, 16 de abril de 1908 y 17 de abril de 1908.

44. Cf. IA, en LP, 22 de marzo de 1908, 31 de marzo de 1908, 5 de abril de 1908 y 17 de abril de 1908.

45. Cf. IA, en LP, 5 de junio de 1908 y 6 de junio de 1908.

Itzjak Edelstein y Moische Shutz, en el cual se expresaban posiciones divergentes que se habían manifestado previamente en una reunión del *Idisher Arbeiter Tzentr*.⁴⁶ Se explicaría así que haya sido el *Arbeiter Fraind* el que haya conquistado el favor del grupo editor de *La Protesta*, afín a la línea kropotkiniana. Otra causa de discordia puede haber sido la cercanía de *Protest* con el *Poalei Tzion*, y sobre todo el espacio que éste obtenía en la *Idische Abtheilung*, si tenemos en cuenta que no sólo las actividades del grupo sionista socialista eran difundidas en la página, sino que muchos artículos eran redactados por sus miembros. Uno de ellos, Katz, recuerda que quienes escribieron para la sección judía “no sentían sobre sí ningún tipo de control, a pesar de que eran en general opositores al anarquismo” (1946: 171).

Poco después, sin embargo, los dos grupos participaron del comité *Iugnt* (“Juventud”), impulsado por el grupo *Poalei Tzion* para luchar contra los proxenetas judíos, que actuó desde octubre de 1908. En él participaron entre otros los miembros del *Arbeiter Fraind* (Katz, 1946: 164-165) y “algunos anarquistas-individualistas” (Wald, 1955: cap. XXX), que probablemente fueron los miembros de *Protest*, quienes reflejaron el episodio en *Lebn un Fraiheit*.⁴⁷ Se trata del último registro del grupo *Protest*.

Conclusión

La presencia judía en el anarquismo de Buenos Aires en aquella década ha sido estudiada por Moya. Su conclusión es que la participación judía dentro del movimiento libertario porteño fue, desde 1905 hasta 1910, desproporcionalmente elevada: entre los anarquistas era judío un porcentaje mucho mayor que el 2% que representaban sobre el total de la población de la ciudad, alcanzando un pico entre 1909 y 1910, cuando el 22% de los deportados ácratas fueron judíos (2004: 32, 37). Podemos reforzar esta tesis si comparamos la cantidad de círculos judíos con el total de grupos anarquistas de la ciudad de Buenos Aires. El resultado es que los primeros representaron durante todo el lustro un porcentaje mucho más elevado que aquel 2%.

46. Cf. *IA*, en *LP*, 1 de abril de 1908, 7 de abril de 1908 y 8 de mayo de 1908. En su artículo, M. Shutz reivindica los aportes de Johann Most y P. Kropotkin, exponentes del anarco-comunismo.

47. Cf. Mirelman (1988: 289; 360-361) y M. Polak, “La juventud israelita”, en *LP*, 20 de octubre de 1908.

Año	Número total de círculos*	Círculos judíos	Porcentaje
1905	25	2	8,0 %
1906	37	2	5,4 %
1907	40	2	5,0 %
1908	38	3	7,9 %
1909	37	2	5,4 %

*Los datos de esta columna han sido tomados de Suriano (2001: 50).

Distinta es la cuestión de cómo ponderar la presencia anarquista sobre el conjunto de judíos de Buenos Aires. Refiriéndose a éstos durante el segundo lustro del siglo XX, Rivanera Carlés afirma, seguramente exagerando, que “la mayoría era anarquista” (1986b: 31). Pero sí parece haberlo sido una primera minoría, ya que también otras fuentes sostienen que al menos hasta el año 1908 los anarquistas fueron el grupo más fuerte en el ambiente de obreros judíos de Buenos Aires (Schers, 1992), y que se hacían escuchar más que otras tendencias (Wald, 1955: cap. XXX). Si tomamos la existencia de periódicos, sostenida en el tiempo, como expresiones de una actividad militante, podemos afirmar que entre los inviernos de 1907 y 1908 el anarquismo llevó amplia ventaja sobre cualquier otra corriente, ya que prácticamente fue la única organización de izquierda que tenía publicaciones en ídish. Pero este elemento nos parece ser, a la vez que expresión o consecuencia, una de las causas de esta temprana y breve hegemonía libertaria sobre la clase obrera judía.

Nuestra hipótesis es que un factor decisivo que explica la capacidad del anarquismo para alcanzar con su prédica y organización a los judíos porteños fue su posición política de rechazo a la nacionalización de los extranjeros como medio de participación política, lo cual no es más que aplicar la tesis de Falcón (1986-1987) al caso que nos toca. Esta postura llevó a los anarquistas a aceptar el idioma de los inmigrantes como instrumento de comunicación al interior de la clase obrera y a organizar conferencias y editar periódicos en las diferentes lenguas para intentar alcanzar con la propaganda a la totalidad de los trabajadores, lo que entre los judíos valía tanto para el ídish como para el ruso. En efecto, los anarquistas “accedían a una propaganda oral e impresa en ídish dentro de los sindicatos y con fondos sindicales” (Lewin, 1971: 161); ya vimos que requerían oradores en ídish para las asambleas gremiales. Sólo esto explica que los grupos anarquistas judíos, además de ser integrados en el movimiento, tuvieron la potestad para publicar una página en ídish (de un total de cuatro) en el órgano ácrata de mayor difusión, lo cual constituía “un esfuerzo para apelar a los inmigrantes

judíos que todavía no dominaban el castellano” (Kirstein, 2009: 16). Con la *Idische Abtheilung*, *La Protesta* “se empezó a vender fuertemente en la calle judía. Era comprada con interés en apoyar la página dedicada a la vida cultural judía” (Katz, 1946: 171). Pinie Wald reconocía que la sección de *La Protesta* “constituía una prueba del interés positivo y de la actitud de los anarquistas no judíos hacia el ídish (como a todos los otros idiomas)” (1955: cap. XXX). Mirelman concluye que “este hecho refleja claramente el positivo interés del movimiento anarquista en los grupos lingüísticos y la ligazón ideológica entre ellos, fuesen o no judíos” (1988: 230). De alguna forma, la posición ácrata respecto del idioma fue la que luego adoptaron los leninistas, es decir los *iskrovzes* del PS (cf. infra) y años después el Partido Comunista argentino en su primera etapa. En síntesis, el anarquismo

resultó más consecuente en su universalismo, al predicar el cosmopolitismo y respetar las peculiaridades de cada grupo étnico, a diferencia del socialismo que trataba de imponer a los extranjeros la necesidad de la naturalización y discriminaba entre sus afiliados según tuviesen o no carta de ciudadanía. (Bilsky, s/f: 22)

En efecto, los socialdemócratas judíos tenían una relación más conflictiva con el PS, el cual incentivaba la asimilación, la nacionalización y la adopción de la lengua castellana como medios para participar de la política local. El ejemplo paradigmático de esta actitud es el de los hermanos Dickmann, dirigentes nacionales del Partido, quienes evitaron dar discursos en ídish y militar en el seno de la colectividad.⁴⁸ Además la organización judía socialdemócrata *Avangard*, que buscaba compensar esta carencia, se dividió entre *iskrovzes* y bundistas. Los primeros (“chispistas”, por el periódico *Iskra* que publicaba Lenin en Rusia) eran partidarios de integrarse al PS, en cuyo seno formaron el *Centro Avangard*, grupo de propaganda idiomática subordinado al Comité Central, con el objetivo de llevar adelante la política del partido dentro de la colectividad; los segundos defendían el uso exclusivo del ídish y la existencia de una organización socialista judía autónoma. La dirección del PS debió intervenir en la disputa en mayo de 1908, y aunque favoreció a los *iskrovzes*,⁴⁹ se logró llegar a una fórmula de compromiso. Esta crisis seguramente es lo que explica la ausencia de un periódico en ídish desde la fundación del *Avangard*, en enero de 1907,

48. Para un análisis pormenorizado de la política del PS hacia los judíos, cf. Mirelman (1988), pp. 93-101.

49. Cf. IA, en LP, 24 de mayo de 1908.

hasta agosto de 1908. Para esa fecha, por el contrario, los anarquistas ya tenían grupos que actuaban en ídish (*Arbeiter Fraind* y *Protest*) y en ruso (*Burevéstnik*) y habían editado 8 números de un periódico y una sección en ídish en *La Protesta*.

El invierno de 1908 marca el punto en que la actividad de los anarquistas al interior de la colectividad judía comienza a apagarse para no volver a recuperar nunca todo su esplendor. Hay varios elementos que evidencian esto y podrían explicarlo. Por un lado, con el retiro de Shapiro dejó de salir *Dos Arbeter Lebn*, que como vimos tenía una influencia importante. Al mismo tiempo *La Protesta* dejó de tener sección ídish, lo que seguramente la privó de parte de su público judío previo. El círculo *Protest* la reemplazó con una revista que no tuvo más que tres números, tras los cuales probablemente sus miembros hayan abandonado el movimiento anarquista. Y luego de 1908 no hubo ningún periódico anarquista en ídish hasta 1917.⁵⁰

Si los anarquistas dejaron por su propia cuenta un lugar vacante, las demás corrientes políticas buscaron ocuparlo. En primer lugar los socialistas: en agosto de 1908 apareció el periódico mensual *Der Avangard* (“La Vanguardia”), editado por la organización bundista *Avangard*, bajo la dirección de Sh. Kaplansky y P. Wald. Evidentemente la disputa con los libertarios era considerada una tarea central, porque en todos sus números publicaron un artículo sobre el anarquismo (Kirstein, 2009: 16). También los *iskrovzes* del PS se lanzaron a conquistar al público de habla ídish: *Di Shtime fun Avangard* (“La Voz de la Vanguardia”), órgano mensual del Centro Avangard del PS, comenzó a publicarse en 1909 (Laubstein, 1997: 175). El periódico sionista *Di Idische Hofnung* (“La Esperanza Judía”) comenzó a publicarse el 15 de agosto de 1908. *Poalei Tzion* cobró breve impulso con la llegada en 1909 de León Jazanovich, quien emprendió la publicación de *Broit un Ehre* (“Pan y Honra”), pero fue deportado durante los enfrentamientos del Centenario junto con Zalman Sorkin.

En el caso del anarquismo judío porteño, parece claro que las diferentes tendencias aparecen vinculadas a distintos orígenes sociales. Los oficios de todos sus miembros no dejan dudas acerca de la composición netamente obrera del grupo anarco-comunista *Arbeiter Fraind*. Por el contrario, del círculo anarco-individualista *Protest* sabemos que Sprinberg era hijo de un rico hombre de negocios y que Edelstein pudo estudiar hasta llegar a farmacéutico, lo que nos habla de mayores posibilidades económicas. ¿Hasta qué punto el carácter de clase explica la orientación ideológica de cada grupo? ¿Es lícito suponer que los sas-

50. Ese año apareció *Der Fraie Arbeter* (“El Obrero Libre”), editada por los círculos anarquistas racionalistas judíos (Dujovne 2008: 126).

tres y carpinteros del *Arbeiter Fraind* eran proclives, por su inserción en el movimiento obrero, a aceptar la centralidad de las asociaciones proletarias, o que los jóvenes de la pequeña burguesía tendrían una inclinación espontánea hacia el individualismo? En otro orden, ¿se vinculan el matiz individualista y la cercanía con el *Poalei Tzion*? Lo que sí podemos entrever es que la forma en que las dimensiones de clase y étnica atravesaron al anarquismo judío dio lugar a la conformación de dos identidades divergentes. El *Arbeiter Fraind* parece haber siempre destacado su pertenencia al movimiento obrero y al anarquismo por sobre su carácter judío. Lo sugiere la elección en julio de 1907 del nombre de su periódico, *La Vida Obrera*, que no fue tomado del grupo inglés sino que parece ser una réplica al diario sionista socialista publicado meses antes, *La Vida Judía*. El conjunto de sus actividades reseñadas muestran una organización dedicada a intervenir en todos los frentes de la lucha de clases. En las iniciativas del círculo *Protest*, en cambio, se puede adivinar un énfasis (que aumenta en la medida en que se separan del *Arbeiter Fraind* y del *Idisher Arbeiter Tzentr*) en la producción y difusión de literatura en idish, relegando la propaganda anarquista y la vinculación con el movimiento obrero, en lo que puede considerarse un antecedente del anarco-idishismo. Siguiendo esta línea, la ubicación del grupo *Protest* respecto del movimiento libertario se asemeja en un sentido a la que tenía el *Bund* dentro de la socialdemocracia, y la débil delimitación del primero con relación al poaleisionismo podría considerarse un antecedente de la cercanía con el sionismo socialista que caracterizó la trayectoria del segundo.

Bibliografía

- Avni, Haim (1983), *Argentina y la historia de la inmigración judía (1810-1950)*, Buenos Aires: Magnes-AMIA.
- Avrich, Paul (2005), *The Russian Anarchists* [1967], Oakland-Edinburgo: AK Press.
- Bilsky, Edgardo J. (1985), *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*, Buenos Aires: CEAL.
- (s/f) *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires: Biblos-Fundación Simón Rodríguez.
 - (1987), "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino", en Ana Epelbaum de Weinstein (dir.), *Bibliografía temática sobre judaísmo argentino*, vol. 4, tomo 1, Buenos Aires: AMIA.
 - (1989) "Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año IV, n° 11, abril.
 - (1992), "Ethnicité et classe ouvrière: les travailleurs juifs à Buenos Aires (1900-1930)", *Le Mouvement Social*, n° 159, abril-junio, pp. 39-56.

- Brusilovsky, Hertz (1940), "Los judíos en el movimiento obrero argentino", en Triwaks, ob. cit.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dujovne, Alejandro (2008), "Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953", *Revista del Museo de Antropología*, vol. I, n° 1, Córdoba.
- Epelbaum de Weinstein, Ana (dir.) (1987), *Bibliografía temática sobre judaísmo argentino*, vol. 4, tomo 2, Buenos Aires: AMIA.
- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL.
- (1986-1987), "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)", en *Anuario* n° 12, Rosario.
- Katz, Pinie (1946), *Geklibene Shriftn*, Buenos Aires: ICUF, vol. V.
- (1980), *Páginas selectas*, Buenos Aires: ICUF.
- Kirstein, Jessica (2009), "Soslayando la ciudadanía: los obreros inmigrantes judíos, la participación política informal y nuevos conceptos de la ciudadanía obrera argentina", en II Jornadas Internacionales de Investigación y Debate Político y VIII Jornadas de Investigación Histórico Social, Buenos Aires, 9 al 12 de diciembre.
- Laubstein, Israel (1997), *Bund. Historia del movimiento obrero judío*, Buenos Aires: Acervo Cultural.
- Lewin, Boleslao (1971), *Cómo fue la inmigración judía a la Argentina*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- (1983) op. cit., 2da ed. ampliada.
- Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Javier Vergara.
- Mirelman, Victor A. (1985), "Jewish Leftist Parties in Argentina during the Early 20th Century", texto presentado al 9° Congreso de Estudios Judíos, Jerusalén, agosto.
- (1988), *En búsqueda de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930*, Buenos Aires: Milá.
- Moskovicz, Julio (2011), "El sionismo en Uruguay", disponible en www.jai.com.uy [consultado el 23 de abril de 2015].
- Moya, José C. (2004), "The positive side of stereotypes: Jewish anarchists in Early-Twentieth-Century Buenos Aires", *Jewish History*, n° 18, Kluwer Academic Publishers.
- Prager, Leonard (1990), *Yiddish Culture in Britain. A Guide*, Frankfurt: Peter Lang.
- Rawin, Gregorio y Antonio López (2001), "La Asociación Racionalista Judía: anarquismo ed ebraísmo in Argentina", en Amedeo Bertolo (comp.), *L'anarchico e l'ebreo. Storia di un incontro*, Milán: Centro studi libertario di Milano.
- Regalsky, Marcos (1940), "Los partidos políticos judíos", en Triwaks, ob. cit.

- Rivanera Carlés, Federico (1986a), *Anarquismo, judaísmo y masonería*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones sobre la Cuestión Judía, vol. 2.
- (1986b), *El judaísmo y la Semana Trágica*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones sobre la Cuestión Judía, vol. 3.
- Rocker, Rudolf (1949), *En la borrasca (años de destierro)*, Buenos Aires: Tupac.
- (1952) *Revolución y regresión*, Buenos Aires: Tupac.
- Rollansky, Samuel (1940), “El periodismo, las letras y el teatro judíos en la Argentina”, en Triwaks, ob. cit.
- Schers, David (1992), “Inmigrantes y política: los primeros pasos del Partido Sionista Socialista Poalei Sion en la Argentina, 1910-1916”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 3, n° 2, Tel Aviv.
- Senkman, Leonardo (2006), “Los anarquistas en ídish en el imaginario social de Buenos Aires, 1905-1910”, en Perla Sneh (comp.), *Buenos Aires Ídish*, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Schiller, Herman (2006), “La participación de los obreros de habla ídish en los orígenes del movimiento obrero argentino”, en Perla Sneh (comp.), *Buenos Aires Ídish*, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Suriano, Juan (2000), “El anarquismo”, en *Nueva historia argentina*, tomo V: Mirta Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites, 1880-1916*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2001), *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires: Manantial.
- Triwaks, Hirsch (dir.) (1940), *Cincuenta años de vida judía en la Argentina*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Julio Glassman.
- Wald, Pinie (1955), *In gang fun tsaitn*, Buenos Aires: s/d.
- Weinfeld, Eduardo (dir.) (1948), *Enciclopedia judaica castellana*, México: EJC, tomo 1.

* * *

Título: Anarchism in the Jewish labor movement in Buenos Aires (1905-1909)

Resumen: En este artículo analizaremos la historia de los círculos anarquistas judíos que actuaron en Buenos Aires durante el segundo lustro del siglo XX, tratando de poner de relieve su política y sus especificidades y contribuyendo a la historicización de la corriente clasista e internacionalista.

Palabras clave: anarquismo – judíos – movimiento obrero – inmigración – ídish

Abstract: This article explores the history of the Jewish anarchist groups who acted in Buenos Aires during the first decade of the twentieth century, trying to highlight their policy and their specificities and contributing to the historicizing of the internationalist current (supporter of the class struggle).

Key words: anarchism – Jews – working class – immigration – idish

Recepción: 15 de noviembre de 2015. **Aprobación:** 20 de febrero de 2016

Obreros y estudiantes, ¿unidos y adelante? Los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires frente al movimiento obrero bajo la “Revolución Argentina”, 1966-1973

Juan Sebastián Califa

Conicet - Instituto Ravignani - Facultad de Ciencias Sociales (UBA) - jscalifa@hotmail.com

Introducción

La relación entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil durante la década de 1960 ha sido objeto de numerosas conjeturas. Se ha sostenido que los estudiantes como parte de la intelectualidad no comprendían al peronismo y, por ello, a los trabajadores (Terán, 2013) y que más allá de su radicalismo verbal la joven militancia universitaria mantenía prejuicios enraizados en su clase de origen –clase media o pequeño-burguesía– que le impedían concretar la unidad obrera (Graciarrena, 1971; Sigal, 1991). Este tipo de enunciados se encuentra en línea con el discurso que el peronismo levantó en esos años, acusando a la universidad de haberse convertido en una “isla democrática”, como un modo de legitimar su accionar (Barletta, 2002). En un trabajo reciente he discutido este tipo de afirmaciones (Califa, 2014a). Sea como sea, todos estamos de acuerdo en el hito que significó el golpe de Estado de 1966, siendo los siete años comprendidos por la autoproclamada “Revolución Argentina” un período de agudas transformaciones en esa relación obrero-estudiantil. Pero, con todo, todavía es poco lo que se sabe. La respuesta, aunque sea parcial, a una serie de interrogantes harían posible avanzar en el conocimiento específico: ¿qué dimensión implicó este cambio? ¿Los trabajadores o su dirigencia sindical, o determinados sectores, estaban interesados en el movimiento estudiantil? ¿En qué términos y buscando qué fines fue posible converger? ¿Hubo diferentes etapas en este proceso? ¿Cómo reaccionaron los distintos grupos estudiantiles y el alumnado en general?

El aporte de estas páginas apunta precisamente a explicar las particularidades del vínculo obrero-estudiantil en Buenos Aires, analizando lo sucedido en la UBA, durante la autodenominada “Revolución

Argentina” entre 1966 y 1973. Guiado por las anteriores preguntas, y atendiendo a la heterogeneidad del caso, el principal aporte de este artículo consistirá en proponer una periodización que haga observables las transformaciones del vínculo aludido. Para ello se recurrirá a una amplia bibliografía, diversos archivos, revistas y finalmente diarios de la época que se recuperan de una base de datos (Base de Datos Bonavena, de aquí en más BDB) de comprobada fiabilidad y representatividad.¹ La propuesta de abordaje empírico sigue una tradición marxista de observación social, que en la Argentina fue recobrada por la producción del extinto CICSO, la cual privilegia el abordaje de los enfrentamientos sociales para descifrar la evolución de la sociedad y el derrotero de los sujetos implicados.

1. Golpe, derrota y separación obrero-estudiantil

El 28 de junio de 1966 asumía la presidencia tras el golpe de Estado el general retirado Juan Carlos Onganía. En su asunción se hizo presente un amplio abanico de personalidades que incluía figuras destacadas del empresariado, la política y el gremialismo, como el líder de la CGT Augusto Vandor. La “Revolución Argentina” iniciaba así la “modernización autoritaria”, etapa donde el “tiempo político” quedaría supeditado, según expresó Onganía, a los objetivos trazados para el “tiempo económico” (O’Donnell, 2009).

En el terreno universitario el impacto del golpe fue enorme. El derrotero de activación política estudiantil precedente alarmaba al nuevo Ejecutivo (Califa, 2014a). Finalmente, el 29 de julio de 1966 el Decreto-Ley 16.912 dispuso la intervención de las universidades nacionales una vez confiada la Subsecretaría de Educación al abogado católico Carlos María Gelly y Obes, cartera dependiente, según la nueva estructura administrativa, del Ministerio del Interior presidido por el cursillista cordobés Enrique Martínez Paz.

La intervención atacaba la democracia interna de las universidades públicas al desconocerles legitimidad e injerencia a sus órganos de gobierno, con destacada participación estudiantil. Se trataba, en síntesis, de liquidar la institucionalidad que había empezado a construir la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba durante 1918 y que el

1. Esta base reconstruye día a día las luchas del movimiento estudiantil argentino entre los golpes de Estado de 1966 y 1976. Para la Capital Federal fueron relevados los diarios *Crónica*, *Clarín*, *La Nación*, *La Opinión* y *La Prensa*, aunque el modo de registro no aclara de qué periódico se extrae cada información. Cuando se necesite ampliar algún hecho, se recurrirá directamente al diario que permita explayarse en el mismo. La base puede consultarse en el área de Conflicto Social del Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la UBA.

cuerpo universitario, tras una historia de avances y reveses permanentes, con una intervención crucial del movimiento estudiantil que asumía ese legado, había profundizado diez años atrás. La intervención tuvo su epicentro en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA durante la llamada “Noche de los Bastones Largos”. En esa jornada, estudiantes y docentes debieron soportar en soledad la represión policial que detuvo alrededor de 150 personas (Díaz de Guijarro *et al.*, 2015: 234) y un número menor en Filosofía y Letras y en Arquitectura (Morero *et al.*, 1996).

Frente a ello, la dirigencia sindical peronista mayoritaria prefirió no inmiscuirse (Selser, 1986: 136). ¿Fue una venganza hacia los estudiantes por profesar lealtades políticas reñidas con la suya? Así razonaba José Taccone, líder de la Federación de Luz y Fuerza, quien les espetó a un grupo de estudiantes que

su sindicato no tenía ningún inconveniente en repudiar los excesos policiales que culminaron con el apaleamiento de estudiantes en la Facultad de Ciencias Exactas, pero advirtió que en caso de dar un comunicado, puntualizaría también que en su opinión la Universidad no había contribuido, durante los últimos años, a formar el alma nacional, y había actuado bajo la influencia de grupos sectarios liberales o marxistas.²

Días más tarde, el diario *Clarín* difundió el anteproyecto de declaración “La CGT ante el proyecto universitario”.³ El documento valoraba el nivel científico alcanzado por la universidad, negándose a concebirla como una isla. Pero al mismo tiempo condenaba las luchas que no hacían a su contenido concreto, no admitiendo la lucha “formal” por la autonomía. Finalmente, se exhortaba a la universidad a ser la palanca del cambio, “debe incorporarse a la revolución y no segregarse” sentenciaba.

Este documento devela que las palabras de Taccone, presente en el acto de asunción de Onganía (Anzorena, 1998: 16), no hacían otra cosa que intentar encubrir el compromiso de la dirección cegetista con la dictadura. Lejos de haber sido los años precedentes al golpe años de separación entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil, como retrataba Taccone, avanzada la década de 1960 las relaciones entre ambos sujetos se habían estrechado, siendo los estudiantes parte de los planes de lucha de la CGT bajo el gobierno de Illía (Califa, 2014b). Así, por otro lado, lo expresaba un comunicado de apoyo a la

2. “Universitarios”, *Confirmado*, 11 de agosto de 1966, año II, n° 60, p. 11.

3. “La CGT analiza el problema universitario”, *Clarín*, 16 de agosto de 1966, p. 20. Tanto en este diario como en otros me fue imposible dar con noticia alguna sobre la emisión definitiva de este documento.

autonomía universitaria, firmado por unos cien dirigentes comunistas pertenecientes a una veintena de gremios, en el que decían: “Los trabajadores anhelan que la CGT [...] exprese su solidaridad militante. Así darían también reciprocidad a la activa solidaridad universitaria con las acciones proletarias de los últimos tiempos”.⁴

Con todo, es verdad que la militancia universitaria de izquierda siempre había criticado a los “burócratas”. Pero precisamente con esa categoría se distinguía a la base obrera de su dirigencia, en el afán de acompañar las luchas de los primeros, a pesar o más allá de las posturas de los últimos.⁵ Se insiste entonces en que la orientación política impresa por la dirigencia gremial al movimiento obrero resultó determinante para separar sus caminos. Tampoco los convenció la “expectativa esperanzada” que muchos trabajadores depositaron en el golpe. En definitiva, no era fundamentalmente un problema de “gorilismo”, sino una divergencia respecto de la orientación política asumida frente al gobierno lo que bifurcó sus senderos.

En lo inmediato, el movimiento estudiantil opositor debió soportar una férrea represión en las facultades que incluyó golpizas, controles en los ingresos, policías de civil y uniforme deambulando en los pasillos y hasta soplones de parte de raquílicas organizaciones nacionalistas-peronistas de derecha que siempre habían visto en el reformismo un enemigo. Estas luchas en todo el país alcanzaron su pico con el asesinato de parte de la policía de Santiago Pampillón en Córdoba durante septiembre de 1966 (Ferrero, 2009: 171). Sin embargo, la indignación que desató este hecho no impidió el declive de la conflictividad universitaria. Pese a este retroceso, la FUA, en manos de los comunistas, seguía sosteniendo que la dictadura estaba asentada sobre un “verdadero tembladeral” y que la lucha no cesaba de abrir nuevas perspectivas.⁶

Ese diagnóstico levó a muchos militantes universitarios a lanzarse desde octubre en apoyo de la huelga portuaria en Buenos Aires, asediada por una mentada racionalización que conllevaba despidos, rebajas salariales e incrementos de ritmos laborales. Como reflexionaría *Primera Plana*: “Los contactos entre obreros y estudiantes son un motivo de preocupación para los hombres del P. Ejecutivo. Saben positivamente que el éxito de la Policía Federal contra la Universidad se debió a que los

4. “Los trabajadores junto a estudiantes y profesores en defensa de la autonomía universitaria”, 30 de agosto de 1966 (Archivo PCA).

5. Así, un líder estudiantil declaraba: “Nuestros contactos son al nivel de dirigentes intermedios y de las bases. No creemos en los *grandes bonetes* de la CGT” (“Universidad. Un año perdido”, *Primera Plana*, 3 al 9 de enero de 1967, p. 24).

6. “Resistencia y lucha”, 14 de octubre de 1966, p. 1.

universitarios fueron los únicos en oponerse a la revolución de junio”.⁷ Sin embargo, la huelga portuaria, al igual que la huelga ferroviaria y azucarera, fue crudamente reprimida. Con su derrota comenzarían a desmoronarse las ilusiones fuístas.

En ese marco, Onganía relevó a Salimei del Ministerio de Economía y puso en su lugar a Krieguer Vasena. Según Juan Carlos Portantiero: “Se trata del intento más decidido realizado hasta hoy por la fracción dominante en el nivel económico-social, para superar a su favor una situación de crisis orgánica y transformar ese predominio en hegemonía” (1973: 85). Cuando el 10 de marzo de 1967, ante un gobierno envalentado, la cúpula de la CGT resolvió abandonar el plan de lucha lanzado en diciembre pasado, aceptando la tregua propuesta por el Ministerio de Trabajo (De Riz, 2000: 58), el diagnóstico fuísta cayó definitivamente en el anacronismo. Para entonces, la dirigencia estudiantil no pudo hacer otra cosa que criticar el “bochornoso levantamiento del plan de lucha”.⁸

La sanción el 21 de abril de 1967 de la “Ley Orgánica de las universidades” empeoró las cosas. La Ley 17.245 contenía ciento veintiséis artículos que regulaban detalladamente la vida académica. Si bien se establecía la autonomía académica, el artículo 71 la limitaba (Mignone, 1998: 48 y ss.). En relación al gobierno universitario, lo restringía a las cúpulas académicas. La nueva legislación admitía asimismo la existencia de centros estudiantiles sólo con fines recreativos. Por otro lado, obligaba a tomar exámenes de ingreso. Los artículos finales otorgaban un plazo de 120 días para adecuar los estatutos universitarios.

En ese contexto de avance de la dictadura y de inmovilismo social, la militancia de izquierda entró en un clima de reflexión. A mediados de 1967 el informe preparatorio de la Convención Nacional de Centros convocada por la FUA expresaba una crítica de las acciones de tipo “putchistas” desarrolladas tras el golpe: “Se impulsaron en algunos centros hechos políticos que se desligaron de la necesaria construcción del proceso estudiantil masivo que junto a la clase obrera y el pueblo, y sólo así, podrá hacer variar radicalmente la situación”.⁹ Frente a la desilusión reinante, se produjeron escisiones que derivaron en nuevas formaciones políticas. Algunas habían surgido poco antes, aunque se terminaron de amoldar en ese interín, como los pro peronistas del FEN (Frente de Estudiantes Nacionales) (Reta, 2010) otras no se originaron como corolario de la discusión universitaria, pese a lo cual fueron influidas por esta atmósfera: la escisión del Partido Revolucionario de los Trabajadores lo ejemplifica (Mangiantini, 2015), mientras que la rup-

7. “Universidad. Un año perdido”, *Primera Plana*, 3 al 9 de enero de 1967, p. 24.

8. “FUA”, programa fechado en junio de 1967, p. 20.

9. “FUA”, Junta Ejecutiva, junio de 1967, p. 26.

tura del Partido Comunista que dominaba la FUA y era la fuerza más importante en la UBA, hecho que derivó más adelante en el PCR-FAUDI (Partido Comunista Revolucionario-Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda) que se quedó con el manejo de la federación, resultó directamente impactada por la derrota universitaria (Califa, 2015).

2. El retorno de la conflictividad social

Durante 1968 el movimiento obrero comenzó a recuperar protagonismo. El surgimiento de la CGT de los Argentinos (CGTA), liderada por el gráfico Raimundo Ongaro, marcó la ruptura de la *pax romana* en el mundo laboral (Romero, 1994: 328). La CGTA postulaba una mayor confrontación con la dictadura, desafiando tanto a la posteriormente llamada Nueva Corriente de Opinión (Construcción, Luz y Fuerza, vitivinícolas, etc.), identificada con el participacionismo obscuro con el gobierno, como a la tibieza de la CGT mayoritaria “dialoguista” capitaneada por Vandor (Dawyd, 2011).¹⁰ La nueva central propició formas de participación gremial menos jerárquicas y una gran apertura a los estudiantes (Gordillo, 2007: 345 y ss.).

La prensa de la CGTA hace observable los vínculos con los universitarios. En su primer número a comienzos de mayo de 1968 les decía: “Queremos verlos junto a nosotros [...] La CGT de los argentinos no les ofrece halagos ni complacencias, les ofrece una militancia concreta junto a sus hermanos trabajadores”.¹¹ El cuarto número afirmaría: “La destrucción de la universidad, el éxodo de los profesores, el cierre de las aulas para los sectores más humildes, no hubieran sido posibles si un movimiento estudiantil organizado hubiera tenido el apoyo de un movimiento obrero organizado”.¹² Ese entrelazamiento que buscó le valió el apodo peyorativo de “CGT de los estudiantes” por parte de la central sindical rival.

Las agrupaciones estudiantiles peronistas, todas marginales a

10. Coincido con la caracterización de Alejandro Schneider: “En materia de proyectos, la entidad liderada por Ongaro se planteaba como objetivos el derrocamiento del gobierno militar, junto con una serie de medidas que determinados analistas han estimado como de transición al socialismo. En realidad, se acercaba más a las propuestas sostenidas por los sectores combativos del peronismo. En ese sentido, sus postulados no fueron más allá de una simple reafirmación de los programas sindicales dictados por los plenarios gremiales de La Falda (1957) y Huerta Grande (1962), teñidos con experiencias religiosas y citas evangélicas” (Schneider, 2005: 291).

11. “1° de mayo: mensaje a los trabajadores y al pueblo argentino”, *CGT. Órgano Oficial de la Confederación General de Trabajo*, 1 de mayo de 1968, año 1, n° 1, p. 1.

12. “Las calles son del pueblo”, *CGT. Órgano Oficial de la Confederación General de Trabajo*, 23 de mayo de 1968, año 1, n° 4, p. 1.

excepción del FEN, resultaron las más beneficiadas por esta relación sindical.¹³ Estos grupos, a diferencia de la izquierda no peronista, conseguirían una presencia más orgánica en la nueva central. Los militantes de la TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista), brazo estudiantil del trotskista Política Obrera, aclaraban que “las comisiones obrero-estudiantiles que creó la CGT sólo sirven para que los caudillitos del FA las instrumenten a favor del frente burgués”, esto es, el frente que conducía el FEN en Filosofía y Letras.¹⁴ Frente a este tipo de acusaciones, que eran lugar común entre la izquierda ajena al peronismo, dicha organización se defendía:

Así, ARFYL, UAP, MR8, TERS, etc. [grupos de izquierda no peronista en Filosofía y Letras] no llaman a la CGT ‘de los argentinos’ por temor a ser confundidos con agentes de la burocracia sindical e hibridan su apoyo, y más que su apoyo (lo definitorio para el movimiento estudiantil), retacean la acción unida de los estudiantes de Filosofía y Letras contra los trabajadores argentinos, por la falta de ortodoxia revolucionaria de la actual dirección revolucionaria de la CGT de los argentinos.¹⁵

Otro grupo trotskista, el brazo universitario del PRT “La Verdad”, señalaba en un volante que el 3 de junio una concentración de 50 personas de diversos grupos de izquierda, entre los que se encontraba la mayoritaria dirección de la FUA, quiso hacerse escuchar en las puertas de la CGTA.¹⁶ Pero lo que recibieron fueron saludos provocadores de los

13. Una declaración firmada por grupos peronistas de todo el país mostraba el apoyo en la UBA de FANDEP, MND (Derecho), CEA (Derecho), LAN (Filosofía y Letras), ALUL (Filosofía y Letras y Ciencias Exactas y Naturales), UNEFYL (Filosofía y Letras), FEN, FA (Filosofía y Letras), EA (Filosofía y Letras), MHR (Filosofía y Letras), FAN (Filosofía y Letras), Liga Humanista (Ciencias Exactas y Naturales, Ingeniería y Ciencias Económicas, adheridas a UNE), CAENI (Ingeniería), TUPAU (Arquitectura), MUN (Arquitectura), RR (Ciencias Económicas), ARCE (Ciencias Económicas), MUN (Ciencias Económicas), VUMM (Ciencias Exactas y Naturales). “El Movimiento Estudiantil Nacional y popular y revolucionario frente a la intervención y la dictadura junto a la CGT de los Argentinos”, 11 de agosto de 1968, Rosario.

14. “Tendencia estudiantil revolucionaria. Un programa antidictatorial y antiimperialista para el movimiento estudiantil”, junio de 1968, p. 7 (Archivo del Centro de Estudios Nacionales, Biblioteca Nacional, caja 18).

15. “La trayectoria y la auténtica política del frente antimperialista”, FA, junio de 1968, p. 2 (Archivo del Centro de Estudios Nacionales, Biblioteca Nacional, caja 18).

16. “Idilio prestado: Ongaro rechazó los amores de la FUA, UPE de Farmacia y TERS”, firmado por UAP (Filosofía y Letras), FELNA FAA (Ciencias Exactas y Naturales), ARE Avanzada (Ciencias Económicas y Derecho) (Archivo del Centro de Estudios Nacionales, Biblioteca Nacional, caja 18).

militantes del FEN, que a diferencia de estos otros entraban sin problemas. Si bien es cierto que la central sindical brindó un recibimiento generoso a los estudiantes que viraban hacia el peronismo, lo cual pude ratificar leyendo su prensa, esa misma fuente hace observable que no por ello perdió de vista el arco estudiantil más amplio expresado en la militancia identificada con la Reforma de 1918. El avance de la conflictividad social, como se verá, haría más necesaria la alianza con las tendencias de izquierda no peronistas, con más incidencia en el conjunto del alumnado.

En paralelo, la UBA comenzaba a registrar cambios. En febrero de 1968 Raúl Devoto fue designado nuevo rector interventor. Se trataba de un médico hematólogo que desde mediados del año anterior se encontraba al frente de la Universidad Nacional del Nordeste. Su designación respondía a los anhelos de modernización que se trazaba el Ejecutivo, en tanto su antecesor era juzgado inútil para esa tarea (Mendonça, 2014: 37 y ss.). El 1 de abril de 1968 su gestión, en consonancia con la ley universitaria vigente, aprobó el nuevo estatuto de la UBA. En lo relativo a la organización universitaria preveía la estructura tradicional compuesta por asamblea universitaria, consejo superior, rector, decanos de facultades y consejos académicos, sin voto estudiantil.

Entre mayo y junio de 1968 la conflictividad universitaria se intensificó. El 9 de mayo se produjeron manifestaciones relámpago en Buenos Aires tras una frustrada entrevista con Devoto, en la que los jóvenes opositores criticaron las normas de promoción y regularidad.¹⁷ Una semana más tarde las protestas se trasladaron a Filosofía y Letras, Arquitectura y Económicas.¹⁸ Todas resultaron fuertemente reprimidas, siendo detenido el presidente de la FUA, Jacobo Tieffemberg, del FAUDI. Su encarcelamiento motivó el pedido de la CGTA por su liberación y su propuesta de que, de ahora en adelante, en cada actividad estudiantil hubiera una delegación de apoyo obrera y viceversa.¹⁹

Esa unidad de acción se concretaría a fines de junio. Ya a mediados del mes la FUA había conmemorado con una huelga, apoyado por esta central, el cincuentenario de la Reforma Universitaria. La jornada de protesta había concluido con 70 apresados, casi la mitad detenidos en la Capital Federal.²⁰ Tres días después, la CGTA les ofreció la oportunidad de manifestarse mancomunadamente ante el segundo aniversario del golpe. A las consignas laborales con las que se convocó al acto en

17. BDB, sección mayo de 1968, p. 3.

18. BDB, sección mayo de 1968, p. 4 y ss.

19. "Junio: movilización popular", *CGT. Órgano Oficial de la Confederación General de Trabajo*, 6 de junio de 1968, año 1, n° 6, pp. 1 y 3.

20. BDB, sección junio de 1968, p. 9.

Plaza Once se agregó un enérgico repudio a la represión estudiantil. La FUA adhirió al mismo sumando los reclamos contra los estatutos, la ley universitaria, los aranceles y la política limitacionista. Sin embargo, los militantes del FAUDI no dejaban de criticar a Ongaro porque “cerraba el camino a la alternativa revolucionaria” y por sus vaivenes en tanto primero “boicoteó el paro universitario del día 14 para finalmente respaldarlo”.²¹

El 28 de junio se sucedieron actos relámpago con fuerte presencia estudiantil, peronista y de izquierda. El gobierno desplegó 4.000 miembros de los aparatos represivos. Los incidentes se repitieron a lo largo de la jornada mostrando una inusual unidad obrero estudiantil. Así, por ejemplo, en la esquina de Independencia y Rioja cerca de las 8 de la noche, estudiantes de Filosofía y Letras, Ciencias Económicas y FEN, se concentraron junto a trabajadores de la Unión Ferroviaria, chocando con la policía. En paralelo, una columna de trabajadores y estudiantes avanzó desde el Mercado de Abasto, siendo reprimida en Plaza Once.²²

A pesar del embate opositor, el Ejecutivo evitó lo que se vivía en países como Francia, México y Uruguay. Pero sería erróneo colegir de ello un retorno a la apatía política. La tranquilidad que la dictadura se encargó de transmitir era engañosa (Potash, 1994: 65). Incluso en Buenos Aires, donde la calma era mayor que en otras ciudades, tuvieron lugar protestas durante lo que restaba de 1968 que no avalaban tal optimismo. Esta situación hizo que un cronista de *Primera Plana* se burlara de la paz que el ministro del Interior Guillermo Borda advertía en la Argentina frente a los disturbios estudiantiles mundiales: “Acaso lo único que el país desconocía era su sentido del humor, su capacidad irónica”.²³

En mayo de 1969 el optimismo oficial se derrumbó. Corrientes y Chaco a mediados de ese mes, unos días después Rosario y finalmente Córdoba mostraron una potente movilización obrero-estudiantil (Millán, 2013). Una crónica periodística señalaba que esta alianza entre gremialistas y estudiantes era primicia mundial.²⁴ Si bien las marchas se iniciaron por demandas puntuales (la suba de los precios del comedor universitario en Corrientes o las peticiones por la reposición del sábado inglés en Córdoba, por ejemplo), rápidamente se impuso el cuestionamiento al dominio de la dictadura. ¿Qué pasó en la Capital Federal?

Al día siguiente del asesinato en Corrientes por parte de la policía

21. “Informe del Comité Nacional”, Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, p. 4 y ss.

22. BDB, sección junio de 1968, p. 19 y ss.

23. “Universidad: el grito en la noche”, *Primera Plana*, 18 al 24 de junio de 1968, p. 13.

24. “Estudiantes. La revuelta que supimos conseguir”, *Confirmado*, 29 de mayo al 5 de abril de 1969, pp. 22-23.

del estudiante Juan José Cabral, el 15 de mayo de 1969, en la UBA se registraron fuertes turbulencias. En Económicas tuvo lugar una concentración en el patio de la facultad en repudio al hecho. En Derecho se produjeron forcejeos y golpes entre un alumno y un docente que sostenía que Cabral “bien muerto estaba por comunista”. Los mayores altercados se dieron en Filosofía y Letras en la noche del 16 de mayo cuando un tumulto estudiantil en su entrada resultó dispersado por la policía con gases, deteniendo a trece alumnos.²⁵

El 21 de mayo, tras días de incidentes, tuvo lugar el paro nacional convocado por la FUA. En la UBA el acatamiento fue parcial. En Farmacia y Bioquímica se generaron desórdenes. En Ciencias Exactas y Naturales los fuístas ocuparon sus instalaciones, siendo violentamente desalojados por la policía.²⁶ En todos los casos, la vigorosa presencia policial abortó las protestas. El 23 de mayo se produjo un paro nacional decretado por ambas CGT. En esa jornada tuvieron lugar numerosos incidentes entre la policía y los estudiantes en el centro porteño que pusieron en evidencia la intensa conflictividad social imperante. Los 71 universitarios apresados que arrojó la jornada así lo testimoniaban.²⁷

Sin embargo, en los días posteriores una tensa calma invadió Buenos Aires. El movimiento laboral local, que había insinuado romper con su parálisis, finalmente se mantuvo impertérrito. Del mismo modo decayó la protesta estudiantil. En desmedro, el foco de la conflictividad se consolidaba en el centro del país. De Rosario se había trasladado a Córdoba, donde obreros y estudiantes protagonizaron a partir del 29 de mayo uno de los mayores levantamientos urbanos de la Argentina. Mientras tanto en la Capital Federal, durante esa jornada, la FUA organizó una marcha frente a la fábrica Alpargatas, siendo los pocos asistentes disueltos por la policía.²⁸ A la tarde, el fuerte operativo de esta fuerza disuadió a la CGTA de realizar el acto programado en Plaza Once.

A mediados de junio de 1969 Onganía aceptó la renuncia de su gabinete. Sus reemplazantes fueron encabezados por el general Francisco Imaz, hasta entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Al frente de la secretaría de Educación y Cultura fue designado el rector de la Universidad Nacional de Cuyo, Dardo Pérez Guilhou. Esta casa de estudios, que había pasado sin sobresaltos el temporal universitario, era la única que había avanzado en las disposiciones que fijaba la ley universitaria de cara a la “normalización”. Se esperaba del ministro que

25. BDB, sección mayo de 1969, p. 15 y ss.

26. Esta información de acuerdo a “Universidad: hora de violencia”, *Panorama*, 27 de mayo al 2 de junio de 1969, pp. 11-17.

27. BDB, sección mayo de 1969, p. 64 y ss.

28. BDB, sección mayo de 1969, p. 79.

iniciara un diálogo con los universitarios opositores, permitiendo al gobierno frenar la ascendente influencia que ejercían los más belicosos.²⁹

A fines de junio de 1969, en vísperas de la llegada de Nelson Rockefeller, magnate y gobernador de Nueva York, las protestas se reanudaron. La oposición veía su visita como una provocación gubernamental que se sobreimprimía al clima de beligerancia existente.³⁰ El Partido Comunista pergeñó un atentado que voló por los aires catorce supermercados Minimax, propiedad de la familia Rockefeller (Gilbert, 1994: 268). Por su parte, la militancia juvenil de la UBA, con epicentros en Filosofía y Letras y Económicas, viviría una semana ajetreada.

Los incidentes alcanzaron su cenit el viernes 27 de junio, fecha en que la CGTA había dispuesto un nuevo paro general. El acto principal en Plaza Once fue dispersado por una cruenta represión. Víctima de esta, caería asesinado el militante de izquierda y ex secretario general del gremio de prensa Emilio Jáuregui. Según *Primera Plana*, “sólo hubo universitarios”.³¹ Más allá de la exageración, el protagonismo estudiantil era evidente. El 30 de junio, horas después del asesinato del líder de la CGT, Vandor, los principales sindicatos de la CGTA fueron intervenidos, siendo Ongaro encarcelado. Frente a este panorama, la FUA no podía hacer otra cosa que depositar sus esperanzas en la “unidad por abajo” con el movimiento obrero.³² Pero, ¿tenía futuro? ¿Podrían estos universitarios pasar por encima de la dirigencia sindical? ¿La base obrera estaba esperándolos?

3. De los dichos a los hechos en los primeros 70: la muralla sindical

La militancia universitaria porteña tendió a acompañar el ascenso obrero concediéndole un lugar cada vez más destacado en su propaganda. A pesar de ello, la unidad en la lucha fue atípica en Buenos Aires. No es extraño que el FAUDI, al frente de la FUA, señalara que la vinculación con el movimiento obrero se podía ver en “el Cordobazo y el Rosario, en Pedriel y en Chocón”, pero no podía dar un ejemplo similar para la

29. “Universidad. La hora de la sensatez”, *Confirmado*, 19 al 25 de junio de 1969, p. 21.

30. Natalia Vega (2011) estudió las protestas que desató el arribo de Rockefeller a la Argentina, enfocándose en lo sucedido en la ciudad de Santa Fe, mientras que Gregorio Selser (1971) mostró las confrontaciones que su visita provocó en Latinoamérica.

31. “Las variaciones del tiempo borrascoso”, *Primera Plana*, 1 al 7 de julio de 1969, p. 12.

32. “Noveno Congreso de FUA. Resoluciones”, FUA, diciembre de 1969 (Archivo del CEN, caja 19).

Capital Federal y sus alrededores.³³ Una “Carta abierta de la Junta Ejecutiva de la F.U.A. a la CGT de los Argentinos” le recriminaria a la CGTA que “lamentablemente, mientras en el Chocón obreros y estudiantes enfrentaban unidos a la dictadura y la policía estrechando en la *práctica* los lazos de combate, en la reunión de Paraná se impide la entrada a la Federación Universitaria Argentina”.³⁴ Tras acusar al reformismo de Ongaro y los suyos, propiciaban la conformación de una Mesa de Lucha integrada por los sectores combativos del movimiento obrero, el movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y el movimiento estudiantil. Proponían, en conmemoración del Cordobazo, coordinar un paro de 36 horas y una jornada antidictatorial y antiparticipacionista para el 29 de mayo.

No obstante, estos regaños y propuestas en Buenos Aires quedarían en un segundo plano dado el languidecimiento de la CGTA. En cambio, sus rivales de la CGT habían conseguido abroquelar, en alianza con la dictadura, al sindicalismo reacio a la izquierda, dejando de lado sus diferencias y enfatizando su identidad peronista y su verticalismo respecto al propio Perón (Pozzi y Schneider, 2000: 61). Incluso, contaron con el aporte de dirigentes de la CGT rebelde que, acordando con los deseos de Perón, retornaron al núcleo madre (Anzorena, 1998: 46). Esta unidad se había concretado con la realización de su congreso normalizador, paradójicamente a un año del Cordobazo, el día que la FUA había propuesto una acción de lucha al movimiento obrero.

Daniel James ha señalado que la “rebelión de las bases” de comienzos de la década de 1970 fue un producto del interior del país (1999: 302). Alejandro Schneider lo ha criticado por soslayar la presencia de nuevos cuerpos de delegados y comisiones internas en el área metropolitana (2005: 314). Un estudio de caso de lo acaecido en la fábrica Peugeot de Berazategui, por ejemplo, muestra la aparición de una renovada dirigencia obrera que atacó la burocracia y en ese proceso de lucha se ligó al activismo universitario (Carrera, 2010: 81). Seguramente nuevos estudios de caso podrían constatar más extensamente este fenómeno. Sin embargo, la inexistencia en la región metropolitana de una movilización de masas callejera emergente de las fábricas como en otras partes del país, quizás por lo prematuro aquí de este proceso antiburocrático, no creó condiciones propicias para un acercamiento más orgánico con los estudiantes.

Entre las parciales excepciones a esta constante se encuentran los paros generales convocados por la CGT. El 9 de octubre de 1970 se

33. “Ante el Congreso Nacional de Estudiantes convocado por la FUA”, 5 de diciembre de 1970, p. 1.

34. *Ibidem*.

produjo una huelga contra la política económica vigente, provocándole una primera crisis al novel gobierno de Roberto Levingston. Ante ella, dado el respaldo de la militancia estudiantil de izquierda, el rector de la UBA resolvió el cese de actividades.³⁵ El 22 de octubre prosiguió el plan de lucha cegetista con un nuevo paro, esta vez desde las 14 horas. En esa jornada, se generaron incidentes en Tucumán, Santa Fe, La Plata y la Capital Federal. En la UBA, la suspensión de actividades fue total. Según *La Nación*:

Hubo algunos incidentes entre sectores antagónicos cuando un grupo de bancarios y estudiantes arribó al lugar y gritó "Unidad, unidad". Esa actitud originó una gresca con otros grupos que daba vítores a Perón. El incidente duró algunos minutos, pero la policía no intervino. Hubo algunos heridos y contusos, no identificados.³⁶

El diario daba cuenta de que los incidentes se iniciaron en las escalinatas de Ingeniería a las 15.15 horas, sita enfrente del local central de la CGT de la calle Azopardo donde debía realizarse el acto central. La crónica agregaba que el sector que se identificaba con tendencias de izquierda fue agredido a palos por columnas de los gremios de mecánicos y metalúrgicos. Pese a que la policía no intervino, sí lo hizo el resto de la jornada deteniendo a 253 trabajadores. En el discurso del acto central el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, exclamó: "Vayan sabiendo quienes están acostumbrados a usar la palabra unidad como un manto piadoso para esconder sus asquerosas intenciones, que estamos perfectamente en claro que este movimiento obrero es auténticamente nacional y se hará respetar en cualquier terreno".³⁷ Este acontecimiento era la contracara de las jornadas de unidad obrera-estudiantil de un año atrás.

En noviembre, una fuerte disputa salarial de los trabajadores no docentes universitarios ganaría protagonismo. En Buenos Aires, APU-BA (Asociación del Personal de la Universidad de Buenos Aires) llevaría adelante el conflicto que implicaba a unos 8.000 trabajadores, aunque también varios docentes auxiliares con reclamos propios. Sin demora, los centros se plegaron al paro. Así, por ejemplo, en Ciencias Exactas y Naturales unos 100 estudiantes se congregaron el día 2 de ese mes frente al pabellón I de la Ciudad Universitaria, marchando desde allí a la

35. BDB, sección octubre de 1970, p. 2.

36. "El anunciado cese de tareas se realizó ayer", en *La Nación*, 23 de octubre de 1970, p. 6.

37. Idem, p. 10.

sede céntrica de la facultad al canto de “Obreros y estudiantes, unidos y adelante”.³⁸ Al día siguiente se reunieron los presidentes de los centros de Medicina, Arquitectura y Urbanismo, Química, Derecho e Ingeniería Tecnológica (UTN), declarando en estado de alerta al estudiantado porteño ante el cierre universitario. Además, expresaron su solidaridad con los trabajadores y resolvieron concentrarse frente a Medicina.³⁹

En los días siguientes la conflictividad ascendió, empalmando el 12 y 13 de noviembre con el paro cegetista de 36 horas. Sin embargo, a mediados de mes, cuando parecía que la lucha iba a dar un nuevo salto, se frenó. Según *Primera Plana*: “Los no docentes percibirán 12.000 pesos a cuenta hasta el 21 de diciembre y entonces serán escalafonados: se les pagarán los veinte días de huelga. Los docentes auxiliares recuperarán el índice 805 de Estatuto del Docente”.⁴⁰ Entre otras cuestiones, a la dirigencia sindical le preocupaba que el conflicto se convirtiera en una lucha que sobrepasara las reivindicaciones económicas con que había sido convocado.⁴¹ Los grupos de izquierda estudiantil que los apoyaban, razonaban los sindicalistas, podían conducirlos a una disputa política más de fondo con la dictadura. Una fugaz reactivación del conflicto durante 1971 convirtió estos resquemores en enfrentamientos físicos. Los mismos tuvieron lugar el 4 de marzo cuando la asamblea de APUBA desarrollada en el salón de actos de Derecho levantó el paro dispuesto tres días antes. Un grupo de estudiantes, descontentos, mocionó por continuarlo frente a lo cual los dirigentes sindicales fueron a desalojarlos, produciéndose una trifulca.⁴² Otra vez, en una escala menor, los hechos daban cuenta de la falta de aliados sindicales del movimiento estudiantil radicalizado.

Esas agrias experiencias para la militancia estudiantil de la UBA enterraron definitivamente los anhelos de una lucha común en gran escala con el movimiento obrero local, como sucedió en otras ciudades del país. Si bien entre los grupos estudiantiles nunca se dejó de insistir en la centralidad de las luchas obreras, bajo el gobierno de Alejandro Lanusse, tercer mandatario de la declinante “Revolución Argentina”, no hubo ocasiones locales para movilizar masivamente a los universitarios

38. BDB, sección noviembre de 1970, p. 2.

39. BDB, sección noviembre de 1970, p. 3 y “Universidad. Todos contra todos”, *Primera Plana*, 10 de noviembre de 1970, p. 17.

40. “Universidad. La comezón de fin de curso”, *Primera Plana*, 17 de noviembre de 1970, p. 20.

41. “Universidad. A puertas cerradas un diálogo imposible”, *Panorama*, 17 al 23 de noviembre, p. 17.

42. BDB, sección marzo de 1971, p. 8.

junto a los trabajadores.⁴³ La inflación del 58,5% de 1972, con la consiguiente caída del poder adquisitivo que produjo (Cordone, 1999: 65), no fue un aliciente para la movilización popular a gran escala en la región metropolitana. La política, expectante por la salida electoral de la dictadura que se abría, primó sobre la economía. Marcelo Cavarozzi (2002: 42) ha señalado que entre 1971 y 1973 se debilitó así la autonomía de las contestaciones celulares de carácter antiautoritario. Esta aseveración general pinta una imagen precisa a la hora de observar lo sucedido en Buenos Aires con las luchas obreras independientes de la burocracia cuya continuidad fue cada vez más tortuosa. No obstante, no debe llevar a pensar que en la Universidad advino la calma. Por el contrario, en estos años los universitarios porteños, al igual que sus pares del resto del país, se encontraron entre las mayores preocupaciones del gobierno. Los reclamos corporativos tendieron a ganar centralidad en sus filas, convirtiéndose en un verdadero tembladeral para la dictadura. De entre todas las reivindicaciones, la que más impactó y unificó el accionar estudiantil fue la relativa al ingreso universitario, que como un corolario de las luchas logró ampliarse (en Buenos Aires estas luchas han sido analizadas por Seia, 2014). Fueron los comunistas quienes mejor pudieron capitalizar este clima de contestación, recuperando protagonismo tras su escisión partidaria.⁴⁴ En cambio el FAUDI, desgajado de ese partido, al igual que los peronistas del FEN, los más fuertes entre esa corriente, perdieron peso entre los estudiantes.

Conclusiones

El 28 de junio de 1972 se adoptaron medidas especiales para impedir

43. Natalia Duval (2013: 45) narra los siguientes hitos en el acercamiento de la CGT al gobierno en paralelo que se desarrollaba una férrea persecución a los gremialistas opositores: designación del Ministro de Trabajo Rubén San Sebastián sugerido por su cúpula sindical, anulación de causas judiciales que pesaban sobre sus líderes, nuevos fondos gremiales a partir de descuentos compulsivos a los trabajadores y reglamentación de la Ley de Obras Sociales por la cual estos sindicalistas pasaron a manejar sumas millonarias.

44. A fines de 1970 un documento de la Federación Juvenil Comunista expresaba nitidamente esta política: "El camino de la lucha actual en las universidades, a partir de la acción reivindicativa inmediata, es la brega por establecer de hecho, consolidar y ampliar la aplicación y adecuación de los postulados de la Reforma Universitaria mediante la acción unitaria de los estudiantes, graduados y docentes, derrotando a la política de la dictadura y vinculando este accionar al de todo el pueblo por su derrocamiento, la instauración de un gobierno verdaderamente democrático y popular y contribuir así a la lucha por cambios profundos en la realidad universitaria y económica-social del país", *Hacia el IX Congreso de la Federación Juvenil Comunista* (Archivo PCA).

los actos programados por las Juventudes Políticas, una coalición donde sobresalían peronistas, radicales y comunistas. El centro del conflicto estaba en Buenos Aires, donde se temía un “porteñazo”. Unos 3.000 efectivos de la Policía Federal rodearon 272 manzanas. La UBA decretó asueto para evitar concentraciones. Al atardecer una columna ingresó a Plaza de Mayo bajo el lema “Unamos nuestras manos por el argentino”. Le siguieron varios intentos de movilización en las cercanías. Una manifestación de aproximadamente 2.000 estudiantes en el barrio de San Telmo levantó barricadas y chocó con la policía, que arrojó gases y detuvo a 150 de ellos. Poco después esta fuerza ingresó a la Facultad de Medicina, donde secuestró una bomba molotov y propaganda “terrorista”. La jornada finalizó con 262 presos.⁴⁵

La protesta marcó el ocaso de la movilización más radical del período. En relación a la cuestión de la unidad obrero-estudiantil, se podría pensar que concluyó la dictadura tal cual se inició: los estudiantes y los trabajadores deambulando senderos diferentes. Como se mostró en el artículo, el gobierno de Lanusse no encontró en la Capital Federal una fuerza social de composición obrero-estudiantil desafiante al igual que en otras ciudades de la Argentina. El “porteñazo” nunca llegó.

Sin embargo, sería erróneo colegir de ello que durante la “Revolución Argentina” nada varió en Buenos Aires. Como se vio, entre los grupos estudiantiles opositores a la dictadura la cuestión obrera se consolidó como un problema central. Por otro lado, las experiencias sindicales que se desarrollaron por fuera del tronco de la CGT tendieron a otorgarles igual centralidad a los jóvenes universitarios. Así, la CGTA llegó a reconocer sin ambages en su prensa que el sindicalismo se había equivocado al darle la espalda a los universitarios. Para los dirigentes de esta central, el movimiento estudiantil constituía un aliado fundamental.

¿Por qué esta unidad no prosperó? Como es sabido, arrancado 1970 la CGTA pasó al ostracismo. Fue entonces cuando aparecieron otras experiencias de lucha obrera, más a su izquierda, que se suelen identificar con el clasismo. Una de las más célebres al respecto fue el Sitrac-Sitram cordobés. Estas experiencias, empero, no tuvieron en principio el mismo peso en Buenos Aires y sus alrededores. Habría que esperar a mediados de la década para que surjan las coordinadoras interfabriles que mostraron una maduración de esta corriente obrera en la región metropolitana. Mientras tanto la vieja dirigencia sindical peronista pudo hacer gala aquí de un mayor arraigo. Incluso posteriormente la tendencia del peronismo universitario –en tanto fenómeno de masas, un producto de la coyuntura de 1973, por el hecho de compartir una misma identidad

45. BDB, sección junio de 1972, pp. 24-25 y “Agitación. Los fuegos fatuos”, *Confirmado*, 4 al 10 de julio de 1972, pp. 20-21.

política general con muchos sindicalistas- no encontraría más factible esa unidad, sino todo lo contrario.

En ese sentido, en este artículo se han puesto en entredicho los discursos académicos y políticos que tienden a pensar la falta de unidad obrero-estudiantil como un déficit de los segundos frente a los primeros, derivado de sus concepciones políticas ajenas al peronismo. El trabajo empírico demuestra la endeblez de este tipo de aseveraciones. Si la unidad entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil no fue posible, su causa es necesario buscarla más en el primero que en el segundo sujeto. La dirigencia sindical peronista dominante, una vez dejada atrás la breve experiencia de la CGTA en Buenos Aires, pese a los diferentes grupos que componían al estudiantado, repudió esta unidad dada su orientación política radicalizada general, vivida como una amenaza.

En definitiva, la respuesta al interrogante acerca del desarrollo efectivo de la unidad obrero-estudiantil no puede realizarse en abstracto, por fuera del conocimiento básico del período indagado. En ese sentido, aquí se realizaron dos señalamientos metodológicos: en primer lugar, la centralidad puesta en los enfrentamientos sociales, para observar, más allá de los anhelos expresados en los discursos sociales, cómo se desarrolló la relación entre ambos sujetos. En segundo lugar, mostrar que tal indagación no es suficiente sin atender al mismo tiempo las orientaciones políticas que en cada momento primaban entre tal o cual sujeto. Así, el movimiento estudiantil porteño al atravesar los últimos años de la “Revolución Argentina” no encontró ni en el contexto general ni entre la dirección sindical un aliciente hacia la unidad, sino todo lo contrario. En este clima, si bien ninguna de las agrupaciones dejó de plantear la cuestión obrera como crucial en la lucha contra la dictadura, advirtió que frente al panorama reinante resultaba más fructífero, y casi la única opción efectiva, desarrollar las luchas reivindicativas universitarias al punto de conquistar una movilización que se constituyera en un desafío al gobierno. En esa estrategia se impuso el Partido Comunista, arrasando por ejemplo en las elecciones de centros estudiantiles de la UBA a fines de 1972, en desmedro de otros grupos portadores de un lenguaje más radicalizado.

Sin duda que estas dos premisas de trabajo, en base a la cuales se avanzó en el conocimiento de la problemática de la unidad obrero-estudiantil, pueden ser revisitadas con una profundidad empírica mayor y, asimismo, es plausible sumar otros criterios de observación. Este aporte ha consistido en ofrecer un conocimiento básico de la cuestión que permita apartarse de discursos que confunden más de lo que clarifican, en pos de alcanzar un conocimiento acabado de la cuestión.

Bibliografía

- Anzorena, Oscar (1998), *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires: Colihue.
- Barletta, Ana (2002), “Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6. Quilmes: UNQ, pp. 275-286.
- Califa, Juan (2014a), *Reforma y revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA, 1943-1966*, Buenos Aires: Eudeba.
- (2014b), “Hacia la unidad obrera estudiantil y el socialismo. El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires frente a la clase obrera, 1955-1966”, en Mariano Millán (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del 83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 49-75.
- (2015), “Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años sesenta. Una escisión con marca universitaria”, *Revista Izquierdas*, n° 24, julio, Santiago de Chile: USACH, pp. 173-204.
- Carrera, Pablo (2010), *La lucha obrera durante la “Revolución Argentina”. Un estudio de caso: Fábrica Peugeot (1966-1973)*, Temperley: Flor de Ceibo.
- Cavarozzi, Marcelo (2002), *Autoritarismo y democracia*, Buenos Aires: Eudeba.
- Cordone, Héctor (1999), “Consideraciones acerca de la evolución de las relaciones laborales en la historia argentina reciente (1955-1983)”, en Arturo Fernández y Raúl Bissio (comps.), *Política y relaciones laborales en la transición democrática argentina*, Buenos Aires: Lumen, pp. 27-90.
- Dawyd, Darío (2011), *Sindicatos y política. El Peronismo entre la CGT de los Argentinos y la reorganización sindical (1968-1970)*, Buenos Aires: Pueblo Heredero.
- De Riz, Liliana (2000), *La política en suspenso 1966-1976*, Buenos Aires: Paidós.
- Díaz de Guijarro, Eduardo, Beatriz Baña, Carlos Borches y Raúl Carnota (2015), *Historia de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Duval, Natalia (2013), *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-1971)*, Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Ferrero, Roberto (2009), *Historia crítica del movimiento estudiantil de Córdoba*, vol. III: 1955-1973, Córdoba: Alción.
- Gilbert, Isidoro (1994), *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*, Buenos Aires: Planeta.
- Gordillo, Mónica (2007), “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1976”, en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, vol. IX, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 329-380.
- Graciarena, Jorge (1971), “Clases medias y movimiento estudiantil. El Re-

- formismo Argentino: 1918-1966”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 3, n° 1, enero-marzo, México DF: Instituto de Investigaciones Sociológicas UNAM, pp. 61-100.
- James, Daniel (1999), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Mangiantini, Martín (2015), “PRT-La Verdad y el movimiento estudiantil argentino. Hacia un análisis de las estrategias de inserción y de las tensiones existentes (1968-1972)”, *Revista Izquierdas*, n° 23, abril, Santiago de Chile: USACH, pp. 81-101.
- Mendonça, Mariana (2014), “Los (frustrados) intentos de modernización de la Universidad de Buenos Aires desde su creación hasta el rectorado de Devoto (1821-1968)”, en Mariano Millán (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del 83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 13-47.
- Mignone, Emilio (1998), *Política y universidad. El Estado legislador*, Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Millán, Mariano (2013), *Entre la universidad y la política: los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina”*, Buenos Aires: tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Morero, Sergio, Ariel Eidelman y Guido Lichtman (1996), *La Noche de los Bastones Largos 30 años después*, Buenos Aires: Documentos Página 12.
- O’Donnel, Guillermo (2009), *El Estado burocrático autoritario, 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires: Prometeo.
- Portantiero, Juan Carlos (1973), “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en Oscar Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, pp. 73-117.
- Potash, Robert (1994), *El ejército y la política en la Argentina, 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Reta, Alejandra (2010), *El proceso de peronización dentro del movimiento universitario en los años sesenta en Argentina. El caso de Frente Estudiantil Nacional*, Buenos Aires: tesis de maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Romero, Luis (1994), *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Seia, Guadalupe (2014), “La lucha del movimiento estudiantil por el ingreso directo: una aproximación al caso de la Universidad de Buenos Aires entre 1969 y 1973”, en Mariano Millán (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del 83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 77-107.

Selser, Gregorio (1971), *Los cuatro viajes de Cristóbal Rockefeller*, Buenos Aires: Hernández.

– (1986), *El onganiato, la espada y el hisopo*, Buenos Aires: Hyspamérica.

Vega, Natalia (2011), “Malvenido Mister Rockefeller. Acciones de protesta en 1969”, *Rojo y Negro*, año 2, n° 2, Santa Fe: Centro de Documentación y Estudios Sociales, pp. 4-11.

Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.

Terán, Ocar (2013), *Nuestros años sesenta: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

* * *

Título: “Workers and students. States and forth?” Students of the University of Buenos Aires against the labor movement under the “Revolución Argentina”, 1966-1976

Resumen: En este artículo se explora la relación entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil durante una etapa decisiva del auge de la conflictividad política como lo fueron las décadas de 1960 y 1970 en la Argentina. Más concretamente, se atenderá a esta relación en la ciudad de Buenos Aires, poniendo el foco en la militancia estudiantil de la Universidad de Buenos Aires durante el autoproclamado gobierno de la “Revolución Argentina”. La perspectiva teórica elegida privilegia la observación de los enfrentamientos sociales en que ambos sujetos confluyeron. El texto se basa en diversas fuentes primarias y secundarias.

Palabras clave: movimiento estudiantil – movimiento obrero – Buenos Aires – “Revolución Argentina”

Abstract: This article explores the relationship between the labor movement and the student movement during a critical stage the rise of political conflicts as were the 1960s and 1970s in Argentina. More specifically, it will serve this relationship in the city of Buenos Aires, putting the focus on student activism at the University of Buenos Aires during the government of the self-proclaimed “Revolución Argentina”. The theoretical perspective chosen privileges the observation of social confrontations in both subjects. The text is based on various primary and secondary sources.

Keywords: student movement – the labor movement – Buenos Aires – “Revolución Argentina”

Recepción: 15 de febrero de 2016. **Aprobación:** 15 de marzo de 2016

ENTREVISTA

“Hay un fuerte ascenso de la historia de los trabajadores en los países del sur del mundo”

Diálogo con Marcel van der Linden sobre historiografía y política.

Lucas Poy

UBA - Conicet

Marcel van der Linden es investigador del Instituto Internacional de Historia Social (IISG, por sus siglas en holandés), en Ámsterdam, y fue hasta el año pasado el director del área de investigación de esta reconocida institución, uno de los más importantes archivos y centros de estudio sobre la historia de los trabajadores a nivel mundial. Es el director del comité editor del *International Review of Social History*, editado por el IISG, y forma parte de comités académicos y asesores de numerosas publicaciones de historia del movimiento obrero y la izquierda en todo el mundo, entre ellas *Archivos*.

Ha publicado decenas de artículos y libros, como *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History* (2008), *Western Marxism and the Soviet Union. A Survey of Critical Theories and Debates since 1917* (2007) y *Transnational Labour History: Explorations* (2003). Este último es el único que fue publicado también en español (*Historia transnacional del trabajo*, Valencia, 2006), un idioma en el cual su producción es mucho menos accesible.

La entrevista fue realizada en el IISG el 3 de noviembre de 2015. En ella abordamos un recorrido por su trayectoria política y académica, un análisis de su propuesta de desarrollar una “historia global del trabajo” y una discusión sobre las perspectivas actuales de la historia de los trabajadores y la izquierda, en el marco de la crisis mundial y las luchas de los trabajadores. La transcripción en inglés fue revisada por Van der Linden y la publicamos como *Separata* de este número 8, que se puede leer en la página web de la revista *Archivos* (<http://www.archivosrevista.com.ar.ca1.toservers.com/contenido/numeros/>). La traducción al español es de Lucas Poy.

–Aunque naciste en Alemania, cerca de Hamburgo, en 1952, te criaste y te educaste en Holanda. ¿Qué recuerdos tenés de tus años en la escuela y en la universidad en el contexto de la Holanda de los años 60? ¿Cuáles dirías que fueron tus primeras influencias en términos académicos y políticos?

–Era un alumno muy de derecha en la escuela secundaria, muy a favor de la OTAN. Mi padre era muy de derecha. Me llevaba a manifestaciones y desfiles a favor de la OTAN, donde pasaban música militar de los ejércitos de distintos países. Había gente repartiendo volantes contra el armamentismo y contra la OTAN, y yo no los quería agarrar. Eso fue hasta los quince años, y a los dieciséis, de repente, tal vez fue la influencia del 68, me hice de izquierda, y empecé a militar en el partido Pacifista Socialista (*Pacifistisch Socialistische Partij*) que existía acá en esa época. Era una especie de partido socialista radical, principista, que tenía dos bancas en el Parlamento, era pequeño. A mi padre no le gustó nada. Eso fue cuando estaba en la escuela secundaria.

–O sea que militabas ahí cuando estabas en la universidad...

–No, para ese momento ya me había ido. Primero tendí hacia el anarquismo, y después en 1973 empecé a militar en un grupo que se llamaba Izquierda Proletaria, que en 1974 se convirtió en la sección oficial de la Cuarta Internacional mandelista. Milité ahí hasta 1982, o 1983. Llegué a ser incluso candidato a diputado, con unos cien votos...

–¿Y en el campo de la historia, cuáles dirías que fueron tus influencias en esa época? El público hispanohablante no está muy familiarizado con las particularidades de las tradiciones historiográficas holandesas...

–Tengo que aclarar que primero estudié astrofísica, y después me pasé a sociología, como para que se entienda el contexto. Estudié astrofísica durante dos años, de 1971 a 1973, y luego me pasé a sociología, porque era la ciencia de la revolución. Y solo cuando terminé esos estudios –y también estudié economía– comencé a estudiar historia, o sea que me convertí en historiador en forma tardía. Empecé a estudiar historia a fines de los años 70, y terminé mi doctorado en historia en 1989; antes nunca había tenido un título en esa disciplina. Mientras tanto trabajaba como profesor de economía en la escuela secundaria, y en 1983 entré a trabajar acá en el Instituto, como asistente del editor del *International Review of Social History*. O sea que escribí mi tesis de doctorado por las noches, no tenía mucho tiempo disponible, en esa época estaba activo políticamente. El doctorado lo hice en la Universidad de Ámsterdam, fue la primera vez que estudié acá, antes había estudiado en Utrecht. El título de la tesis era “El marxismo occidental y la Unión Soviética”, estaba en holandés: es una primera versión del libro que publiqué más tarde en inglés.

—*En el marco de los 70, estudiando sociología y después haciendo el doctorado en historia en los 80, ¿cuáles dirías que eran tus influencias?*

—Mi principal influencia no fue un historiador, sino Ernest Mandel. Él vivía en Bruselas y venía regularmente a Ámsterdam a dar cursos en el International Institute for Research and Education.¹ Era profesor en Bruselas pero la mayor parte del tiempo se lo pasaba viajando. A veces tenía charlas con él, pero más que nada me influenciaron sus escritos y su ejemplo. Otra persona que me influenció en este sentido fue Fritjof Tichelman, que trabajaba acá en el Instituto. También era miembro de la Cuarta Internacional. Estaba a cargo del departamento de Asia del IISG. Diría que mis maestros fueron más la gente que leí que la gente que me dio clases.

—*Y en el campo de la historia, ¿cuál pensás que eran las influencias en esa época para un trotskista holandés de treinta años?*

—Estábamos influidos por autores británicos, norteamericanos y alemanes. Más en términos de economía política que de historia social, pienso por ejemplo en Maurice Dobb o en Elmar Altvater, ese tipo de autores. Economistas políticos marxistas, que también tenían un fuerte componente histórico en sus trabajos...

—*Tu investigación, en esa etapa, estaba muy vinculada con la historia del marxismo y con tópicos marxistas. Y estabas vinculado al Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. Ahora, estás en el comité de la serie de libros de Historical Materialism. ¿Cómo describirías tu relación con el movimiento trotskista y con la izquierda desde los años 80?*

—Bueno, sabrás que el trotskismo no significa mucho en Holanda. Tal vez actualmente sean unas 150 personas, divididas en dos grupos. Es decir, no es comparable con Argentina. Pero tengo que decir que ya no soy más trotskista, creo que me moví un poquito más hacia la izquierda... ¿Cómo puedo explicarlo? Ya no creo que el tipo leninista de partido... Digamos, pienso que el partido bolchevique no era leninista. Quiero decir, que la prescripción de Lenin acerca de cómo debería funcionar un partido no era en realidad la forma en que el partido bolchevique funcionaba. Centralismo democrático, un comité central que decide algo y todos tienen que hacerle caso, etc. Me refiero al partido bolchevique antes e inmediatamente después de la revolución. Y creo que parte del éxito del partido bolchevique se debe al hecho de que no eran leninistas. Eran mucho más indisciplinados. Por ejemplo, estuvo la decisión de que los bolcheviques se separasen de los mencheviques, en todas las secciones. Pero en 1919 o 1920 todavía existían muchas

1. El IIRE (Instituto Internacional de Investigación y Educación) es un centro de estudios vinculado al Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, fundado a comienzos de los años 80 en Bruselas, que luego se mudó a Ámsterdam. Actualmente se encuentra en el barrio de Zeeburg, muy cerca del IISG.

secciones en las cuales bolcheviques y mencheviques estaban juntos. Es decir que simplemente no le hacían caso al comité central.

–*Suena parecido a lo que dice Lars Lih en su libro sobre Qué hacer...²*

–Sí, estoy de acuerdo en eso con Lars.

–*Es decir que el partido bolchevique que retratás sería tal vez más parecido al SPD alemán...*

–Creo que incluso el partido alemán era más disciplinado que el partido bolchevique. Pero pienso, y este es el punto importante, que el éxito del partido bolchevique en la revolución rusa fue posible solo porque no eran leninistas. Eran más sensibles a lo que estaba pasando en el terreno, entre la gente. Había más “espontaneísmo” en el bolchevismo de lo que usualmente se admite.

–*Entonces decías que estas conclusiones en cierta forma te alejaron del trotskismo...*

–Bueno, ya me había ido de la organización por otras razones. Una de las razones principales fue que tenía que ir a trabajar a una fábrica, y yo no quería ir a trabajar a una fábrica. Eso fue a principios de los años 80. Me fui en 1982. Y otra cosa fue que en esa época no podías no estar de acuerdo con la cuestión de la naturaleza de la Unión Soviética, al interior de la Cuarta Internacional. Si tenías una opinión diferente sobre la Unión Soviética, era una divergencia seria.

–*¿Aun así dirías que en los años 80, cuando escribías tu tesis, estabas todavía influido por Mandel, aun cuando habías dejado de militar?*

–Hoy mismo sigo estando influido por Mandel. Y sigo teniendo vínculos muy estrechos con los compañeros del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional y del IIRE, eso no es un problema. Incluso tal vez hoy sería posible para mí volver a unirme al SU, porque son más... indisciplinados. Es decir que me moví a posiciones más “espontaneístas”, más autonomistas, ese es el punto que quería marcar.

* * *

–*Tu nombre está asociado a la idea de “historia global del trabajo” (global labour history). El concepto no es muy familiar para los historiadores argentinos. ¿Cómo resumirías los orígenes intelectuales de esta idea y su evolución? ¿Cómo surgió, y cuándo?*

–Antes de los años 70, los historiadores del trabajo escribían más que nada la historia de las clases obreras “nacionales”, la de Argentina, la de Brasil, etc. Tenías personas que estudiaban cosas internacionales, como la Internacional Comunista, la Segunda Internacional, desde un punto de vista muy institucional. Pero después, debido a los movimien-

2. Lars Lih, *Lenin rediscovered. What is to be done? in context*, Boston: Brill, 2006.

tos estudiantiles y la radicalización de los años 60 y 70, encontrás más gente que busca trascender esto, de diferentes maneras. Una forma era haciendo comparaciones entre diferentes países. Entonces en los 70 encontrás más de este tipo de comparaciones de dos o tres países, en general todos de habla inglesa, porque así solo se necesitaba conocer un idioma, podías comparar Estados Unidos y Gran Bretaña, por ejemplo. Y otra cosa es que empezás a ver más interés en acciones transnacionales. En 1969 estuvo la muy importante huelga internacional en la compañía de vidrios Glaverbel, entonces cada vez más gente se interesó en estas conexiones transnacionales entre movimientos y acciones de la clase obrera.

Ese fue el comienzo. Y a partir de eso, cuando llegué al instituto (en 1983, aunque recién me convertí en investigador en 1986), Tichelman y yo tratamos de desarrollar un proyecto comparativo sobre la historia de los movimientos obreros, a nivel internacional. Eso derivó en dos libros, que edité con Jürgen Rojahn, *The Formation of Labour Movements, 1870-1914. An International Perspective* (La formación de los movimientos obreros, 1870-1914. Una perspectiva internacional). Pero estos libros todavía estaban enfocados y trabajaban con la idea de que había un tipo europeo de movimientos obreros (con sindicatos, partidos socialdemócratas y comunistas, etc.) que era el modelo, y entonces tenías países que habían tenido ese modelo y países que no lo habían tenido. Y nosotros estudiábamos solamente los países que lo habían tenido, incluyendo a Argentina (Richard Walter escribió un capítulo sobre Argentina en esos libros). Ese fue nuestro primer intento de tener una mirada global, pero desde esta perspectiva eurocéntrica.

Y después, en los 90, comencé a trabajar con colegas de India: en 1990 conocí a tres historiadores indios, de los cuales terminé siendo amigo, y me hicieron volver a pensar en las diferencias. Porque ellos no tienen sindicatos fuertes: si bien tienen un partido comunista es muy distinta a la situación de Europa, entonces eso me llevó a pensar hasta qué punto no estábamos actuando con un enfoque muy limitado. Y más adelante, en discusiones acá en el instituto con Jan Lucassen, que por cierto no es marxista, desarrollamos esta idea de *global labour history*. En 1999 Jan y yo publicamos este folleto, *Prolegomena for a Global Labour History*; era una especie de primer intento, ahora por supuesto vemos que tenía muchas debilidades, pero ya en 1999 introducimos la idea. En ese momento, por cierto, el hecho de que usáramos la palabra “global” fue motivo de discusión, porque para mucha gente era una especie de concepto inventado por los norteamericanos, que pertenecía más a la derecha que a la izquierda. Pero usamos el término igual, y creo que fue una buena decisión, hoy ha perdido esa connotación negativa.

—En los libros que editaron con Rojahn en 1990, con una comparación

entre movimientos obreros, se mencionaban también algunos cambios y transformaciones en el IISG. ¿De qué se trataba?

—El IISG es muy viejo, nació en 1935. Originalmente tenía una estructura llamada “de gabinetes”. Tenías, por ejemplo, un gabinete que se dedicaba a Europa central. Y entonces ese gabinete se ocupaba de buscar libros y archivos sobre Europa central, hacer publicaciones de fuentes, artículos, etc. Todo el proceso se hacía al interior de un solo departamento. Esto se fue haciendo muy pesado, y desde 1983 el instituto atravesó un proceso de reorganización, que también se relacionaba con el hecho de que fue incorporado a la Real Academia de Ciencias (KNAW, por sus siglas en holandés). Y desde entonces tiene una organización en forma de flujo. Tenemos un departamento que reúne materiales, libros, archivos, periódicos, etc. Otro que los procesa, para que estén disponibles, hace los inventarios, etc. Luego tenemos la gente de la biblioteca, que hace posible que el público consulte esos materiales. Y tenemos, además, un departamento de investigación. En 1986, el departamento de investigación tenía siete u ocho personas, era mucho más chico que ahora. Y no había director de investigación. En 1993 comenzamos a tener un real departamento de investigación, con un director.

—Volviendo a los cambios en el marco de la historia global del trabajo. La historia política de las corrientes de izquierda (es decir, no solo de los sindicatos, sino en un sentido más amplio) era también un tópico importante en la historiografía “tradicional”. Y vos hiciste investigación sobre estos temas (el libro junto con Rojahn, también uno sobre sindicalismo revolucionario con Wayne Thorpe). También son problemas internacionales. ¿Cuál dirías que es el lugar, si es que lo hay, para la historia política dentro de la global labour history?

—La mayor parte del énfasis se pone ahora en las relaciones laborales, la explotación, etc. La historia del trabajo se expande hacia áreas no tradicionales, como la historia de la esclavitud, etc. Pero yo diría que últimamente también vemos un retorno a una historia más política de los trabajadores. Primero hubo un alejamiento, y ahora creo que hay un retorno a un interés posible por aspectos más políticos del movimiento obrero.

—¿Cuál creés que es la razón?

—La crisis, creo. Otra cosa a tener en cuenta es que en Holanda el marxismo siempre fue muy débil, especialmente en la academia, a diferencia por ejemplo de Estados Unidos (lo cual por otro lado es una contradicción para los marxistas: en Estados Unidos tienen una superestructura en el mundo académico muy influida por el marxismo, y una estructura que no lo está). Acá el marxismo siempre fue muy débil en la academia, por cierto. De hecho durante un largo tiempo solo había

dos profesores con inclinaciones marxistas: uno era un filósofo y el otro era yo. Y eso era todo, en todo el país.

* * *

–Para los argentinos, el IISG es sobre todo un archivo con fuentes, es la idea más común, porque hay una colección muy importante de materiales sobre América Latina. Pero el público académico en Argentina está menos familiarizado con las tradiciones de investigaciones de acá, y sus cambios. ¿Cómo describirías la evolución del IISG desde los años 80?

–El instituto se hizo más global en el sentido de que dejamos de reunir materiales sobre Europa. Nuestras colecciones más importantes son por supuesto de historia del trabajo europea, incluyendo Marx, Bakunin, etc. Pero dejamos de reunir material en Europa, y tratamos de establecer una red en América Latina, Asia, etc. Eso empezó en los años 90, pero recién tenemos representaciones en diferentes partes del mundo desde los últimos cinco años, creo. La idea general es que tratamos de recolectar tanto material como podemos sobre historia del trabajo y movimientos sociales en todo el mundo, pero preferentemente tratamos de dejarlos en el lugar adonde pertenecen. No queremos ser imperialistas culturales que traen todo a Ámsterdam. Preferimos dejarlo en un buen archivo en algún lugar de la región. Pero también queremos digitalizar tanto como sea posible para que esté disponible para cualquiera, en forma más barata.

Y al mismo tiempo tenemos la investigación, que también se ha globalizado. Por supuesto siempre hay una tensión entre colecciones e investigación, es una relación muy complicada. En colecciones, lo que importa también es que uno tiene algunos puntos fuertes, por ejemplo cosas sobre Marx. Entonces si en algún lugar aparece algún borrador o trabajo de Marx, hacemos todo lo posible por conseguirlo, porque ya tenemos mucho, y entonces queremos completar la colección. Entonces tiene una dinámica distinta al departamento de investigación. Además no podés reunir material únicamente sobre los temas que les interesan a los investigadores hoy, porque en cinco años puede haber otros investigadores con otros intereses.

–Se habla a menudo de una “crisis de la historia de los trabajadores”, y habitualmente se lo asocia con un contexto político de crisis del marxismo y reflujo de los movimientos populares. De todas formas, como ya lo mencionaste antes, las cosas están cambiando, tal vez sobre todo en el sur de Europa desde la crisis de 2007-2008. ¿Qué evaluación hacés de este contexto y de la situación actual de la historia de los trabajadores a nivel global?

–Diría que en Europa la historia de los trabajadores sigue sin ocupar

un espacio importante, sin generar interés. Lo mismo en Estados Unidos y en Canadá, no tiene un lugar sólido en la academia. Pero vemos un fuerte ascenso de la historia de los trabajadores en el “sur global”. Creo que en Brasil es especialmente fuerte, tienen esta magnífica red, *Mundos do Trabalho*, que se fundó en 2001. Pero también hay una asociación de historiadores del trabajo en India, se fundó en Delhi a partir de cosas que pasaron acá un año antes, de hecho la asociación arrancó en Ámsterdam. Tienen una conferencia bianual muy buena, estuve ahí en casi todas las reuniones. Tenemos redes en África occidental, en Sudáfrica, etc. Estuve en conferencias en Karachi (Pakistán), en Seúl (Corea del Sur), en Jakarta (Indonesia), en Dakar (Senegal), en Johannesburgo (Sudáfrica).

—¿Cómo explicás esta diferencia?

—Creo que tiene que ver con el ascenso de nuevos movimientos obreros en el sur, creo que ese es un aspecto crucial. Es una situación contradictoria. Por un lado, por ejemplo, originalmente cuando los indios fundaron este movimiento era una maniobra defensiva, porque allí la historia de los trabajadores (al margen de los estudios subalternos, esa es una historia aparte) estaba a la defensiva. Pero ahora ven un nuevo ascenso, decenas de tesis de doctorado, etc. Entonces puede ser defensiva y también puede ser ofensiva, a veces se combinan dialécticamente.

—Ahora también parece ser un campo en desarrollo el de la llamada “historia del capitalismo”, al menos en Estados Unidos, con trabajos como los de Sven Beckert, por ejemplo.³ También parece estar vinculada a la crisis capitalista en curso.

—David Montgomery siempre decía “estudio la historia de los trabajadores porque quiero estudiar el capitalismo”. Podés estudiarlo desde la perspectiva de los banqueros o desde la perspectiva de la clase obrera, y esta me parece una manera muy legítima de hacerlo. Creo que muchos historiadores del trabajo de hecho quieren ser historiadores del capitalismo. Estoy terminando, junto con Jürgen Kocka, un libro que se va a llamar *Capitalism. The resurgence of an historical concept* (Capitalismo, el resurgimiento de un concepto histórico). Le pusimos este título porque en muchos lugares de Europa, “capitalismo” era una mala palabra. En Estados Unidos, los capitalistas se refieren a ellos mismos como capitalistas. Pero acá era diferente. Durante mucho tiempo, cuando teníamos que escribir propuestas para becas y subsidios, no podíamos usar la palabra “capitalismo”, teníamos que poner “sociedades orientadas al mercado”, porque si no nunca nos aprobaban. Ahora esta timidez desaparece, y te encontrás con gente que se anima a hablar del capitalismo y a estudiarlo como un tópico en sí mismo. Y

3. Sven Beckert, *Empire of Cotton: A Global History*, New York: Knopf, 2014.

entendés que al observar al capitalismo como un concepto podés ver conexiones que no verías si solo hablaras del mercado, que es solo un aspecto de la cuestión.

–*Has sido parte del comité editorial del International Review of Social History por muchos años, y además pertenecés al comité asesor de muchas otras publicaciones de historia de los trabajadores alrededor del mundo. ¿Cuál es tu apreciación sobre este tipo de publicaciones? ¿Qué lugar ocupan en un mercado controlado por grandes editoriales que en general no proveen acceso gratuito? ¿Cuál es la relación entre estas publicaciones y una audiencia que vaya más allá de lo académico?*

–Por supuesto que varía entre una revista y otra. Primero, con referencia a las empresas capitalistas controlando las publicaciones: nuestra revista, el *International Review of Social History*, es propiedad del instituto. Cambridge University Press la publica, pero no son los dueños, o sea que siempre tenemos la posibilidad de buscar otra editorial. Eso es diferente con otras revistas que sí son propiedad de las editoriales, creo que ese puede ser el caso de *International Labor and Working Class History*, aunque no estoy completamente seguro. En cuanto al acceso, tenemos un “moving wall”, después de un cierto período los materiales están disponibles en internet. Y tengo que decir que estar con una editorial como Cambridge ha sido muy bueno para la revista, porque Cambridge vende “paquetes” de una cantidad de revistas a las bibliotecas universitarias. Eso hace que nuestra circulación se haya triplicado en los últimos años, gracias a las versiones electrónicas que se venden en estos paquetes. Y esto también es cierto para *ILWCH*, por cierto, tenemos una circulación más o menos similar. Debe estar en torno a 2.500 o 3.000 copias pagas.

–*En Argentina la relación entre algunas revistas dedicadas a la historia de los trabajadores y los movimientos sociales es más estrecha, tal vez más parecida a lo que ocurría en Estados Unidos o Europa en los años 60 o 70.*

–Ese nunca fue el caso de nuestra revista, que se fundó en 1936 y siempre fue muy académica. Pero *ILWCH* sí que viene de los movimientos de los 70, y todavía se nota eso, suelen abordar temas más contemporáneos. Hay otros casos donde el vínculo es todavía más estrecho, como *Working USA*, o *Zapruder World*, en Italia. Para un público más amplio.

–*Volviendo a cuestiones teóricas sobre la global labour history. Insististe mucho sobre la necesidad de abordar un análisis que vaya más allá de los casos de trabajo asalariado.⁴ Me decías que tu proyecto actual es sobre una historia de la precariedad laboral...*

–Es una investigación que estoy haciendo en conjunto con Jan Bre-

4. Ver su libro *Workers of the World. Essays Towards a Global Labour History*, así

man. Nuestra idea central es que la “relación de empleo estándar”, que encontramos durante un período en Europa y parcialmente también en Estados Unidos y otros países capitalistas avanzados (ingreso estable, contratos indefinidos, dinero suficiente para mantener una familia pequeña, seguridad social, algunos derechos laborales en la empresa), todo esto se está derrumbando. Por supuesto que a diferentes velocidades, en Alemania todavía el 70% de la población tiene una relación laboral estable. El género también es importante acá, porque las mujeres habitualmente no obtienen este tipo de contratos. Lo que ahora pensamos, y tenemos que seguir trabajando en esto, es que la relación de empleo estándar fue posible solamente para el 20% de la población, en un período de treinta o cuarenta años. Ahora no es que vaya a desaparecer completamente, siempre vas a tener un núcleo de trabajadores que tendrán un tratamiento especial debido a sus conocimientos o a su importancia especial para la empresa, pero en general la precarización y la informalización están en aumento. La hipótesis es que la situación normal bajo el capitalismo, para los trabajadores asalariados, es la precariedad. Y que solo bajo ciertas circunstancias especiales, y durante períodos cortos de tiempo, es posible una desviación de la norma.

–En cierto sentido parece un argumento similar al de Thomas Piketty: ver al crecimiento de posguerra como una excepción, no como la regla. ¿No te parece que es una interpretación ortodoxa, en términos de marxismo?

–Es muy ortodoxa. El propio Marx habría estado de acuerdo con nosotros. Él no anticipó la relación de empleo estándar...

–El proyecto de global labour history en un primer momento estaba más orientado a las relaciones laborales. El proyecto en el que estás trabajando ahora también está relacionado con las relaciones laborales, en un sentido amplio. ¿Pensás que implica un alejamiento respecto a intereses previos del IISG, más vinculados con la agencia de los trabajadores? ¿O eso también está volviendo? ¿Cuáles son las posibles conexiones entre ambos aspectos?

–En cuanto a la precarización, creo que hay una conexión directa con la defensa de los intereses obreros por parte de los sindicatos. Por un lado, el debilitamiento de los sindicatos impulsa la precarización. Por el otro, la precarización profundiza el declive de los sindicatos. Desde una perspectiva global, actualmente y según los datos del Confederación Sindical Internacional, 7% de la población mundial está organizada en sindicatos, es una cifra muy baja. Y está decreciendo, porque en la mayoría de los países la densidad de los sindicatos está reduciéndose. Entonces vemos un declive del movimiento obrero tradicional, pero al

como la entrevista realizada por Paula Varela, “La clase obrera en debate”, en *Ideas de Izquierda*, diciembre de 2014.

mismo tiempo vemos todas estas organizaciones mutuales que describo en *Workers of the world*, de seguros mutuos, contra las enfermedades, etc. O sea que en cierta forma nos lleva 150 o 200 años para atrás, a los comienzos del siglo XIX, cuando el movimiento obrero tenía mucho de esto, también ocurrió en Argentina. Tal vez sea el comienzo de un nuevo movimiento obrero, de la organización de los trabajadores precarios. Creo que si el mundo actual de los sindicatos tiene interés en mantenerse vivo, se va a tener que adaptar a esta nueva situación. Los movimientos sindicales tradicionales, la AFL-CIO o el que sea, están enfocados en la negociación colectiva, o sea que tenés un grupo de empleadores que se sientan a negociar con los sindicatos. Pero para los trabajadores ocasionales o los así llamados “atípicos”, que a veces tienen diferentes empleadores al mismo tiempo o cambian en cuestión de semanas, esto no funciona. Entonces necesitás nuevos tipos de políticas para los sindicatos. Esa es una parte del desafío.

Y, en relación con esto, los socialdemócratas están en declive en todas partes, y si no están en declive no saben quiénes son. Los partidos comunistas están debilitados, en la medida en que todavía existan. Tengo un gráfico muy lindo sobre el partido comunista francés, que muestra que crece hasta 1951 y después se achica, es decir que no tiene que ver con la guerra fría, es un proceso más largo. Es decir que los partidos tradicionales de la clase obrera están desapareciendo, de cierta forma. Los aliados tradicionales de la clase obrera están desapareciendo. Esto, entonces, plantea la cuestión de un nuevo tipo de organización política, y acá estamos otra vez. Necesitamos una organización política internacional, radical, a la izquierda los socialdemócratas y de los comunistas.

—*¿Y sobre qué bases pensás que esa perspectiva u organización se va a construir?*

—Una lección de la historia es que los partidos que tuvieron éxito rápido son los que tuvieron un inicio rápido. En general se construyen en parte por la vía de quedarse con partes de organizaciones previas. Si tienen que construirse desde cero, toma mucho más tiempo construir una organización viable. Entonces, si podés usar partes de organizaciones existentes, es más fácil...

—*Esto me resulta parecido a lo que dijiste antes sobre que el partido bolchevique no era leninista. Cuando decís que es mejor hacer un inicio rápido, no puedo dejar de pensar que la idea de empezar desde cero se parece más a la tradición del Qué hacer... Hay dos experiencias en Europa en las cuales cualquiera piensa inmediatamente, Podemos y Syriza. De alguna manera se quedaron con partes de organizaciones previas... ¿Qué dirías sobre ellas?*

—Son signos de cambios. Después de esta crisis de los partidos tradicionales, se buscan nuevas soluciones. Pero al mismo tiempo ves que

lo que necesitan estos partidos es una línea clara, ese es por supuesto el problema de Syriza, sobre Podemos no sé mucho. Necesitás una política clara, que en cierto sentido quiere decir sin compromisos. Por supuesto que en política siempre se hacen compromisos, pero tenés que saber por qué los hacés, y cuándo hay que parar de hacer compromisos, porque son inaceptables. Y una visión clara de qué hacer, y de cómo querés reorganizar la sociedad. Es un lindo círculo el que hiciste, de bolchevismo a bolchevismo.

Obras de Marcel van der Linden

Presentamos las principales obras de Van der Linden, en orden cronológico. Para una lista completa de sus publicaciones, ver <https://socialhistory.org/nl/staff/marcel-van-der-linden>.

- Van der Linden, Marcel, y Frits van Holtoon (1988), *Internationalism in the Labour Movement, 1830-1940*, Leiden: E.J. Brill, 2 vols.
- y Jürgen Rojahn (1990), *The Formation of Labour Movements, 1870-1914. An International Perspective*. Leiden: E.J. Brill, 2 vols.
 - y Wayne Thorpe (1990), *Revolutionary Syndicalism: An International Perspective*. Aldershot: Gower-Scolar Press, 1990.
 - y Jan Lucassen (1999), *Prolegomena for a Global Labour History*, Amsterdam: IISG.
 - (2003), *Transnational Labour History: Explorations*, Aldershot: Ashgate.
 - (2006), *Historia transnacional del trabajo*, Valencia: Biblioteca Historia Social.
 - (2007), *Western Marxism and the Soviet Union. A Survey of Critical Theories and Debates since 1917*, Leiden y Boston: Brill Academic Publishers.
 - (2008), *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden y Boston: Brill Academic Publishers.
 - (2014), "San Precario: A New Inspiration for Labor Historians", *Labor: Studies in Working-class History of the Americas*, 10: 1, págs. 9-21.
 - (2014), "Promesas y desafíos de la Historia Global del Trabajo", en Rossana Barragán y Pilar Uriona (eds.), *Mundos del trabajo en transformación: entre lo local y lo global*, La Paz: CIDES-UMSA, págs. 25-61.
 - y Jan Breman (2014), "Informalizing the Economy: The Return of the Social Question at a Global Level", *Development and Change*, 45: 5, págs. 920-940.

Crítica de libros

Jacob A. Zumoff, *The Communist International and US Communism, 1919-1929*, Leiden, Brill (Historical Materialism book series, 82), 2014, 443 pp.

Un aspecto muy debatido por la historiografía sobre los partidos comunistas en la época de la Tercera Internacional (1919-1943) refiere al vínculo entre dicha organización y sus secciones nacionales, lo cual implica una evaluación de doble vía: analizar los modos en que las fuerzas políticas izquierdistas de cada país se insertaron en la entidad fundada por Lenin y, a la vez, explorar la forma en que esta última influyó en el desarrollo de los partidos comunistas. El estudio se hizo más viable desde 1992, al acceder a los documentos de la Comintern existentes en la ex URSS, que quedaron en Moscú en el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI). En este sentido, el caso de Estados Unidos, donde existió un Communist Party-USA (CPUSA) de cierta importancia, es interesante, pues exige superar las visiones estereotipadas. Desde la guerra fría, surgió una interpretación “tradicional”, que identificó un partido de carácter foráneo y bajo dependencia rusa, como en los 50 y 60 aseguraban las obras de Theodore Draper. Tras la caída de la URSS, los comunistas norteamericanos fueron retratados como apéndices del totalitarismo soviético y sus espías, por ejemplo, en los textos de Harvey Klehr y John E. Haynes. Los historiadores sociales de los 70 y 80 (entre otros, Robin Kelley), relacionados con la Nueva Izquierda, habían erigido una visión “revisionista”, pero dirigiéndola sobre todo al ciclo abierto en los 30, haciendo hincapié en los niveles de autonomía partidaria, tanto a escala local como con respecto a Moscú. En definitiva ambas miradas coincidían en apuntar una influencia negativa de la IC.

El exhaustivo libro de Jacob Zumoff, profesor de la New Jersey City University, sostiene un punto de vista distinto. El volumen es el fruto de una investigación de varios años, que primero fue una tesis de doctorado defendida en la Universidad de Londres en 2003. Además del RGASPI, el autor sacó provecho de un valioso archivo marxista, el Prometheus Research

Library, ubicado en el bajo Manhattan (del cual Zumoff es investigador asociado), y de los registros del FBI. El relevamiento de los papeles donados a las bibliotecas universitarias por los cuadros de izquierda (práctica infrecuente en nuestro país) y de una numerosa colección de órganos de prensa, entre otros materiales, dotó a esta obra de un contundente basamento empírico, que se complementó con una vastísima consulta de bibliografía nacional e internacional. Se trata de un sólido trabajo académico, que hace explícita su perspectiva marxista militante.

Además de distanciarse de las visiones “tradicionalistas” y “revisionistas”, la obra de Zumoff se diferencia de las más recientes historiografías “culturalistas”, que abordan la experiencia de los comunistas norteamericanos casi con abstracción de las caracterizaciones y estrategias políticas del partido. El autor ofrece una historia esencialmente política y global del CPUSA, sobre todo, en sus relaciones con la Comintern, entre 1919 y 1929 (estrictamente, el nombre definitivo del partido surgió en ese último año). No se trata del período más atendido por los investigadores. El sentido común reconoce la dinámica emergente del comunismo local, tras el impacto de la revolución bolchevique, pero luego señala su estancamiento, con la represión y la prosperidad económica de los “*roaring twenties*”. El CPUSA tuvo un fuerte crecimiento desde la gran depresión de los 30: en 1945 alcanzaba a los 65.000 integrantes e, incluso, todavía durante los dificultísimos tiempos de la guerra fría, el FBI le estimaba en 1955 unos 23.000 miembros. No casualmente ésas fueron las décadas más examinadas. Sin embargo, la justificación del estudio sobre un período en el que el naciente partido no llegó a los 15.000 militantes no se fundan en razones cuantitativas (sin olvidar que en 1926 era el sexto partido comunista más grande entre los 46 existentes en el mundo capitalista). El dato relevante es que durante esos años 20 los comunistas se fueron convirtiendo en la más importante tendencia de izquierda en el movimiento obrero y entre los negros. Además, un buen modo de comprender las características del CPUSA “maduro” es a través de la indagación de su proceso formativo.

La obra demuestra que, en su primera etapa, la Internacional Comunista (IC), si bien no tuvo al CPUSA entre sus prioridades, pues éste no participó de situaciones revolucionarias, intervino allí de manera positiva, en buena medida, porque advirtió la relevancia estratégica del país. De hecho, auxilió al CPUSA a “americanizarse” y a desentrañar la especificidad de su sociedad (con numeroso proletariado extranjero e importancia de la opresión racial y la cuestión negra). Esa ayuda operó desde un inicio, como el autor lo explica en los capítulos 1 y 2, donde se detalla la incidencia de la IC en la compleja unificación de los grupos escindidos del Socialist Party que confluyeron en la creación del comunismo norteamericano; también se examina la guía cominternista para que el naciente partido aproveche los márgenes de legalidad (una vía rechazada por varios de sus cuadros). En los capítulos 3 y 4 se indaga la orientación de la IC para insertar al CPUSA en el movimiento obrero, no tanto dentro de la más radical Industrial Workers

of the World (IWW), sino en la más grande American Federation of Labor (AFL), pese a la postura anticomunista de su dirección. Fruto de ello, se produjo el reclutamiento de importantes obreros, como ocurrió en 1921 con William Z. Foster, quien años después se convertiría en secretario general y presidente del partido. Según explican los capítulos 5 y 6, el partido tuvo luego un desvío oportunista, orientándose a los farmers y el agrarismo radical, debilitándolo en el movimiento obrero y volviéndolo a sumir en un largo faccionalismo interno y una intensa crisis, agravada con el fiasco de 1924, por el acercamiento a la candidatura presidencial reformista del ex senador republicano Robert La Follette (que sólo la intervención cominternista, bajo presión de Trotsky, pudo detener). En los capítulos 7 a 9 reconocemos el señalamiento de una transición, hacia mediados de la década, en donde va cambiando el carácter de la intervención cominternista y sus efectos se hacen más complejos en un CPUSA afectado por confusas luchas faccionales. Son los años de la “bolchevización”, una “espada de doble filo”, que busca homogeneizar forzosamente al partido, y en los que la IC discute la organización de las federaciones idiomáticas. Al mismo tiempo, frente a la inacción exhibida por la AFL, los comunistas fueron protagonizando violentos conflictos proletarios, como los de los textiles de Passaic (New Jersey), New Bedford (Massachusetts) y Gastonia (North Carolina), y destacándose en la campaña por Sacco y Vanzetti.

Zumoff advierte que el papel claramente regresivo de la IC frente al CPUSA se fue consolidando hacia el final de la década, con la “degeneración política de la revolución rusa bajo Stalin”. Los capítulos 10 a 13 exploran ese proceso, signado por las convulsiones dentro de la IC y el partido norteamericano. Su evidencia fue el fugaz ascenso y caída de la dirección de Jay Lovestone, quien se volcó a posiciones bujarinistas (favorables al “excepcionalismo americano”) y, lógicamente, acabó defenestrado en 1929. Antes, ya había sido expulsada el ala pro-trotskista de James P. Cannon. Fue entonces cuando se produjo la entronización de Earl Browder como nueva dirección del CPUSA, consagrándose la definitiva centralización estalinista. En los siguientes años, rigió la línea del “tercer período” de la IC. El autor nos describe a un CPUSA arrastrado a posturas ultraizquierdistas y retórica insurreccionalista, con militantes que se destacaban en acciones de lucha, sobrepasando a la burocracia de la AFL y organizando a los desempleados. El autor tiende a relativizar los aspectos nocivos de la orientación sectaria (ello podría propiciar un buen debate), pues, si bien reconoce que a partir de esta línea se cometieron errores y excentricidades, como proponer un sindicalismo paralelo y la creencia en la inminente caída del capitalismo, en su visión, la política de “clase contra clase” fue más exitosa en Estados Unidos que en otros países. Como parte de esa estrategia estuvo el absurdo planteo de “autodeterminación” para los negros norteamericanos, referenciados como “grupo nacional oprimido” y con derecho a secesión, algo rechazado por los propios militantes de ese origen. Los últimos cuatro capítulos exploran de conjunto la posición ante la “*negro question*”, que al comienzo había sido

mayormente ignorada por el partido y luego considerada como otra forma de la opresión económica.

Al entender que la estalinización del CPUSA fue precedida y acompañada por factores locales, no sólo de Moscú, Zumoff retoma viejos análisis de Cannon. Se alude a un fenómeno de adaptación a la política burguesa que, ya con el frentepopulismo, derivó en la capitulación a la burocracia sindical del Congress of Industrial Organizations (CIO) y el apoyo al New Deal del presidente Roosevelt y al imperialismo en la Segunda Guerra. El balance de Zumoff es que el CPUSA en los 20, si bien rechazaba explícitamente el reformismo socialdemócrata, falló en la forja de un fuerte partido revolucionario con los cuadros y el programa necesarios. Hasta qué punto era eso posible, dadas las características de la sociedad norteamericana, es el interrogante que queda planteado. En cualquier caso, este libro se convertirá en la obra de referencia sobre los primeros años del PC norteamericano. Al mismo tiempo, brinda elementos claves para el análisis comparativo con otros partidos comunistas y contribuye a una historia global de la IC.

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

* * *

Alejandra Oberti, *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Buenos Aires: Edhasa, 2015, 280 pp.

Al realizar un recorrido por los estudios sobre las organizaciones político-militares que se desarrollaron en Argentina durante los años 70, es posible notar que, si bien hay un amplio reconocimiento de la participación femenina, escasos trabajos se abocan a la militancia de las mujeres. Entre éstos, se hallan las investigaciones de la socióloga Alejandra Oberti que se materializan en *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, una versión de su tesis doctoral en la que se propone repensar la militancia en las organizaciones político-militares argentinas (fundamentalmente Montoneros y el PRT-ERP) a través de lecturas desde el género que permiten examinar la activa participación de las mujeres. Su análisis –dividido aquí en tres partes, con una introducción y un epílogo conclusivo– da cuenta de un exhaustivo trabajo con un vasto conjunto de materiales, entre los que prevalecen los testimonios de mujeres militantes que narran el pasado y las publicaciones de las organizaciones, que posibilitan, además, indagar en los discursos y las representaciones en torno al género.

Este volumen, cuyos capítulos están agrupados en tres partes (“La construcción de la subjetividad revolucionaria”, “Las mujeres en la revolución” y “Memorias de la militancia”) está atravesado por la figura del *hombre nuevo* en tanto modelo de revolucionario, que marcó la actividad política del momento.

Así, pues, interesa observar la cotidianidad de ese sujeto militante, cómo se vinculan lo público y lo privado, la vida personal y la política, relaciones que representan, en definitiva, tensiones de la sociedad.

En el primer apartado del libro, Oberti intenta mostrar que las agrupaciones de militantes de los 70 pensaban la vida cotidiana, lo personal, la familia y los afectos al servicio de la revolución. Para ello, analiza distintos discursos producidos desde Montoneros, difundidos en *Evita Montonera* donde la familia se configura como metáfora de la fusión entre el militante y el pueblo y la casa como el fortín, y en el *Manual de instrucciones de las milicias montoneras (MIMM)*, que regulaba hábitos, conductas y acciones subordinando la vida cotidiana a la militancia; desde el PRT-ERT, en “Moral y proletarización”, que postula la crianza de los hijos como una tarea revolucionaria más, entre otros textos que promulgaban una militarización de la vida cotidiana. Estos materiales, algunos trabajos del campo de las ciencias sociales que abordan el tema y los testimonios de las protagonistas, condujeron a la autora a afirmar que, más allá de las directivas, la subjetividad revolucionaria no se dio como un proceso homogéneo.

En el segundo apartado, la socióloga se concentra en el papel de las mujeres en el PRT-ERP y en las organizaciones armadas peronistas. En el primer caso, a partir del análisis del *Boletín Interno (BI)*, la autora demuestra las intenciones del ERP de incorporar a las mujeres a las filas del partido dado que ejercían influencia sobre la familia, la cuidaban y la sostenían. No obstante, corriendo el riesgo de que se transformaran en un obstáculo para que el marido se consagrara completamente a la militancia, se les asignaba un espacio particular, eran el elemento clave para que en la familia se reprodujera la ideología. Estas tensiones no impidieron que las mujeres –quienes tomaban como ejemplo a las vietnamitas– formaran parte de la revolución haciendo uso de sus atributos femeninos vinculados a lo doméstico (la cocina, la limpieza, la crianza). En el segundo caso, la presencia de las mujeres en las operaciones de las organizaciones armadas peronistas estuvo desde los inicios y llegó a cobrar gran importancia. Con la figura de Evita como modelo, ellas ocupaban un espacio específico en el movimiento: trabajaban y militaban desde la Agrupación Evita de la Rama Femenina del Peronismo. Desde allí fueron forjando la imagen de madre-esposa y combatiente que se conjugó con la bella juventud de la guerrillera frecuentemente idealizada. En efecto, la observación de los discursos de ambas organizaciones evidencia su preocupación por convocar e integrar a las mujeres en la militancia; sin embargo, amén de que se las diferenciaba de los varones que encarnaban al “verdadero” *hombre nuevo*, se las definía de forma unificada y se les otorgaba un posicionamiento tenso y contradictorio de cuyos límites ellas lograron correrse.

La tercera y última parte es quizás la más compleja dado que recupera las voces de diversas mujeres que comparten relatos de la militancia, memorias que habilitan innumerables análisis y reflexiones. Se trata de testimonios públicos cuyos tópicos son la violencia (la clandestinidad, la represión, la

instrucción militar, etc.) y la cotidianidad (el trabajo, las tareas domésticas, la sexualidad, etc.). Éstos hacen visible la experiencia y se ven atravesados por un conjunto de acontecimientos y pensamientos posteriores, así como también por expectativas del presente. Probablemente, uno de los puntos más interesantes de la lectura que desarrolla la autora en esta instancia es que en esos relatos donde aparece la obediencia a los mandatos partidarios, la militancia clandestina y riesgosa, la maternidad juvenil –por mencionar sólo algunos aspectos–, dan cuenta de una “tensión indecible”, es decir, colocan la participación femenina en el terreno de lo paradójico, lo ambiguo o quizás incómodo. Esto se da porque la vida privada en la que ellas eran protagonistas se vio subordinada por la política y además, si bien tuvieron la posibilidad de actuar en el espacio público, muchas cuestiones fueron dejadas de lado en pos de la revolución. De este modo, realidades y situaciones como la madre-militante que debía quedarse en la casa cuidando a sus hijos pero que en otras circunstancias tenía que tomar las armas para participar de una operación militar, significaban fisuras en las “tecnologías de género” –una noción que Oberti retoma de Teresa de Lauretis– e implicaban grandes demandas para las mujeres. En consecuencia, lejos de ubicarlas y pensarlas en términos de igualdad, como explica la autora, se las colocaba en un callejón sin salida.

Otro de los aciertos de la publicación que aquí se señalan se vincula a la decisión de dedicar un espacio para las voces de las militantes. Ciertamente, muchas de estas experiencias se resignifican en el discurso; no obstante, cobran otros sentidos al ser expuestas en este libro que las contextualiza e intenta trazar posibles interpretaciones. Por último, si en estos relatos las mujeres jóvenes embarazadas, madres de niños pequeños que militaban en las organizaciones, *dan cuenta de sí* parcialmente, resta preguntarse, por ejemplo, por las identidades que desde allí se reconstruyen y, por qué no, por las cosas que se callan.

A modo de conclusión, puede afirmarse que *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* se presenta como una investigación que conlleva un análisis teórico y crítico de un conjunto de materiales (entrevistas, panfletos, documentos oficiales, etc.) que permiten observar el rol de las mujeres en las organizaciones revolucionarias argentinas en los años de la segunda ola del feminismo. Esto abre la posibilidad de conocer –y seguir investigando– las trayectorias de mujeres que militaban en la izquierda en esa época, muchas de ellas detenidas desaparecidas. Por ello, este trabajo representa un novedoso aporte a los estudios de historia reciente desde una perspectiva de género y abre múltiples caminos para repensar el rol de las mujeres en diferentes momentos de la historia argentina.

Laura Codaro (UNLP)

* * *

**Martín Cortés, *Un nuevo marxismo para América Latina*.
José Aricó: traductor, editor, intelectual, Buenos Aires:
Siglo XXI, 2015, 264 pp.**

El nuevo trabajo de Martín Cortés sobre la trayectoria intelectual de José Aricó es producto de su tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en el año 2013.

El trabajo de Cortés se centra en los problemas de interpretación que suscita la extensa obra de José “Pancho” Aricó como uno de los grandes intelectuales que contribuyeron a la difusión y ampliación de la teoría marxista desde una mirada latinoamericana. Como Cortés aclara desde un principio, no se trata de un mero recorrido intelectual por la obra de Aricó en los diferentes momentos de su prolífica producción, sino más bien de dar cuenta, a través de un conjunto muy variado de textos producidos en las distintas instancias de su vida intelectual, de la problemática relación entre marxismo e historia latinoamericana y el estatuto que el primero tendría para interpretar los procesos históricos y las encrucijadas revolucionarias de esta última. Es decir, el punto de partida del texto de Cortés no es biográfico, ni mucho menos filológico, sino que se sustenta en una hipótesis de historia intelectual en la que pretende verificar el tipo de marxismo practicado por Aricó, como un intento de punto de sutura entre la producción teórica y la ausencia de un movimiento social y político arraigado en esta teoría para las masas latinoamericanas, alimentado por la crisis teórico-política que el marxismo sufrió desde mediados de los años 60.

La actividad productiva de Aricó, tempranamente adscripta en el campo del marxismo, encuentra su especificidad, según Cortés, en el esfuerzo de “traducción” que el intelectual cordobés realizó a lo largo de su vida. En efecto, el autor encuentra en la idea gramsciana de “traducción” el basamento de gran parte de sus realizaciones como prologuista, editor y ensayista, no relevadas suficientemente por autores que han trabajado la biografía intelectual de Aricó. ¿De qué se trata? Cortés parte de la base de que el estatuto abierto del tipo de marxismo practicado por Aricó se sustenta en la idea de que tanto las categorías del acervo de Marx y sus seguidores como los procesos históricos que dieron lugar a esas interpretaciones no se adaptan automáticamente a la historia latinoamericana y que, por tanto, la crítica al marxismo como una mera filosofía de la historia, encabalgada en la idea determinista de una consecución inevitable del triunfo del socialismo, obvia realidades distintas de las europeas, a las que el marxismo debería comprender. Por tanto, el trabajo sobre los conceptos en el marxismo necesita escrupulosamente un trabajo de “traducción” previa, si es que se pretende que éstos se acerquen a realidades distintas y que estas realidades distintas se encuadren en los conceptos. Pero, según Cortés, el trabajo de “traductor” de Aricó no se agota en la mera adaptabilidad de los conceptos marxistas a realidades geográfico-históricas que no los vieron nacer, como un mero ajuste teórico de transposición a la historia latinoamericana, sino que en el

transcurso de ese ejercicio de depuración teórica que Aricó practicó como editor en Córdoba, Buenos Aires, luego en sus distintos emprendimientos editoriales en México y en su retorno a la Argentina, contribuyó también a problematizar el alcance y la significación de la teoría marxista intentando limar ciertas asincronías que la teoría portaba desde su génesis al momento de poder interpretar formaciones económico-sociales distintas a las europeas.

Por su parte, desde el punto de vista de la interpretación que Cortés hace de la actividad de “desmalezamiento” teórico que Aricó realizó con la revista y los *Cuadernos de Pasado y Presente*, con la editorial Folios y las ediciones prologadas de Siglo XXI, el autor plantea que el tipo de marxismo que se perseguía implicaba la búsqueda permanente de zonas de la obra de Marx y sus seguidores no suficientemente relevadas por el determinismo imperante en la cultura de la II y III internacional, que permitieran el diálogo constructivo del marxismo con las principales teorías de interpretación de la realidad de una época, con fines eminentemente prácticos en lo político; tal vez también como un antídoto frente a esa interpretación finalista de la historia.

Los tópicos principales por los que transita el trabajo de Cortés, buceando en las actividades de “traducción” de Aricó, son desde el principio problemáticos y el autor los califica como “asimetrías” que se desprenden del seguimiento que hace el intelectual cordobés del acervo teórico del marxismo heredado y las realidades latinoamericanas al que este acervo debería aludir. Así, por ejemplo, para el conjunto de la historia latinoamericana, Aricó habría detectado la “asimetría” entre la teoría marxista basada principalmente en los aspectos económicos y sociales de las formaciones locales y una incipiente y muy determinista reflexión de esta teoría sobre la presencia preponderante del Estado y la Nación en el nacimiento de dichas formaciones sociales, en las cuales la mera construcción teórica de conceptos como “modo de producción” y “desarrollo de las fuerzas productivas” no podrían dar cuenta de las complejidades políticas que estas realidades presentan. La renovación y difusión crítica del caudal teórico gramsciano, el rescate de la obra de Mariátegui y la publicación de obras fundamentales por fuera del campo del marxismo como las de Max Weber, Carl Schmitt y Hans Kelsen, estarían en el camino de suplir esa asimetría. Lo mismo cabe para las preocupaciones posteriores de Aricó, a partir de los años 80 con las dictaduras del Cono Sur en retroceso y la búsqueda teórica, desde el campo del marxismo, de explicaciones ausentes hasta el momento para entender la relación entre socialismo y democracia, donde los dispositivos de lucha político-cultural, como el Club Socialista y la revistas que lo acompañaron (*Controversia* y *Ciudad Futura*) tenían la intención de funcionar como usinas de una reflexión donde “lo político” gozaría de una importante autonomía relativa frente a las formaciones económicas, descartando cualquier “determinación en última instancia” de ésta última.

Desde el punto de vista de su formulación, el trabajo de Cortés está bien logrado. Documentado con una importante cantidad de material no traba-

gados (como cartas, entrevistas, prólogos, anotaciones y artículos significativos) que van respaldando gradualmente las inquietudes intelectuales en cada momento de la vida de Aricó. Es menos riguroso el respaldo con que Cortés presenta como dadas y un tanto acríticamente las caracterizaciones e hipótesis históricas de las que Aricó partiría para desarrollar su obra de desmalezamiento teórico y su trabajo de “traducción”. Así, la hipótesis de que el marxismo no formó parte del arraigo principal del “movimiento obrero” y los movimientos populares en los países latinoamericanos contiene una dosis importante de generalización de parte de Aricó y supone una mirada mucho más sustanciosa que la mera estructura epistemológica de la historia intelectual no podría dar cuenta. También es débil la explicación que se ofrece de las elecciones políticas de Aricó en los años 80, sustentada en una mucho más apagada reflexión teórica desde el marxismo por parte de Aricó y basado en una supuesta autonomía de lo político que, *in crescendo*, llevaron al Club de Cultura Socialista a apoyar al gobierno de Alfonsín; y aquí otra vez, el recorrido intelectual no estaría dando cuenta de aspectos mucho más estructurales vinculados a la realidad política, económica y social de la transición a la democracia.

Antonio Oliva (UNR)

* * *

Clara Marticorena, *Trabajo y negociación colectiva. Los trabajadores en la industria argentina, de los noventa a la posconvertibilidad*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2014, 284 pp.

Trabajo y negociación colectiva, libro que constituye una versión revisada de la tesis doctoral de Clara Marticorena, es una referencia fundamental para quienes estudiamos las formas que asumieron las relaciones del trabajo luego de la insurrección popular del año 2001. El libro tiene este carácter por dos motivos: 1) porque analiza la negociación colectiva (NC) atendiendo no sólo a su incidencia, cobertura y nivel, sino también al contenido; 2) porque tensiona un discurso fuertemente instalado acerca de la emergencia de un *nuevo régimen laboral* a partir del año 2003.

La investigación consiste en el estudio de la dinámica de la NC en la industria manufacturera argentina durante la posconvertibilidad a partir de un enfoque marxista. No obstante, el objetivo es más ambicioso: la NC es el elemento a través del cual la autora indaga acerca de los aspectos de la relación capital-trabajo sobre los cuales se produjeron modificaciones respecto a la década del 90, cuál es su carácter y en qué modo expresan un cambio en la correlación de fuerzas. En esta dirección, el libro se estructura en cinco capítulos en los que, a través de una exhaustiva revisión bibliográfica sobre el tema y un riguroso trabajo empírico (análisis de convenios y acuerdos colectivos y entrevistas a dirigentes sindicales, empresarios y funcionarios del Ministerio de Trabajo), es posible distinguir puntos de con-

tinuidad y ruptura en relación a las formas que asume el trabajo asalariado en la posconvertibilidad.

En el primer capítulo se presenta el marco teórico y el abordaje metodológico. Las principales conceptualizaciones refieren al trabajo asalariado, la NC y el Estado. El trabajo asalariado como forma social de explotación es abordado a partir de la distinción de las condiciones de compra-venta y consumo productivo de la fuerza de trabajo, dimensiones que a posteriori guían el análisis del contenido de los acuerdos y convenios negociados colectivamente. Luego, la NC es definida como un modo de institucionalización de la lucha de clases, como vía de integración de la clase obrera, de sus intereses y reclamos dentro del orden capitalista. Así, el enfoque propuesto por un lado toma distancia de las perspectivas institucionalistas que niegan la existencia de la dominación y explotación de clase y de aquellas concepciones que conciben el Estado como árbitro neutral por fuera de las determinaciones de clase. Por otro lado, complejiza la visión marxista clásica de las relaciones laborales –cuyo principal referente es Richard Hyman– al definir la NC como “proceso de integración de la clase obrera y sus organizaciones sindicales y políticas a la sociedad capitalista, de modo que diversas conquistas de la clase obrera constituyen, a la vez, un modo de institucionalización y limitación/subordinación de la misma” (p.15) y no meramente como un modo de institucionalización de la lucha de clases. Este modo de concebir la NC remite a una interpelación teórica acerca de la naturaleza del Estado capitalista: Marticorena sostiene que el estudio de las instituciones laborales –en particular de la NC– no puede prescindir de una problematización del carácter de clase del Estado capitalista. Esta interpelación teórica inicial toma forma hacia el capítulo cuatro donde, focalizando en el caso de estudio, se afirma que la orientación del Estado en la posconvertibilidad debe ser pensada en referencia a las condiciones de desenvolvimiento de la acumulación capitalista.

En el segundo capítulo se analiza el proceso de reestructuración capitalista consolidado en los años 90 y sus efectos en el trabajo asalariado. En este sentido, se focaliza en la agudización de la explotación sobre el trabajo y en cómo el modelo de convertibilidad derivó en un aumento del desempleo y el subempleo. Así, el análisis del período posterior a la crisis del 2001 se hace partiendo de las bases sobre las cuales se produjo la recomposición de la acumulación capitalista: “La devaluación del peso permitió reanudar un ciclo de reproducción ampliada del capital sobre la base de una profunda caída del precio de la fuerza de trabajo y el consecuente salto experimentado por la tasa de plusvalor” (p. 42). De este modo, el incremento de la NC –con predominio de las negociaciones salariales– en un momento de cierto avance de la capacidad reivindicativa de la clase trabajadora se sitúa en el marco de una tendencia de largo plazo signada por la pérdida de la capacidad adquisitiva de los salarios. A través de un recorrido donde la autora hilvana cuidadosamente los mecanismos de regulación estatal de la relación capital-trabajo, vemos que en la posconvertibilidad el Estado deja de

promover la flexibilidad pero, sin embargo, mantiene “diversos mecanismos laborales que constituyen una cristalización del avance del capital operado en los años 90” (p. 60), tales como la disposición sobre jornadas promedio, sobre fragmentación de vacaciones y aguinaldo, el período de prueba y la flexibilización de los salarios.

En el tercer capítulo se focaliza en el sector manufacturero. Allí son observadas la dinámica de la relación capital-trabajo en la posconvertibilidad a partir de la identificación de dos momentos: el primero, signado por la profundización y reproducción del deterioro de las condiciones laborales, y el segundo, por la puja distributiva entre capital y trabajo. En este capítulo se profundiza la hipótesis esbozada en el capítulo 2 en relación a las bases que permitieron la recomposición de la acumulación capitalista: “La reducción progresiva del ejército industrial de reserva operó como una condición objetiva para la recuperación salarial, cuyo carácter tardío y limitado permitió al capital industrial comenzar un nuevo ciclo expansivo sobre la base de costos salariales particularmente bajos” (p. 76).

Los dos últimos capítulos se destinan al estudio de las características de la NC. Primero a nivel general y luego focalizando en el caso de sectores seleccionados de la industria manufacturera (alimentación, sector aceitero, panadero, químico y petroquímico, automotriz, textil y del vestido). Inicialmente, el análisis se lleva a cabo considerando cuatro ejes: 1) los aspectos determinantes del aumento de la NC en la posconvertibilidad; 2) el tipo y contenido de la NC; 3) la evolución de la NC según los niveles de negociación; 4) la dinámica de la NC colectiva en los años recientes en perspectiva histórica. Posteriormente, en el quinto capítulo, se presentan los cambios y continuidades en el contenido de la NC entre los 90 y la posconvertibilidad, a partir del estudio de las formas de compra-venta y consumo productivo de la fuerza de trabajo. La autora sostiene que el aumento de la NC no fue acompañado de un cambio sustantivo en los contenidos negociados en los 90, sino que se identifican fuertes líneas de continuidad que se observan en la existencia de mecanismos variables en la conformación salarial, la movilidad de los trabajadores entre tareas, la flexibilidad horaria, contratos por tiempo determinado, la subcontratación y los trabajos temporarios. De este modo, la NC cobra relevancia en la posconvertibilidad como “forma de canalizar la conflictividad en el marco de un proceso de recomposición de la acumulación y reconstrucción de la dominación” (p. 90).

Es a través de estos cinco capítulos que el libro problematiza los años recientes al evidenciar la persistencia y resignificación de cambios estructurales producidos en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. *Trabajo y negociación colectiva* es un libro que inquieta y nos interpela al revelar que, en “la Argentina de la posconvertibilidad”, la NC puede constituirse como medio de avance del capital sobre el trabajo, como forma de legitimar dicha dominación.

Lucila D’Urso (IIGG-UBA, Conicet)

* * *

Federico Martocci, *La política cultural del Partido Socialista en el Territorio Nacional de La Pampa: dispositivos y prácticas de intervención de sus dirigentes e intelectuales (1913-1919)*, Santa Rosa: Universidad Nacional de La Pampa, 2015, 272 pp.

Tomando el término de Raymond Williams, quien así hacía referencia no sólo a las zonas rurales, sino a la totalidad de las actividades económicas y vitales de una región determinada, la pregunta por la circulación de las propuestas culturales del Partido Socialista en el *countryside* argentino estructura el reciente libro de Federico Martocci. Preocupado por las condiciones y posibilidades que habría encontrado el socialismo para promover su mensaje e instalar su repertorio de prácticas culturales en un espacio donde la condición de Territorio Nacional restringía la participación en la política formal, Martocci nos brinda un detallado estudio del esfuerzo por construir un socialismo pampeano a la vez que nos permite pensar las particularidades que tuvo esta construcción política por fuera de las principales ciudades del país.

Aunque el socialismo argentino tuvo mayor peso en las zonas urbanas, el PS intentó en estos años trascender esa condición para integrar a su proyecto político a los trabajadores rurales. Es en este sentido que *La política cultural...* ofrece una reconstrucción interesante entre las propuestas para el ámbito rural propias de los principales dirigentes del partido y las condiciones particulares que asumió la construcción de un socialismo en el territorio pampeano.

La primera parte del libro compone un estudio minucioso de las prácticas que permitieron al socialismo crecer en la región. Allí podemos ver de qué manera el ideal en torno a la difusión de la cultura letrada, al traducirse en prácticas concretas, permitió a través de la circulación de las publicaciones y el dictado de conferencias canalizar funciones diferentes que se complementaban en la construcción política.

La menor importancia que cobraba en el territorio la práctica de la política formal hizo que los socialistas pudieran dedicar mayor energía a la tarea de formar ciudadanos. Los periódicos, principalmente *Germinal*, ocuparon en esa tarea una labor fundamental llevando las ideas del PS a las diferentes localidades de la región, pero también cumplieron un rol importante informando sobre las conferencias y cursos que se dictaban en las bibliotecas y dando lugar a los escritos de lectores, articulando así entre los distintos sectores que adherían al socialismo territorialiano.

La tarea cumplida por los periódicos se completó con la organización de las bibliotecas y el dictado de conferencias. El autor destaca que, a pesar del enorme esfuerzo que suponía sostener su funcionamiento, el territorio pampeano vio nacer en estos años una gran cantidad de bibliotecas socia-

listas, si comparamos con otras regiones del país. El dictado de conferencias resulta interesante a su vez porque combinó la difusión de la propaganda clásica del PS con una adaptación a contenidos que fueran de interés a los agricultores de la zona, motivando, en muchos casos, el traslado desde el campo hacia las localidades para atender a las disertaciones de referentes locales.

Esta reconstrucción del esfuerzo por unir el territorio a través de los proyectos culturales impulsados por los centros partidarios nos acerca entonces a una experiencia compleja en la que fue necesario convivir con contradicciones particulares (denostar a los almacenes por ser el lugar donde se conseguía la bebida, aunque allí también se reunieran los agricultores y fueran un ámbito por el que circulaban los periódicos) y que se nutrió de las luchas y demandas específicas de la región, generando conocimiento sobre las condiciones de la producción y difundiendo reclamos e informaciones sobre las legislaciones que interesaban a los arrendatarios, a la vez que esto servía para impulsar nuevas demandas.

Cabe destacar también la originalidad de la segunda parte del libro dedicada a reconstruir las trayectorias, en clave biográfica, de dos figuras singulares del socialismo pampeano como lo fueron el agricultor Antonio Buira y el crítico literario y escritor Salomón Wapnir.

La trayectoria de Antonio Buira, quien se integró al socialismo desde el prestigio que le confería su participación en distintas luchas agrarias, nos permite conocer de cerca algunos de los rasgos distintivos del socialismo pampeano con respecto a los sectores más vinculados a las luchas urbanas. Su perfil de agricultor le permitió insertarse dentro del repertorio de actividades culturales desde conocimientos específicos que podían ser valorados por otros productores, ya fuera con respecto a cuestiones técnicas de la producción, como también en lo referido a la defensa de las condiciones de los arrendatarios. Esta condición de líder socialista y agrario iluminó una trayectoria de gran valor dentro de la construcción política del partido, como se puede ver en el hecho de que se le ofreciera la candidatura para ocupar una banca en el Concejo Municipal de Santa Rosa en 1916. Por otro lado, sus críticas a la dirigencia partidaria y sus posicionamientos frente a la Revolución Rusa conforman una expresión interesante de las tensiones que en estos años llevarían a la escisión de “los internacionalistas”, como también una demostración de la autonomía con la que Buira asumía su militancia dentro de las filas socialistas.

El caso de Salomón Wapnir resulta más particular aún, ya que es el caso de un intelectual fuera del centro del país, que sin embargo pudo insertarse en las redes intelectuales de Buenos Aires, y también en las redes antiimperialistas trasnacionales como demuestran sus fluidos intercambios con dirigentes del APRA peruano. Estas características lo transformaron en un referente indiscutido de la tarea cultural del socialismo territorialiano.

De esta manera el libro de Martocci, fruto de su tesis doctoral, nos acerca, a través de un conjunto muy sólido y novedoso de fuentes, a una experiencia

muchas veces soslayada en la bibliografía sobre el socialismo argentino. La conformación de centros partidarios por fuera del área urbana, con una composición de dirigentes donde no predominaban los abogados y médicos y con una extensión mucho mayor por abarcar, otorgaron rasgos y desafíos distintos a los socialistas de La Pampa en la tarea de elevar material y moralmente al pueblo. Tomando como eje articulador la práctica cultural, la lectura de este libro resulta un aporte novedoso para el conocimiento de las condiciones en las que el socialismo de la primera mitad del siglo XX intentó constituirse como una fuerza nacional.

Javier Guiamet (IDIHCS-UNLP)

* * *

María Cristina Tortti, *Che, una revista de la “nueva izquierda” (1960-1961)*, Buenos Aires: Cedinci, 2013, 366 pp.

La aparición del peronismo y su desarrollo a mediados del siglo XX en Argentina configuró un escenario signado por el desencuentro entre la izquierda y el movimiento obrero. En adelante, el eje central de la actividad teórica y política del heterogéneo espectro de izquierdas giró en torno a la cuestión de *qué hacer con el peronismo*. En este sentido, el trabajo de M.C. Tortti estuvo abocado al estudio del surgimiento de la llamada Nueva Izquierda (NI) hacia fines de los años 50, entendida como un espacio de confluencia de agrupamientos con diversas trayectorias e ideologías (provenientes del peronismo, la izquierda, el nacionalismo y el catolicismo), que comparten, según la autora, un lenguaje y un estilo común en un clima de malestar a nivel político que tendía al cuestionamiento de las formas de autoridad y representación. El foco de sus investigaciones se centró en la crisis desatada al interior del Partido Socialista (PS) a partir del desarrollo de un sector que buscó renovar al “viejo” PS antiperonista y pro Revolución Libertadora para reencontrarlo con los trabajadores.

El presente libro se encuentra en sintonía con sus anteriores trabajos y está centrado en el estudio de la revista *Che*, cuya aparición es entendida como una experiencia “ilustrativa del clima que se vivía en algunos ámbitos del socialismo y el comunismo” (p. 9). La autora pone a disposición del público una antología de textos publicados en la revista, que cuenta con un total de 27 números editados entre 1960 y 1961. Ordenados temáticamente, se destacan artículos de política nacional, situación económico-social, Cuba, universidad e internacionales, entre otros; incluye también entrevistas, notas de humor, cine, teatro y deportes. La antología se acompaña de un estudio preliminar en el que Tortti, por un lado, da cuenta de los procesos generales a partir de los cuales es posible comprender el surgimiento de la NI; y, por el otro, presenta el caso específico de la revista *Che* como un capítulo significativo en la erosión del prestigio de la izquierda tradicional

—representada por el PS y el Partido Comunista (PC)— en materia política e ideológica.

La relevancia de la experiencia de *Che* radica en su carácter de primer antecedente de lo que ocurriría más adelante en la crisis de la izquierda tradicional. En ella se condensan y expresan los procesos de surgimiento de la NI. A partir de 1955, la “traición” Frondizi, el histórico desencuentro entre la izquierda y los trabajadores en los años peronistas, el auge de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y el estallido de la Revolución Cubana intervinieron en la configuración de una búsqueda de modernización teórica y política que diera paso a una estrategia revolucionaria en confluencia con las masas obreras.

El clima de malestar ya había estallado en el seno del PS con la fractura entre el Partido Socialista Democrático (PSD) y Partido Socialista Argentino (PSA) en 1958. Nacida por iniciativa del ala izquierda del PSA con el objetivo de unir a las izquierdas y el peronismo bajo una perspectiva revolucionaria, en *Che* conviven, desde el n° 7, militantes socialistas y comunistas. El PC, de la mano de su responsable cultural, Héctor Agosti, se suma a la misma e incorpora miembros del partido al grupo editor.

Las principales expresiones de ruptura con la izquierda tradicional en *Che* eran su marcado guevarismo, tanto desde la adopción del nombre como por su defensa de la Revolución Cubana; su preocupación por la descolonización en África y Asia; la reivindicación de figuras como Fidel Castro o Patrice Lumumba; su oposición a la “vieja” izquierda del PS; y el llamado de confluencia con las masas peronistas combativas.

La revista no era un órgano oficial de ninguno de los dos partidos y en ello se asienta un punto destacado de la experiencia de *Che*: aquellos que participaron fueron parte de las rupturas con la izquierda tradicional en el marco de los procesos señalados. El grupo socialista de la revista fue el que crearía más adelante el Partido Socialista Argentino de Vanguardia a partir de su radicalización; en el caso de los comunistas, su redactor más importante, Juan Carlos Portantiero, sería expulsado junto a los miembros de *Pasado y Presente*. Se advierte de este modo que, a pesar de tratarse de un proyecto editorial cuyos límites serían insalvables por la falta de acuerdo entre comunistas y socialistas, *Che* fue un espacio de canalización de las críticas que un sector de la militancia tenía hacia sus dirigencias. Se ubica así como un precedente de las convulsiones que sufriría el PC en los 60 con los cuestionamientos a su “ortodoxia” por parte de *Pasado y Presente*, *La Rosa Blindada* y del sector juvenil que crearía, tras la fractura de 1968, el Partido Comunista Revolucionario.

El registro de las reflexiones de Tortti se centra en el nivel de los lineamientos políticos, ideológicos y culturales de los diversos agrupamientos que marcan una ruptura con la “vieja izquierda”. En ese sentido, el concepto de NI reúne experiencias con distintas trayectorias; permite analizar el campo cultural, partidos políticos o publicaciones diversas, siempre en referencia a la renovación de ideas. El corte entre “vieja” y “nueva” izquierda se pre-

senta fundamentalmente por los cimbronazos internacionales, la derrota de la izquierda ante el peronismo y la modernización ideológica y cultural encabezada por las nuevas generaciones militantes.

Ahora bien, el tratamiento de esta crisis de la izquierda tradicional puede ser relativizado. Por un lado, podemos cuestionar si estos son los elementos que marcan el ocaso de la misma a partir de la incorporación de las nociones de programa, táctica y estrategia de los partidos de izquierda. La pregunta acerca de la crisis de la vieja izquierda, centralmente del PS y el PC, puede comenzar a rastrearse así en las décadas previas al quiebre de 1955. Como puede observarse, la elaboración de un programa que sujetaba a ambos partidos a la burguesía es un punto central de la historia crítica de la izquierda tradicional. En ese sentido, el estallido al interior del PS con la creación del Partido Socialista Internacional –luego PC– en 1918 puede explicarse a partir del eje que contraponía vía parlamentaria (reformista) y vía revolucionaria; en paralelo, la adopción de una concepción etapista de la revolución en 1928 y de la estrategia del frente popular en 1935 son aspectos fundamentales para comprender la decadencia del comunismo vernáculo, guiado por un programa que lesionaba la autonomía de la clase obrera.

Alternativamente, correr los límites del análisis hacia el detenimiento en la militancia específica en los diversos frentes por parte de la izquierda tradicional nos permitiría profundizar los alcances de la reflexión en torno a rupturas y continuidades entre viejas y nuevas izquierdas. De lo que se trata, desde el enfoque propuesto por Tortti, es de la erosión del prestigio del PS y el PC en sectores medios, capas intelectuales y profesionales, siempre desde un punto de vista político-cultural. No obstante, esa dimensión no tiene una correspondencia directa o mecánica con el desarrollo partidario en otros frentes, como por ejemplo la militancia a nivel sindical. Como referencia podemos destacar que, mientras el clima de malestar reina en la izquierda tradicional, el PC acrecienta sus posiciones en el movimiento obrero a fines de los años 50 con el desarrollo de la Comisión Intersindical y la creación de las 62 Organizaciones, junto al sindicalismo peronista.

El trabajo de Tortti muestra su importancia en tanto el nivel de análisis propuesto nos permite comprender la forma en que las izquierdas debatieron e incorporaron a su práctica política los elementos propios de la “modernización” de ideas en el marco de sucesos internacionales insoslayables. Seguramente este destacado aporte pueda ganar en densidad histórica y política si produce cruces con estudios centrados en los programas políticos y la heterogénea militancia de izquierdas: el alcance de la hipótesis del corte entre vieja y nueva izquierda podrá así ser cotejado con los senderos atravesados por la izquierda en el movimiento obrero, la universidad, el campo, las fuerzas armadas, en materia cultural y de género.

Ezequiel Murmis (UBA)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 5

Dossier: “La deriva del Partido Comunista argentino: de la revolución a la colaboración de clases”: • El PC frente al peronismo, por *Silvana Staltari* • El planteo de Frente Democrático Nacional, por *Hernán Camarero* • La crisis del PC en los 80, por *Natalia Casola* • Los emisarios de la Comintern en los años 20, por *Victor y Lazar Jelfets* • La fracción “chispista” y la Comintern, por *Victor A. Piemonte*.

Artículos: • Qué son los sindicatos en la teoría marxista, por *Agustín Santella* • La gran huelga azucarera de 1949, por *Esteban Piliponsky*

Entrevista: • Pelai Pagès, por *C. Marticorena y M. Eskenazi*

Nº 6

Dossier: “El camino reformista: el Partido Socialista desde sus orígenes hasta la Ley Sáenz Peña”: • Fisonomía de *La Vanguardia*, por *Juan Buonuome* • El PS y las huelgas, por *Lucas Poy* • El PS y la Ley Sáenz Peña, por *Ricardo Martínez Mazzola* • El socialismo frente a Enrico Ferri, por *Carlos M. Herrera* • El periódico *Palabra Socialista*, por *Hernán M. Díaz*

Artículos: • Los ferroviarios y el poder gremial, 1917-1918, por *Paulo Menotti y Antonio Oliva* • El sindicato del calzado en la Córdoba clasista, por *María Laura Ortiz*

Debate: • El concepto de “estrategia” de la clase obrera, por *Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera*

Nº 7

Dossier: “Estudios de género, trabajadores e izquierda”: • Anarquistas en la industria del dulce, por *Ludmila Scheinkman* • Ferroviarios a principios del siglo XX, por *Florencia D’Uva y Silvana Palermo* • Comodoro Rivadavia en los años 20, por *Andrea Andújar* • Sindicatos femeninos en Bolivia, por *Ivana Margarucci* • Feminismo en el PST, por *Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini*

Artículos: • El sindicalismo revolucionario en *La Batalla Sindicalista*, por *Cristian Aquino* • Vieja y nueva clase obrera en la Patagonia, por *Gonzalo Pérez Álvarez*

Perfiles: • Alberto J. Pla (1926-2008), por *Hernán Camarero y Diego Ceruso*

